

Una Iglesia Emocionalmente Sana



UNA ESTRATEGIA *para el*
DISCIPULADO
que de VERAS
CAMBIA VIDAS

Peter Scazzero

con WARREN BIRD



Prólogo por LEIGHTON FORD

Una
Iglesia
Emocionalmente
Sana

Una Iglesia Emocionalmente Sana

UNA ESTRATEGIA para el
DISCIPULADO
que de VERAS
CAMBIA VIDAS

Peter Scazzero

con WARREN BIRD

Prologo por LEIGHTON FORD



La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.

UNA IGLESIA EMOCIONALMENTE SANA
Edición revisada en español publicada por
Editorial Vida — 2009
Miami, Florida

© 2005 por Editorial Vida

Originally published in the USA under the title:

The Emotionally Healthy Church

Copyright © 2003 por Peter L. Scazzero

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan, 49530

Traducción: Omar Díaz de Arce

Edición: Rojas & Rojas Editores, Inc.

Diseño interior: A&W Publishing Electronic Services, Inc.

Diseño de cubierta: Tobias' Outwear for Books

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO,
EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL.
© 1999 POR LA SOCIEDAD BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN: 978-0-8297-3886-5

Categoría: Iglesia cristiana / General

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12 ♦ 6 5 4 3

EX LIBRIS
EL TROPICAL

CONTENIDO



Prólogo	7
Reconocimientos	9
Ilustraciones	10

Parte 1 **El eslabón perdido del discipulado**

Introducción	13
CAPÍTULO 1	
Según van los líderes así va la iglesia.....	21
CAPÍTULO 2	
Algo está irremediablemente mal	40

Parte 2 **Base bíblica para un nuevo paradigma del discipulado**

CAPÍTULO 3	
La próxima frontera del discipulado: La salud emocional	53
CAPÍTULO 4	
Inventario sobre la madurez espiritual/emocional	64

Parte 3
**Seis principios de una iglesia
emocionalmente sana**

CAPÍTULO 5
Principio 1: Mire debajo de la superficie 75

CAPÍTULO 6
Principio 2: Romper con el poder del pasado 95

CAPÍTULO 7
Principio 3: Vivir en actitud contrita y
emocionalmente vulnerable 119

CAPÍTULO 8
Principio 4: Reciba el don de las limitaciones 143

CAPÍTULO 9
Principio 5: Acepte las penas y las pérdidas 165

CAPÍTULO 10
Principio 6: Haga de la encarnación su modelo
de amor verdadero 187

Parte 4
A dónde vamos de aquí en adelante

CAPÍTULO 11
Próximos pasos hacia la nueva frontera del discipulado 213

CAPÍTULO 12
Guía de discusión para restructurar el discipulado 217

Notas finales 231
Sobre los autores 239

PRÓLOGO



Tarde en una fría noche de invierno sonó nuestro teléfono. Un joven pastor que había conocido y admirado hacía unos años llamaba inesperadamente. Tenía la voz tensa mientras relataba en completa libertad la historia de la crisis que enfrentaba tanto en su matrimonio como en su ministerio. Escuché, le ofrecí algunas palabras de aliento y consejo, y oré con él.

Antes que colgáramos, le dije: «No creo que esto sea el fin de tu ministerio. Pese a la pena por la que atraviesas, quizás es lo mejor que puede ocurrirte en este momento». ¡A veces cuando pensamos que estamos en las últimas, precisamente comienza nuestro verdadero trabajo!

Ese joven pastor era Peter Scazzero, y esa crisis era una «gracia dispensada». Porque de ella salió para Pete un sentido más fuerte de su llamamiento e identidad, un amor más profundo en el matrimonio, una congregación más vital y sana, una comprensión más completa del discipulado, y este útil y magnífico libro.

Tengo la esperanza de que *Una iglesia emocionalmente sana* será ampliamente leída y asumida de corazón por muchos líderes y pastores cristianos. Creo que Peter Scazzero da en el blanco cuando escribe que «en su conjunto la salud de toda iglesia o ministerio depende en lo fundamental de la salud emocional y espiritual de su liderazgo».

Sabemos que las iglesias sanas necesitan líderes sanos. Lo nuevo es la insistencia de Scazzero en que esto debe incluir la salud *emocional*. Durante mucho tiempo se ha urgido a los líderes a mantener su vitalidad espiritual, la práctica de ejercicios físicos y el crecimiento intelectual. Pero se ha hecho menos énfasis en el bienestar emocional.

En muchas de las enseñanzas evangélicas que escuché mientras crecía se hacía caso omiso de las emociones. Se nos instruía sobre «los hechos, la fe y los sentimientos» —en ese orden. La fe debía estar basada en los

hechos del mensaje cristiano (un énfasis esencial, estar seguro), pero no debíamos depender de los sentimientos porque eran inseguros, secundarios y no confiables. Ciento que en esto hay elementos de verdad. Los sentimientos van y vienen —ide hecho les ocurre a los míos! ¡Pero en la medida que nuestras emociones sean variables, no son importantes!

La Biblia no menosprecia el cociente emocional de nuestra humanidad. Sus personajes —los hermanos de José en su rivalidad fraternal, Moisés en su ira, Pablo en su lacrimoso anhelo de una visita de Timoteo, su hijo en la fe— eran gente real con emociones reales. Nuestro propio Señor tenía una pujante vida emocional como un hombre que podía llorar de pena, ser energético en el enojo, y aún experimentar la plenitud del gozo.

Parte de nuestra renuencia a abordar sincera y francamente nuestras emociones ha sido una visión inadecuada de la Encarnación. Afirmamos que nuestro Señor Jesús era Dios encarnado, mientras en lo profundo asumimos que la naturaleza humana de Jesús no era realmente verdadera sino una especie de disfraz.

Ello también nos ayuda a entendernos a nosotros mismos, y eso es lo que Peter Scazzero ha aprendido, y nos habla tanto del dolor que él y su esposa, Geri, han experimentado como de la relectura de la Escritura.

Mientras leía *Una iglesia emocionalmente sana*, me pude identificar con mucho del material. He vivido similares experiencias y épocas de prueba emocional. Lo mismo sucede con la mayoría de los pastores jóvenes y los líderes cristianos con los que sostengo conversaciones como mentor espiritual. La historia de Peter Scazzero, de llegar por medio del dolor a la salud personal y congregacional a través del espíritu de Cristo, nos ofrece esperanza a todos!

Leighton Ford, Presidente
Ministerios de Leighton Ford
Charlotte, Carolina del Norte

RECONOCIMIENTOS



He estado pensando, reflexionando e incorporando los principios de la salud emocional y espiritual por casi una década con mi mejor amiga y esposa, Geri. Aprendimos juntos estas lecciones de Dios durante varios años. Muchas de las ideas de este libro son tuyas.

He tratado de poner en práctica estas verdades bíblicas en nuestra familia con nuestras cuatro hijas, que viven en medio de nuestro vecindario, iglesia y ciudad internacionales y multirraciales. Gracias, niñas.

Este libro es también un subproducto de nuestra comunidad en la Iglesia New Life Fellowship («Fraternidad de la Nueva Vida») en Queens, ciudad de Nueva York, donde he sido pastor durante los últimos dieciséis años. Hemos crecido juntos contra viento y marea. Gracias, familia de la Nueva Vida, por su franqueza y por confiaros las perlas de sus historias. Hay demasiados de ustedes para mencionarlos aquí por nombre. Si quiero expresar mi específico aprecio al personal administrativo, los ancianos, los líderes y amigos cercanos en Nueva Vida, y a aquellos que nos han acompañado desde el principio. Gracias.

Gracias también a Ron Vogt y a *Recovery of Hope* («Recuperación de la esperanza») por lanzarnos a este recorrido. Gracias a Leighton Ford, quien ha sido mi mentor durante casi dos décadas. Estoy también en deuda con Peter y Carol Schrek y Manfred Brauch, todos del Seminario Teológico Bautista del Este. Dios los usó para llevar este libro a un plano superior gracias a su extraordinario ejemplo de integrar el amor por las Escrituras con la salud emocional. Especiales gracias a Dan Shin por su ayuda con el inventario sobre la madurez espiritual-emocional.

Por último, le estoy especialmente agradecido a usted, Warren Bird, por su esforzado trabajo y sus dones para la administración y organización que nos mantuvieron a este trabajo y a mí en movimiento de principio a fin.

Parte 1



El eslabón perdido del discipulado

INTRODUCCIÓN



Hace unos años se nos invitó a mi esposa, nuestra familia de cuatro hijas y a mí a participar en un campamento familiar cristiano en Colorado para una semana de vacaciones. Esperábamos que fuera el viaje de nuestras vidas.

Aterrizamos en el aeropuerto internacional de Denver e iniciamos el recorrido de tres horas hacia las montañas. Mientras manejaba, me sentí muy cansado y pensé que quizás el viaje en avión y la falta de cafeína podían haber contribuido a mi somnolencia. Le pedí a mi esposa, Geri, que manejara, pero ella estaba aterrada por lo estrecho de los caminos montañosos.

En un punto, sin embargo, quedé inconsciente por un momento y me salí de nuestra senda. Me detuve al costado del camino. Ahora que estábamos fuera de las montañas, Geri tomó el timón. Atribuimos el lapso momentáneo a la fatiga.

Cuando llegamos al campamento, alrededor de novecientos pies sobre el nivel del mar, nos inscribimos y nos preparamos para pasar una semana maravillosa en las Montañas Rocosas. La vista quitaba el aliento, las montañas eran un asombroso reflejo de la gloria de Dios. El itinerario de cada día incluía actividades apropiadas para las edades de cada una de nuestras hijas, que en ese tiempo iban de los seis a los quince años, y también para nosotros los adultos.

No pude dormir la primera noche. Quizás era la almohada nueva. Oré que no fuera la gripe. Participé en las actividades del día y no les hice caso a los dolores y molestias. La segunda noche fue una repetición de la primera, solo que entró una tos que no se iba. Sí, tenía gripe, no había duda de ello.

Geri, las niñas, y yo oramos a Dios para que me sanara a fin de poder gozar esta oportunidad única en la vida. Dios no pareció convencerse.

Ocurrió que un médico del medio oeste asistía a la semana de campamento con su familia. Me acerqué a él en la fila del desayuno y le informé que tenía algunos síntomas de la gripe con alguna tos. ¿Le importaría recetarme algo de manera que pudiera dormir un poco de noche? «No hay problema», respondió él. «Le conseguiré la más potente medicina disponible para la tos y un antibiótico».

Para los días tercero y cuarto, sin embargo, empeoré. En este momento Geri no me hablaba. Asumía que había trabajado demasiado antes de las vacaciones y había agotado mi cuerpo. Su sueño de vernos gozar de estas vacaciones maravillosas como pareja y familia se había eclipsado. Estaba desilusionada, para decir lo menos. Tosí toda la noche, de manera que ella se marchó a la otra habitación con nuestras dos hijas mayores. Al quinto día, intercambiamos miradas, pero pocas palabras.

Estaba triste y molesta. Yo me sentía culpable. La historia parecía repetirse con mis enfermedades durante las vacaciones y días feriados.

Lo que me extrañaba mucho era que parecía empeorar cada día. Al quinto día apenas podía ir caminando a la cena y había empezado a escupir una flema roja. «Debe ser la medicina roja para la tos», me dije a mí mismo. No era capaz de comer y justo había terminado la botella de medicina. La tos sólo se hizo más implacable. Claro que se trataba de mi pecho.

En nuestra sexta y última noche, todavía no había dormido. Comencé a sentir miedo. Se me estaba haciendo difícil levantarme. Necesitaba treinta minutos para ir de la cama al baño.

Era obvio que tenía un problema, necesitaba ir a un médico.

A la mañana siguiente le informé a Geri que necesitaba ayuda. Estaba empeorando.

Los niños estaban disfrutando de la mejor vacación de sus vidas. Era largo el camino desde las calles de Nueva York. Así que resistí hasta el almuerzo y traté de decir adiós a todos lo mejor que pude y nos metimos en el automóvil para visitar a un médico. Era de Texas y estaba sobre las montañas de Colorado para atender un campamento juvenil cercano.

Examinó mis síntomas, escuchó mi pecho, y sugirió que tenía neumonía. Su enfermera metió mi dedo en una máquina para chequear mi nivel de oxígeno y pudo observar que tenía problemas para respirar.

Quizás tenía un ataque al corazón. ¿Quién podía saberlo?

En este punto se alarmaron y me instruyeron que fuera a un hospital para examinar mi neumonía.

El hospital más cercano estaba a casi dos horas de camino. Geri manejó. Sentía que la vida se me iba, y comencé a perder y recuperar la conciencia.

Viajamos a través de innumerables pueblos pequeños. No había hospitales. ¿Dónde estaban los hospitales? ¡Extrañé la ciudad de Nueva York!

Un consejo equivocado casi arruina mi vida

Por último llegamos a nuestro destino, donde el amigo de un amigo nos prestaba su vivienda. Dejamos los niños. Uno de sus vecinos me vio tirado en la parte trasera del mini-van. Geri describió mis síntomas. La mujer le dijo excitada: «Llévelo enseguida a la clínica colina abajo. Tiene EPA».

No sabíamos de lo que hablaba, pero Geri regresó al automóvil con una apariencia compasiva. Eso ayudó.

La enfermera de la clínica me echó una mirada y me pasó primero que a todos los que estaban en la sala de espera. Me colocaron en el mismo tipo de máquina de oxígeno y encontraron mi capacidad respiratoria reducida a menos de 44% de lo normal.

Inmediatamente otro doctor se precipitó dentro y me puso en una máquina de oxígeno para oxigenarme. Ella me informó que dentro de unas horas hubiera estado en coma y muerto la mañana próxima. Me estaba ahogando. Los rayos X revelaron agua en mis pulmones.

Tenía un edema pulmonar provocado por la altura (EPA), una forma severa de enfermedad de las alturas, popularizada por la película *Vertical Limit* («Límite Vertical»). Es relativamente poco común que la gente contraiga EPA entre 8.000 y 14.000 pies.

El personal médico pensó transportarme inmediatamente a una altitud menor, pero yo respondí bien al oxígeno. En el plazo de veinte minutos estaba dormido por primera vez en casi una semana.

La siguiente semana la pasé conectado a un tanque de oxígeno. Tomó casi tres semanas que mis pulmones se aclaran y que yo pudiera caminar sin quedarme sin aliento.

Muchos médicos, especialmente aquellos en lugares fuera de Colorado, no están familiarizados con el EPA. ¿Cómo podrían estarlo? Colorado tiene las mayores alturas en los Estados Unidos continentales.

Los primeros dos doctores que vi me diagnosticaron mal. Sinceramente, yo me había diagnosticado a mí mismo la primera vez, y el

doctor simplemente estuvo de acuerdo. Pero estuve a punto de morir.

Estos doctores no estaban preparados para consultar pacientes en las montañas de Colorado. Su consejo equivocado casi pone fin a mi vida en la tierra. De la misma manera, comprendí que nosotros los pastores y líderes damos a menudo consejos errados a gente espiritualmente enferma que llena nuestras iglesias. Nuestro entrenamiento ha sido inadecuado para atender las necesidades profundas bajo la superficie de la vida de las personas.

Junto al camino de mi recorrido de crecimiento como cristiano, recibí enseñanzas y entrenamiento que causó mucho bien. Infortunadamente, las soluciones eran mayormente temporales. Las recetas fallaron a la hora de sacar de raíz los hábitos y patrones pecaminosos de mi vida.

**Desdichadamente,
muchá gente siguió
enferma y algunos
incluso «murieron»
bajo mi liderazgo.**

Nuestros consejos errados mantienen a la gente espiritualmente inmadura

busca de ayuda. Cuando alguien llegó con problemas en sus relaciones o cuestiones emocionales, apliqué todos los remedios espirituales que conocía. Desdichadamente, mucha gente siguió enferma y algunos incluso «murieron» bajo mi liderazgo.

Por ejemplo:

- Una pareja viene ante mí después que el esposo había confesado que cinco años antes en su matrimonio había tenido amoriños durante un año con una amiga de la familia. Agradezco estar convencido de que el Espíritu Santo está presente en su vida. Oré por ellos y les recomendé un libro sobre el matrimonio que conozco con un buen capítulo sobre el perdón de la esposa. Los exhorté a los dos a buscar a Dios de todo corazón. Oré y esperé lo mejor.
- Un talentoso músico se une a nuestra iglesia para entregarle sus dones a Dios. Es carismático y experimentado. La congregación lo ama. Nos pide a muchos de nosotros que orásemos por su esposa, para que Dios pusiera su corazón en el lugar correcto. Así lo

hicimos. Oré y esperé lo mejor. Después supimos que no se trataba de un desacuerdo menor. El conflicto se desarrolló durante años; ella se había mudado y reubicado a quinientas millas de distancia, y él es sin duda parte del problema.

- Armstrong es un amigo y líder de la iglesia. Sirve dondequiera haya una necesidad. El único problema consiste en que es temerario, impredecible y caprichoso. Lo tratamos con sumo cuidado. Oro y espero lo mejor.
- Larry tiene cuarenta años, es soltero y está de nuevo desempleado. Tiene un currículum de cuatro páginas. Rara vez mantiene un trabajo o una relación con el sexo opuesto por más de unos pocos meses. Oramos por él, lo alentamos a afirmar su identidad en Cristo, y le pedimos a Dios que le abra nuevos senderos. Oro y espero lo mejor.

Hoy, ya no oro y espero lo mejor simplemente. Cada uno de los escenarios mencionados requería un nivel de discipulado que fuera más allá de una cura a flor de piel, rápida y superficial. Más tarde todos se sometieron al bisturí al darle en oración una mirada seria a las cuestiones más profundas que bosquejaré en este libro. Primero, sin embargo, yo como líder tenía que experimentar una revolución en la forma que comprendía y abordaba el discipulado.

Espiritualidad desequilibrada

La triste verdad es que hay muy pocas diferencias, en términos de la madurez emocional y relacional, entre el pueblo de Dios dentro de la iglesia y aquellos que afuera no reclaman relación alguna con Jesucristo. Algo aún más alarmante, cuando usted incursiona más allá de las alabanzas y el culto de nuestras grandes reuniones y convenciones y se mete en las casas y pequeñas reuniones del pueblo de Dios, a menudo encuentra un valle lleno de basura debido a relaciones rotas y fracasadas.

«Algunas de las personas que siguen le recuerdan a alguien en su iglesia?

1. El miembro de la directiva que nunca dice: «Estaba equivocado» o «Lo siento».

2. Los hijos del líder que constantemente critican a otros.
3. El elevado control de un dirigente de pequeños grupos que no puede tolerar diferentes puntos de vista.
4. El padre de mediana edad de dos infantes que en secreto es adicto a la pornografía.
5. El esposo de treinta y cinco años que sirve activamente en la iglesia, inconsciente de la soledad de su esposa en casa.
6. El líder de adoración que interpreta toda sugerencia como un ataque personal y un rechazo a su persona.
7. El maestro de Escuela Dominical que lucha con un sentimiento de amargura y resentimiento hacia el pastor pero que teme decir algo.
8. El «siervo» ejemplar que incansablemente trabaja como voluntario en cuatro ministerios pero que apenas dedica tiempo al cuidado de él mismo o de ella misma.
9. Dos que interceden por otros y utilizan las reuniones de oración para escapar de la penosa realidad de sus matrimonios.
10. Las personas en su grupo íntimo que nunca revelan sus luchas o dificultades.

Puede que ellos se presenten a sí mismos como espiritualmente maduros, pero algo está terriblemente desequilibrado en su espiritualidad. La triste realidad

es que demasiada gente en nuestras iglesias está sujeta a un nivel de inmadurez que los actuales modelos de discipulado no han abordado.

Muchos son supuestamente «espiritualmente maduros» pero siguen siendo infantes, niños, o adolescentes emocionales. Demuestran poca capacidad para manejar la ira, la tristeza o las penas. Se lamentan, se quejan, o se distancian, acusan a otros y utilizan el sarcasmo, como los niños pequeños

cuan do no obtienen lo que quieren. Muy a la defensiva ante las críticas o las diferencias de opinión, esperan que se les tome en cuenta o tratan a la gente como objeto para satisfacer sus necesidades.

¿Por qué?

La respuesta es el objetivo de este libro. Las raíces del problema descansan en una espiritualidad imperfecta, que tiene sus raíces en una

Demasiada gente en nuestras iglesias está sujeta a un nivel de inmadurez que los actuales modelos de discipulado no han abordado.

fallida teología bíblica (caps. 3 y 4). Muchos cristianos han recibido una valiosa ayuda en ciertas áreas del discipulado, como la oración, el estudio bíblico, la adoración, el descubrimiento de los dones espirituales, o el aprendizaje de cómo explicar el evangelio a otros. Pero los discípulos de Jesús también necesitan aprendizaje y habilidades sobre cómo mirar bajo la superficie del iceberg en sus vidas (cap. 5), poner fin a las influencias de su pasado en el presente (cap. 6), vivir dependientes y arrepentidos (cap. 7), conocer sus limitaciones (cap. 8), encarar sus pérdidas y penas (cap. 9), y encarnar su modelo para amar de verdad (cap. 10). *Hacer de la encarnación la máxima prioridad a fin de amar a los demás de verdad es tanto el clímax como el objetivo de todo el libro.* La iglesia debe ser conocida, por encima de todo, como una comunidad que ama a los demás de una manera radical y poderosa. Causa tristeza pero por lo general esa no es nuestra reputación.

Pese a todo el énfasis actual sobre nuestra formación, los líderes eclesiásticos rara vez se refieren a lo que se asemeja la madurez espiritual en su relación con la salud espiritual, especialmente en lo que respecta a cómo amamos a las demás personas.

El vínculo entre salud emocional y madurez espiritual es un área amplia y no explorada del discipulado. Necesitamos desesperadamente, creo, reexaminar toda la Escritura —y la vida de Jesús en particular— a fin de captar la dinámica de este vínculo.

Aunque creo en el importante lugar que ocupan los consejeros cristianos profesionalmente entrenados para brindar su técnica a la iglesia, creo que la iglesia de Jesucristo es el vehículo primario de nuestra madurez espiritual y emocional. Infortunadamente, hemos delegado las cuestiones «emocionales» por demasiado tiempo a la oficina del terapeuta y sólo asumido responsabilidad por los problemas «espirituales» de la iglesia. Ambos están inseparablemente ligados y son fundamentales para un total discipulado bíblico.

Creo de todo corazón que el Señor Jesús y su iglesia son la esperanza para el mundo. Mi compromiso es con la Escritura como la Palabra de Dios, la autoridad bajo la cual nosotros como la iglesia de Dios debemos vivir. He estado enseñándola toda mi vida de adulto. Sigo comprometido con el carácter indispensable de la Escritura, la oración, el compañerismo, la adoración, guardar el día del Señor, la fidelidad en el uso de nuestros dones espirituales, los grupos pequeños y la vida comunitaria, la mayordomía de nuestros recursos, y la centralidad del evangelio en toda la vida. Pero a menos que integremos la madurez emocional

concentrándonos en amar de verdad en nuestro discipulado, corremos el peligro de perder el objetivo de Dios completamente: el amor.

Escribo como pastor, no como un consejero o terapeuta profesional. Soy el pastor principal de una iglesia internacional y multiétnica, con gente que procede de más de cincuenta y cinco diferentes países en la congregación.

El vínculo entre salud emocional y madurez espiritual es un área amplia y no explorada del discipulado.

Hemos sembrado otras seis iglesias y tenemos algunas otras en formación. Por lo tanto, escribo a partir de un profundo amor por la iglesia de Jesucristo. Estoy también muy consciente de que «el centro de gravedad del mundo cristiano se ha movido inexorablemente hacia el sur, hacia África, Asia y América Latina. Ya hoy en día, las mayores comunidades cristianas sobre el planeta se encuentran en África y Latinoamérica».¹ Mi oración es que este libro contribuya al desarrollo de padres y madres espirituales de la fe para estas y otras iglesias alrededor del mundo.

Aceptar las verdades sobre los aspectos emocionales de mí mismo desataron algo más que una revolución en mi comprensión de Dios, la Escritura, la naturaleza de la madurez cristiana y el papel de la iglesia. No puedo negar por más tiempo la verdad de que la madurez espiritual y emocional son inseparables.

La misericordia de Dios me ha permitido sobrevivir y contar esta historia. Si quiere que Dios lo transforme a usted y a su iglesia, lo invito a seguir leyendo.

CAPÍTULO 1

SEGÚN VAN LOS LÍDERES ASÍ VA LA IGLESIA



El desarrollo global de cualquier iglesia o ministerio depende en lo fundamental de la salud emocional y espiritual de su liderazgo. De hecho, la clave para un liderazgo espiritual exitoso tiene mucho más que ver con la vida interna del líder que con su pericia, dones o experiencia.

Me tomó mucho tiempo darme cuenta que otro seminario sobre liderazgo o más información no era la clave de un «exitoso» liderazgo eclesiástico. De hecho, mi jornada en pos de dirigir una iglesia espiritual y emocionalmente sana no se desencadenó en un seminario o un libro. En su lugar, la precipitó una muy dolorosa conversación en casa.

Mi esposa ya no podía soportarlo más

«Pete, me voy de la iglesia», había mascullado serenamente mi esposa Geri. Me senté inmóvil, demasiado aturdido como para responder.

«No puedo soportar más este estrés, esta crisis constante», continuó.

Geri había sido más que paciente. Yo había traído a casa constante presión y tensiones de la iglesia, año tras año. Ahora la mujer que yo había prometido amar así como Cristo amó a la iglesia, estaba exhausta.

Habíamos sufrido ocho implacables años de estrés.

«No lo voy a seguir soportando», concluyó ella. «Esta iglesia ya no es vida para mí. Es la muerte».

Cuando un miembro de la iglesia dice: «Me voy de la iglesia», la mayoría de los pastores no se sienten muy bien. Pero cuando su esposa de nueve años lo dice, su mundo se pone patas arriba.

Estábamos en el dormitorio. Recuerdo bien el día.

«Pete, te amo, pero me voy de la iglesia», concluyó muy calmada. «Ya no respeto tu liderazgo».

Estaba visiblemente conmovido y no sabía qué decir o hacer. Me sentí avergonzado, solo, molesto.

Traté de elevar mi voz para intimidarla: «Eso está fuera de lugar», rugí. «Está bien, así que he cometido algunos errores».

Pero ella continuó con calma: «Eso no es tan simple. No tienes el coraje para dirigir, para confrontar a la gente que necesita ser confrontada. Tú no diriges. Tienes mucho miedo de que la gente se vaya de la iglesia. Tienes mucho temor de lo que piensen de ti».

Estaba indignado.

«¡Voy a conseguirlo!», grité a la defensiva. «Me estoy esforzando». (Durante los dos últimos años había tratado realmente de lograrlo, pero de alguna manera todavía no era suficiente.)

«Bien de tu parte, pero yo no puedo esperar más», replicó ella.

Hubo una larga pausa de silencio. Entonces ella pronunció las palabras que cambió permanentemente la correlación de fuerzas en nuestro matrimonio: «Pete, me marcho».

«Esta iglesia ya no es vida para mí. Es la muerte».

Se dice que la persona más poderosa en el mundo es la que no tiene nada que perder. Geri ya no tenía nada que perder. Estaba muriendo interiormente, y yo no había escuchado o respondido a sus pedidos de ayuda.

Ella continuó con voz suave: «Te amo, Pete. Pero la verdad es que estaría más feliz separada que casada. Entonces tendrías como mínimo que sacar los niños los fines de semana. ¡Quizás entonces prestarías atención!

«¿Cómo puedes decir algo así?», me quejé. «Ni siquiera lo pienses».

Ella estaba calmada y firme en su decisión. Yo estaba furioso. Una buena esposa cristiana, casada con un cristiano (y pastor, debo añadir), no hace esto. En ese momento comprendí por qué un marido puede dejarse arrastrar por la ira y matar a la mujer que ama.

Ella alegaba su derecho. Me obligaba a escuchar.

Quería morirme. ¡Esto me iba a hacer cambiar!

Los inicios de este enredo

¿Cómo llegamos a este punto?

Ocho años atrás, mi esposa y yo comenzamos con la visión de plantar una iglesia entre las clases trabajadoras de Queens, Nueva York, que desarrollara líderes para crear otras iglesias tanto en la ciudad de Nueva York como alrededor del mundo.

Quizás sería más exacto decir que yo tuve una visión y que Geri me siguió. ¿No era esa la manera bíblica en que supuestamente se tomaban las grandes decisiones en un matrimonio?

Ahora, después de cuatro hijas, estaba cansada de luchar y quería una vida y un matrimonio. En este momento estuve de acuerdo. El problema era mi sentido de responsabilidad a la hora de edificar la iglesia y hacer esto por los demás. Me quedaba poca energía para ser padre de nuestras hijas o disfrutar de Geri. ¡Tenía aún menos energía para disfrutar una «vida», cualquiera que esta fuera! Aun cuando estaba físicamente presente, tal como en un juego de balompié para una de mis hijas, mi mente por lo general estaba concentrada en algo relativo a la iglesia.

Recuerdo haberme preguntado: *¿Se supone que viva tan miserablemente y tan presionado para que otras personas puedan experimentar el gozo de Dios?* Seguro que esa era la sensación.

Las semanas se volvieron meses, y los meses años. Los años se convirtieron en casi una década, y la crisis estaba ahora en pleno florecimiento. La pura realidad era que yo había reservado poco tiempo durante esos nueve años para las alegrías de la paternidad y el matrimonio. Estaba demasiado preocupado con las incesantes exigencias de pastorear una iglesia. (Qué bien sé que nunca recuperaré esos años.)

Jesús nos llama a morir para nosotros mismos. «Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz y me siga» (Marcos 8:34). El problema es que hemos muerto por cosas equivocadas. Pensábamos erróneamente que morir para nosotros mismos por el bien del evangelio significaba morir a la preocupación por sí mismo, a los sentimientos de tristeza, a la ira, a la pena, a la duda, a las luchas, a nuestros sueños y deseos sanos, y a las pasiones que disfrutamos antes de nuestro matrimonio.

Jesús sí nos llama a morir para nosotros mismos. El problema es que hemos muerto por cosas equivocadas.

Geri siempre amó la naturaleza y los espacios abiertos. Ella valora su gran familia extendida. Ama el campo de la recreación, la creación de oportunidades para que la gente se divierta. Muy rara vez había tiempo para esos placeres.

Obsesionados con el trabajo para Dios

Estábamos muy ocupados para Dios. Nuestras vidas estaban llenas con el deseo de servir, hacer cosas y tratar de amar a otros. Por momentos se sentía que no debíamos hacer algunas de las cosas que nos dan energía y gozo, de manera que otros pudieran disfrutarlas. De hecho, habíamos muerto a algo que Dios nunca quiso que muriera (como explicaré después).

Recuerdo estar sentado a la mesa con mi cuñado cuando hablaba sobre su alegría por ser árbitro y entrenador de equipos de baloncesto femenino.

Había cojeado durante tantos años que cojear ya me parecía normal.

«Debe ser agradable», murmuré para mí mismo. «Lástima que no puedo tener ese tipo de libertad».

Tuve una profunda experiencia de la gracia de Dios en Jesucristo cuando me convertí a los diecinueve años de edad. El amor de Dios me llenó de pasión por servirle. Con el tiempo, sin embargo, esta pasión se convirtió en una carga. Las incessantes demandas de crear una iglesia en la ciudad de Nueva York, además de mi descuido hacia las dimensiones emocionales de la espiritualidad, lentamente tornaron mi gozo en «obligación». Mi vida se desequilibró y poco a poco asumí la falsedad de que mientras más sufriera por Cristo, más Él me amaría. Comencé a sentirme culpable sobre tomarme demasiado tiempo libre y gozar de sitios como la playa.

Mi fundamento espiritual al fin se reveló como lo que era: madera, heno y hojarasca (1 Corintios 3:10-15). Había cojeado durante tantos años que cojear ya me parecía normal.

El valiente paso de Geri esa fría noche de enero me salvó. Dios intervino dramáticamente por medio de las palabras de Geri: «Me voy».

Fue probablemente el más valeroso y amoroso acto de servicio que nunca ha hecho por mí. Me obligó a buscar ayuda profesional a

fin de resolver mi crisis «vocacional». Inconscientemente, esperaba que el consejero corregiría a Geri de manera que yo pudiera seguir con la iglesia y mi vida.

¡Poco sabía lo que estaba por venir!

Dios me forzó a echarle una prolongada y dolorosa mirada a la verdad: la verdad sobre mí mismo, nuestro matrimonio, nuestras vidas y la iglesia. Jesús dijo: «Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres» (Juan 8:32). Era desmoralizador reconocer, por último, que la intensidad de mi participación en las disciplinas espirituales no había infundido madurez espiritual a mi vida.

¿Por qué? Ignoraba los componentes emocionales del discipulado en mi vida.

La vida antes de esta crisis de intimidad

Crecí en un suburbio de Nueva Jersey, dentro de una familia italoamericana, a solo una milla de los rascacielos de Manhattan.

Salí para el colegio universitario en 1974, me involucré en un estudio bíblico en los terrenos universitarios y me convertí en un seguidor de Jesucristo durante mi segundo año de estudiante. Esa experiencia me lanzó a una jornada espiritual que incluiría, en los seis años siguientes, el movimiento carismático católico; una iglesia bilingüe anglo-hispana, una iglesia del protestantismo tradicional en un barrio marginado; una iglesia afroamericana; pentecostalismo y evangelicalismo.

Tras enseñar inglés de escuela intermedia durante un año, me uní al equipo de la Fraternidad Cristiana *InterVarsity*, un ministerio interdenominacional que posibilitan grupos cristianos en los terrenos de universidades y colegios. Trabajé durante tres años en la Universidad Rutgers y otros colegios universitarios de Nueva Jersey. Entonces me marché a realizar estudios posgraduados en el Seminario Teológico de Princeton y el Seminario Teológico Gordon-Conwell.

Durante estos años universitarios conocí e hice buena amistad con una muchacha que después se convertiría en mi esposa. En 1984 Geri y yo nos casamos, y entramos en un remolino, sin darnos al principio ni siquiera cuenta que los vientos no eran en absoluto normales. Al cumplirse los cinco meses de vida matrimonial, me gradué del seminario, y al siguiente día nos mudamos a Costa Rica. Durante un año estudiamos español como preparación para regresar a la ciudad de Nueva York.

Geri regresó junto a sus padres con ocho meses de embarazo. Retorné de Costa Rica dos noches antes de que naciera nuestro primer bebé.

Un mes más tarde los tres nos mudamos a Queens, ciudad de Nueva York. Pasé un año trabajando como pastor asistente en una pequeña iglesia de inmigrantes y enseñando en un seminario hispano. Estas experiencias nos dieron la oportunidad de perfeccionar y discernir la voluntad de Dios para nuestro futuro. Ese año también nos introdujo en el mundo de dos millones de inmigrantes ilegales procedentes de todo el mundo, que llenaban grandes ciudades como Nueva York. Nos hicimos amigos de gente que habían escapado de escuadrones de la muerte en El Salvador, de carteles de la droga en Colombia, de la guerra civil en Nicaragua y de la implacable pobreza de México y la República Dominicana.

En abril de 1987, hicimos un esfuerzo destinado al fracaso por inaugurar una nueva iglesia de habla inglesa entre hispanos de segunda generación. Intrépidos, buscábamos otros caminos a fin de seguir tras el sueño de Dios para nosotros.

¿El comienzo de un sueño?

Por último, en septiembre de 1987, iniciamos la Fraternidad de la Nueva Vida, una iglesia contemporánea en una sección de Queens de clase obrera, multiétnica y de mayoría inmigrante. (De los dos y medio millones de residentes de Queens, más de la mitad han nacido en el extranjero.) El vecindario Corona-Elmhurst que colinda con el sitio donde actualmente se reúne nuestra iglesia incluye personas de 123 naciones. La revista *National Geographic* llama al «11373 de Elmhurst el apartado postal de más diversidad étnica en los Estados Unidos». Roger Sanjek escogió la sección Corona-Elmhurst de Queens, Nueva York, para su estudio llamado *El futuro de todos nosotros*, llamándolo «quizás la comunidad étnica más mezclada del mundo»² y destacando el rápido cambio de noventa y ocho por ciento de blancos en 1960 a sesenta y siete por ciento en 1970, a treinta y cuatro por ciento en 1980, y a dieciocho por ciento en 1990.³

Nuestro primer culto de adoración comenzó con cuarenta y cinco personas. Dios se movió poderosamente en esos primeros años. Después de poco más de un año habíamos crecido a ciento sesenta personas. A fines del tercer año comencé una congregación hispana. A fines del sexto año, había cuatrocientas personas en la congregación inglesa más otras

doscientas cincuenta en nuestra primera congregación hispana. Un gran número de esta gente se había convertido en cristiana a través de Nueva Vida.

Mis días de ayudante con la Fraternidad InterVarsity me enseñaron habilidades ministeriales prácticas, tales como dirigir un estudio bíblico, cómo hablar del evangelio y cómo contestar las preguntas que los no cristianos comúnmente hacen. Mi educación en el seminario me dio las herramientas intelectuales que necesitaba: griego, hebreo, historia de la iglesia, teología sistemática, hermenéutica y más.

Infortunadamente, ninguno de esos antecedentes me preparó para plantar una iglesia en Queens. Fui empujado inmediatamente hacia un curso fatal para que entendiera lo que quería decir Pablo cuando escribió que el evangelio no viene «con palabras sabias y elocuentes» sino «con demostración del poder del Espíritu» (1 Corintios 2:4).

Durante esos primeros años de Nueva Vida, Dios nos enseñó muchas cosas sobre la oración y el ayuno, sanar al enfermo, la realidad de los demonios, la guerra espiritual, los dones del Espíritu Santo y escuchar la voz de Dios. Todo lo que aprendí, se lo enseñé a la congregación.

La gente se hacía cristiana, literalmente eran cientos que iniciaban una relación personal con Jesucristo. Los pobres eran servidos de formas nuevas y creadoras. Desarrollábamos líderes, multiplicando los grupos pequeños, alimentando a los desamparados y creando nuevas iglesias. Pero no todo andaba bien bajo la superficie, especialmente a nivel del liderazgo.

Parecía que siempre teníamos que hacer demasiado en muy poco tiempo. Mientras la iglesia era un lugar emocionante, no era afortunado estar en el liderazgo, sobre todo para mi esposa Geri y para mí. Había una elevada tasa de reemplazo del equipo y los líderes, lo cual atribuía mos en última instancia a la guerra espiritual en la intensa vida de Nueva York. ¿Quizás estos eran los naturales dolores del crecimiento y las pérdidas de cualquier corporación o negocio? Pero nosotros no éramos un negocio. Éramos la familia de una iglesia.

Sin embargo, Geri y yo sabíamos que algo faltaba. Nuestros corazones naufragaban. El liderazgo de la iglesia se sentía como una pesada

Estábamos ganando todo el mundo al hacer una gran obra para Dios mientras al mismo tiempo perdíamos nuestras almas.

carga. Estábamos ganando todo el mundo al hacer una gran obra para Dios mientras al mismo tiempo perdíamos nuestras almas (cf. Marcos 8:35).

Algo andaba muy mal. Yo soñaba secretamente con el retiro, y tenía solo treinta años y medio. Pese a los cheques espirituales constantes —no a la inmoralidad, no a la renuencia a perdonar, no a la envidia, etc.—, no podía precisar el origen de mi falta de alegría. El fundamento de mi propio carácter y desarrollo personal no podía sostener la iglesia que estábamos edificando. Era un fundamento endeble, a punto de colapsar.

A rastras hacia la crisis

Durante este período, Geri se sentía como una madre soltera con todas las responsabilidades de nuestras cuatro hijas pequeñas que enfrentaba sola. Estaba cansada de las presiones de la vida urbana. Estaba harta de las tensiones que yo parecía traer cada semana de la iglesia.

Quería algo más que un matrimonio. Quería algo más que una familia. Quería una vida.

El piso comenzó a hundirse cuando, en 1993-94, nuestra congregación hispana experimentó una división, y se desintegraron relaciones que yo había imaginado que eran sólidas como la roca. Dios comenzaba a *llamarme la atención y parecía en cada ocasión empujarme cada vez más hacia abajo, hacia un abismo. Me acerqué al fondo del abismo, patoteando y gritando.*

Pensé que saboreaba el infierno. Se demostró que así era.

Apenas sabía que el fondo todavía demoraría en llegar dos años más.

El acontecimiento que Dios utilizó para meterme inicialmente en el abismo revistió la forma de una traición por parte de uno de los pastores asistentes de la congregación hispana. Durante meses había escuchado rumores de que estaba insatisfecho y que quería dejar la Fraternidad Nueva Vida para comenzar una nueva iglesia, llevándose a la mayoría de la gente con él.

«Eso es imposible», me dije a mí mismo. «Es como un hermano para mí». Hacía diez años que nos conocíamos.

Al preguntarle sobre los rumores, categóricamente los negó: «Pete, nunca».

Jamás olvidaré mi impresión el día que fui al culto vespertino en español y faltaban doscientas personas. Solo había cincuenta personas

allí. Todos los demás se habían marchado para empezar otra congregación.

En las siguientes semanas, lo que parecía una marejada barrió a los restantes miembros de la congregación. Llamadas telefónicas los exhortaban a dejar la casa de Saúl (yo) y pasar a la casa de David (lo nuevo que Dios realizaba). Gente que yo había llevado a Cristo, guiado en el discipulado, y pastoreado durante años se iban. A muchos de ellos nunca más los vería.

Cuando hablamos en privado unos dos años más tarde, este pastor asistente dijo: «Hiciste la promesa de guiarme en el discipulado, pero tus promesas no significaron nada. No merecías guiar a esta gente».

Cuando la división ocurrió, no me defendí. Traté de seguir el modelo de Jesús y ser como un cordero que va al matadero (Isaías 53:7). «Acéptalo, Pete; Jesús lo haría», me repetía a mí mismo.

En realidad, sentía como si hubiera dejado que me violaran.

Acepté toda la culpa por la destrucción. Aunque me sentía profundamente traicionado, me correspondía mucho del fracaso. Este pastor asociado tenía un asidero legítimo: Me había extralimitado. Pastoreaba dos iglesias que crecían, una en inglés y otra en español, y estaba demasiado ocupado tratando de cumplir con la «tarea» y apagar los fuegos. Carecía de la flexibilidad y las horas para cumplir mi promesa de dedicarle tiempo, y darle amistad y entrenamiento.

Aún así, lo había amado como a un hermano. Como el salmista, había pasado por la experiencia de alguien con quien me comunicaba «dulcemente los secretos» (Salmo 55:14), solo para descubrir más tarde que «extendió el inicuo sus manos contra los que estaban en paz con él; violó su pacto» (Salmo 55:20). No creía que una traición como esa fuera posible en la iglesia.

Quizás, y lo más importante, estaba hipnotizado por sus dones y habilidades. La congregación hispana admiraba sus cualidades de líder dinámico. ¿Importaba en realidad que no tuviera un corazón contrito y humillado (Salmo 51:16-17)? ¿Importaba realmente que tuviera lagunas de carácter en algunas áreas?

Mi «piadosa y mansa respuesta» tenía poco que ver con una imitación de Jesús y mucho más con cuestiones no resueltas y con la carga emocional que yo acarreaba de mi pasado.

Sí.

El problema principal era que yo carecía tanto del coraje como de la voluntad de confrontarlo.

La triste verdad es que mi «piadosa y mansa respuesta» tenía poco que ver con una imitación de Jesús y mucho más con cuestiones no resueltas y con la carga emocional que yo acarreaba de mi pasado.

Mi sabor del infierno se hizo más profundo que la división de la congregación. De pronto, me hallé viviendo una doble vida. El Pete exterior buscó alentar a los desalentados que quedaron en Nueva Vida. «¿No es asombroso cómo utiliza Dios nuestros pecados para extender su reino? Ahora tenemos dos iglesias en lugar de una», proclamé. «Ahora más gente puede establecer una relación personal con Jesús. Si cualquiera quiere mudarse a esa nueva iglesia, que las bendiciones de Dios sean con ustedes».

Mentí.

Iba a ser como Jesús (por lo menos de acuerdo con la imagen que suponía tenía Jesús), aun si ello me mataba. Y así fue... en lo íntimo de mi ser.

Mi infierno se hallaba tan adentro que estaba profundamente herido y colérico. Estos sentimientos dieron paso al odio. Mi corazón no albergaba perdón alguno. Estaba lleno de ira y no podía deshacerme de ella.

Cuando estaba solo en mi carro, solo el pensar en lo que había ocurrido daba lugar a una explosión de ira y un nudo en mi estómago. En cuestión de segundos, seguirían las maldiciones, que fluirían casi involuntariamente de mi boca: «Eres un #&%!» y «estás lleno de \$*#%».

Mi primera petición de ayuda

Por último reconocí mi desesperación tanto en la iglesia como en casa. «Convertirme en pastor fue la peor decisión que he hecho en la vida», le dije a Dios en oración.

Busqué ayuda desesperadamente. Por fin, un buen pastor amigo me refirió a un consejero cristiano. Geri y yo fuimos. Era marzo de 1994.

Me sentía totalmente humillado. Todo en mí quería escapar. Me sentía como un niño que entra en la oficina del director de la escuela. «La consejería es para gente que está hecha papilla», me quejé ante Dios (afirmando algo con lo que ya no estoy de acuerdo). «Yo no. ¡No me falta ningún tornillo!»

Después de nuestra reunión inicial de dos días, el consejero hizo tres observaciones: (1) Yo estaba agotado con la iglesia; (2) Geri estaba

deprimida y sola y (3) nuestro matrimonio sufría de una carencia de intimidad.

No estábamos seguros de lo que era intimidad marital, de manera que le compré a Geri un libro sobre el matrimonio. Ella pudo entenderlo. Yo regresé al trabajo en la iglesia.

Al hacer una pausa y reflexionar sobre el estado de mi alma ambos nos sentimos atemorizados y liberados. Por un momento que pensé que todos mis problemas se originaban en el estrés y la complejidad de la ciudad de Nueva York. Culpé a Queens, a mi profesión, a nuestras cuatro pequeñas hijas, a Geri, a la guerra espiritual, a otros líderes, a la falta de una cobertura de oración, aun a nuestro carro (se había roto siete veces en tres meses). En cada momento estaba seguro de haber identificado la raíz del asunto.

No era cierto.

Las raíces del problema estaban dentro de mí. Pero no podía —o no quería— reconocerlo todavía.

Los dos años siguientes estuvieron caracterizados por un lento descenso hacia el abismo. Se sentía como un infinito agujero negro que amenazaba tragarme. Clamé a Dios que me ayudara, que me cambiara. Parecía como si Dios cerrara los cielos ante mi clamor en lugar de contestarlo.

Las cosas iban de mal en peor.

Seguí predicando semanalmente y sirviendo como pastor principal. Pero mi confianza para guiar con efectividad había sido sacudida por la división de la congregación hispana. Contraté personal adicional y les pedí que dirigieran, lo cual ellos hicieron. ¿No había yo fracasado miserablemente? Sintiendo que ellos de seguro lo harían mejor, los dejé comenzar a reconstruir la iglesia.

Pronto la iglesia no se parecía a la visión original que teníamos cuando la creamos. Mientras tanto, luché para ser sincero en cómo le presentaba la situación a los demás. Tenía el terrible hábito de embellecer o editar la verdad para que menos gente se molestara. (Dios lo llama mentir; yo le cambié el nombre por ofrecer una visión positiva.) Luché para ser sincero conmigo mismo sobre mis sentimientos, atendiendo especialmente a los sentimientos que no se avenían con mis patrones cristianos, tales como la ira, la amargura y la tristeza.

Las raíces del problema estaban dentro de mí. Pero no podía —o no quería— reconocerlo todavía.

También luché para ser sincero con los demás. El progreso era lento y difícil.

Luché con aquello de si estaba apartándome de la fe. Las preguntas que formulaba y los sentimientos que experimentaba se consideraban fuera de lugar en la mayoría de los círculos cristianos en los que había vivido los anteriores veinte años.

¿No se suponía que fuera más que vencedor en Jesucristo (Romanos 8:37)? ¿Por qué parecía haber tanta patología cubierta de un enchapado de espiritualidad? ¿Cómo es posible que tanta gente que ha sido cristiana durante mucho tiempo sea tan álgida y crítica?

Estaba absolutamente seguro que Dios me guiaba por una senda nueva. ¿Pero dónde estaban todos los demás? Me debatía una y otra vez.

«¿Cómo van las cosas, Pete?», me preguntaría un buen amigo.

«Ah, todo va muy bien. Siento que Dios rompe la tierra dura y planta nuevas semillas para el futuro», replicaría optimista.

El único problema: Esas palabras constituían solo una pequeña porción de la verdad.

El pensamiento de que la gente estaba molesta conmigo hizo que me replegara y esperara otro día. Temía que si le decía a diferentes líderes de la iglesia como sinceramente los percibía —como orgullosos, incapaces de aprender y a veces falsos— se marcharían. Tras la escisión hispana hacía más de un año y medio, era demasiado doloroso albergar ese pensamiento. Preferí permanecer tranquilo y esperar que los problemas de la iglesia se arreglaran por sí mismos.

No fue así.

Asistí a conferencias de líderes para aprender sobre la guerra espiritual y cómo ganar a toda una ciudad para Dios. Asistí a «reuniones de renovación» en otras iglesias. Si había una manera de impregnarse más de Dios, quería encontrarla. Asistí a una conferencia profética fuera del estado, donde recibí cierto número de alentadoras profecías personales. Intensifiqué las reuniones matutinas de oración en Nueva Vida. Repudié demonios que se disponían a destruir mi vida. Estudié la historia de los avivamientos. Busqué consejo de numerosos líderes de la iglesia conocidos nacionalmente.

Una de las anotaciones en mi diario durante este tiempo resume dónde estaba:

Señor, puedo ver la Tierra Prometida al otro lado del Mar Rojo —santidad, un matrimonio y una familia felices, gozo en servirte, asumir el papel que me asignas en el liderazgo— pero no

tengo idea de cómo abrir el Mar Rojo para llegar allí. ¿Dios, puedes tú? ¿Si puedes, lo abrirías, por favor?

Geri abandona la iglesia

Sentía que progresaba en lo personal. Quizás aún no era visible externamente, pero algo sucedía. Por lo menos eso pensaba. Para Geri, sin embargo, las cosas eran tal como habían sido a lo largo de nuestro matrimonio: miserables.

En la segunda semana de enero de 1996, Geri me dijo que abandonaba la iglesia.

Por último toqué fondo. Notifiqué a nuestros ancianos mi dilema. Estuvieron de acuerdo en una semana de intenso retiro con alguna ayuda profesional para ver si Geri y yo podíamos arreglar esto.

El 13 de febrero de 1996, ambos fuimos a un centro de consejería cristiana. Nuestra esperanza era apartarnos de nuestra crisis y lograr alguna objetividad sobre la iglesia. Yo anhelaba un pronto final a nuestro dolor.

Pasamos los cinco días siguientes con dos consejeros. Esta pequeña y breve «comunidad cristiana» era lo suficientemente segura para permitirnos hablar uno con el otro sobre nuestros sentimientos ocultos.

Lo que no anticipamos fue una auténtica experiencia espiritual con Dios. En cuanto a mí, comenzó de la manera más extraña. Geri y yo habíamos conversado hasta tarde en la noche. Aproximadamente a las 2:00 a.m. ella me despertó, se paró sobre la cama y, con unas pocas palabras delicadas, me lo dejó saber. Por primera vez contó la brutal verdad sobre cómo se sentía sobre mí, nuestro matrimonio y la iglesia.

Descubrimos un puente que faltaba

De alguna manera la explosión de Geri, aunque muy dolorosa, constituyó una experiencia liberadora para ambos. ¿Por qué? Ella había destrozado la pesada cubierta espiritual de «ser buena» que le impedía mirar directamente a la verdad sobre nuestro matrimonio y nuestras vidas.

Yo escuché. Ella escuchó.

Dimos un vistazo a nuestras vidas paralelas y nuestro matrimonio. Miré con sinceridad hacia la Fraternidad Nueva Vida. La iglesia reflejaba con claridad mi familia de origen de maneras significativas.

Ninguno de nosotros había experimentado nunca «un permiso para sentir» como este antes.

Jesús había penetrado solo superficialmente en la profundidad de nuestras personas, aunque habíamos sido cristianos durante casi veinte años.

mi iglesia. Por primera vez, descubrí el persistente poder de las familias en las que nacimos. Las dejamos cuando nos casamos, pero de alguna manera todavía moldeaban nuestras vidas.

Pablo enseña que cuando una persona acude a la fe en Cristo: «las viejas cosas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Nunca imaginé que patrones pecaminosos influyentes, trasmítidos de generación en generación en mi familia, estuvieran activos todavía. Como creía que el poder de Cristo podía quebrar cualquier maldición, deseché la idea de que todavía estaba siendo moldeado por un hogar que había dejado hacía mucho.

El examen de mi corazón reveló un conjunto de impulsos mezclados. Parte de mi pasión estaba dedicada a la gloria de Dios. Un complejo conjunto de motivos que no tenía las herramientas ni el tiempo de clasificar impulsaba otras partes. Comenzamos a mirar bajo la superficie de nuestras vidas hacia escenarios completamente nuevos.

En mis oraciones, le dije a Dios que estaba apenado. Había sido sincero en cuanto a entregarme por completo al servicio de Dios y su reino. ¿Quién habría nunca imaginado que mis compromisos desembocarían en tales desengaños? Con todos mis antecedentes en la oración y la Biblia, era muy impresionante darse cuenta que había estratos emocionales enteros de mi vida que Dios no había tocado todavía. Estos se convirtieron en las semillas de los seis principios de iglesias emocionalmente sanas que se hallan en los capítulos 5 al 10.

La triste realidad que descubrimos fue que Jesús había penetrado solo superficialmente en la profundidad de nuestras personas, aunque habíamos sido cristianos durante casi veinte años.

Nuestra experiencia que al principio se sintió inicialmente como la muerte probó ser el principio de una jornada y del descubrimiento de una relación que cambiaría mi vida, mi matrimonio, mi familia y por último

¿Un nuevo par de ojos?

Tras este cambio radical, parecía como si Dios me hubiera dado un nuevo par de ojos para leer la Escritura. Verdades que solo comprendí intelectualmente, pronto se convirtieron en parte de mi experiencia con Dios.

Vi a Jesús como alguien capaz de expresar sus emociones sin cortapisas ni pena:

- Derramó lágrimas (Lucas 19:41).
- Se llenó de alegría (Lucas 10:21).
- Se acogió (14:34).
- Sintió enojo (Marcos 3:5).
- Se sintió triste (Mateo 26:37).
- Se compadeció (Lucas 7:13).
- Mostró asombro (Marcos 6:6; Lucas 7:9).
- Sintió angustia (Marcos 3:5; Lucas 12:50).

Jesús era cualquier cosa menos un Mesías emocionalmente congelado.

Al mismo tiempo, observé cómo Jesús era capaz de apartarse de las expectativas de las multitudes, su familia y discípulos. Sus relaciones con su Padre lo liberaban de las presiones de aquellos que lo rodeaban. No temía vivir su propia única vida y su misión, sin que importara cuál era la agenda de otros para su vida.

Junto con la compañera de mi vida, Geri, sentí que teníamos un largo camino por delante, como dos individuos separados y como pareja matrimonial. La meta no era el cambio de la iglesia sino el cambio de nosotros mismos, o mejor, permitirle a Dios cambiarnos. Pero inmediatamente nos dimos cuenta de que estábamos en un territorio inexplorado, en un recorrido que nos llevaría más allá del entrenamiento cristiano que habíamos recibido en los veinte años previos. Dábamos un paseo que solo Dios podía guiar. Se nos conducía mucho más allá de nuestro puerto seguro en la comprensión de Dios y las relaciones con los demás. La rígida y apretada caja dentro de la cual habíamos colocado inadvertidamente a Dios se había quebrado.

La meta no era el cambio de la iglesia sino permitirle a Dios cambiarnos.

Una parte de nosotros no podía esperar para ver lo que Dios haría a continuación. Pero otra parte de nosotros estaba atemorizada. A todas luces, Dios quería que abriéramos a su Espíritu las profundidades de nuestro interior que solo ahora descubríamos. Esto parecía como si fuera a ser algo muy sangriento, como una muerte.

Nuestra comprensión de la inseparabilidad de la salud emocional y la madurez espiritual sería un proceso, muy parecido a nuestra relación cotidiana con Dios. Los individuos pueden tener un momento crítico en el que reciben a Jesús como su Señor y Salvador personal, pero hay de antemano, para casi todo el mundo, un período o muchos meses o muchos años en el que Dios obra en ellos.

De la misma manera, requirió repetidos encuentros durante dos años para que Dios limpiara mi limitada visión de él y de la vida cristiana.

Por ejemplo, Dios me hablaba con toda claridad a través del don de la depresión, una esposa infeliz y una vida que periódicamente se descontrolaba. Mi única respuesta a estas penosas realidades era: «¡Dios, por favor quítamelas tan pronto como sea posible de manera que pueda continuar con tu obra!»

El único problema es que no estaba abierto a las palabras de Dios o moviéndome en esos caminos en mi vida. Mi paradigma incluía a Dios hablando por medio de la Escritura, la oración (una voz interior), los sermones, una palabra profética, y algunas veces, las circunstancias. ¡Pero seguro que esto no!

El beneficiado inesperado: La Fraternidad Nueva Vida

Lo que Dios hizo en nuestras vidas se esparció por la iglesia inmediatamente, comenzando con nuestro equipo dirigente, en ese entonces

nuestro consejo de ancianos, y con el tiempo el resto de nuestro liderazgo. Por primera vez comprendí lo que significaba ministrar a partir de lo que eres, no de lo que haces. Mi descubrimiento fue contagioso. Pasamos de ser «hechuras humanas» a «seres humanos». El resultado había tenido el efecto de una ola, muy lenta, a través de toda la iglesia. Comenzando

**Por primera vez
comprendí lo que
significaba ministrar a
partir de lo que eres,
no de lo que haces.**

con el equipo dirigente y los ancianos, los internos, el ministerio y los pequeños grupos, la congregación en su conjunto—directa e indirectamente—habíamos integrado intencionalmente los principios bosquejados en este libro a lo largo de la iglesia.⁴ (Véase el esquema en la página siguiente.)

Juan y Marta

El día que comencé una ausencia sabática de tres meses de la iglesia, Geri y yo nos sentamos en la mesa de nuestra cocina para encontrarnos con Juan y Marta, quienes habían venido a Cristo bajo nuestro ministerio. En esos momentos ellos pastoreaban una de las congregaciones de habla hispana en Nueva Vida.

En los primeros años del liderazgo, Juan y Marta eran cristianos emotivos y llenos de vida. Juan se había hecho cristiano en Nueva Vida. Ahora, siete años más tarde, estaban exhaustos y se sentían culpables por no ocuparse de sus dos hijos. Estaban abrumados con todo lo que tenían delante: problemas, crisis, demandas y las enormes necesidades de una gran congregación de inmigrantes.

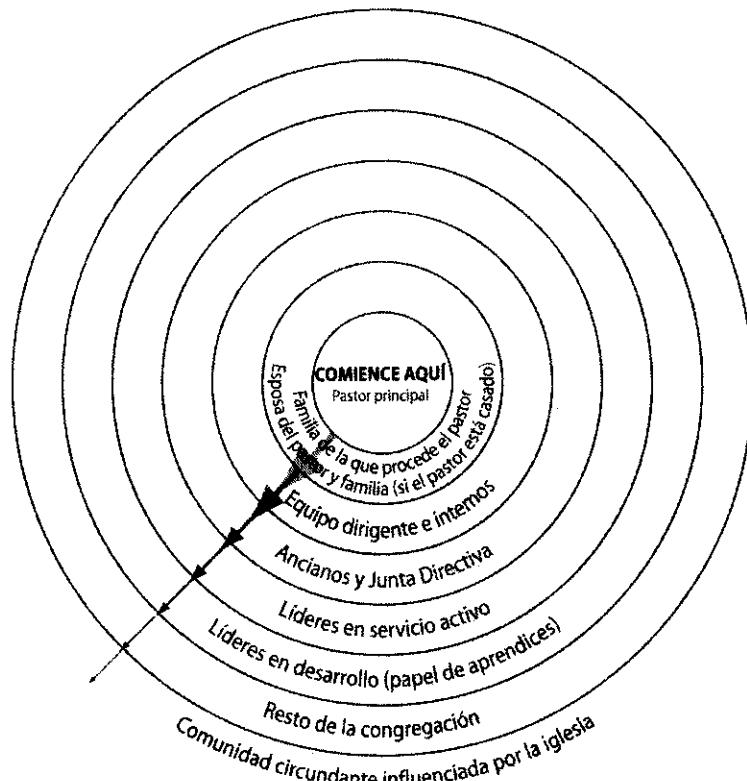
Tras escucharlos durante tres horas, me sentí avergonzado. Juan y Marta eran productos de mi ministerio. ¡Y eran exactamente como sus maestros!

¿Este legado de liderazgo frenético, carente de gozo y desequilibrio, será para siempre el tipo de fruto que el ministerio cristiano produce? Más tarde reconocí ante Geri que una parte de mí estaba triste por haberlos guiado a Cristo y a ser pastores. Que dura vida de sufrimiento en gran parte innecesario soportaban ahora.

Geri y yo les pedimos perdón.

Paul

Paul ayunaba y oraba regularmente. Trabajaba como técnico en computación en Manhattan y utilizaba sus vacaciones para asistir a conferencias sobre la oración y el ministerio profético alrededor del país. Pronto comenzó a ayunar y orar con regularidad creciente. Se le podía encontrar durante las reuniones de pequeños grupos leyendo su Biblia para recibir mensajes personales de Dios para el grupo. Frecuentemente



Círculos concéntricos donde se aplica la salud emocional

daba mensajes proféticos dondequiera y a cualquiera, lo quisieran o no.

Alguien tenía que decirle algo. ¡Pero yo no! ¿Qué podía hacer? ¡Me costaba trabajo abstenerme de una comida a manera de ayuno, pues diga usted ayunar por largos períodos!

Sin embargo, en verdad Paul era intachable y condescendiente hacia el resto de nosotros que no éramos tan «espirituales» como él. Llegar a ser emocionalmente maduro fue en parte para mí modelar una confrontación amable, decirle lo que le ocurriría y darle una sincera retroalimentación como su pastor. Con amor le dije la verdad sobre su espíritu crítico y el orgullo que fluía de sus «incomparables revelaciones». Por lo menos lo intenté.

Pronto sintió que Dios se lo llevaba a otra iglesia.

Según van los líderes...

De acuerdo con algunos eruditos, los cuatro presidentes anteriores a Abraham Lincoln fueron «líderes que transigían», reacios a confrontar el difícil tema de la esclavitud entre el Norte y el Sur. Entonces un líder maduro con un sólido sentido de quién era, lo que creía y valoraba —independientemente de las consecuencias— llegó a la Casa Blanca. La fortaleza y madurez de su carácter y convicciones forzó a la nación de varias maneras a confrontar la realidad de lo abominable de la esclavitud. A continuación llegó la Guerra Civil.

El punto de partida para el cambio en cualquier nación, iglesia, o ministerio siempre ha sido el líder: Según van los líderes, así va la iglesia.

Pero no es suficiente que el líder cambie.

Dios quiere liberar a otros también, ya sea este su primer año como cristiano o su cincuentenario, ya sean solteros o casados, y cualquiera que sea su papel en la iglesia (nuevo miembro, líder, o pastor). Cuando usted realice el duro trabajo de convertirse en un discípulo de Jesucristo emocional y espiritualmente maduro, el impacto se sentirá a su alrededor.

Los capítulos siguientes proponen un fresco modelo de lo que significa ser un seguidor de Jesús de manera que usted se acerque más al plan de Jesús para su vida.

CAPÍTULO 2

ALGO ESTÁ IRREMEDIABLEMENTE MAL



Algo está irremediablemente mal hoy con la mayoría de las iglesias. Tenemos muchas personas que sienten pasión por Dios y su obra, pero están desconectadas de sus propias emociones o de aquellos que las rodean. Esta combinación es mortal, tanto para la iglesia como para la vida personal del líder.

Nuestro equipo pastoral estaba en una cafetería cerca del cine. Estábamos conmovidos. No había mucho que decir. Acabábamos de ver *El Apóstol*. Cada uno de nosotros se sentía conturbado pues la película había enfocado con la brillante luz de un reflector nuestros defectuosos pasados cristianos. Algo de igual importancia: mostró visualmente las dolorosas implicaciones de un discipulado estrecho e inadecuado.

En los momentos de la exhibición de la película, Dios había estado revelando las implicaciones de la ruptura entre la salud emocional y nuestra espiritualidad. *El Apóstol* trataba el asunto frontalmente. Las heridas de nuestro pasado estaban todavía en carne viva.

El Apóstol, exhibida en 1997, es una influyente película sobre un líder cristiano, el Reverendo Eulis «Sonny» Dewey, con la actuación de Robert Duball. Situada en un área rural de Texas durante los años ochenta, la película comienza con Sonny y su madre manejando por una autopista cuando se tropiezan con un accidente múltiple de automóviles.

Sonny pasa junto a los alguaciles y se acerca a uno de los carros accidentados para encontrar un hombre joven casi inconsciente y ensangrentado en el asiento del chofer con su novia muerta tendida a su lado. Sonny, apasionado seguidor de Jesús, le susurra al hombre en el oído que si él está dispuesto a invitar a Jesús dentro de su corazón allí y ahora,

Dios perdonaría sus pecados y podría ir al cielo. El alguacil de carretera intenta apartar a Sonny del accidente, pero el predicador lo aleja con el brazo mientras termina la obra de conducir a este joven moribundo a Cristo. Regresa a su automóvil e informa a su madre sobre la buena obra que Dios acaba de realizar.

Sonny se pasa la mayor parte del tiempo en la carretera dirigiendo avivamientos. La pasión espiritual invade su vida. Ama a sus hijos; los llama «sus bellezas». Mientras tanto, su bella pero sufrida esposa, Jessie, se cansa tanto de sus adulterios como de estar sola. Pide el divorcio.

Se descubre que también tiene una aventura con el pastor de jóvenes de la iglesia. Ella y el joven pastor, utilizando estatutos eclesiásticos locales, pronto le arrebatan a Sonny el control de su congregación.

En un arrebato de celos, Sonny se emborracha y ataca al pastor de jóvenes con una bate de béisbol mientras éste sirve de entrenador en un juego de su hijo. Con el tiempo el pastor de jóvenes muere.

Mientras tanto, Sonny abandona el pueblo, destruye su propia identidad y se dispone a empezar una nueva vida. Detiene su automóvil en medio de una intersección, se pone de rodillas en el camino y pregunta: «¿Por dónde, Dios? ¿Por dónde?»

Pronto resurge en una pequeña comunidad de Louisiana. Tras buscar sinceramente a Dios a través de la oración y el ayuno, recibe un nuevo llamado y la dirección de Dios, adoptando el nombre y el título de «El Apóstol E. F.» Con obsesiva sinceridad, se bautiza a sí mismo en un lago cercano como una manera de celebrar su nuevo comienzo.

Con la ayuda de un respetado pastor local afroamericano, comienza una nueva iglesia. Realiza múltiples trabajos a fin de pagar por la rehabilitación de un edificio eclesiástico maltratado y cerrado. Comienza un ministerio radial, arregla un ómnibus usado y comienza a recoger gente para que asistan a la iglesia tanto afroamericanos como angloamericanos.

Su relación con Dios es contagiosa. La iglesia prospera. Las personas aceptan la fe en Cristo. Alimenta a los hambrientos. La comunidad está impactada. La pequeña congregación de tazas mezcladas ama su cielo y su predicación.

Sin embargo, por debajo de su fe impresionante, feas grietas permanecen y se abren en su formación espiritual. Mientras comenzaba la

**Es un cristiano celoso
y dedicado a quien
admiramos, y aún
así... es un impostor.**

nueva iglesia conoce a Toosie, una mujer que trabaja en la estación de radio. Ella atrae sus inclinaciones románticas. Sonny también se enreda a los puños con un buscalleitos que cuestiona su integridad.

Llegado el momento las autoridades se enteran del trágico error en el pasado de Sonny. La policía lo arresta, y lo mandan a la cárcel. Pero aun en prisión vemos a Sonny dirigiendo entusiasta con cantos cristianos a una pandilla con grillos, de manera que ellos también pudieran conocer al poderoso Señor Jesús que cambia vidas.

Sonny tenía temperamento. Es un conquistador de mujeres. Abusa del alcohol. Mata a un hombre en un momento de pasión. Y al mismo tiempo, los observadores no pueden negar las evidencias de que Sonny es un verdadero creyente en Jesucristo. Predica el nuevo nacimiento y se entrega al poder del Espíritu Santo a fin de vivir una vida sobrenatural.

Como la mayoría de nosotros, Sonny es un individuo complejo. Es un cristiano celoso y dedicado a quien admiramos, y aún así es alguien terriblemente inconstante. Lo más doloroso es, quizás, su falta de conciencia sobre el daño que sobrevendría por aparentar ser más de lo que realmente es. De cierta forma es un impostor. Con facilidad separa su fe y espiritualidad de la totalidad de su humanidad. La mayoría de nosotros en el liderazgo cristiano y en la iglesia nos parecemos más a él de lo que nos gustaría reconocer.

Las grietas en la vida cristiana de Sonny socavan su mensaje y liderazgo. Desearía que esto sucediera solo en Hollywood. No es así.

Infortunadamente, abundan demasiados ejemplos parecidos en la vida real.

Bob Pierce y Visión Mundial

En 1950 Bob Pierce fundó lo que se ha convertido en Visión Mundial (www.worldvision.org), la agencia cristiana de ayuda y desarrollo mayor del mundo. Hoy esta organización sirve a más de cincuenta millones de personas al año en 103 países. Seguidor apasionado de Jesús y por un mundo sin hambre o enfermedad, Bob Pierce comenzó humildemente, ayudando a niños huérfanos de la Guerra de Corea. Cada área de ayuda a los necesitados que él tocaba crecía en tamaño y propósito. Con una imparable visión y energía soñaba con lo imposible y entonces hacía todo lo imaginable para hacerlo realidad.

Sobre él se escribieron libros y reportajes de revistas. Sus amigos decían: «Es un hombre incansable a la hora de ganar almas», «Nunca he conocido una persona más compasiva», y «Es un verdadero cristiano sacerdote que sacrificó literalmente su vida por la “pequeña” gente necesitada del mundo».

Bob oraba a menudo: «Deja que mi corazón se rompa por las cosas que rompen el corazón de Dios». Ese celo lo llevó hasta los confines de la tierra, marcado por una aparentemente inextinguible pasión de satisfacer las necesidades espirituales y humanas donde quiera que las veía.

Infortunadamente, su estrategia tuvo consecuencias desastrosas para su familia. Como afirmó diplomáticamente una amiga de la familia, la esposa de Bob, Lorraine, «conoció privaciones de diferente tipo a aquellas a quienes su marido ministraba».

La estricta verdad es que él abandonó del todo a su propia familia. Puso siempre por delante de su mujer e hijos las oportunidades de expansión y de tener un mayor impacto. Por ejemplo, cuando una de sus hijas intentó suicidarse, ella lo llamó durante uno de sus viajes al exterior y le pidió que regresara pronto.

«Solo necesito sentir los brazos de papi en torno a mí», explicó más tarde.

Nada quería que se quedara ahí en el Lejano Oriente. Podía haber tomado el siguiente vuelo a casa. Su esposa le rogó que regresara. En su lugar, sintiendo la urgencia y las demandas de tanta gente a su alrededor, reservó en un vuelo para Vietnam.

«Sabía que no vendría», dijo después su hija. Varios años más tarde, ella tuvo éxito a la hora de quitarse la vida.

Las relaciones de Bob con su esposa también se deterioraron con el tiempo. En un punto, estuvieron años sin ni siquiera hablarse. Sus relaciones con los dos hijos restantes también eran tensas. En el último año de su vida, a la edad de sesenta y cuatro, Bob Pierce estaba aislado de todos en su familia inmediata.

Los años de días de dieciocho horas, las comidas insanas, y el constante encierro en los aviones gradualmente agotaron las reservas emocionales de Bob y lo hicieron vulnerable a todo tipo de dificultades físicas. Un biógrafo escribió: «El temperamento que toda su vida había

Son historias como esta de relaciones rotas y reconciliaciones ocasionales la excepción. Tristemente, no lo son.

luchado por controlar se imponía una y otra vez, más a menudo en cada ocasión, y la mente que una vez manejó con la exactitud de una computadora comenzó a hacer cortocircuitos ocasionalmente, lo que hacía que se comportara de forma crecientemente errática».

El pedido de Bob, citado a menudo: «Solo dejen que me queme por Dios», tristemente se cumplió.

Las relaciones de Bob con la junta de Visión Mundial también tuvieron un final tenso e infeliz. En 1963 la junta de Visión Mundial desechó una de sus decisiones por primera vez, y votó para cancelar sus programas semanales de radio, alegando factores financieros. Más tarde ese año la junta le dio licencia médica; como de costumbre estaba en el extranjero y escogió permanecer allí para su recuperación, lejos de su familia. Luego se mejoró, pero las tensiones en Visión Mundial no mejoraron.¹

En 1967, en una sobrecargada reunión de la junta, Bob Pierce renunció. Al otro día trajeron los documentos legales del acuerdo, y Bob se desprendió del trabajo de su vida.

Bob Pierce murió de leucemia en 1978. En el curso de semanas, su hija Marilee Pierce Dunker comenzó a escribir su libro, *Hombre de Visión, Mujer de Oración*,² contando tanto los milagros de ultramar como «el lado oscuro» de su dolorosa vida familiar.

«Son historias como esta de relaciones rotas y reconciliaciones ocasionales la excepción, limitadas solo a gente excepcionalmente dotada? Tristemente, no lo son. Podría contar docenas de historias de personas en nuestra iglesia y de literalmente miles alrededor del país. Usted probablemente también podría.

Roger y sus dones a solas

Si existe tal cosa como un «niño emblema de la iglesia», ese era entonces Roger. Su padre, su suegro y otros doce miembros de la familia están en el ministerio. Roger asistió tanto a un colegio como a un seminario cristiano dos veces, una como niño cuando su padre asistía a la escuela y dieciocho años más tarde mientras él asistía a las mismas escuelas.

«En cierto sentido las cartas se habían acumulado», dice Roger hoy. «Todo lo que conocí desde mi nacimiento fueron la iglesia y el ministerio. Sentía una gran pasión por ambos, pero como descubriría después, ellas no se traducían necesariamente en una pasión por Cristo, y ciertamente tampoco en una relación íntima con él».

Temprano en su ministerio Roger supo que algo andaba mal. No sólo estaba insatisfecho en una pequeña parroquia tradicional, sino que se hallaba de nuevo deprimido, como lo había estado tanto en el colegio como en el seminario. Una sesión de evaluación profesional financiada por una denominación le aconsejó dejar el ministerio debido a una débil autoestima, la ausencia de fronteras espirituales y la presencia de un fuerte espíritu empresarial que no encajaba bien en la iglesia establecida. Él ignoró el consejo. En su lugar se hizo cargo de una iglesia tradicional y de amplia teología en Queens, donde se sintió llamado a ser un agente del cambio.

Fue duro desde el comienzo. Roger empezó a implementar cambios en el culto de adoración, añadir nuevos programas y reestablecer las prioridades de la junta a fin de hacer crecer la iglesia. Varios miembros recibieron a Cristo en una cruzada de Billy Graham, y nuevos conversos se unieron a la iglesia. Pronto, Roger y su esposa recibirían desagradables cartas y serían el tema de las controversias y los chismes alrededor de la iglesia.

La asistencia a la iglesia se duplicó. Las ofrendas se incrementaron de manera dramática. Y el pastor se estrelló.

«En ese tiempo no lo sabía, pero estaba empleando todos los dones y ninguna gracia», confesó Roger. «Estaba ciego ante mi propia vacuidad y abismo emocional». Tras cada reunión mensual de la junta, lloraría y temblaría físicamente.

Cinco años después Roger sintió que estaba en el punto de ruptura. Hasta se tomó el verano de vacaciones —sin paga— en total desesperación. Pero sin provecho alguno. «Fue un verano desperdiciado. No busqué al Señor. No busqué ayuda alguna. Ni siquiera supe hacia dónde volverme», dice hoy.

Las cosas continuaron declinando para Roger. La asistencia crecía, y mucha gente estaba ahora junto a él, pero las finanzas estaban apretadas y las relaciones con la junta de la iglesia empeoraron. «Toda crítica y todo malentendido llegaban como si fueran un golpe fatal contra mí en lo personal» dijo.

El problema de Roger finalmente lo agotó. Las presiones lo llevaron a anunciar su renuncia sin ningún ingreso previsible, ningún paquete compensatorio, ninguna transición, ningún consejo y ningún residuo de fortaleza emocional. Se sintió desgraciado, fracasado.

«Qué había fallado? Roger era emocionalmente inmaduro. Las frecuentes mudadas de su familia le enseñaron cómo conocer gente pero

no como vincularse a ellas. Cuantas veces buscaba un nivel más profundo de discipulado, se sentía rechazado —con solo unas pocas excepciones— y se le decía: «Debías ya tener en orden tu vida». Así que permitió a la cámara secreta de su corazón crecer, hacerse más oscura y quedar bien protegida de todo el mundo, su esposa a la larga incluida.

«Aprendí a guardar mis problemas más hondo», reconoce. «Yo no estaba emocionalmente sano. Para mí la iglesia siempre fue un lugar donde sentí que necesitaba ser cauteloso sobre las cosas más profundas y oscuras de mi ser. Nunca fue un lugar seguro».

La triste realidad es que ni su vida, ni las iglesias a las que sirvió, ni aun sus relaciones hogareñas fueron sanas. Roger regresará algún día, creo, a un importante liderazgo pastoral, pero por ahora hace lo correcto al invitar a Dios a poner su casa en orden: en lo personal, en el hogar y en las relaciones íntimas con otros.

Falsos modelos de la casa a la iglesia

Recuerdo mis primeros años como obrero de un equipo de InterVarsity en un campo universitario y después mientras viajaba alrededor del país hablando en conferencias de crecimiento eclesial, asombrado por las vidas interiores de muchos líderes y pastores de nuestras iglesias. Demasiado comunes eran las actitudes negativas, el orgullo, la susceptibilidad, los programas frenéticos, la obsesión con el trabajo, la avidez por iglesias de mayor impacto (lo cual es idolatría; véase Colosenses 3:5), y una estela de esposas solitarias. Sentí que ya era demasiado. En los primeros días, creí que ello era simplemente una aberración, una rara ocurrencia. Con el tiempo, sin embargo, me di cuenta de que era la norma.

Decidí que yo sería diferente. ¡El único problema es que no sabía cómo!

La estabilidad emocional de los hogares americanos está en el punto más bajo de todos los tiempos. En los Estados Unidos, en el momento en que esto se escribe, la mitad de todos los matrimonios terminan en divorcio.³ Lo que quizás impresiona más es que la tasa de divorcios en varios estados tradicionalmente conocidos como el Cinturón Bíblico está entre las más altas del país.⁴ George Barna ha documentado que la tasa de divorcios reciente para personas que se describen a sí mismas como cristianas es aún mayor que para el público en general.⁵

Aun entre los líderes cristianos el colapso del hogar es impresionantemente elevado. Asombra más que a menudo se sorprenda a un líder

cristiano en una aventura, con una prostituta, en una adicción pornográfica o en una situación descontrolada igualmente destructiva. Demasiados siguen adelante como si nada hubiera sucedido.

Para encontrar la clave de lo que puede estar descompuesto en situaciones como esta, considere el ejemplo de alguien que decidió hablar sinceramente sobre su mundo interior. En enero de 2002, el hombre ampliamente considerado como el padre de los ministerios a matrimonios cristianos —Ray Mosholder, de *Marriage Plus Ministries*— solicitó el divorcio de su esposa de cuarenta y dos años y anunció planes de volver a casarse. Este líder cristiano ampliamente respetado, a cuyo ministerio se le accredita haber salvado más de once mil parejas del divorcio, tenía una audiencia de millones en sus programas de radio y televisión.

Anunció la noticia de la ruptura de su matrimonio en una carta a sus partidarios, haciendo referencia a la «historia del zapatero que estaba tan ocupado que su propia esposa tenía que andar sin zapatos». «He sido ese zapatero. No tengo excusa que dar», añadió.

Sin embargo, ni su esposa ni sus hijos pudieron impedir que anunciara los planes de casarse con otra mujer tan pronto como el divorcio se hizo efectivo. Insistió que no estaba alejándose de Dios; estaba meramente dejando a la creyente esposa con quien había estado casado cuarenta y dos años.

La afirmación más triste de todas fue algo más que incluyó en la carta a sus contribuyentes: Reconoció ser «a menudo hipócrita cuando hablé de lo maravilloso que era [nuestro matrimonio]. Lo que enseñé era verdad; sin embargo, parecía que nunca fuimos capaces de aplicarlo en nuestro matrimonio».⁶

¿Por qué? Creo que afirmaciones como las de Mosholder y ejemplos como los de El Apóstol, Bob Pierce y Roger de la Fraternidad Nueva Vida todosemanan de falsos paradigmas (o modelos) del discipulado cristiano.

El «cariñoso» grupo pequeño que fracasó

Cuando comenzamos la Fraternidad Nueva Vida en septiembre de 1987, estábamos decididos a desarrollar pequeños grupos como parte integral de nuestra estrategia de creación de comunidades y discipulado. Invertimos mucha energía entrenando líderes en habilidades tales como dirigir un estudio bíblico, facilitar la adoración, crear comunidades, alcanzar a sus vecinos y orar con efectividad, así como la manera de

delegar y entender las temporadas de un pequeño grupo. Preparamos un manual de setenta y cinco páginas con ayudas para «líderes de pequeños grupos» y uno de veintinueve páginas para supervisores de estos grupos. Cuando miro hacia atrás ahora, todas eran habilidades «por encima de lo común». La siguiente historia demuestra los límites y lagunas de nuestra estrategia.

A principios de la década de 1990, Bob y Carol, una pareja con un desarrollado don de hospitalidad, dirigía uno de nuestros pequeños grupos. Su pequeño grupo floreció, con un promedio de asistencia de quince personas cada viernes en la noche. Los participantes adoraban. Oraban el uno por el otro. Estudiaban la Escritura. Pasaban tiempo juntos aparte de las reuniones del grupo. Disfrutaban de una comida en conjunto cada semana. «Al principio», apunta Bob, «yo los hubiera descrito como un grupo muy cariñoso».

Las grietas comenzaron a aparecer cuando Millie, una miembro del grupo, informó una noche a otras dos mujeres sobre una «supuesta» aventura amorosa que se desarrollaba entre dos personas de otro pequeño grupo de Nueva Vida. Estaban legítimamente preocupadas y ansiosas, y buscaron ayuda. Estas mujeres se lo contaron entonces a sus esposos, quienes a la larga informaron a Bob. Este estaba asombrado de que el rumor estuviera circulando al mismo tiempo que el grupo de ellos estudiaba Santiago 3 y el poder de la lengua tanto para el bien como para el mal.

Bob le habló a Millie y a los otros, asumiendo que el chisme entonces cesaría. En realidad lo barrieron simplemente bajo la alfombra, sin que nadie hablara directa y sinceramente sobre la alegada indiscreción moral.

La grieta se expandió y la cosas llegaron al fondo cuando Millie le informó a Bob que John, otro miembro del grupo, estaba convencido de que la mujer de Bob tenía una aventura. John había confiado en Millie, encargándose de que tuviera el coraje y la habilidad de ir ante Bob con su sospecha. Acudían a Bob, así reclamaban, a causa de una preocupación legítima.

Por esta época cierto número de conflictos cada vez mayores se desarrollaba entre los miembros del grupo. Los conflictos se esparcen como un cáncer cuando no se los trata. El cáncer de este grupo se espació rápidamente y mortalmente.

«Pensé que estaba edificando a la gente en la Palabra de Dios», dijo Bob. «Por último me di cuenta que no había edificado nada.»

Bob, abrumado por las acusaciones y de cómo habían sido tratadas de forma tan poco bíblica, estaba conmovido hasta el alma. Esto no solo revelaba la falta de madurez del grupo sino grietas en su propio matrimonio y vida que necesitaban ser atendidas. Bob se dio cuenta, por ejemplo, que se había extralimitado ayudando a otras personas después del trabajo y se había vuelto emocionalmente inaccesible para su propia familia. Tomaría casi dos años sanar su matrimonio.

«Pensé que estaba edificando a la gente en la Palabra de Dios», dijo Bob. «Por último me di cuenta que no había edificado nada. La gente pedía perdón y desaparecería. Nosotros hablaríamos de la Biblia, pero no sabíamos cómo vivir lo que aprendimos».

En el tránscurso de unos breves tres meses, este «cariñoso» grupo estaba diezmado por todas las heridas no sanadas. La gente se dispersó. Millie y su esposo dejaron la iglesia y pronto se mudaron fuera del estado.

Identifique los componentes emocionales de la madurez espiritual

Pese a nuestro gran énfasis y los esfuerzos invertidos en el entrenamiento del liderazgo de pequeños grupos, no comprendimos el lugar indispensable que ocupan los componentes emocionales en la promoción de la madurez espiritual. Nuestro modelo de discipulado no incluía el crecimiento de la infancia emocional o adolescencia hacia la adultez emocional. La solución de un conflicto, por ejemplo, no tiene que ver simplemente con la aplicación de unos simples pasos. Hacerlo de una forma bíblica requiere no solo que usted conozca Mateo 18:15-18, sino también que usted sea una persona sana emocionalmente.

Bob y Carol, desilusionados, pronto abandonaron la iglesia. Les tomaría cuatro años regresar y comenzar a confiar de nuevo en la iglesia. Cuando Bob reflexionó más tarde sobre lo que había ocurrido, dijo: «No sabíamos lo que hacíamos». Tenía razón. Ellos, junto con nosotros en el liderazgo principal, no tenían la madurez emocional/espiritual o el entrenamiento para ir debajo de la superficie de una manera tal que guiaría a este grupo a través de estos conflictos hacia una mayor madurez en Cristo.

«Pensé que estaba edificando a la gente en la Palabra de Dios», dijo Bob. «Por último me di cuenta que no había edificado nada.»

Bob y Carol sirven ahora en un pequeño grupo de Nueva Vida. Cuando le pregunté a él cuál era la diferencia entre entonces y ahora, respondió: «Pastor Pete, no fuimos realmente sinceros sobre lo que sucedía dentro de nosotros. Todo estaba en la superficie. El grupo en que estoy ahora es muy diferente. Me parece que tiene que ver con la presencia de gente madura en el grupo, lo que hace que sea tan seguro estar en el grupo y hablar con tanta libertad».

En aquel momento supimos que algo estaba mal con nuestro desarrollo de líderes de pequeños grupos y la edificación de comunidades sanas, pero no sabíamos cuál era el problema. Pero como dije en el comienzo del capítulo 1, *según van los líderes, así va la iglesia*. No podemos hacer crecer una iglesia emocionalmente sana si nosotros mismos no atendemos los temas que están debajo de la superficie de nuestras vidas.

La parte 2 de este libro explora un fundamento bíblico para este nuevo y desesperadamente necesario paradigma del discipulado.

Parte 2



Base bíblica para un nuevo paradigma del discipulado

CAPÍTULO 3

LA PRÓXIMA FRONTERA DEL DISCIPULADO: LA SALUD EMOCIONAL



Con solo un soplo, Dios nos hizo humanos. A pesar de eso, de alguna manera, todavía hoy descartamos la porción emocional de lo que somos, la consideramos sospechosa, irrelevante, de importancia secundaria. Los modelos contemporáneos de discipulado exaltan lo espiritual sobre los componentes físicos, emocionales, sociales e intelectuales de lo que somos. Sin embargo, en ninguna parte una buena teología bíblica permite tal división.

La revolución copernicana que hoy se necesita

Durante casi 1.400 años se aceptaba universalmente y «estaba matemáticamente probado», que la tierra era el centro del universo. ¿No lo había demostrado Tolomeo, el gran astrónomo griego de la antigüedad? Todo el mundo aceptaba como un hecho que el sol y el universo giraban alrededor de la tierra. Entonces Copérnico, un científico polaco del siglo dieciséis, cuestionó esa suposición y a continuación lo hizo Galileo. Ellos vieron los problemas y las incongruencias de esta cosmología tradicional y ofrecieron un paradigma radicalmente nuevo. En sus análisis, la tierra era simplemente uno de los muchos planetas que orbitaban en torno al sol en un vasto universo. Galileo fue aun más lejos, al decir que el propio sol es solo un actor pequeño dentro de un innumerable número de galaxias.

Este nuevo paradigma o visión de la realidad sacudió los cimientos de cómo la sociedad y la iglesia se veían a sí mismas. Era profundamente perturbador reconocer que las personas eran solo un pequeño pedacito dentro de una vasta galaxia. Por esa sacrílega manera de mirar el universo y sus implicaciones sobre la fe de la gente, Galileo fue llamado a Roma, encontrado «eminente sospechoso de herejía» y a la postre condenado a arresto domiciliario de por vida. También se le prohibió publicar. (¡Salió bastante bien según las normas de esta época!)

El cambio del cuadro del mundo de Tolomeo a Copérnico resultó de la prueba de que la antigua manera de ver las cosas ya no era adecuada. Mientras más estudiaba Galileo el movimiento de las estrellas y planetas a la luz del sistema de Tolomeo, más se evidenciaba que este no era cierto. Desde ese momento en adelante, todo el mundo comenzó a mirar el universo con un nuevo par de espejuelos. Todo tipo de información y datos anteriores se podían ahora considerar y analizar de nuevas formas. Un cambio como este hacia un nuevo modelo o paradigma se puede considerar un tipo de conversión.

No es posible que un cristiano sea espiritualmente maduro mientras se mantiene emocionalmente inmaduro.

Uso el término *paradigma* intencionalmente. Fue popularizado por Thomas Kuhn en su libro, *The Structure of Scientific Revolutions* («La estructura de las revoluciones científicas»).¹ Este define un paradigma como una forma de ver la realidad y pensar sobre ella. Son los lentes, el filtro a través del cual interpretamos los datos y la información de nuestras vidas. Para Kuhn, las revoluciones en el pensamiento científico solo pueden acaecer cuando la gente es capaz de superar un viejo patrón de ver y pensar en algo nuevo.

Hoy todavía utilizamos la frase *revolución copernicana* para describir una manera completamente nueva de ver la vida, una que sacude los cimientos de cómo sentimos, pensamos o vemos algo. Creo que la tesis de este libro —que la salud emocional y la salud espiritual son inseparables— equivaldrá a una revolución copernicana para muchos en la comunidad cristiana.² No es posible que un cristiano sea espiritualmente maduro mientras se mantiene emocionalmente inmaduro.

Sin embargo, por alguna razón, la gran mayoría de cristianos hoy vive como si los dos conceptos no estuvieran relacionados. Nuestras

normas de lo que significa ser «espiritual» evaden totalmente muchas incongruencias manifiestas. Hemos aprendido a aceptar que:

- Usted puede ser un predicador de Dios dotado y dinámico en público y un esposo y padre poco cariñoso en casa.
- Puede funcionar como miembro de la junta eclesial o pastor y ser incapaz de aprender, inseguro y apologético.
- Puede memorizar libros enteros del Nuevo Testamento y aun no tener conciencia de su depresión e ira e inclusive proyectarlas sobre otras personas.
- Puede ayunar y orar medio día a la semana durante años como una disciplina espiritual y criticar constantemente a otros, justificándolo como discernimiento.
- Puede dirigir cientos de personas en un ministerio cristiano guiado por una profunda necesidad personal de compensar una modesta sensación de fracaso.
- Puede implorar liberación del dominio del demonio cuando en realidad está simplemente evitando un conflicto, repitiendo un insano patrón de conducta que se remonta al hogar en el que usted creció.
- Puede ser exteriormente cooperativo en la iglesia pero tratar inconscientemente de socavar o derrotar a su supervisor llegando habitualmente tarde, olvidando constantemente las reuniones, retirándose y volviéndose apático, o ignorando la cuestión real que se esconde tras el porqué está usted ofendido y molesto.

Platón en la iglesia

¿De dónde sacamos la idea que la madurez espiritual se puede alcanzar aparte de una integración de los aspectos emocionales de lo que somos? ¿De dónde proviene el sutil prejuicio que coloca lo espiritual sobre los componentes físico, emocional, social e intelectual de lo que somos?

La respuesta es compleja pero podemos resumirla simplemente como

Se ha filtrado en nuestras iglesias un mensaje sutil: Ser humano, emocional, de alguna manera es pecaminoso, o por lo menos inferior que espiritual.

la influencia del filósofo griego Platón, que vivió varios cientos de años antes de Cristo. Su influencia a través de una serie de personas en la historia de la iglesia tales como Agustín continúa impactándonos hoy.

El mensaje tácito en muchas de nuestras iglesias es: «El cuerpo es malo. El espíritu es bueno». De algún modo, se ha filtrado en nuestras iglesias un mensaje sutil: Ser humano, emocional, de alguna manera es pecaminoso, o por lo menos inferior que espiritual. Esto viene mucho más del platonismo y el gnosticismo que de las Santas Escrituras.³

La mayoría de las personas, cuando se les pregunta lo que significa ser creado a imagen de Dios (Génesis 1:26-27; 5:1; 9:6; Salmo 8:5; Romanos 8:29; 1 Corintios 11:7; 15:49; Efesios 4:24; Colosenses 1:15; 3:18; 1 Juan 3:2), se centran solo en nuestros aspectos espirituales. Nosotros pensamos en modelar nuestras vidas según Jesús en áreas tales como la oración, la Palabra, el servicio, la entrega y la adoración.

El único problema es que somos algo más que seres espirituales.

Negar cualquier aspecto de lo que significa ser una persona íntegra hecha a imagen de Dios trae consigo consecuencias catastróficas y de largo alcance, especialmente la tendencia a separar la salud emocional y la espiritual. Insanas tendencias son inevitables cuando fallamos a la hora de comprendernos a nosotros mismos como gente íntegra, hecha a la imagen de Dios nuestro Creador.

Esta imagen de Dios en nosotros incluye muchas dimensiones: física, social, emocional, intelectual y espiritual. *Sin embargo, por alguna razón se exalta nuestro espíritu sobre los otros aspectos centrales que nos hacen humanos.* Ignoramos:

- *Lo físico:* «¿Quién tiene tiempo de hacer ejercicios o de comer lo adecuado o de descansar lo suficiente?»
- *Lo social:* «No se preocupe de esas amistades. ¿Quién tiene tiempo para dedicárselo a buenas amistades y otras personas importantes? Tendrá tiempo para festejar en el cielo».
- *Lo intelectual:* «Tenga cautela a la hora de desarrollar su mente a todo su potencial. Terminará sin sentimientos para Dios. De cualquier manera, ¿quién tiene tiempo para reflexionar?»
- *Lo emocional:* «Pareciera que cuando uno hace caso a sus sentimientos, se confunde más y se aleja de Dios».

Con el tiempo, este paradigma que no es bíblico condujo a una actitud que consideraba los sentimientos y emociones como opuestos al Espíritu

(especialmente la ira, que se convirtió en uno de los siete pecados capitales, pese al «airaos, pero no pequéis» y «lento para la ira», enseñanzas de la Escritura). En la mente de muchos hoy en día, la represión de los sentimientos y emociones se ha elevado a un nivel de Espíritu o virtud. Negar la ira, ignorar el dolor, escamotear la depresión, huir de la soledad, obviar dudas que confunden y desconectar nuestra sexualidad se ha convertido en una forma de vida espiritual.

En *The Cry of the Soul* («El grito del alma»), Dan Allender y Tremper Longman describen por qué es tan importante escuchar y ocuparse, de nuestras emociones:

Ignorar nuestras emociones es volverle la espalda a la realidad; escuchar a nuestras emociones nos introduce en la realidad. Y en la realidad es dónde encontramos a Dios... *Las emociones son el lenguaje del alma.* Son el grito que le dan una voz al corazón... Sin embargo, a veces nos hacemos los sordos a través de un rechazo emocional, la distorsión, o desvinculación. Nos sacudimos de *cualquier cosa perturbadora a fin de conseguir un tenue control* de nuestro mundo interior. Nos atemoriza y avergüenza lo que se filtra en nuestros sentidos. *Al desestimar nuestras intensas emociones, nos engañamos a nosotros mismos y perdemos una maravillosa oportunidad para conocer a Dios.* Olvidamos que el cambio viene a través de la sinceridad brutal y la indefensión delante de Dios.⁴ (énfasis añadido)

Este paradigma que no es bíblico condujo a una actitud que consideraba los sentimientos y emociones como opuestos al Espíritu.

Jesús: Dios y humano

Una forma en que crezco espiritualmente es haciendo anotaciones en un diario privado. Dejo constancia de mis pensamientos, oraciones y discernimientos desde la perspectiva de Dios. En la preparación de este libro, pasé todo un día releyendo los diarios que cubrían un período de quince años de mi vida. La primera dura lección que advertí fue cuánta resistencia sufrí para ver y aceptar el nuevo paradigma de la salud

emocional como inseparable de la espiritualidad: más de dos años de intensa labor y tormentos!

A lo largo de mi jornada cristiana, continuamente di testimonio del Dios llamado Jesús. El problema era que contadas veces consideré al ser humano llamado Jesús, ni a mi propia humanidad, en lo que a ello respecta. Mis anotaciones en el diario y oraciones escritas confirmaban que el Jesús que adoraba y seguía durante los primeros diecisiete años de mi vida cristiana no era muy humano. Tampoco lo era yo.

Una de las primeras herejías en la iglesia fue el docetismo, la creencia de que Cristo no se había vuelto humano en realidad debido a las infranqueables diferencias entre el mundo divino y el humano. Por lo tanto, algunos pensaban que Jesús solo *parecía* ser humano pero que de hecho nunca se despojó de su divina naturaleza o esencia.⁵ Aunque no creía en una noción antibíblica como esa, mi vida en Dios no respaldaba lo que yo profesaba. Ignoraba mis limitaciones humanas y me arrastraba como un desarapado para hacer más y más por Dios. Evitaba los sentimientos negativos tales como la ira o la depresión al considerarlos contrarios a Dios. Caí en la trampa de vivir como si pasarse todo el día en oración y en la lectura de la Palabra eran cosas más espirituales que limpiar la casa, lavar o cuidar de los niños.

En el concilio de Calcedonia en 451 d.C., los líderes de la iglesia declararon que Jesús era enteramente Dios y enteramente humano, una extendida e histórica interpretación de la Escritura que yo también comparto. El concilio declaró que Dios visitó nuestro planeta cuando la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1:14). Definieron la relación de las dos naturalezas de Cristo como vinculadas pero sin confusión ni división.⁶

El Jesús que yo adoraba, por contraste, era mucho más Dios y mucho menos un hombre. Nunca comprendí, por ejemplo, el relato de Jesús en el

huerto de Getsemaní. Aquí vemos un Jesús completamente humano: deprimido emocionalmente, mentalmente confundido y espiritualmente abrumado. Está siendo empujado al borde de sus límites humanos. Lo vemos caer a tierra y «como estaba angustiado, se puso a orar con más fervor y su sudor era como gotas de sangre que caían a tierra» (Lucas 22:44). Nunca consideré que Jesús estuviera bajo este tipo de

Lo que me preocupa es los numerosos líderes cristianos con que me encuentro que están emocionalmente aletargados.

estrés emocional. No extraña que algunos rechacen esta lucha carnal, humana, al no estar Jesús ciento por ciento seguro de la voluntad de Dios.⁷

Lo que me preocupa es los numerosos líderes cristianos con que me encuentro que están emocionalmente aletargados. No están conscientes de nada que pueda llamarse sentimientos o emociones. Cuando usted les pregunta cómo se sienten, puede que usen la frase «me siento», pero en realidad sólo se refieren a un hecho o a lo que piensan. Sus emociones están congeladas. Su lenguaje corporal, tono de voz y expresión facial indican que las emociones están presentes, pero no están lo suficientemente conscientes aun para identificarlas. Hasta para aquellos de nosotros que somos tipos «sensibles», a menudo no estamos conscientes de las profundidades que subyacen tras nuestras emociones.

Nuestro mundo exterior e interior

Era un impostor y no lo sabía. Como la mayoría de la gente en el liderazgo cristiano, me esforcé por ser un cristiano consagrado y amoroso. Procuré servir a las personas, perdonarlas, humillarme a mí mismo y estar alegre. El problema es que me sentía desdichado la mayor parte del tiempo y era incapaz de reconocerlo ante nadie, incluyendo yo mismo.

No podía colocarme en posición de creerlo. Mi mundo interior no estaba sincronizado con mi conducta exterior. La Biblia tiene una palabra para esta brecha, una palabra que Jesús dirigió repetidamente a los líderes religiosos: hipocresía (véase Mateo 23). Esta significa literalmente «hacer teatro».⁸ Lo particularmente temible es que a menudo en nuestras iglesias se enseña y se espera este «teatro». El resultado es que una enorme cantidad de personas está totalmente inconsciente de la dicotomía entre sus mundos interior y exterior.

Por mundo exterior, me refiero a las personas con las que nos relacionamos y las cosas que ocurren a nuestro alrededor. Nuestro mundo interior es lo que sucede dentro de nosotros. Este interior representa lo que sentimos, valoramos, honramos, estimamos, amamos, odiamos y lo que creemos.

Amar de verdad a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas requiere no solo que conozcamos a Dios sino también nuestro interior, la naturaleza de nuestro propio corazón, alma y mente. La comprensión de ese mundo de sentimientos, pensamientos, deseos y esperanzas con toda su riqueza y complejidad es un trabajo duro. También lleva tiempo, mucho tiempo.

Nuestro gran dilema y el mío por años, es que estaba muy ocupado edificando una iglesia mayor y buscando vías para lograr un mayor impacto. ¿Quién tiene tiempo para este tipo de mórbida introspección? ¿El tiempo dedicado a la reflexión no frenaría la obra de Dios? ¿Qué cosa buena para Dios o los demás podría salir de darle palmaditas a mis expectativas, deseos y temores inconscientes o no identificados?

Es doloroso dar el primer vistazo prolongado y profundo dentro de nuestros corazones. Jeremías 17:9 afirma: «Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?» La razón de esto se remonta a la caída de Adán y Eva en el jardín del Edén. Desde entonces, hemos estado divididos de Dios, separados uno del otro y escindidos internamente dentro de nosotros mismos. Vergüenza, soledad, ocultamiento, autoprotección, mentira y otros quebrantos dejaron su impronta sobre Adán y Eva en Génesis 3. Estas reacciones también caracterizan a cada uno de nosotros que ha vivido desde entonces.

Por esta razón, crecer a semejanza de Cristo requiere trabajo, energía, soportar inconvenientes, tiempo, coraje, solicitud y una sólida comprensión de la gracia de Dios en el evangelio. Creo que esto además contribuye al por qué los límites de la salud emocional han sido en gran medida ignorados en la mayoría de los modelos de discipulado, formación espiritual y consejería en nuestras iglesias y seminarios. Por esto pagamos un elevado precio de atrofia en el crecimiento y discipulado superficial en nuestras iglesias.

Una segunda conversión para mí y nuestro liderazgo

Había pensado originalmente que mi conversión a Jesucristo como Salvador y Señor era mi rendición total. Poco sabía que esto era solo el principio.

Cuando descubrí el vínculo entre la salud espiritual y emocional, había sido cristiano durante casi veinte años. Me sentí como un bebé que comenzaba a gatear de nuevo. Utilizaba músculos y me servía de zonas de mi vida que hasta ahora habían permanecido inexploradas.

Pero mi revolución copernicana había comenzado y no podía darme vuelta. En gran medida me sentí como si traicionara a mis antepasados espirituales, quienes me habían moldeado espiritualmente. Este barco había zarpado y no sabía hacia dónde iba.

Este revolucionario paradigma —la salud emocional y la madurez espiritual son inseparables— era una nueva frontera para mi propio desarrollo personal y para la Fraternidad Nueva Vida. Era una nueva frontera que afectaba todas las áreas de la vida de la iglesia, desde los sermones hasta las reuniones de líderes, desde las clases de consejería a las reuniones dominicales de la junta, al culto dominical. El pequeño, el imperfecto, la semilla de mostaza, el poder de uno solo sobre el grande, el ostentoso, el poder de las masas comenzó a ocupar más y más el centro de la escena.

Permítame ilustrar el oculto y explosivo poder de este nuevo paradigma a propósito de cómo la congregación Nueva Vida y los ancianos desarrollaron uno de nuestros pastores de jóvenes.

Con gran anticipación, la Fraternidad Nueva Vida contrató a Selena como pastora de jóvenes. Poseía múltiples dones, era entusiasta, carismática, cálida, una joven emprendedora, una líder fuerte y una gran maestra con pasión para llegar a los jóvenes. Su esposo, Milton, trabajaba con una organización juvenil semieclesial fuera de Nueva Vida y era un rapero profesional con dos discos compactos grabados. Trajeron una capacidad única para llegar a jóvenes del área urbana en peligro del sistema de hogares sustitutos, ministrar a los jóvenes de hogares cristianos (tales como nuestras hijas) e introducirse en el medio anglo, asiático, hispano y hasta en su propia cultura afroamericana. No era raro, por ejemplo, que Selena se pasara un día en los tribunales defendiendo a uno de nuestros jóvenes en el sistema de hogares sustitutos o que se hiciera cargo de una adolescente embarazada como una alternativa a que la muchacha se hiciera un aborto.

El grupo de jóvenes pronto se convirtió en un conjunto emocionante y floreciente. Muchos jóvenes se hacían cristianos. Algunos se desarrollaban como líderes. ¡El ministerio de Selena y Milton estaban ganando niños para Cristo de una manera que solo podría describirse como poderosa e innovadora!

Sin embargo, el problema era que mientras los números y los éxitos del ministerio crecían, la tensión en sus vidas personal y marital también crecía. Estaba bajo reto la fuerza de sus fundamentos espirituales y emocionales. Selena estaba fuera más y más noches. Ella satisfacía sus necesidades emocionales a través de su éxito como líder, no por su relación en la casa. Milton se resentía de que Selena trajera constantemente muchachos a la casa. Ambos impulsaban sus ministerios, pero se hizo cada vez más obvio que había importantes tensiones no resueltas en su matrimonio.

¿Qué debíamos hacer como junta eclesial y como congregación? En el pasado, cuando el matrimonio de un líder enfrentaba problemas o sufrimientos, habríamos orado por ello y traído consejeros profesionales, pero no habríamos comprendido la amplitud del continuo discipulado que se necesitaba para sus asuntos emocionales.

Nuestro récord hasta el momento había consistido en una mayoría de fracasos. Determinamos que esta vez sería diferente. No oraríamos simplemente y «esperaríamos lo mejor», obviando las tensiones y los riesgos de confrontar la cuestión abierta, sincera y directamente.

Fui directamente a Selena y le pedí que fuera más despacio. No lo hizo. Me reuní con Milton pero no pude penetrar a través de su apatía. Ninguno de ellos procedía de hogares modelo o sanos. Simplemente continuaban por el mismo camino que funcionaba la familia y el matrimonio en sus familias. La verdad, sin embargo, era que Selena actuaba de manera defensiva y tenía adicción por el trabajo, mientras Milton era pasivo-agresivo y solitario.

Los ancianos tenían en este punto una alternativa. ¿Les pedimos que renuncien del equipo o los invitamos a tomar una temporada sabática dirigida a fin de que madurara su matrimonio y entonces restaurarlos para un futuro liderazgo? Mientras oramos y discutimos sobre esta cuestión en nuestras reuniones de ancianos, nos dimos cuenta que lo segundo tomaría, muy probablemente, un año. ¿Qué haríamos con el ministerio de jóvenes entre tanto? ¿Con las familias? Selena habría sufrido ante el racismo y otras resistencias a fin de edificar el grupo de jóvenes. Cualquiera no podía meterse en sus zapatos. ¡Los jóvenes, incluyendo mis propias hijas adolescentes, no querían a nadie más sino a Selena! Para muchos de nuestros jóvenes, el grupo juvenil de Nueva Vida era la única familia que tenían y no estábamos tomando el lugar de los padres. ¿Íbamos nosotros como congregación y liderazgo a decepcionar a los niños y potencialmente contemplar la disminución y desaparición del ministerio de jóvenes, todo para el bien de Selena y Milton?

Los ancianos valientemente dijeron «sí». La congregación aclamó públicamente a Selena y Milton el día que anunciaron sus dificultades y la decisión de crecer a través de ellas. Durante el siguiente año, establecimos una temporada sabática estructurada de manera que ellos pudieran abordar las cuestiones de fondo en sus vidas individual y marital.

Los dos procedían de familias infelices. La madre dominante de Milton había hecho que él evitara los conflictos, especialmente con mujeres fuertes como Selena. Debido al hipercrítico padre de Selena, ella

había erigido una muralla altamente defensiva contra las críticas. Iba a hacer falta un anciano, yo mismo y un consejero cristiano profesional a fin de orientar el proceso de cambio durante el año siguiente para Milton y Selena hasta que ella se reincorporara a nuestro equipo dirigente. Tuvieron que crecer tanto en carácter como en las habilidades necesarias para echar una profunda mirada bajo la superficie de su espiritualidad (cap. 6), para aprender contrición y humildad (cap. 7), para comenzar a vivir con limitaciones (cap. 8), para aceptar las penas y pérdidas del pasado (cap. 9) y para aprender a encarnarse uno en el otro como Jesús (cap. 10).

Milton y Selena fueron valientes, e hicieron grandes cambios en sus vidas ese año. Además de abordar penosas cuestiones personales, se mudaron a una casa nueva y no siguieron trayendo muchachos durante la noche. En cuanto al respeto y los compromisos mutuos, los dos tendieron estrechas fronteras en torno a la privacidad de su matrimonio. Selena se comprometió a quedarse en casa la mayoría de las noches. Comenzaron a comer juntos más regularmente y se pusieron a trabajar para convertirse en *seres* humanos y no meramente en *máquinas* humanas. Los más importante, permitieron que el Espíritu Santo y las Escrituras impactaran el componente emocional de sus personas.

Selena y Milton han crecido tremadamente tanto como individuos como en su matrimonio. Ha sido y continúa siendo un proceso. De ninguna manera han llegado. Las luchas y la tentación de caer en los antiguos patrones destructivos se mantienen. Pero la calidad de su ministerio ahora tiene una profundidad que solo habría podido darse bajo una junta de ancianos emocionalmente sana y una congregación que comprendiera que la salud espiritual y emocional son inseparables.

¿Aceptan todos los cristianos ese nivel de discipulado? ¿Lo acepta usted? Vuelva la página y vea cómo anda usted en cuanto a las cualidades bíblicas que evidencian la salud emocional.

CAPÍTULO 4

INVENTARIO SOBRE LA MADUREZ ESPIRITUAL/EMOCIONAL



El capítulo anterior delineó una base bíblica para un nuevo paradigma del discipulado, uno que incluye la madurez emocional. El siguiente diagnóstico hace lo mismo, pero de una manera práctica y personal.

La salud emocional no es meramente una concepción en la que se debe pensar. Es una vivencia para cuando usted está solo o en estrecha relación con los demás. Tómese unos minutos para reflexionar sobre este simple inventario para tener una idea de donde se encuentra como un discípulo de Jesucristo, tanto en el plano individual como en la iglesia. Le ayudará a saber si su discipulado ha impactado los componentes emocionales de su vida y, si así fuera, en qué medida.

Es natural sentirse inquieto o incómodo en relación con algunas de estas preguntas. Trate de ser lo más receptivo y franco posible. Recuerde que el in-

La salud emocional no es
meramente una
concepción en la que se
debe pensar. Es una
vivencia para cuando usted
está solo o en estrecha
relación con los demás.

ventario no revelará sobre usted nada que sea nuevo para Dios. Tómese un momento para implorar que Dios guíe sus respuestas y lo ayude a recordar que puede atreverse a ser sincero porque Él lo ama entrañable e incondicionalmente.

Debido a limitaciones de espacio, he reducido a un mínimo la parte A. Sospecho que la mayoría de lectores estará mucho más familiarizada con los conceptos aludidos en la Parte A que en la Parte B.

Inventario de la salud emocional/espiritual

Por favor, conteste estas preguntas tan sinceramente como le sea posible.
Utilice el siguiente método para la puntuación:

PARTE A: Formación general y discipulado

1. Me siento confiado de mi adopción como hijo/hija de Dios y rara vez, si acaso, cuestiono que Dios me haya aceptado.
 2. Amo adorar a Dios individualmente así como junto a otros.
 3. Empleo con regularidad suficiente tiempo en la lectura de la Palabra de Dios y la oración.
 4. Siento las singulares formas en que Dios me ha dotado individualmente y uso asiduamente mis dones espirituales para su servicio.
 5. Soy un activo participante dentro de una comunidad con otros creyentes.
 6. Está claro que mi dinero, dones, tiempo y habilidades están completamente a disposición de Dios y no de mí mismo.
 7. De manera consistente doy testimonio de mi fe ante la comunidad y el mundo.

	<i>No muy verdadero</i>	<i>Verdadero a veces</i>	<i>En gran parte verdadero</i>	<i>Muy verdadero</i>
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
TOTAL				

PARTE B: Los componentes emocionales del discipulado

Primer principio: Mire debajo de la superficie

1. Me resulta fácil identificar lo que siento en mi interior (Juan 11:33; Lucas 19:41-44).
 2. Estoy dispuesto a explorar partes de mí mismo antes no conocidas o exploradas, y permitirle a Cristo que me transforme de forma completa (Romanos 7:21-25; Colosenses 3:5-17).
 3. Disfruto estar a solas en quieta meditación con Dios y conmigo mismo (Marcos 1:35; Lucas 6:12).
 4. Puedo hablar con toda libertad de mis emociones, sexualidad, gozo y penas (Salmo 22; Proverbios 5:18-19; Lucas 10:21).
 5. Soy capaz de experimentar y enfrentar la ira de una manera que lleve al crecimiento de los demás y de mí mismo (Efesios 4:25-32).
 6. Soy sincero conmigo mismo (y con una cantidad importante de otras personas) sobre los sentimientos, creencias, dudas, penas y lesiones sufridas bajo la superficie de mi vida (Salmo 73: 88; Jeremías 20:7-18).

TOTAL _____
1 2 3 4
1 2 3 4
1 2 3 4
1 2 3 4
1 2 3 4
TOTAL _____

No muy verdadero
Verdadero a veces
En gran parte verdadero
Muy verdadero

Segundo principio: Quiebre el poder del pasado

7. Resuelvo los conflictos de una manera respetuosa, directa y clara, no como pude haberlo aprendido mientras crecía en mi familia: dolorosas humillaciones, evasiones, escalada de tensiones, o ir ante un tercero en lugar de directamente a la persona implicada (Mateo 18:15-18).

1 2 3 4

8. Me abro paso conscientemente ante el impacto de acontecimientos estremecedores que conformaron mi presente, tales como la muerte de un miembro de la familia, un embarazo inesperado, un divorcio, una adicción, o un desastre financiero de grandes proporciones (Génesis 50:20; Salmo 51).

1 2 3 4

9. Soy capaz de agradecer a Dios todas mis experiencias pasadas, al ver cómo él las ha usado para moldearme excepcionalmente tal como soy (Génesis 50:20; Romanos 8:28-30).

1 2 3 4

10. Puedo ver cómo me han trasmítido ciertos pecados «generacionales» a través de la historia de mi familia, incluidas fallas de carácter, mentiras, secretos, formas de enfrentar el dolor y tendencias insanas en relación con otros (Éxodo 20:5; compare Génesis 20:2; 26:7; 27:19; 37:1-33).

1 2 3 4

11. No necesito la aprobación de otros para sentirme bien conmigo mismo (Proverbios 29:25; Gálatas 1:10).

1 2 3 4

12. Asumo la responsabilidad y la autoría de mi vida pasada en lugar de culpar a otros (Juan 5:5-7).

1 2 3 4

Tercer principio: Viva en contrición y entrega

13. A menudo reconozco que estoy equivocado, y de buena gana pido perdón a otros (Mateo 5:23-24).

1 2 3 4

14. Soy capaz de hablar sin reservas de mis debilidades, fracasos y errores (2 Corintios 12:7-12).

1 2 3 4

15. Otros me describirían con facilidad como abierto, gentil, transparente y accesible (Gálatas 5:22-23; 1 Corintios 13:1-6).

1 2 3 4

16. Los que me rodean dirían que no se me ofende y hiere con facilidad (Mateo 5:39-42; 1 Corintios 13:5).

1 2 3 4

17. Estoy siempre abierto a escuchar y aceptar la crítica constructiva y las reacciones que otros puedan tener sobre mí (Proverbios 10:17; 17:10; 25:12).

1 2 3 4

18. Rara vez soy crítico y juzgo a otros (Mateo 7:1-5).

19. Otros dicen que soy lento para hablar, rápido para escuchar y bueno al ver las cosas desde su perspectiva (Santiago 1:19-20).

No muy verdadero
Verdadero a veces
En gran parte verdadero
Muy verdadero

1 2 3 4

1 2 3 4

TOTAL _____

Cuarto principio: Reciba el don de reconocer las limitaciones

20. Nunca he sido acusado de «querer hacerlo todo» o de morder más de lo que puedo masticar (Mateo 4:1-11).

1 2 3 4

21. Por lo general soy capaz de decir «no» a pedidos y oportunidades que exigen me extralimite (Marcos 6:30-32).

1 2 3 4

22. Reconozco las distintas situaciones en las que la personalidad única que me ha dado Dios puede ser lo mismo una ayuda que un obstáculo a la hora de reaccionar adecuadamente (Salmo 139; Romanos 12:3; 1 Pedro 4:10).

1 2 3 4

23. Para mí es fácil distinguir la diferencia entre ayudar a llevar la carga de otros (Gálatas 6:2) y dejarla pasar de manera que ellos puedan llevar su propia carga (Gálatas 6:5).

1 2 3 4

24. Tengo una buena percepción de mis capacidades emocionales, relacionales, físicas y espirituales, y me retiro conscientemente para descansar y llenar de nuevo mi «tanque de gasolina» (Marcos 1:21-39).

1 2 3 4

25. Los que me rodean dirían que soy bueno al establecer un equilibrio entre familia, descanso, trabajo y diversión en un sentido bíblico (Éxodo 20:8).

1 2 3 4

TOTAL _____

Quinto principio: Acepte la aflicción y las desgracias

26. Confieso abiertamente mis desgracias y desengaños (Salmo 3:1-8; 5:1-12).

1 2 3 4

27. Cuando atravieso una decepción o una desgracia, reflexiono sobre como me siento en lugar de pretender que nada anda mal (2 Samuel 1:4, 17-27; Salmo 51:1-17).

1 2 3 4

28. Me tomo tiempo para condolerme de mis desgracias como David (Salmo 69) y Jesús hicieron (Mateo 26:39; Juan 11:35; 12:27).

1 2 3 4

29. Gente que pasa por grandes dolores y aflicciones tienden a buscarme porque saben que reconozco las desgracias y aflicciones de mi propia vida (2 Corintios 1:3-7).

1 2 3 4

30. Soy capaz de llorar y experimentar tristeza y depresión, explorar las razones que están detrás, y permitirle a Dios obrar en mí a través de ellas (Salmo 42; Mateo 26:36-46).

No muy verdadero
Verdadero a veces
En gran parte verdadero
Muy verdadero

Sexto principio: Haga de la encarnación su modelo para amar adecuadamente

31. Por lo general soy capaz de entrar en el mundo y los sentimientos de otras personas, vinculándome profundamente con ellas y tomándome tiempo para imaginarme lo que se sentiría vivir en sus zapatos (Juan 1:1-14; 2 Corintios 8:9; Filipenses 2:3-5).

1 2 3 4

TOTAL _____

32. La gente que me rodea me describiría como un observador sensible (Proverbios 29:11; Santiago 1:19).

1 2 3 4

33. Tengo una sana impresión de quién soy, del lugar de donde vengo, y de lo que son mis valores, gustos, pasiones, aversiones y cosas por el estilo (Juan 13:3).

1 2 3 4

34. Soy capaz de aceptarme a mí mismo tal cual soy (Juan 13:1-3; Romanos 12:3).

1 2 3 4

35. Soy capaz de establecer profundas relaciones con gente de diferentes procedencias, culturas, razas, niveles de educación y estratos económicos (Juan 4:1-26; Hechos 10—11).

1 2 3 4

36. La gente que me rodea diría que sufro con los que sufren y me regocijo con los que se regocijan (Romanos 12:15).

1 2 3 4

37. Soy bueno a la hora de invitar a las personas para que reajusten y corrijan mis previas conjecturas sobre ellas (Proverbios 20:5; Colosenses 3:12-14).

1 2 3 4

38. Cuando me enfrento a alguien que me ha herido o dañado, hablo más en primera persona («Yo» y «mi») sobre cómo me siento en lugar de hablar en tono acusatorio («tú» o «ellos») sobre lo que se hizo (Proverbios 25:11; Efesios 4:29-32).

1 2 3 4

39. Rara vez juzgo precipitadamente a otros sino que soy un pacificador y un reconciliador (Mateo 7:1-5).

1 2 3 4

40. La gente me describiría como alguien que hace del «amar adecuadamente» mi primera aspiración (Juan 13:34-35; 1 Corintios 13).

1 2 3 4

1 2 3 4

Inventario de resultados

Para cada grupo de preguntas en las páginas 65-68:

- Sume sus respuestas para obtener el total para ese grupo. Escriba sus totales encima de la página 70, como se ilustra en el ejemplo de abajo.
- A continuación, trame sus respuestas y conecte los puntos para crear una gráfica al pie del fragmento de la página 70, siguiendo de nuevo la muestra de abajo.
- Por último, vea la página 71 para encontrar interpretaciones de su nivel de salud emocional en cada área. ¿Qué patrones descubre?

MUESTRA

Parte A

Formación general y discipulado

Preguntas Total
1-7 24/28

Parte B

Primer principio—Mire debajo de la superficie

1-6 20/24

Segundo principio—Quiebre el poder del pasado

7-12 11/24

Tercer principio—Viva en contrición y entrega

13-19 12/28

Cuarto principio—Acepte el don de reconocer las limitaciones

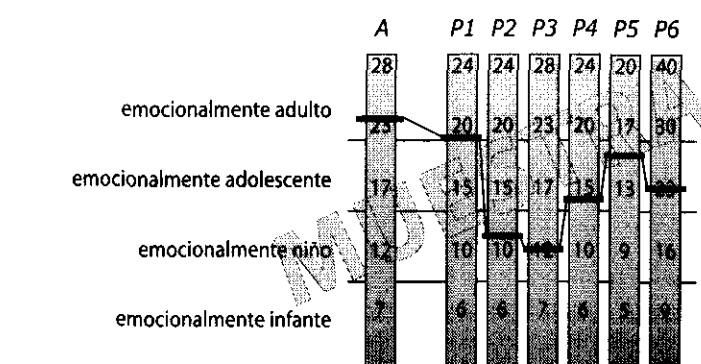
20-25 14/24

Quinto principio—Acepte la aflicción y las desgracias

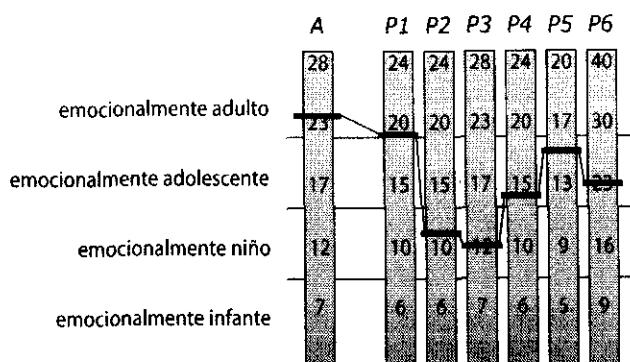
26-30 16/20

Sexto principio—Haga de las limitaciones su modelo para amar adecuadamente

31-40 23/40



	Preguntas	Total
Parte A		
Formación general y discipulado	1-7	/28
Parte B		
Primer principio—Mire debajo de la superficie	1-6	/24
Segundo principio—Quiebre el poder del pasado	1-6	/24
Tercer principio—Viva en contrición y entrega	1-6	/28
Cuarto principio—Acepte el don de reconocer las limitaciones	1-6	/24
Quinto principio—Acepte la aflicción y las desgracias	1-6	/20
Sexto principio—Haga de la encarnación su modelo para vivir adecuadamente	1-6	/40



Guía de interpretación: Niveles de la madurez emocional

Emocionalmente infante. Como un infante físico, busco personas que me cuiden más de lo que yo me ocupo en cuidarlas. A menudo tengo dificultades para describir y experimentar mis sentimientos de forma sana y rara vez entro en el mundo emocional de otros. Me guía constantemente una necesidad de gratificación instantánea, utilizando frecuentemente a otros como objetos para satisfacer mis necesidades, y no estoy consciente de cómo los afecta o hiere mi comportamiento. La gente me percibe a veces como desconsiderado, insensible y egoísta.

Emocionalmente niños. Como un niño físico, cuando la vida me favorece y recibo todas las cosas que quiero y necesito, estoy contento y parezco bien ajustado emocionalmente. Sin embargo, tan pronto como la frustración, el estrés, la tragedia, o la ira entran en escena, me deshago rápidamente por dentro. Interpreto los desacuerdos como una ofensa personal y los demás me hieren fácilmente. Cuando no consigo lo que quiero, me quejo a menudo, escenifico una rabia emocional, me retiro, manipulo, arrastro los pies, me vuelvo sarcástico, o tomo venganza. Tengo dificultades para discutir en calma con otros lo que quiero y espero de ellos de una manera amorosa y madura.

Emocionalmente adolescentes. Como un adolescente físico, conozco las formas correctas en que debo comportarme para «encajar» en la sociedad adulta y madura. Puedo sentirme amenazado y alarmado en lo interno cuando se me dirige una crítica constructiva, y adopto rápidamente una actitud defensiva. Llevo inconscientemente la cuenta del amor que ofrezco, de forma que pueda reclamar algo a cambio en un momento posterior. Cuando estoy en un conflicto, pude que reconozca alguna falta de mi parte, pero insistiré en demostrar la culpabilidad de otros, probando por qué son más culpables. Debido a mi empeño en sobrevivir, tengo problemas para escuchar realmente las penas, los desengaños, o necesidades de otra persona sin preocuparme de mí mismo.

Emocionalmente adultos. Puedo respetar y amar a otros sin tener que cambiarlos, enjuiciarlos o criticarlos. No espero que nadie sea perfecto para satisfacer mis necesidades de relacionarme, ya sea mi esposa, padres, amigos, jefe o pastor. Amo y aprecio a las personas por lo que son como individuos íntegros, lo bueno y lo malo, y no por lo que puedan darme o por cómo se comporten. Asumo responsabilidad por mis propios pensamientos, sentimientos, metas y acciones. Cuando estoy bajo presión, no caigo en una mentalidad de víctima o un juego de quién tiene la culpa. Puedo manifestarle mis propias creencias y valores a aquellos que están en desacuerdo —sin volvérnos adversarios— conmigo. Soy capaz de determinar con exactitud mis limitaciones, fuerzas y debilidades y discutirlas abiertamente con otros. En perfecta sintonía con mis propias emociones y sentimientos, puedo penetrar en el mundo emocional de otros, encontrándome con ellos en el sitio de sus sentimientos, sus necesidades y preocupaciones. Estoy profundamente convencido de que Cristo me ama absolutamente y que no tengo nada que probar.

Se concede permiso a cualquiera que compre este libro para que saque copias de este inventario siempre que no lo cambie o venda a fin de obtener ganancias y se incluya el siguiente crédito: Tomado de Pete Scazzero con Warren Bird, *The Emotionally Healthy Church* (Grand Rapids: Zondervan, 2003). Para más información, póngase en contacto con www.NewLife-Fellowship.org o www.EmotionallyHealthyChurch.com

Parte 3



Seis principios de una iglesia emocionalmente sana

CAPÍTULO 5

PRINCIPIO 1: MIRE DEBAJO DE LA SUPERFICIE



En iglesias emocionalmente sanas, las personas dirigen una profunda y severa mirada dentro de sus corazones y preguntan: «¿Qué ocurre que Jesucristo trata de cambiar?» Ellas comprenden que la vida de una persona es como un iceberg, con la inmensa mayoría de lo que somos sumergida profundamente bajo la superficie. Ellas invitan a Dios a que las haga conscientes y transforme esas capas sumergidas que les impiden asemejarse más a Jesucristo.

Cuando se mira a todas partes menos hacia dentro

En *La Biblia envenenada*, una emocionante novela de Barbara Kingsolver,¹ Nathan Price está entusiasmado y decidido a llevar la Palabra de Dios al Congo Belga. Transcurre el año 1959, y el país africano se halla agitado políticamente. Las amenazas de guerra no asustan a Nathan. Durante los tres meses de penurias que pasó en la Segunda Guerra Mundial, había perdido muchos compañeros en la famosa Marcha de la Muerte de Bataan. Había regresado de la guerra decidido a salvar más almas de las que se habían perdido en la Península de Bataan. El mandato y su compromiso con la Escritura son inequívocos e inflexibles.

Pese a las reservas de su esposa sobre las dificultades de tal empresa, Nathan se la lleva a ella y a sus cuatro hijos a África para radicarse en una pequeña aldea. *La Biblia Envenenada* da a conocer la trágica historia de la familia Price durante los treinta años siguientes alternando los

puntos de vista de Orleanna Price y de sus cuatro hijos. Todos terminan convirtiéndose en víctimas del hecho de que Nathan no se diera una prolongada y severa mirada introspectiva.

Lo más impresionante en la lectura de esta novela es la falta de sensibilidad del predicador consigo mismo, con su esposa, con cada uno de sus cuatro hijos y con la propia gente del Congo. Nunca se toma el tiempo para prestar atención, por ejemplo, a los temores de los nativos de bautizar sus hijos en el río porque este está infestado de cocodrilos. Ni tampoco se le ocurre nunca que en el lenguaje nativo, donde el significado depende de la entonación, cierto término que significa «glorioso, precioso y querido» (cuando se pronuncia con propiedad) significa «venenoso» cuando se pronuncia con un acento americano. Al final de cada sermón grita: «¡Jesús es venenos!», una mala pronunciación de «¡Jesús es glorioso!» Como dice su hija Adah al final de la novela, «Nací de un hombre que creía no poder decir otra cosa que la verdad al dar a conocer para siempre *La Biblia Envenenada*».

Más allá de las duras condiciones de vida y lo incendiario de la situación política, la historia real relata la supervivencia de esta familia al cristianismo de su padre (y la mala teología) que le impedía ser un eficaz amante del pueblo. Es una máquina. Trabaja para Dios con el piloto automático puesto. Es celoso a la hora de ganar almas y hacer el trabajo de Dios.

A Orleanna la han educado para someterse obedientemente a su esposo y es impotente para aliviar el dolor de su nueva vida en el Congo. No es capaz de proteger a sus hijos de las consecuencias de su conducta. Con el tiempo, la más joven muere porque Nathan no quiere evacuarla, pese a los ruegos de su familia y otros misioneros. Al final del libro, el matrimonio de Nathan se desintegra trágicamente mientras él continúa llevando a cabo la obra de Dios. Esa fue la norma familiar de siempre como Orleanna lamenta al principio de su matrimonio:

Nathan habitualmente me pasaba por alto. Si me quejaba de nuestra vida, él seguiría comiendo mientras miraba discretamente en otra dirección, como cuando se ignora a una niña que ha roto intencionalmente sus muñecas y luego lloriquea porque no tiene nada con que jugar. *Para preservar mi salud, aprendí a darle vuelta a las dificultades en zapatillas y a tratar de reparar en sus detalles buenos.*² [énfasis añadido]

Nathan es un caso extremo, y el autor de esta novela ha sido acusado de lanzar acusaciones baratas contra la iglesia.³ El problema es que yo

tengo cierta afinidad con Nathan. De hecho, muchos de nosotros en el liderazgo cristiano puede ser que tengamos más afinidad de lo que estaríamos dispuestos a reconocer por no darnos una severa y profunda mirada introspectiva. Su falta de sensibilidad interna se revela con el tiempo, especialmente cuando sus hijos crecen y su esposa lo abandona. Trágicamente, no hace una introspección ni aun cuando su mundo exterior se desintegra.

Bajo la superficie del iceberg

El verdadero horror es lo fácil que se puede permanecer en una cómoda y distorsionada ilusión sobre nuestras vidas. Es posible que algo no sea cierto, pero nos acostumbramos a ello tanto que lo parece. Otros que viven y trabajan junto a nosotros pueden darse cuenta por lo general de nuestras incongruencias y maniobras defensivas. Sin embargo, pocos tienen el coraje y la habilidad de señalarlas de una forma madura y amorosa.

Durante los primeros quince años de mi vida como cristiano (y los diecinueve anteriores aparte de Jesús), rara vez me tomé tiempo para echar una profunda mirada (como el salmista la llama a veces) a mi interior, mi corazón, o las profundidades de mi alma. Sí, pasaba un promedio de dos o tres horas diarias con Dios en oración, leyendo las Escrituras, escuchando la voz de Dios, confesando mis pecados y escribiendo un diario. Regularmente, me pasaba un día en oración y ayuno en un retiro jesuita cerca de mi casa, y aun lo hago.

Aun así, puedo decir confiado que no me estaba mirando severa y profundamente hacia adentro. ¿Cómo podía ser eso? ¿No le estaba dando a Dios una oportunidad para examinar mi corazón?

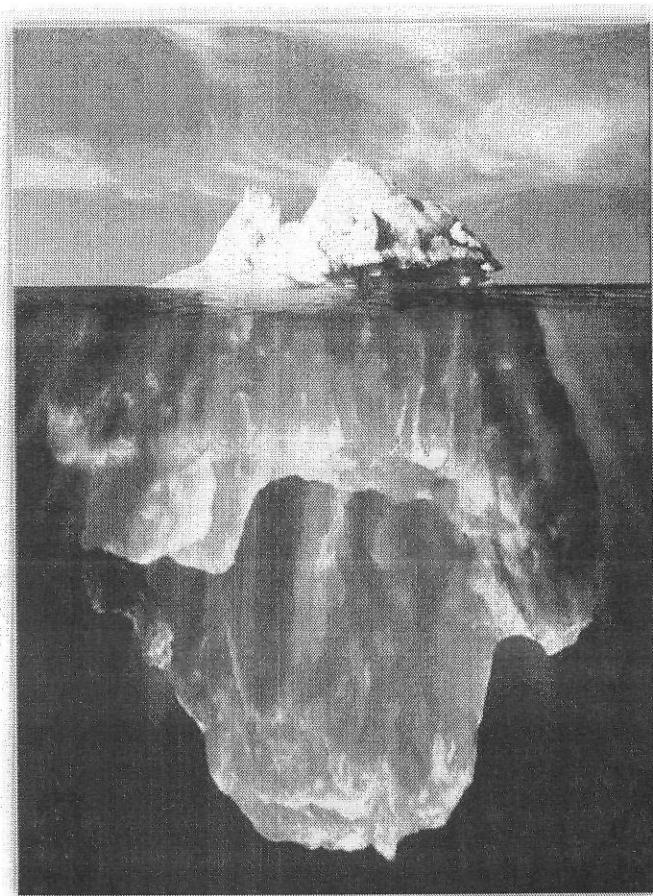
Mi gran preocupación con el llamado a una «mirada interior severa y profunda» es que la mayoría de la gente cree que ya lo están haciendo. Yo lo hice durante años.

Sin embargo, la triste realidad era que Jesús no había transformado los profundos estratos bajo la superficie. Mi vida era como un iceberg,

Durante los primeros quince años de mi vida como cristiano, rara vez me tomé tiempo para echar una profunda mirada a mi corazón.

con muchas pesadas porciones escondidas bajo la superficie el agua. Aunque estaban bajo la superficie, dominaban mi vida visible.

Como ilustra la siguiente fotografía, solo el diez por ciento de un iceberg se ve en la superficie. Esa es la parte de nuestra vida de la que estamos conscientes. Note, sin embargo, que el Titanic se hundió porque chocó con una parte del noventa por ciento de un iceberg sumergido. La mayoría de los líderes naufragan o viven de forma inconstante debido a fuerzas y motivaciones que están debajo de la superficie de sus vidas, que nunca siquiera han considerado.



Los seres humanos, como los icebergs, tienen muchos estratos profundos bajo la superficie

Salomón lo dijo bien: «Por sobre todas las cosas guarda tu corazón, porque de él mana la vida» (Proverbios 4:23). Puede ser temible confiar en la gracia y el amor de Dios a fin de mirar hacia adentro profundamente. La mayoría de nosotros no sabemos cómo. Yo sé que no lo hice.

El ya fallecido Dag Hammarskjöld, en una ocasión secretario general de las Naciones Unidas, sugirió que nos hemos vuelto adeptos a explorar el espacio exterior, pero que no hemos desarrollado similares habilidades para explorar nuestros propios espacios interiores. Escribió: «La mayor jornada de cualquier persona es la jornada interior». La mayoría de nosotros se siente mucho más preparada para manipular objetos, controlar situaciones y «hacer» cosas que para realizar una muy prolongada jornada interior.

Penosa sinceridad

Lo que hablo *exige una sinceridad desnuda, penosa*. La verdad, dijo Jesús, los hará libres (Juan 8:32). La sinceridad requiere mirar de lleno a toda la verdad. La llamo «desnuda» porque igual que Adán y Eva en el Jardín del Edén, preferimos escondernos de la verdad y protegernos a nosotros mismos en lugar de salir al descubierto, desnudos ante Dios. Este ha sido un problema del pecado desde el comienzo de los tiempos (Génesis 3:1-19). Es «penoso» porque, mientras la verdad nos libera al final y nos acerca a Dios, al principio esto es algo que preferiríamos evitar.

Una de las pugnas en *Viaje del Aurora*, de las Crónicas de Narnia de C. S. Lewis, describe lo que se siente al seguir a Dios cuando se mira severa y profundamente hacia adentro. Eustaquio, un muchacho, se convierte en un enorme y horrible dragón como consecuencia de ser egoísta, testarudo e incrédulo. Quiere cambiar y volver a ser un muchacho, pero no puede hacerlo por sí mismo. Llegado el momento, el gran león Aslan (que representa a Jesús) se le aparece y lo conduce a un maravilloso manantial para que se bañe. Pero como es un dragón, no puede entrar al manantial.

Aslan le dice que se desvista. Eustaquio recuerda que se puede despojar de la piel como una serpiente. Se quita una capa, la deja caer al suelo y se siente mejor. Entonces, mientras se mueve hacia el estanque, se da cuenta que todavía tiene otra capa dura, áspera y escamosa encima. Frustrado,

adolorido y ansioso de llegar a ese bello baño, se pregunta a sí mismo: «¿De cuánta piel debo despojarme?»

Después de tres capas, se rinde, dándose cuenta que no puede hacerlo. Aslan dice entonces: «Tendrás que dejar que te desnude». A lo que Eustaquio replica:

Tenía miedo de sus garras, te puedo decir, pero ya estaba poco menos que desesperado. De manera que me dejé caer de espalda y dejé que él lo hiciera. La primera desgarradura que hizo fue tan profunda que pensé me había llegado directamente al corazón. Y cuando comenzó a tirar de la piel, dolíó más que cualquier cosa que antes hubiera sentido... Despellejó las cosas bestiales —tal como pensé que lo había hecho yo mismo las otras tres veces; únicamente que no habían dolido— y ahí yacían sobre la yerba; solo que eran mucho más gruesas y oscuras, y de aspecto más espinoso de lo que habían sido las otras. Y allí estaba yo tan terso y suave... Entonces él me sujetó... y me tiró al agua. Esto provocó un escorzo sin igual pero solo por un momento. Después de eso se hizo perfectamente deliciosa y tan pronto comencé a nadar y chapotear descubrí que todo el dolor de mi brazo había desaparecido. Me convertí en un muchacho de nuevo... Al ratito el león me sacó y me vistió... con sus garras... en estas ropas nuevas que llevo puestas. [Énfasis añadido]⁴

C. S. Lewis lo describe bien: Cuando se va en esta dirección radicalmente nueva se siente como si las garras de Dios fueran tan dentro de nosotros que nos cercenan el corazón.

Dolor: Estímulo para ir debajo de la superficie

Dios utiliza a menudo el dolor para hacernos cambiar. Mi experiencia al trabajar como pastor con personas durante los últimos veinte años me ha convencido de que a menos que haya suficiente malestar y angustia, la mayoría no asumiría la dura tarea de lanzar una severa y profunda mirada hacia adentro. Esto parece que se aplica especialmente a los hombres y mujeres de mediana edad. Se ha dicho correctamente: «Cambiemos nuestro comportamiento cuando la molestia de mantenernos de esa manera se vuelve mayor que la molestia del cambio».⁵

A través del dolor a menudo desarrollamos un ansia de cambios. Decimos: «*Debo lograrlo. Algo debe suceder en mi vida. No puedo continuar “jugando a la iglesia”*». Por un lado, he visto a jóvenes que se entrena para ser líderes, responder espléndidamente y experimentar significativos cambios en sus vidas cuando se les expone a modelos de discipulado que integran la madurez espiritual y emocional. No están en una crisis ni una aflicción extrema, pero maduran y crecen. Por otro lado, parece que hace falta una crisis de extremo quebranto para hacer que también otros de nosotros que hemos estado en la iglesia durante mucho tiempo.

Parece haber una correlación directa entre la intensidad del nivel de malestar en las personas y el nivel de la intensidad que emplearán para dirigir una mirada sincera bajo la superficie de sus vidas. Conozco a muchas personas que han comenzado esta nueva jornada en sus vidas cristianas, pero solo después que su pareja rehusó continuar con la *actual forma de vivir, o después que se hallaron a sí mismos atrapados por* una adicción o un fallo moral. Otros solo llevarán a cabo la ardua labor de comenzar a mirar hacia adentro cuando no les queda otro remedio, como en mi caso. Algunas veces una división o crisis en la iglesia conducirán al liderazgo de una congregación a mirar dentro de sus corazones colectivamente de una forma nueva y más profunda.

En pocas palabras, si quiero profundizar debajo del iceberg de mi ser actual, tengo que estar dispuesto a sufrir las molestias y la aflicción que forman parte de explorar por primera vez nuevas partes de mi mismo... lo bueno, lo malo y lo feo.

Las personas en iglesias emocionalmente sanas se someten a este chequeo regular del corazón. Una vez que han desarrollado la disciplina de hacer esto, sus experiencias moldean la forma en que se acercan al discipulado y a las relaciones en la iglesia en general.

«Qué significa ir debajo de la superficie en su caso y el de otros? Hay dos componentes primordiales: conciencia de lo que usted siente y hace, y hacer la pregunta del «¿por qué?» (motivación).

He visto a jóvenes que se entrena para ser líderes, responder espléndidamente y experimentar significativos cambios en sus vidas cuando se les expone a modelos de discipulado que integran la madurez espiritual y emocional.

1. Desarrollar conciencia de lo que sentimos y hacemos

Jesús tenía plena conciencia de lo que estaba a punto de hacer. En la noche anterior a su arresto, tomó el papel de un siervo y comenzó a lavar los pies de los doce discípulos, aun de Judas. El apóstol Juan anota: «Sabía Jesús que el Padre había puesto todas las cosas bajo su dominio, y que había salido de Dios y a él volvía» (Juan 13:3). Estaba profundamente consciente de quién era y de lo que hacía. Esto le permitía romper con las expectativas de su familia, amigos, discípulos y una cultura religiosa más amplia para seguir el plan único de Dios para su vida. De la misma manera, una profunda conciencia de lo que sentimos y hacemos nos da valor para comenzar una vida diferente (y esperamos que más de acuerdo con la voluntad de Dios) y desarrollar nuevas y más sanas normas en nuestras relaciones.

La Escritura presenta a Jesús como alguien que tuvo intensas y crudas experiencias emocionales y fue capaz de expresar sus emociones ante los demás libremente y sin reservas, seguro de sí mismo. Él no reprimió sus sentimientos ni los proyectó sobre otros. En su lugar, leemos de la responsabilidad de Jesús al experimentar toda la gama de emociones humanas a lo largo de su ministerio terrenal. En el lenguaje de hoy, se le consideraría *emocionalmente inteligente*, un término popularizado por Daniel Goleman hoy en día.⁶

- Jesús se turbó y se conmovió profundamente (Juan 11:33).
- Lloró sobre la tumba de Lázaro y sobre la ciudad de Jerusalén (Juan 11:33-36; Lucas 19:41).
- Se indignó con sus discípulos (Marcos 10:14).
- Se enfureció con el burdo comercialismo en el templo (Juan 2:13-17).
- Se mostró asombrado (Mateo 8:10).
- Tuvo muchos deseos de estar con los doce apóstoles (Lucas 22:15).
- Se compadeció de las viudas, los leprosos y los ciegos (Mateo 20:34; Marcos 1:41; Lucas 7:13).⁷

Jesús vivió de esa manera consigo mismo pero también con otros. Los lectores pueden advertir innumerables incidentes en los evangelios del discernimiento de Jesús de lo que estaba por debajo de las acciones de la gente y actuar entonces según el caso. Por ejemplo, tras limpiar el templo a principios de su ministerio, Jesús no confió en los que creían

en él por sus milagros (Juan 2:23-24) porque sabía lo que había en el iceberg de sus corazones. Vemos a Jesús tratando constantemente de conducir a la gente, especialmente a su pequeña comunidad de doce, debajo de la superficie a fin de transformarlos de adentro hacia afuera.

Para algunos de nosotros, un ejercicio simple pero útil para comenzar el proceso de prestar atención a nuestras emociones es escuchar las reacciones físicas de nuestro cuerpo: un nudo en el estómago, dolor de cabeza a causa de la tensión, un rechinar de los dientes, manos o brazos crispados, las palmas de las manos sudadas, rigidez en el cuello, dar golpes con los pies, o insomnio. Pregúntese a sí mismo: «¿Qué puede estar diciéndome mi cuerpo sobre mis sentimientos en este momento?» Para algunos de nosotros, tomar conciencia de nuestros cuerpos físicos representa un gran paso en la dirección correcta.

El ministerio vacío de Bill

Muchos líderes de la iglesia funcionan con el piloto automático, están demasiado ocupados para contemplar lo que realmente ocurre por fuera y por dentro de sus vidas. La mayoría de los cristianos, temo, tienen conciencia de sí mismos pero no se percatan de sí mismos. Estamos más preocupados sobre lo que piensan otros de nosotros que de luchar con nuestros sentimientos y motivaciones.

Bill se hizo cristiano a través de un ministerio en los terrenos de un colegio y entonces se graduó de un seminario mayor conservador. Al regresar a la ciudad de Nueva York, su lugar de origen, ocupó un empleo como consultor de computación para sostenerse, de forma que pudiera llevar sus enseñanzas y dones administrativos a dar frutos en la iglesia. En este momento estaba casado y tenía cuatro pequeños niños.

Sin embargo, el problema con Bill era que con todos sus dones y habilidades, su ministerio estaba vacío. Daba clases de Biblia y dirigía un pequeño grupo en la Fraternidad Nueva Vida, pero no se sinceraba con nadie.

La Escritura presenta a Jesús como alguien que tuvo intensas y crudas experiencias emocionales y fue capaz de expresar sus emociones ante los demás libremente y sin reservas, seguro de sí mismo.

La mayoría de los cristianos, temo, tienen conciencia de sí mismos pero no se percatan de sí mismos.

que era infeliz en su matrimonio. «De súbito, sentí como si mi vida fuera una gran herida abierta», diría.

Tanto él como su esposa, Ashley, habían experimentado una gran aflicción creciente. Se le había dicho a Ashley constantemente que no tenía derecho a experimentar sus propios sentimientos. Los abusos contra Bill eran de naturaleza emocional y habían partido de los niños del vecindario. «Estuve muy solo durante mi niñez», diría Bill. «Cada vez que salía a unirme con los niños en los juegos del vecindario, se iban corriendo. Quería amistad, pero todo lo que recibía era rechazo». Como resultado, desarrolló una dura corteza exterior, y no permitía que muchas personas conocieran realmente al «verdadero» Bill.

«No hablaba de lo que ocurría en mi interior con nadie, ni siquiera con mi mujer», confesaría Bill. El disgusto en su matrimonio lo forzó por último a reconsiderar lo que podía estar bajo la superficie de su vida y por qué era tan insípido emocionalmente.

Con el tiempo, Bill comprendió la realidad de su propia soledad. Por fin se dio cuenta que había edificado paredes de ladrillo para separarse del barullo y las aflicciones del mundo exterior. «Actuaba como una máquina bien aceitada rodeada de concreto», diría. «Era como un agujero negro emocional, con señales emocionales que se perdían en mi pensamiento extremadamente racional».

Lo que me ha impresionado más observando a Bill es cómo su ministerio con otros se ha ampliado y profundizado junto con el trabajo interior que ha estado realizando en su propio iceberg sumergido.

Su enseñanza y liderazgo en el pequeño grupo durante los dos años siguientes asombró a los miembros del grupo. Bill se volvió transparente y abierto, y hablaba de sus debilidades y esfuerzos por seguir las Escrituras en la casa, el trabajo y la iglesia. En lugar de arreglar los problemas

Cuando se le preguntó al principio sobre la importancia de estar consciente de sus sentimientos, reaccionó vigorosamente: «Usted no puede depender de sus emociones. ¡No puede permitir que sus emociones lo gobiernen!»

Un día el mundo de Bill colapsó cuando su esposa le dijo que no estaba segura de seguirlo queriendo y de

de otros, ahora se relacionaba con ellos al mismo nivel como otro ser humano quebrantado. Muchos de sus juicios críticos se disolvieron cuando tomó conciencia de sus problemas personales.

La metamorfosis fue tan importante que un hombre casado en sus años cuarenta procedente de su pequeño grupo recientemente me dijo: «Me imagino que si Dios puede cambiar a un tipo como Bill y transformarlo en el hombre humilde y devoto que es hoy, está bien que yo lo intente también».

Conciencia o introspección no revelada a otros

Algunos de nosotros creemos que es ambicioso y egoísta prestarle atención a lo que sentimos y hacemos. En mis primeros años como cristiano, escuché pocas —si es que escuché alguna— discusiones sobre la conciencia de los sentimientos como una clave del discipulado. Hay muchas otras cuestiones importantes relacionadas con la maduración en Cristo, pero un examen sincero de nuestras emociones y sentimientos es un aspecto central. Esta mirada interior no es para alentar una introspección no revelada a nadie que alimenta el narcisismo. El propósito supremo es permitir que el evangelio lo transforme por completo, tanto encima como debajo del iceberg. El resultado final será que usted y yo seremos mejores amantes de Dios y de otras personas.

Sin acometer la tarea de tomar conciencia de sus sentimientos y acciones, junto con su impacto sobre los demás, es apenas posible penetrar profundamente en las experiencias vitales de otros. ¿Cómo puede usted entrar en el mundo de algún otro cuando no ha entrado en el suyo propio?

Cuando leo la historia Job discursando delante de Dios, la angustia de Jeremías sobre la palabra de Dios que ardía en su corazón «como un fuego» (Jeremías 20:9), la brega de Moisés en el desierto, o la angustia de David por sentirse abandonado por Dios, observé a líderes de Dios envueltos en la brutal, dolorosa y sincera lucha con emociones y sentimientos, y las realidades dando vuelta a su alrededor. Esa es la razón por la que las historias de sus vidas nos hablan con tanto poder.

¿Cómo puede usted entrar en el mundo de algún otro cuando no ha entrado en el suyo propio?

2. Las preguntas del «por qué» o del «qué sucede»

En el encuentro con la mujer samaritana en el pozo (Juan 4), Jesús la confrontó siempre con la pregunta «por qué». Él descendió bajo la superficie de sus acciones para abordar las cuestiones mayores relacionadas con la vida: ¿Por qué estás en el pozo al medio día? ¿Por qué estás avergonzada? ¿Por qué vas de marido en marido? ¿Qué vacío tratas de llenar?

Ella trató de descarrilar la conversación, manteniéndola en la superficie. De esa forma le preguntó a Jesús sobre el mejor lugar para adorar (Juan 4:20). En su lugar, Jesús la invitó a examinar su vida debajo de la superficie de su iceberg, y a considerar su estilo inmoral de vida como un indicio de su sed insaciable de amor.

Jesús también apuntó a otros dos «por qué». Una vez reprendió a los fariseos y maestros de la ley, a los que apasionaban las cuestiones del comportamiento externo pero no hacían la ardua tarea en su interior. «Escúchenme todos y entiendan esto: Nada de lo que viene de afuera puede contaminar a una persona. Más bien, lo que sale de la persona es lo que contamina» (Marcos 7:14-15). Jesús trató de reorientarlos al «por qué» de su comportamiento, a sus motivaciones y a sus corazones (7:21).

Una vez que empiezo a darme cuenta de lo que hago, de cómo me siento y cómo ello impacta a otros, necesito hacerme a mí mismo las difíciles preguntas del «por qué». Por ejemplo:

- ¿Por qué es que siempre llego tarde a las reuniones, ya sea en la casa o en la iglesia?
- ¿Por qué me afectó tanto que Malita me dijera después de la iglesia el domingo que no sacó nada de mi sermón? (¿O por qué no me lastimó su comentario?)
- ¿Por qué evito a cierta persona?
- ¿Por qué temo esta reunión hoy a las 2 p.m.?
- ¿Por qué es que comienzo a horrorizarme cuando pienso en la reunión con Harry, quien no ha devuelto mis llamadas telefónicas en toda la semana?
- ¿Por qué es que quiero tener éxito a toda costa en mi ministerio? ¿Se debe a una necesidad de probar mi valor y méritos, o es porque soy un buen mayordomo de mis dones y talentos? ¿Qué ocurre bajo la superficie de mi vida?
- ¿Por qué evito confrontar gente difícil en la iglesia? ¿Es porque trato de dar ejemplo de humildad y de pacificador, o es porque no quiero ser rechazado?

- ¿Por qué soy tan estricto respecto a dejarlo todo para contestar llamadas telefónicas y correos electrónicos? ¿Es porque quiero agradar a la gente? ¿Es porque quiero que todos piensen que soy un líder competente?

Hacerse todos estos tipos de preguntas de prueba sobre las profundidades de nuestros corazones es, para decir lo menos, una experiencia incómoda!

En el pasado pasé horas con Dios, implorándole a fin de cumplir mi agenda y planes. Sin embargo, ahora paso mucho más tiempo en un lugar tranquilo a solas con mis sentimientos, luchando con los «por qué» de una manera abierta y contemplativa delante de Dios y escuchándolo a él.

Richard Foster, en su mejor éxito de librería, *Alabanza a la disciplina*, comienza haciendo notar que «la desesperada necesidad de hoy no es un número mayor de personas inteligentes, o dotadas, sino de personas profundas».⁸ Soy un creyente cien por cien en las disciplinas espirituales. Su propósito es que amemos a Dios y a los demás lo mejor posible. Eso requiere que nos convirtamos en discípulos emocionalmente sanos, conscientes y de sentimientos profundos, que hagamos preguntas apropiadas y que seamos entonces reflexivos ante Dios y los demás con este material.

Se necesita valor para preguntarse uno: ¿Qué siento en esta situación? ¿Qué puede estar pasando aquí, especialmente cuando se trata de lo que usualmente calificamos de emociones negativas tales como la ira, la vergüenza, la amargura, el odio, la congoja, los celos, el miedo, o la depresión?

Blaise Pascal escribió: «Todas las miserias de los hombres derivan de no ser capaces de sentarse a solas en una habitación».⁹ Esto supone tomar mis sentimientos y pensamientos sobre el por qué siento de esta forma y traerlos sinceramente ante Dios. Pregunto: «¿Qué representa esto? ¿Qué puedes tú, Dios, estar diciéndome? ¿Qué aprendo sobre mí mismo con esto? ¿Sobre la vida? ¿Sobre otras personas?»

3. El evangelio y la salud emocional

Una vez que comenzamos a mirar bajo la superficie de nuestras vidas (y de las de otros), encontramos un abismo de horror que puede ser alarmante. Como dijo un sabio puritano: «Si Dios nos permitiera ver más del 1% de nuestros pecados, nos caeríamos muertos!»

Descender sobre la superficie de nuestras vidas puede sentirse como si camináramos sobre una cuerda extendida a cincuenta pies sobre el suelo sin tener debajo ninguna malla de seguridad. El evangelio es como la malla de seguridad. Solo él nos da la base para arriesgarnos a encaramarnos en la cuerda a fin de explorar las profundidades de nuestro interior.

El evangelio le dice que usted es más pecador y deficiente de lo nunca se atrevió a creer, pese a que lo aceptan y lo aman más de lo que nunca se atrevió a soñar porque Jesús vivió y murió en su lugar. Un gran intercambio tiene lugar cuando ponemos nuestra confianza y fe en Jesucristo. «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que fuésemos hechos justicia de Dios en él».

Nuestra iglesia celebra reuniones del liderazgo comunitario regularmente para líderes de pequeños grupos, líderes ministeriales y sus aprendices. Nos pasamos dos años juntos estudiando e integrando el evangelio y la salud emocional. Estudiamos Gálatas y Romanos a profundidad, seguidas por un segmento sobre formación personal (p. ej., límites, mapeo familiar, fronteras, etc.) y un segmento sobre desarrollo de habilidades. De esos años ha surgido cierto número de otros sitios de reunión donde relacionamos el evangelio con la salud emocional, tales como grupos pequeños y clases.

Déjeme contarle dos historias populares para ilustrar cómo el evangelio se vincula con mirar debajo de la superficie.

Heather

Amo el evangelio. Antes de haberlo comprendido, pese a que había sido cristiana más de diez años, me escondía de mis penurias, mis actitudes defensivas, mis fracturas, aun de los abusos que sufrí cuando niña. De hecho, siempre estaba escondida: escondiendo mi ira, celos, arrogancia, amor condicionado, quebrantos, errores, debilidades, e inadaptación. Estas cosas no eran aceptables en los círculos cristianos que conocía. No pensaba que me aceptarían o querrían si no era fuerte y me mostraba conforme. ¿Quién me prestaría atención? Tenía que demostrar que era capaz, fuerte, perfecta y justa.

En el pasado, cuando me costaba trabajo amar a otros, comenzaba a desesperarme. «Soy cristiana y no soy capaz de cumplir con la misma esencia del cristianismo», me lamentaba. Entonces me di cuenta que dependía de mi probidad para encomendarme al favor de Dios. Tenía lo que la gente llama mentalidad de margarita —«Me ama, no me ama,

me ama, no me ama»— basada en lo bien que me iba en mi vida espiritual.

A través del estudio de Gálatas, obtuve una comprensión fresca y poderosa del evangelio de Jesucristo. No necesito probarme ante nadie, que es como vivía conscientemente mi vida. Dios me ama y me acepta perfectamente debido que Cristo vivió, murió y resucitó por mí. Me encanta saber que no me queda nada por probar porque Jesucristo me aprecia, me ama y me acepta. De hecho puedo ser libre para ser yo misma. ¡Puedo salir del escondite!

Soy libre para fracasar, para hablar de mis debilidades y necesidades con otros; para reconocer que tengo un problema; para decir: «No sé»; para confesar: «Estaba equivocada, perdóneme, por favor»; para reconocer que no tengo todas las respuestas y para relajarme y divertirme, sin pensar que tengo que cuidarme de los demás.

Susana

En los años que he estado en Nueva Vida, me han ayudado a aceptar la verdad del evangelio y ser liberada por ella. Una bella imagen que me impactó como mujer es la representación de la justicia de Cristo como si fuera un glorioso vestido de bodas que me hace muy hermosa ante Dios. Mientras meditaba sobre la verdad de que a causa del sacrificio de Cristo soy realmente santa «y sin mancha» e irrepreensible «delante de Dios» (Colosenses 1:22), la verdad del evangelio comenzó a conmoverme en el plano emocional.

Recuerdo haberme tropezado con un pasaje en Isaías 62:5 que dice: «Como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo». Mi primer pensamiento fue: «¿Puede esto ser realmente verdad? ¿Me ama Dios con tanta pasión?» Entonces recordé que a causa de la muerte de Cristo, me he convertido en su amada. La crucifixión es el fundamento sobre el cual puedo basar toda mi vida. Me aman hasta lo más profundo de mi ser. Mi Dios me adora en un sentido personal y emocional.

Según he personalizado y meditado sobre los pasajes que describen los sentimientos de Dios por su pueblo, la verdad del evangelio se ha sumergido «en lo profundo de mi ser». Es el muy emotivo amor de Dios

Debido que Cristo vivió, murió y resucitó por mí ... puedo ser libre para ser yo misma. ¡Puedo salir del escondite!

por mí lo que convence y sana las partes más profundas de mi ser. ¡Me doy cuenta que me quiere un Dios que me hace danzar de gozo!

Saber que estoy ante Dios como su amada, a causa de Cristo, me ha liberado para explorar algunos de los oscuros e inquietantes aspectos de quién soy yo. Puedo enfrentar la verdad de que tengo problemas para controlarme, por ejemplo. Puedo reflexionar sinceramente sobre esto, orar sobre esto y hablar de esto libremente con otros. Sé que las cuestiones relativas a mi autocontrol y todos mis otros patrones pecaminosos no sorprenden a Dios ni amenazan mi posición frente a él. Él me llama su amada debido a la perfección de Cristo, no mía. Como la justicia de Cristo es el fundamento de mi estima propia, ya no tengo que «guardar las apariencias» conmigo misma, con Dios, o nadie más.

La gracia redentora de Dios

Lutero dice en su prefacio al comentario sobre Gálatas que el evangelio nunca puede enseñarse, impulsarse y repetirse lo suficiente. La

**Saber que estoy ante
Dios como su amada,
me ha liberado para
explorar algunos de los
oscuros e inquietantes
aspectos de quién
soy yo.**

justificación de un cristiano, escribió, está enteramente separada de cualquier cosa que hagamos. «Porque no hacemos nada por ella, no damos nada por ella. Solo la recibimos y permitimos que otro haga la obra: Dios».¹⁰

Dios nos ha dado el evangelio a fin de crear un medio seguro para mirar bajo la superficie. No tengo que probar que soy valioso o amable. No tengo que tener la razón todo el tiempo. Puedo estar indefenso y ser yo mismo

aun si los demás no me aceptan. Puedo aun arriesgarme y fallar. ¿Por qué? Porque Dios ve el 90% del iceberg oculto bajo la superficie, y me ama total e intensamente en Cristo.

Tenemos un dicho que a menudo utilizamos en la Fraternidad Nueva Vida: «Puedes ser tú mismo porque no hay nada que probar». El factor determinante en nuestra relación con Dios no es nuestro historial o actuación pasado o presente. Es el pasado historial de Jesús que ha sido acreditado a nuestra cuenta como un regalo.

Una revelación de la gracia redentora de Dios nos da el coraje para enfrentar la dolorosa verdad sobre nosotros mismos. Cuando damos un paso sobre la cuerda floja de descubrir las cosas desagradables sobre

nosotros mismos, tenemos una malla protectora debajo: el evangelio de Jesucristo.

La próxima boda: Un síntoma de inmadurez espiritual

Jill y Joshua habían asistido a Nueva Vida solo unos pocos meses. Eran estudiantes de medicina, y se juntaron sin casarse, pero en el momento en que escribo esto, van a casarse formalmente el próximo mes, ya de vuelta al estado donde nacieron. La madre y el padre de Joshua querían una gran recepción por lo que habían invertido mucha energía en conseguir un salón de bodas, decidiendo los colores de las flores y los adornos, y arreglando la distribución de los asientos para la comida. La pasada semana el salón de bodas le mandó a Jill y Joshua una cuenta por diez mil dólares, la mitad del costo de la recepción vespertina.

Jill se acercó a mi esposa y a mí, lidiando con la situación. «Pensamos que ellos pagarían la recepción. La idea fue de ellos. Si bien nunca hablamos realmente sobre quién la pagaría. Mi futura suegra escogió todos los colores y los adornos de las mesas. A mí me gusta en realidad el rojo, pero ella escogió el rosa», se quejó ella con una sonrisa. «Ella piensa ya que tengo un carácter fuerte. De hecho, parte del problema es que ella es china y yo soy de Indonesia. Ore por mí. Ore por ella».

Sin embargo, el problema es que esa es una situación que requiere una espiritualidad que integre la madurez espiritual. La oración es importante, pero para Jill hay muchas otras cosas. Hasta ahora ha estado mirando el 10% visible del iceberg. ¿Qué será ser su mentor a lo largo de un proceso que ha de mirar debajo de la superficie?

Geri y yo nos sentaremos con Jill y la emplazaremos sobre la falta de sinceridad que rodea esa próxima boda. Ella no está siendo sincera, y habrá que desarrollar su sinceridad en tres cuestiones generales.

Primero, Jill necesita ser sincera consigo misma. ¿Qué ocurre realmente en su interior? ¿Qué siente, quiere y desea en realidad? Está debajo de la superficie, y parte de nuestra tutoría será ayudarla a reconocerlo.

Segundo, la invitaremos a ser sincera con Joshua. Ella tampoco ha hablado con él sinceramente. ¿Qué siente y quiere ella en realidad? ¿Y cuáles son los sentimientos y deseos de él? Nos tomaremos algún tiempo y les enseñaremos algunas destrezas básicas a la hora de escuchar para facilitar este proceso.

Tercero, haremos preguntas y exploraremos con ellos por qué se fueron sin la bendición o el conocimiento de sus padres el año pasado.

¿Qué les pareció a sus padres esto? ¿Es la fuga solamente un síntoma de cosas mayores que se ocultan bajo la superficie? Nuestra meta será que se metan en los zapatos de sus padres. Probablemente serviremos como un tercero imparcial para ayudarlos a comprender qué es un límite legítimo y qué no lo es en relación con la intervención de sus padres.

También será importante revisar las enseñanzas de la Escritura sobre la naturaleza del matrimonio y lo que significa para honrar a nuestros padres, amar bien y edificar una unión sana.

¿Se los puede imaginar sentados a fin de escuchar de verdad a los padres de Joshua mientras estos expresan sus sentimientos sobre la fuga? Imagine a Jill y a Joshua lo suficientemente compungidos y maduros para no adoptar una actitud defensiva mientras escuchan los sueños de los padres sobre la boda.

Dado el tiempo, probablemente bosquejemos un genoma familiar con cada uno de ellos para ayudarlos a comprender cómo pasadas situaciones familiares han impactado el presente (será introducido en el siguiente capítulo). Recomendaremos un libro como *Límites*, de Cloud y Townsend.¹¹ Oraremos con ellos, los aconsejaremos, les daremos seguimiento y los aleccionaríamos a mirar debajo de la superficie en esta maravillosa oportunidad de discipulado.

No hay otra manera de que Jill ame de veras a su suegra, su esposo y a sí misma a menos que le dé cabida a Dios en las profundidades de su persona y luche con las complejidades de la situación. Esta es la vía en que Dios nos forma a semejanza de su Hijo (Gálatas 4:19). Será un proceso desordenado.

De hecho, una iglesia comprometida con la salud emocional es una iglesia desordenada. Los «esqueletos» salen del closet, y enfrentamos los problemas y las tensiones sincera y directamente en lugar de ignorarlos, esperando o pretendiendo que de alguna manera se desvanecerán.

4. Libres de las «imágenes relucientes»

El libro *Glittering Images* [Imágenes relucientes] de Susan Howatch describe la jornada espiritual de Charles Ashworth, un doctor en filosofía ordenado sacerdote de la Iglesia de Inglaterra. Se trata de un viudo en sus tardíos treintas, leal a la iglesia, destacado, respetado y bien amado por los que tienen autoridad sobre él. También es amigo del Arzobispo de Canterbury, quien pidió fuera a la parroquia del Obispo Jardine

de Starbridge a investigar la posibilidad de un fallo moral o escándalo en la vida de Jardine.

Lo que Charles descubre sobre el carismático Jardine, de cincuenta y ocho años de edad, y sobre las relaciones de Jardine con su enfermiza esposa y con la bella asistente de su esposa, Lyle Christie, levanta serias sospechas. Se descubre que Jardine vive una doble vida y se ha convenido a sí mismo que esa doble vida es la voluntad de Dios. Como su esposa está achacosa y no tiene deseos de sexo, se ha casado con Lyle Christie. Lo ha hecho con la plena aquiescencia de su esposa. El obispo y Lyle han vivido secretamente como marido y mujer durante cinco años antes de la aparición de Ashworth.

La complejidad y la tensión de la situación sacan a Charles de quicio, y este termina borracho sin remedio en la puerta de un director espiritual de gran poder de discernimiento llamado Padre Darrow. Durante sus encuentros con el Padre Darrow, Charles comienza a cavar poco a poco bajo la superficie de la persona pública que presenta a todos, la «imagen reluciente» que siempre está pulida y arreglada. Comienza a darse cuenta y a reconocer los sentimientos negativos que ha negado y las irregularidades de su conducta hacia la gente. Por ejemplo, intentó besar a la bella asistente, Lyle, a las veinticuatro horas de conocerla. Miente en nombre de Dios para hacer la obra de Dios. Bebe demasiado en secreto para adormecer su dolor.

Cuando Darrow le pide que sea completamente sincero y que vaya bajo el iceberg de su vida, replica que no puede. Otros, tales como su padre, «me dominan de manera colosal», explica.

—¿Quién soy? —dice Darrow.

—Mi verdadero ser... la imagen reluciente.

—Ah sí —dice Darrow—, y por supuesto ese el único Charles Ashworth que se le permite ver al mundo, pero ahora tú estás fuera el mundo, ¿no es así?, y yo soy diferente a todos los demás porque sé que hay dos Charles. Me estoy interesando en este otro ser tuyo, el ser con el que nadie se encuentra. Me gustaría ayudarlo a salir de atrás de la imagen reluciente y desprenderse de esa abrumadora carga que lo ha estado atormentando durante tanto tiempo.

—Él no puede salir.

—¿Por qué no?

—No te agradaría o lo aprobarías¹².

Charles Ashworth reconoce y confronta al final el dominio absoluto que tenía la imagen reluciente sobre su vida. Comienza a darse cuenta

de la enorme cantidad de tiempo y energía que ha dedicado a ganarse el agrado y la aprobación de todos. Con la ayuda de un consejero espiritual maduro, empieza a excavar las raíces del cómo y el por qué creó esa falsa persona que vive en una «imagen reluciente».

Un crítico proceso de liberarse implica mirar la historia de su vida con alguna objetividad y cómo esto ha contribuido a la persona que es hoy. También se beneficia de manera significativa teniendo un amigo de confianza que lo haga junto a él.

Esa influencia de previas experiencias nos conducen a nuestro siguiente capítulo, el segundo principio de una iglesia emocionalmente sana: gente que rompe con el poder negativo de su pasado sobre su presente.

CAPÍTULO 6

PRINCIPIO 2: ROMPER CON EL PODER DEL PASADO



En las iglesias emocionalmente sanas, las personas entienden cómo su pasado afecta su actual capacidad para amar a Cristo y a los demás. Han descubierto en la Escritura y en la vida que existe una relación intrincada y compleja entre el tipo de persona que son hoy y su pasado. Numerosas fuerzas externas pueden moldearnos, pero el factor primario es la familia en que nos hemos criado y, excepto en raras instancias, el más poderoso sistema que nos moldeará e influirá sobre lo que somos.

Pararse desnudos frente a un viento helado

Puedo recordar la lectura de *Imágenes relucientes* (véase el capítulo anterior) como si fuera ayer. Un buen amigo me había recomendado el libro tras hablarle de aquello con lo que luchaba. Comenzaba a preguntarme por primera vez sobre si mi pasado con mi familia había influido sobre la persona que soy hoy.

Después que Charles Ashworth se halla a sí mismo bajo la dirección del Padre Darrow, confronta, por primera vez, su relación con su propio padre y la dinámica de la familia en la que crecía.

Charles se había pasado toda la vida buscando la aprobación y el elogio de su padre. Lo enviaron a las mejores escuelas, le dieron las más exquisitas oportunidades para la clase media de Inglaterra en aquellos

tiempos, y le advirtieron repetidamente que viviera «una vida recta y decente». Se enfatizaban la moralidad, el deber, la eficiencia y la rectitud.

Cuando una gran discusión familiar tuvo lugar entre Charles y su padre, este abofeteó a su esposa físicamente. Más tarde, Charles ofreció llevarse a su madre, pero esta estaba horrorizada. Entonces ella pronunció un mandamiento tácito que gobernaba la familia. «¿Qué pensarán los demás?», preguntó. «Tenemos que guardar las apariencias. Nadie puede saberlo nunca».

Lloró entonces otra vez pero al final dijo: «Somos realmente muy felices. Él solo es un poquito difícil de vez en cuando».

En este momento Charles tenía su doctorado en teología, era profesor y servía como asistente del Arzobispo de Canterbury. Ascendía por la escalera de la Iglesia de Inglaterra de los años treinta. Pero estaba completamente inconsciente de las formas en que los malos patrones de su pasado le impedían vivir hoy una vida libre en Cristo.

Charles amaba y odiaba al mismo tiempo a su padre. Se despreciaba a sí mismo por no amar a su papá. Estaba en un conflicto, alguna vez desesperado, ávido de aceptación y amor. Tras haber develado por fin esta área de su vida, describe su experiencia como «pararse desnudo frente a un viento helado».

Cuando terminé de leer la novela, comencé a recorrer acontecimientos significativos de mi propia niñez que pudieran haberme afectado hoy. Reflexioné sobre mis relaciones con mi mamá y mi papá, mis hermanos y mi hermana. Me pregunté, por primera vez con alguna seriedad, si habría alguna carga emocional o cuestión inconclusa de mi pasado que afectara mi liderazgo o mi matrimonio hoy.

Me hallaba «parado desnudo frente a un viento helado». Todo en mi interior quería escapar de este nuevo sendero de morir con Jesús.

Hasta este punto mi teología dictaba que yo era una nueva criatura en Cristo. Las cosas viejas pasaron (2 Corintios 5:17). Cristo había transformado mi vida de muchas maneras desde que me hice cristiano a los diecinueve años de edad. Como explica Pablo en Romanos, Gálatas y Efesios, en el momento

Me pregunté por primera vez con alguna seriedad, si habría alguna carga emocional o cuestión inconclusa de mi pasado que afectara mi liderazgo o mi matrimonio hoy.

que me convertí en cristiano, Dios me declaró perdonado, legalmente librado del castigo por mis pecados. Fui adoptado con todos los derechos de un heredero y se me dio el Espíritu Santo para que pudiera pasar el resto de la vida dentro de esa maravillosa adopción.

Sí, mi niñez tuvo sus altas y sus bajas. ¿No es así con todo el mundo? De hecho yo no estaba dispuesto a culpar a mis padres por todos mis problemas de la vida. Si venimos de una familia donde nos sentíamos amados, de un hogar razonablemente estable, toma por lo general mucho más tiempo estar dispuesto a identificar formas de comportamiento y vincularlas con lo que no pertenece a la familia de Dios.

Mi actitud era: «Estoy en la familia de Dios. Las Escrituras son mi autoridad, y ahora el sendero de mi vida lo rige un compromiso con el Señorío de Jesús y el avance de la obra de su reino sobre la tierra. Hago tantas cosas de una manera diferente a mi familia íntima y extendida. Por ejemplo, no les guardo rencor a las personas. Lavo los platos. “Ayudo” con los niños. Sigo activamente a Jesús. Trabajo con gente de distintas culturas».

Esta lista es en realidad superficial. Estaba ciego a lo mucho que la familia en la que había crecido dominaba mi vida cotidiana, especialmente mi liderazgo sobre la familia espiritual que llamaba la Fraternidad Nueva Vida.

Sin embargo, la verdad era que ofrecía mucha resistencia a repasar mi historia y reflexionar sobre cómo mi pasado podía afectar negativamente mi capacidad de amar a la gente.

A menudo escuchaba: «Pete, quizás mi familia no era perfecta, pero seguro que estaba mucho más unida que la mayoría de las demás». Esa no es la cuestión. Toda familia ha sido dañada.

Como todo el mundo en la raza humana, yo descendo también del árbol familiar de Adán y Eva. Su intento tras desobedecer a Dios fue esconderse y protegerse a sí mismos de Dios y el uno del otro. Esta aspiración de protegernos a nosotros mismos de Dios y de los demás se manifiesta de diferentes maneras: controlando, componiendo, temiendo, retirándonos, ignorando, negando, apaciguando, o en conflictos, soledad, ansiedad, frustración, resentimiento, inculpando y más.

Geri y yo y nuestro matrimonio

Nunca olvidaré la primera vez que Geri y yo hicimos un simple «genograma», examinando nuestro matrimonio a la luz de nuestros progenitores.

Un «genograma» es la forma de dibujar un árbol familiar que busca información sobre los miembros de la familia y de sus relaciones por más de dos o tres generaciones.¹ Cada uno de nosotros describe a nuestro padre, nuestra madre y unas cuantas características de sus relaciones. ¿Cómo resolvían los conflictos? ¿Expresaban la ira? ¿Comprendían el papel de los géneros? ¿Criaban a los hijos? ¿Qué cuestiones de intensidad emocional los afectaban profundamente, tales como la muerte de un parente en la niñez o las prolongadas necesidades médicas de un hermano?

Gerí y yo regresamos a nuestros asientos y nos miramos mutuamente, insinuando con nuestra expresión facial algo que no podíamos negar tras casi diez años de matrimonio. Los matrimonios de nuestros padres hicieron contribuciones positivas a nuestras vidas, pero nos sorprendieron los dañinos patrones que también habíamos adquirido. Dondequiera que Cristo estuviera en nuestras vidas, no había transformado, al menos de alguna manera sustancial, la forma en que nos relacionábamos como una pareja matrimonial.

Nos dimos cuenta que el poder transformador de Jesús no había tocado amplias zonas de nuestras vidas, zonas que este libro denomina «salud emocional». Como no tenemos la capacidad de integrar y aplicar la Escritura a tantas zonas de la vida más allá del nivel superficial, se hizo evidente por qué personas que apadrinábamos en la iglesia no se abrían paso en muchas áreas de sus vidas. Todos los estudios, la oración y el ayuno, o las reuniones de los grupos pequeños no cambiarían eso. Me sentí como un emperador despuñdo.

Cristo no había transformado, al menos de alguna manera sustancial, la forma en que nos relacionábamos como una pareja matrimonial.

Si, era cierto. Debido al modelo que yo había establecido, la Fraternidad Nueva Vida tenía una milla de ancho pero solo una pulgada de profundidad. Mi resistencia a examinar mi propio pasado y luchar con sus implicaciones para el presente había impactado profundamente toda la familia de la iglesia. Pocas personas veían los asuntos bajo la superficie. Menos todavía lo examinaban para ver cómo impactaba su presente. Mirando hacia atrás, me apena cómo pude haberme engañado a mí mismo al creer que un líder inmaduro (yo), con un

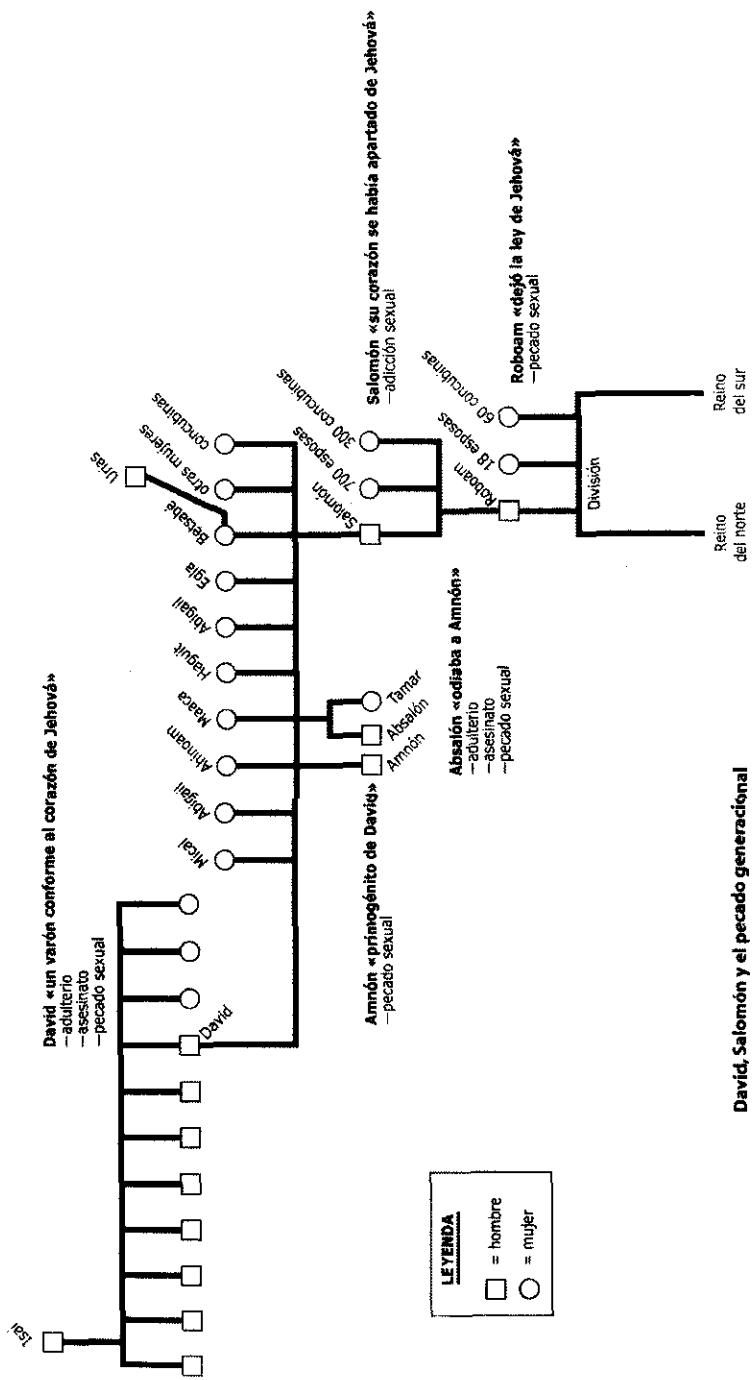
matrimonio inmaduro (nosotros) podía desarrollar una congregación madura.

El rey David y su familia

Los Diez Mandamientos contienen una declaración provocadora de Dios: «Porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que aman y guardan mis mandamientos» (Éxodo 20:5-6). ¡Afortunadamente, los legados positivos de nuestra familia perduran mil generaciones! No obstante, Dios dice claramente que los pecados de aquellos que nos antecedieron se transfieren a nuestros hijos, nuestros nietos, nuestros biznietos, y aun a sus hijos. Asumiendo que cada uno de mis hijos se case y tenga hijos y ello continúe, y que cada uno de ellos viva hasta los ochenta años, la influencia de mis decisiones se prolongará hasta por lo menos el 2318 d.C.! Esas son cuatro generaciones.

Observando el genograma de la página 100, afloran por lo menos tres temas de generación en generación. El primero es tener un corazón consagrado a Dios. El padre de David, Isaí, está claro que era un creyente, aunque no sabemos mucho de él (1 Samuel 16). Se habla de David como «un hombre conforme al corazón de Dios». Se levanta como una de las figuras cumbres en la Escritura, escribiendo espléndidos salmos y música para que el pueblo de Dios los utilizara en el culto por generaciones. Sin embargo, alrededor de los cuarenta o cincuenta años de edad, comprometió su relación con Dios al cometer adulterio con la bella Betsabé y matar a su esposo. En lugar de arrepentirse, decidió tomar la senda del encubrimiento, las mentiras y el abuso de poder. Esta decisión repercutió a lo largo de su familia y el pueblo de Israel por generaciones. Parece que su carácter se erosiona poco a poco, probablemente con el transcurso de los años, y lleva por último a un monumental colapso de discernimiento.

Es imposible liberar a las personas de su pasado sin comprender a las familias en las que crecieron.



Su hijo Salomón sí construye un templo para Dios, pero su corazón se describe como apartado de Dios. Mezcló el culto al Dios de Israel con los dioses de las naciones que lo rodeaban. Cerca de la tercera generación este declive en la espiritualidad toca fondo. Roboam, el hijo de Salomón, ignora al Dios de Israel y se involucra en idolatría y las prácticas detestables de otras naciones.

También sobresale en el genograma un segundo tema de pecado sexual. Igual que los reyes paganos del antiguo Medio Oriente, David colecciona esposas. También comete adulterio con Betsabé. Su hijo mayor, Amnón, viola a su media hermana Tamar y la deshonra para siempre. A esto sigue su hijo Salomón, quien trasmite los pecados sexuales de su padre, acumulando setecientas esposas y trescientas concubinas. A su vez, Roboam, el hijo de Salomón, tiene dieciocho esposas y sesenta concubinas (2 Crónicas 11:21). Esta era la manera común para formar alianzas políticas en el antiguo Medio Oriente, pero también constituyía un acto de rebelión contra los mandamientos de Dios (Deuteronomio 17:17).

Tercero, la división familiar y la rivalidad entre hermanos se intensifican con cada generación. David mantiene algunas tensiones con sus hermanos (1 Samuel 16—17). Uno de sus hijos, Absalón, mata a su hermano Amnón como venganza por haber violado a su hermana. Como resultado la familia se divide de manera terrible. Con el transcurso del tiempo, Absalón crece amargado y se proclama a sí mismo rey, conquista Jerusalén y parte para matar a su propio padre. Estalla la guerra civil y mueren veinte mil hombres (2 Samuel 18:7).

Roboam, el hijo de Salomón, trasmite este patrón aún más lejos mientras su familia se desintegra. Por último, las doce tribus de Israel, unidas una vez, se separan en un reino del norte con diez tribus y un reino del sur con dos. Ahora solo es cuestión de tiempo antes que la «familia dividida» sea conducida al exilio.

El pecado se trasmite de generación en generación. Dios permite que se registre esta historia para que dirijamos mirada sobria y profunda hacia adentro (cf. 1 Corintios 10:6). Las implicaciones para la vida de la iglesia están claras: Es imposible liberar a las personas de su pasado sin comprender a las familias en las que crecieron. A menos que captemos el poder del pasado sobre lo que somos en el presente, repetiremos inevitablemente aquellos patrones en las relaciones dentro y fuera de la iglesia.

Abraham, Isaac y Jacob

Rastrear la historia familiar de Abraham, Isaac y Jacob en Génesis 12—50 es otro poderoso ejemplo de bendición generacional y patrones pecaminosos que se trasmiten. ¡Las bendiciones son tan significativas que llegan hasta nosotros hoy! Sin embargo, pocos lectores notan que los pecados y la inmadurez emocional también se trasmiten de generación en generación.

Mire el genograma adaptado en la página 103.

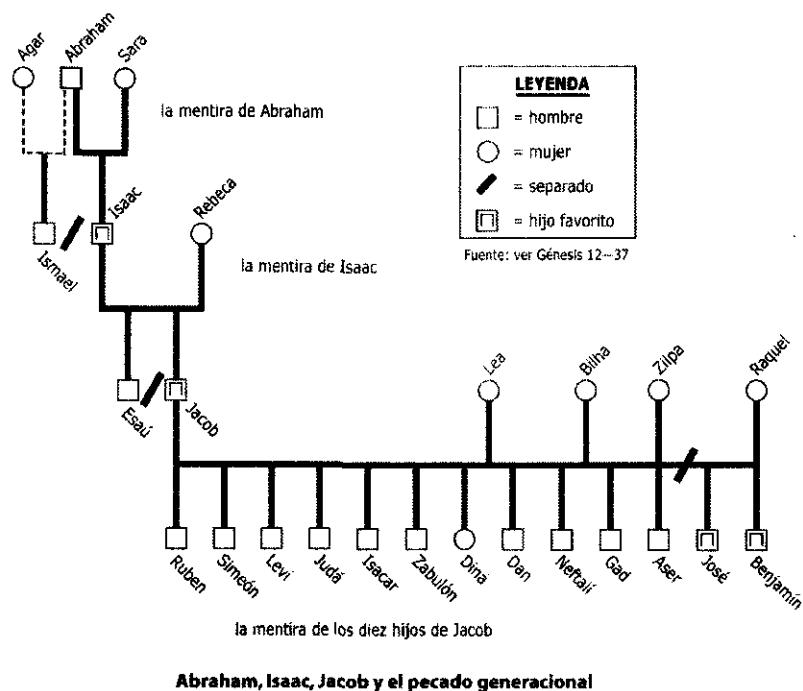
Otra vez, por lo menos tres patrones comunes se evidencian al observar el genograma anterior. Primero, un patrón de mentiras se evidencia en las cuatro generaciones, y su intensidad se incrementa en cada una de ellas. Temeroso, Abraham miente dos veces sobre Sara, negando que sea su esposa. El matrimonio de Rebeca e Isaac también está dominado por mentiras y engaño (Génesis 27). Entonces su hijo Jacob eleva el nivel de la manipulación al mentirle consistentemente a casi todos con los que se relaciona. De hecho, su propio nombre significa «engañoso». Hacia la cuarta generación, diez de los hijos de Jacob simulan la muerte de su hermano menor José. Recorren todos las etapas de un velatorio, un funeral y de un tiempo de duelo para mantener esa mentira.

Un segundo patrón es la forma en que por lo menos uno de los padres en cada generación tiene un hijo «favorito». Abraham favorece a Ismael, pero Sara quiere sacarlo de la familia. Isaac favorece a Esaú y quiere que reciba la poderosa bendición familiar. Y Jacob favorece a José y después a Benjamín, el más joven de sus doce hijos.

Tercero, la rivalidad fraternal y la ruptura de relaciones entre hermanos dan lugar a tensiones que aparecen en tres generaciones sucesivas. El roce entre Ismael e Isaac con el tiempo lleva a la ruptura entre ambos. (Estas tensiones y divisiones se mantienen hoy en los antagonismos del Medio Oriente entre árabes y judíos). Esaú y Jacob se convierten en enemigos declarados, una vez que Jacob roba la bendición de Esaú. Por último, a José lo separan de sus diez hermanos mayores durante la mayor parte de su vida adulta.

1. Identificar cómo lo moldeó su familia a usted

Parte de nuestra labor de mentores, desarrollo de líderes y discipulado en la Fraternidad Nueva Vida incluye ahora dirigir a las personas en



la confección de un simple genograma de la familia en que Dios las colocó. Excepto en raros casos, nuestra familia es el grupo más poderoso e influyente que ha incidido sobre lo que hoy somos.

Las siguientes son el tipo de preguntas que hacemos para intentar captar lo que se halla debajo de la superficie y cómo el pasado puede estar impactando el presente:

1. Describa cada miembro de la familia y sus relaciones con tres adjetivos.
2. Describa las relaciones de sus padres.
3. ¿Cómo se manejaron los conflictos en su familia? ¿Los disgustos? ¿Las tensiones?
4. ¿Cómo se desarrollaron los papeles y la autoridad según el sexo en su familia?
5. ¿Qué tan bien funcionó su familia al hablar sobre los sentimientos?
6. ¿Cómo lo describiría su familia? ¿Cómo cree que su familia piensa de usted?

7. ¿Cómo se habló o no se habló sobre la sexualidad? ¿Cuáles fueron los mensajes implícitos?
8. ¿Hubo algunos «secretos» familiares (tales como embarazos fuera del matrimonio, incesto, o escándalos financieros mayores)?
9. ¿Qué se consideraba «exitoso» en su familia?
10. ¿Cómo se manejaba el dinero? ¿La espiritualidad? ¿Los días festivos? ¿Las relaciones con la familia extendida?
11. ¿Cómo lo moldeó la etnicidad de su familia?
12. ¿Había algunos héroes o heroínas en la familia? ¿Chivos expiatorios? ¿Fracasados? ¿Por qué?
13. ¿Qué tipo de adicciones, si alguna, existían en la familia?
14. ¿Hubo pérdidas traumáticas en el pasado o presente, tales como muerte súbita, enfermedades prolongadas, nacimientos de un niño muerto/embarazos frustrados, bancarrota, o divorcio?
15. ¿Cómo se expresó espiritualmente ello?

Nuestra familia es el grupo más poderoso e influyente que ha incidido sobre lo que hoy somos.

La lista puede seguir indefinidamente, en dependencia del nivel de profundidad a que usted quiera llegar.²

2. Discernir las mayores influencias en su vida

Fuera de nuestro origen familiar, es importante considerar cuáles han sido las otras grandes influencias en nuestra vida. Por ejemplo, el cristianismo evangélico ejerció una gran influencia sobre mí en la escuela superior. Me trasmitió un gran aprecio por la gracia de Dios en el evangelio. Al mismo tiempo, fortaleció una forma de vida ascética y activa caracterizada por las palabras de Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígome» (Lucas 9:23). Me ha tomado mucho tiempo balancear mi teología con pedazos que faltaban.

Otras personas son moldeadas por eventos significativos tales como el divorcio, el abuso sexual o emocional, una adicción, un largo período de desempleo, una traición particular, o una amistad. La cuestión es preguntar: «¿Cuáles son unos pocos acontecimientos o personas que han influido sobre lo que soy hoy, que me ayudarán a comprender “lo que me hace tic tac”?» Veamos algunos ejemplos.

- Comprender que para el discipulado de Joan un momento decisivo en su vida fue cierto rechazo en la escuela intermedia. Esto la condujo a una vida de adicción a las drogas. Narcóticos Anónimos desempeñó un gran papel en su recuperación.
- El trauma de la guerra impactó a Charlotte y Nathan en sus países de origen. Ataques de pánico y explosiones de cólera son justamente dos expresiones de esas experiencias que tuvieron que ser atendidas en su discipulado.
- La experiencia de Pierre de haber sido erróneamente clasificado como «mentalmente afectado» en lugar de disléxico marcaron su autoestima e hicieron que luchara en contra de confiar en Dios y en los demás.
- La participación de Ken como soldado en Vietnam lo predispuso contra la autoridad.
- La lucha de Ron por convertirse en un músico profesional en el encarnizado mundo del jazz contribuyó a su avasallador perfeccionismo para consigo mismo y los demás. Él pugna por recibir el amor incondicional de Dios y la gracia de Cristo.
- Los doce años de Ted como becado en una escuela de Nueva Inglaterra le hizo difícil la vida familiar aun ahora como un adulto de mediana edad.
- El hijo autista de Kathy la ha hecho sensible hacia familias con un miembro discapacitado.

Todas las personas anteriores se hallan en diferentes estadios de su jornada con Cristo, pero un aspecto crítico de crecer hacia la madurez en Cristo necesita incluir la atención a estas cuestiones y cómo ellas impactan lo que estas personas son en el presente, tanto positiva como negativamente.

El nuevo nacimiento en el seno de una familia espiritual

Es de suma importancia recordar que mientras puede que estemos predisponidos hacia cierto comportamiento, hay otra realidad y posibilidad de «adquirir nuevos padres»: una nueva familia espiritual.

Acontecimientos y personas han influido sobre lo que soy hoy y me ayudarán a comprender «lo que me hace tic tac».

Jesús describe el llegar a ser cristiano como un nuevo nacimiento (véase Juan 3:3-5). Imagínese que es un manzano, pero lo que en realidad quisiera es dar melocotones. Se le puede podar, o alguien puede amarrar melocotones con alambres a sus ramas. Pero seguirán naciendo las manzanas. Si quiere melocotones, tendrá que remover el manzano y plantar un árbol de melocotones.

Se necesitan raíces nuevas para dar nuevos frutos. Todo lo que hacemos es modificar el mismo árbol cuando tomamos decisiones y asumimos compromisos de orar más, ir más asiduamente a la iglesia, o decidimos poner fin a un mal comportamiento. Hace falta desenterrar las raíces. Se necesita un árbol nuevo.

Jesús declara que solo con una intervención directa de Dios, usted y yo podemos ser transformados. Requerimos un cambio completo en la base o las raíces de lo que somos. Se puede describir el nuevo nacimiento como la acción de Dios por medio de la cual el mismo poder y vida divinos se implantan en la base de su corazón, de manera que se transforma la raíz. Entonces crece la semilla, florece y produce frutos de esta semilla sobrenatural. Recibimos un nuevo corazón, una nueva naturaleza y un nuevo Espíritu (Ezequiel 36:25-27).

La nueva, primera familia de Jesús

El Nuevo Testamento describe convertirse en cristiano como un renacer espiritual a través del cual se nos adopta dentro de una nueva familia: la familia de Jesús. Una vez que esto ocurre, nos convertimos en hermanos y hermanas de una familia universal que trasciende las barreras raciales, culturales, económicas y de género (véase Gálatas 3:28). Renacemos dentro de un nuevo árbol familiar.

En cierto momento, la madre y los hermanos de Jesús llegan a la casa donde él enseñaba. Cuando la multitud que estaba sentada a su alrededor le dijo a Jesús que estaban afuera, este replicó: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?»... Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos» (Marcos 3:33-35).

La iglesia, para el creyente, es ahora nuestra «primera familia».³ De hecho, familia es la metáfora más significativa utilizada en la Escritura para describir la iglesia. Anderson y Guernsey lo dicen mejor:

La iglesia es la nueva familia de Dios... A través del renacimiento espiritual, cada uno de nosotros se convierte en hermano o hermana de Jesucristo por medio de la adopción en la familia de

Dios. Consecuentemente somos hermano y hermana unos de otros. Primero que todo, esposos y esposas son hermano y hermana en Jesucristo antes de ser esposo y esposa. Hijos e hijas también son hermano y hermana de su padre y madre antes de ser hijos e hijas.⁴

3. Recibir nuevos padres a través de la iglesia

Pablo ilustra el evangelio utilizando la profunda verdad de la adopción romana cuando se sacaba un niño de un anterior estatus y se le colocaba en una relación nueva y permanente con su nuevo padre. Se cancelaban las viejas deudas. Se le daba al niño una estabilidad absoluta, certidumbre y seguridad y autoridad con su condición de hijo. Él o ella podían ahora usar la palabra *«Abba»* («Papá»), un término enfático utilizado solo por los hijos con su padre. El factor crítico que determina de manera más significativa mi nueva identidad como cristiano y persona no es la sangre de mi familia biológica sino la sangre de Jesús. Se nos da un nuevo nombre (cristiano), una nueva herencia (libertad, gloria, esperanza, recursos con creces) y un nuevo poder (el Espíritu Santo) para vivir en esta nueva vida. Nos volvemos partícipes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4), capaces de disfrutar absoluta seguridad y estabilidad, libertad, familiaridad y confianza en la oración (Lucas 11:5-13) como hijos en la familia de Dios. Existe una nueva dinámica en mi vida interior, la vida de Jesús.

Sin vacilar, Jesús llamó hombres y mujeres para que vinieran a él por encima de sus familias biológicas, diciendo que «el que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí» (Mateo 10:37).

El mundo del Nuevo Testamento es imposible de imaginar viviendo nuestra sana vida familiar fuera del contexto de una sana vida eclesial. La iglesia local se convierte en el lugar donde, de una forma muy real, se me da una nueva familia.

La pregunta es entonces por qué esto no ocurre. ¿Por qué es que la mayoría de las personas en nuestras iglesias parecen ser en cierto nivel radicalmente diferentes de sus vecinos —oran, leen la Biblia, van a la

La iglesia local se convierte en el lugar donde, de una forma muy real, se me da una nueva familia.

iglesia, dan dinero a la iglesia— pero en otro nivel más profundo, son muy similares?

La importancia del proceso

Convertirse en cristiano y ser adoptado en la familia de Dios con el nuevo nombre de «cristiano» no borra el pasado. Dios no nos dota de amnesia o nos hace una cirugía emocional/espiritual reconstructiva. Dios sí perdona el pasado, pero no lo borra. Se nos concede un nuevo comienzo, pero aun arribamos como bebés que toman leche y que se espera que muramos cada día a las partes de nuestra vida que no honran a Dios y siguen a Jesús.

Todos entramos a la familia de Jesús con huesos rotos, heridas y piernas agotadas en la batalla de la vida. La intención de Dios es sanar nuestros quebrantos y curar nuestras heridas. Él permite que se mantengan las cicatrices y las debilidades. Entonces debemos salir y curar a otros como terapeutas heridos.

Entonces, el discipulado debe incluir una sincera reflexión sobre el impacto positivo y negativo de mi familia de origen así como otras influencias mayores en mi vida. Esto es un trabajo duro. Pero la medida en que podemos retrotraernos y comprender cómo ello nos ha moldeado determinará, en un alto grado, nuestro nivel de conciencia y nuestra capacidad para quebrar los patrones destructivos, trasmisir legados constructivos y crecer en amor hacia Dios y la gente.

La invitación es a darle la bienvenida en esas áreas de manera que podamos liberarnos para vivir la vida con tanta libertad y gozo como él quiere.

Trabajar a través de la iglesia

Para que este principio, así como todos los otros, surta efecto a través del discipulado de la iglesia, en una iglesia emocionalmente sana, los líderes deben comenzar por integrarlo dentro de sus propias vidas.

Como el pastor principal, tuve que comenzar a romper con el poder de mi pasado sobre el presente examinándolo con detenimiento. Después lo hicieron nuestro equipo y la junta.

Las palabras de un viejo rabí hasídico sobre su lecho de muerte son ciertas:

Ser adoptado en la familia de Dios con el nuevo nombre de «cristiano» no borra el pasado.

Cuando era joven, me propuse cambiar el mundo. Cuando tuve más edad, me di cuenta que esto era muy ambicioso, de manera que me propuse cambiar mi condición. Esto, también, me di cuenta cuando envejecí que era muy ambicioso, de manera que me propuse cambiar mi pueblo. Cuando me di cuenta que ni esto podía hacer, traté de cambiar mi familia. Ahora, como un viejo, sé que debía haber comenzado cambiándome a mí mismo. Si hubiera comenzado conmigo mismo, quizás entonces habría logrado cambiar a mi familia, mi pueblo, mi condición y quién sabe... quizás aun el mundo!⁵

Hacer un simple genograma familiar para ayudar a la gente a tomar conciencia de cuestiones críticas de su pasado se convirtió en parte de nuestro desarrollo de liderazgo y consejería. Seguir las huellas de la formación personal y clases de formación personal se convirtieron en parte de nuestros pertrechos en la iglesia.

Cuando predico sobre la Escritura cada semana, constantemente me hago la pregunta siguiente: «¿Cómo esto se diferencia de la forma en que me moldearon, o cuando crecía en mi familia o por otras influencias? Por ejemplo, en una reciente serie de sermones sobre Santiago, uno de los mensajes tenía que ver con mostrar parcialidad (Santiago 2:1-13). Como parte de mi aplicación del texto, debatí cómo mi familia en ~~momento~~ clasificaba a las personas. ¿Cómo veíamos a las personas con una gran educación y riqueza? ¿A la gente pobre y sin educación? ¿Cómo hablábamos o tratábamos a personas de diferentes culturas, razas, grupos étnicos, o convicciones políticas? ¿Cómo esto difiere de la forma que Dios ve al rico y al pobre, a personas de diferentes clases sociales, culturas o razas? Ahora que estoy en una familia cristiana, ¿qué tiene que cambiar en la forma que veo y trato a la gente? Este autoexamen modela el papel apropiado que debe desempeñar la Palabra de Dios en nuestras vidas: dándonos una nueva familia de acuerdo con los caminos de Dios.

Algunos grupos pequeños en nuestra iglesia, en lugar de estudiar los libros de la Escritura, estudian tópicos directamente relacionados con la ruptura del poder del pasado. El pequeño grupo del que mi esposa y yo hemos participado en los últimos cuatro años ha estudiado, por ejemplo, los siguientes tópicos de la Escritura: control, el manejo constructivo del enojo, cómo luchar limpiamente (la solución de los conflictos), el perdón y la reparación, el equipamiento personal y emocional, y la

creación de un clima de respeto. Parte del tiempo en nuestro pequeño grupo se emplea hablando sobre cómo las familias en las que crecimos y otras influencias han modelado la forma como tratamos cada tópico. Es algo muy poderoso.

Trabajamos mucho con parejas casadas y comprometidas en Nueva Vida. Como muchas iglesias, tenemos familias mezcladas. En todos nuestros retiros, consejería y pequeños grupos de parejas casadas, el asunto de cómo su familia de origen ha moldeado su comprensión del matrimonio y la familia es con mucho el tema más importante y crítico a tratar. Queremos fortalecer la aplicación de este principio a los solteros, especialmente en lo que toca a sus relaciones con el sexo opuesto.

En Nueva Vida tenemos personas de todos los rincones de Asia, Europa, África y el Oriente Medio, sin mencionar muchos grupos étnicos de los Estados Unidos. Algunos tienen un trasfondo hindú, otros musulmán. En nuestro discipulado, es importante ayudarlos a tomar conciencia de cómo sus familias y culturas entienden las lealtades explícitas e implícitas a los padres. ¿Qué deudas tienen los hijos hacia sus padres y familias? ¿Qué legados positivos traen ellos a la familia de nuestra iglesia que queremos integrar? ¿Qué partes de su etnicidad contradicen el llamado del evangelio (Mateo 10:21)?

Por último, cuando discernimos la posible presencia de un componente biológico (como una depresión severa, TDAH, desorden bipolar, adicción al alcohol u otras sustancias, desorden severo de personalidad, o abuso), recurrimos a personas con consejeros profesionales que son capaces de llevarlos a un nivel de examen de su pasado que va más allá de nosotros como iglesia local.

4. Dirigir una familia de la iglesia como mi propia familia

Se requiere un gran coraje para iniciar el examen de su propia familia de origen con alguna objetividad. Sé que fue extremadamente difícil para mí comenzar a descubrir debilidades en nuestra familia italiana. Las lealtades llegan muy profundo, e indagar sobre normas familiares no explícitas que se remontan a generaciones se siente como una traición. Sin embargo, una vez que comencé esta jornada, se hizo evidente cómo mi pasado impactaba negativamente la familia de la iglesia que dirigía. Encontré tres áreas mayores de impacto.

Primero, a lo largo de mi niñez yo había sido, junto con mis hermanos, el confidente de mi madre, que parecía muy infeliz en su vida y matrimonio. Pasé muchos de esos años deseando nada más que ella encontrarla el gozo y la felicidad que mi padre parecía haberle quitado. Era como si hubiera sido su amante padre, soñando con el glorioso momento cuando ella creciera y llegara a ser feliz para siempre. Había hecho mío un sentido de responsabilidad a la hora de arreglar todos los problemas de la familia.

Me había acostumbrado a ese papel; y cuando me convertí en pastor, ello encajaba a la perfección. Ahora solucionaría las dificultades de todos los demás y haría mejores y más felices sus vidas. Aprendí mucho sobre cómo atender y escuchar a otros a través de mi familia. Pero sabía poco de cómo permitir que otros se ocuparan de mí y cómo cuidarme a mí mismo de manera apropiada.

¿Extraña que yo luchara para asumir demasiadas responsabilidades por la gente de la iglesia? Cuando alguien tenía una dificultad personal en la iglesia, consideraba mi deber «hacer que esa persona se sintiera mejor». Tras darme cuenta de cómo hice esto durante la mayor parte de mi niñez al crecer en mi familia, se hizo más fácil cambiar. También fui capaz de pasar a una semana de cinco días y cuarenta horas de trabajo, permitiendo que el resto de la iglesia funcionara de forma más balanceada.⁶

Segundo, mi padre, un panadero que amaba su trabajo. Había mantenido su familia desde que tenía doce años cuando súbitamente murió su padre durante la gran depresión. Su trabajo era su vida. Lo hacía intensamente y era uno de los mejores panaderos italianos de la región de Nueva York. Su meta para sus cuatro hijos era que obtuviéramos la educación superior que se le negó a él.

De manera que me traspasó una imperiosa pasión por el trabajo, ser el mejor para «triunfar» en América. Comencé mi matrimonio con poco tiempo para el esparcimiento y la familia. Mi trabajo también se convirtió en mi vida. Pienso que habría sido lo mismo si hubiera incursionado en la medicina, las leyes, la enseñanza o el liderazgo de la iglesia. Dondequiera que iba, seguía sus huellas.

Trasmití al liderazgo de nuestra iglesia una incesante pasión por crecer más, ser más fuerte y mejor cada año. El ritmo era agotador, en

Buscaba encontrar valor y méritos en la iglesia, no en Cristo.

gran medida como mi papá. Lo atribuía a las oportunidades del Reino de Dios para expandirse. De hecho, buscaba encontrar valor y méritos en la iglesia, no en Cristo. En el proceso descuidé a las personas más cercanas, en gran medida como mi padre.

Solo a través de esta decisión de reflexionar seriamente sobre la historia de mi propia familia a la luz de los valores del evangelio he sido capaz de librarme de la «vorágine» de trabajar y producir. En su lugar, aprendo a seguirlo en el descanso del sábado, la complacencia, el gozo y la paz (Romanos 14:17), la oración y la reflexión.

Tercero, y quizás lo más importante, llevaba conmigo al liderazgo un miedo de ser abandonado. Como niño me había enfrentado a cuestiones de rechazo, así que ello estaba incrustado en el fundamento de lo que yo era. Como resultado, en el momento en que las personas se sintieran insatisfechas o abandonaran la iglesia (algo común para cualquier pastor de iglesia local), me sentía devastado.

Este poder del pasado en mi vida dio lugar a mucho caos en la familia de Nueva Vida. La visión de todo el mundo se convertía en mi visión. Sabía que si decía lo que en realidad quería hacer, algunas personas se marcharían. Durante años, escamoteé la verdad. Aun peor, rara vez confronté a las personas sobre sus limitaciones, incompetencia o pecados, especialmente si no pensaba que eran receptivas. Huía de los conflictos y asumía gustoso toda la culpa por cualquier cosa equivocada, siempre que todo el mundo quedara contento y pudiéramos seguir adelante. Mi patrón de conducta produjo el terrible fruto descrito en el capítulo inicial, cuando el pastor hispano nos dejó tan divididos.

El conflicto es parte normal de la vida. La gente tiende a resolverlo en una de las cinco formas siguientes: escalada, retirada, ataque, asumir que las cosas son peores de lo que en realidad son, o triangulación (p.ej., en lugar de que A vaya B para resolver un conflicto, A le hablaría a C para mitigar la ansiedad). En la familia que crecí, yo tendía a la retirada. Aprendí a interiorizar los conflictos e intenté limar las diferencias. Entonces llevé ese patrón a la familia de la iglesia, algo que Cristo nunca intentó.

Al mismo tiempo, la familia en que crecí, aun manchada por el pecado original como todas las familias, me dio cierto número de dones por los que estoy eternamente agradecido. A través de ellos Dios me dio una gran sensibilidad por otras personas. Soy capaz de penetrar fácilmente en su dolor y expresar compasión sincera. También aprendí cómo consolar a otros de manera significativa, no descuidada. Dios también

utilizó mi familia para darme amor por la lectura y el aprendizaje, pasión por la gente y amor por la música y el arte. Dios usó todo mi pasado —tanto el negativo como el positivo— para moldearme de forma única de la manera en que dirijo y sirvo como pastor hoy.

Dios nos manda a honrar a nuestros padres. Como adulto, creo que esto significa que los respetamos y damos gracias a Dios por ellos. Ampliaría esto para incluir darle gracias a Dios por nuestra historia, por nuestro pasado, y por el lugar, el tiempo y la familia en la que nacimos.

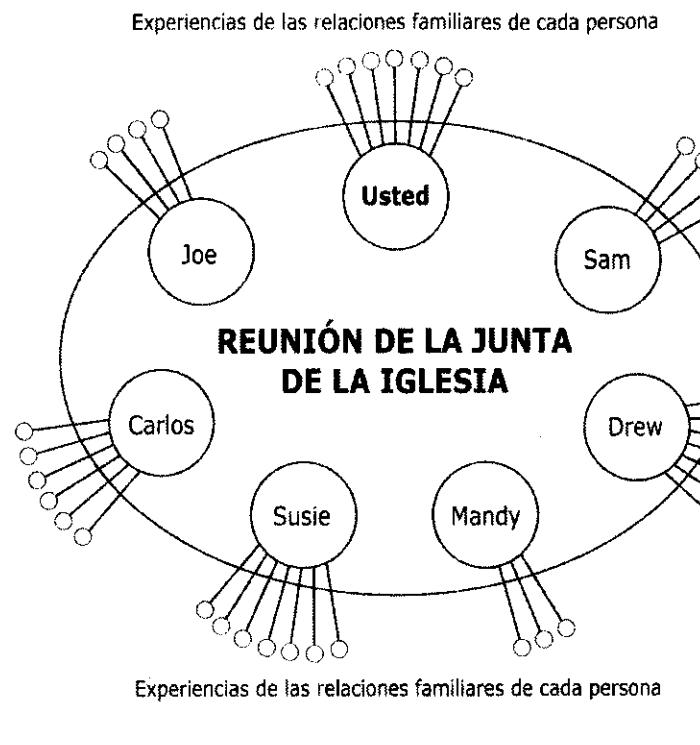
La intención de Dios es que usted le dé gracias también por lo bueno y lo malo. Las personas pueden haberle hecho daño. Puede que usted haya tomado algunas decisiones equivocadas. Recuerdo lo que aprendió José, después que sus hermanos lo traidieron durante la mayor parte de su vida adulta: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo» (Génesis 50:20).

5. Recuerde cuánta gente está en la mesa

A veces me preguntan por qué se necesita madurez en las cuestiones familiares para el liderazgo pastoral en una iglesia, ocupar una posición pastoral, en la junta, un grupo pequeño, o nivel administrativo. Parte de la respuesta supone la idea de una nueva paternidad. No importa qué tipo de ministerio usted dirija, la mayoría de las personas involucradas traerán un «bagaje» de sus familias. Cuando usted se encuentra en una reunión con otras seis personas, en realidad hay muchas otras personas invisibles presentes en esa mesa.

La siguiente es una gráfica de una reunión de la junta de la iglesia mientras tratan el difícil asunto de si contrataran una secretaria personal de la iglesia para usted como pastor principal. Usted le ha pedido a la junta que autorice el pago, a partir de dos semanas. Esto va a hacer apretada su situación financiera para el resto del presupuesto anual debido a otros compromisos financieros que ha hecho la junta. Cada una de las

El conflicto es parte normal de la vida. Aprendí a interiorizar los conflictos, algo que Cristo nunca intentó.



personas en la reunión procede de un sistema familiar con ciertas normas no explícitas, valores y maneras de hacer las cosas.

Joe, el presidente de la junta, es un ejecutivo de alto rango en una compañía de programas informáticos. Ama el riesgo y ya ha decidido en su mente que trabajará horas extra para compensar la diferencia presupuestaria. No le dirá nada al resto de la junta sobre su decisión, antes de salir airoso. Su esposa no estará contenta, pero entonces se quejará de nuevo como siempre.

Carlos batalla en el pueblo con la ferretería de la familia. Piensa que contratar una secretaría personal para el pastor principal es imprudente. No le gusta la idea de que la iglesia no tenga dinero en el banco. Nunca manejaría su negocio de esa manera. Actualmente se enfrenta a la posibilidad de que Home Depot, uno de los más grandes competidores, pueda trasladarse al pueblo y sepultar su negocio. Tiene un hueco en el estómago mientras escucha al pastor. Piensa que su padre se da vuelta

en la tumba ante tal imprudencia. Temeroso de ser sincero en cuanto sus verdaderos sentimientos, Carlos sugiere al grupo orar para recibir una palabra de Dios sobre este paso de fe.

Susie tiene un título de leyes y al presente es una madre con dos hijos que se mantiene en casa. Está confundida y abochornada. Se fuma casi un paquete de cigarrillos diarios (nadie en la junta lo sabe), y su hijo mayor abandonó recientemente la escuela media superior. ¿No se supone que la familia de un miembro de la junta esté en regla? Se siente sola y necesita todos los amigos que pueda conseguir. «Lo que usted quiera, Pastor», recomienda confidencialmente.

Mandy es una profesional soltera, una pediatra con una próspera práctica. Ahora tiene otros tres médicos y cinco enfermeras trabajando con ella. Recientemente compró un edificio y está expandiendo su práctica. Se unió a la junta el año anterior a pedido del pastor, pero aclaró que, si se unía, esperaba crecimiento y cambios. Una persona arriesgada, Mandy es la primera mujer en su familia en adquirir un título superior. También ganó una demanda de acoso sexual mientras estaba en la escuela de medicina. ¡Está muy contenta de que el pastor por fin tomara alguna iniciativa para poner en movimiento esta iglesia!

Drew desempeña dos papeles. Es uno de los pastores asociados y también anciano. Esto lo coloca en una posición particularmente poderosa. Ello le gusta. Sin embargo, está molesto con el pastor principal, a quien siente que le ha entregado todo en bandeja de plata. Lo crió una madre soltera y estuvo obligado a trabajar tiempo completo a través de la escuela superior y el seminario. Está molesto de que el pastor obtenga un privilegio adicional. Está sentado a la mesa pensando: «¿Dios, nada se hace alguna vez de acuerdo conmigo? ¿Por qué este tipo consigue todo lo que quiere?»

Por último, Sam está sentado a la mesa disgustado. El pastor parece haberle propinado un tiro directo a los solteros en su sermón tres semanas atrás, especialmente a los hombres solteros. «¿Por qué no tuvo el coraje de enfrentarme cara a cara?», se pregunta Sam. No ha hablado con el pastor sobre sus sentimientos. En su lugar, piensa abandonar la iglesia cuando llegue el verano. Esa fue la forma como siempre se manejaron los conflictos en la familia que creció. Usted «quema los puentes» y sigue adelante. Sam no favorece este gasto de recursos.

No hace falta decirlo, si usted como líder va a traer un liderazgo espiritual maduro a esa mesa, necesita considerar por lo menos tres cuestiones:

1. Usted necesita respirar y hacer un profundo autoexamen de sus propias motivaciones, metas, planes y dinámicas familiares (pasadas y presentes) cuando da este próximo paso de expansión. Necesita saber lo que siente y piensa y entonces ser capaz de expresarlo clara, directa y respetuosamente a la junta.
2. Usted debe orientar a los miembros del grupo de tal manera que puedan expresar sinceramente sus preocupaciones y sentimientos. Mucho está debajo de la superficie en esta reunión. Sugeriría que pongan en suspeso la decisión y tengan una reunión para hablar sobre lo que transurre dentro de cada uno de ellos y en sus relaciones.
3. El líder necesita ofrecer un energético liderazgo y dirección en esta reunión. Necesita crear un entorno seguro para ellos a fin de que se expresen sinceramente. Esto incluirá probablemente el establecimiento de ciertas pautas y límites en la participación. Por ejemplo, cada uno debe hablar a título personal, no de otro y otros. Puede que sea apropiado preguntarle a cada miembro del grupo: «¿Cuál es la mayor cosa que impacta sus vidas en este momento?» Entonces dele diez minutos a cada persona... y oren unos por los otros.
3. Necesita reunirse con la junta ya sea uno a uno o como grupo para ayudarlos a madurar en su andar con Dios. Recuerde que *Jesús, mientras dirigía las multitudes, se concentró en tres, luego en doce, en los que invirtió su vida. Yo comencé entregándome al equipo y los ancianos de nuestra iglesia a fin de propiciar el cambio en la iglesia mayor.*

Puede ser abrumador pensar en la iglesia como un lugar donde todos estos individuos traen con ellos toda la historia de sus familias. Esta es, sin embargo, una imagen bastante exacta. También nos ayuda a comprender la enorme complejidad de dirigir una iglesia.

La iglesia nunca madurará más allá del liderazgo. Esperanzadora-mente ellos pueden modelar y sustentar un modo de vida en que los miembros del cuerpo se sacan primero la viga de su propio ojo (Mateo 7:1-5) y trabajan en sus propias cosas.

Gustavo y Nancy

La Fraternidad Nueva Vida dio un gran paso adelante cuando se hizo la luz sobre lo que era una conexión entre las familias en que crecimos y

nuestras vidas cristianas actuales. He visto madurar a innumerables personas como resultado de haber examinado con profundidad la forma en que su pasado ha impactado su presente. El siguiente es solo un ejemplo:

Gustavo y Nancy han estado en nuestro pequeño grupo durante los últimos cuatro años. Gustavo provenía de una familia en la que su madre, la menor de diez hijos, había decidido que cada uno de sus tres hijos fuera siempre el mejor de la clase, siempre tuviera razón, y siempre el que más sabía. Trabajaron lo más duro posible a lo largo de la vida. No estaba permitido expresar emociones y debilidades. Si tenías un contratiempo o un fallo (tal como caer de tu bicicleta), la respuesta era: «Levántate. No te quedes ahí y muévete». Había poca experiencia en sentir o expresar emociones.

A Gustavo también lo habían acusado falsamente en su empleo anterior, y pasó por la vergüenza de que lo despidieran del trabajo, lo que hizo que sintiera menos disposición a confiar a otros sus interioridades.

Imagine a Gustavo trayendo esta forma de relacionarse al equipo que dirigía en el trabajo y al pequeño grupo de Nueva Vida. Rara vez se mostraba inerme o débil, y el amor y la unidad entre su equipo eran superficiales. Enseñaba bien el contenido bíblico, pero rara vez lo vimos titubear. Frecuentemente albergaba resentimientos porque había sido muy pocas veces sincero y positivo. No podía decir «no» a los más novedosos proyectos y oportunidades de expansión en el trabajo. Siempre decía *«sí» a nuevos lugares donde servir en la iglesia. Estaba exhausto.*

Por otro lado, Nancy provenía de una familia amante y generosa. Ella servía al lado de Gustavo, siempre esperando lo mejor de sí mismos como pareja. Era también débil al establecer límites y decir «no». Era la mayor de tres hijas y se inclinaba a su papá, identificándose con sus sentimientos de indignación, culpa, preocupación y agravio. Asumió la responsabilidad de asegurarse que su papá se sintiera mejor. Si él no parecía recuperarse de sus sentimientos negativos, ella se sentía culpable. Trataría de rescatarlo, tratando siempre de «hacer lo correcto».

Naturalmente, Nancy transfirió a su matrimonio y a su servicio de Cristo en la iglesia esta forma de relacionarse. Era un gran guardián, corrugando a todo el mundo y asegurándose de que todo el mundo

Tenemos que asegurarnos que morimos por cosas que valen la pena.

actuaba bien. Había poco tiempo para que Nancy sintiera, pensara, o fuera fiel a sí misma. Estaba cansada, exhausta y sola.

Hasta que examinaron sinceramente cómo los sistemas de sus familias anteriores impactaban sus presentes relaciones en el trabajo, hogar, e iglesia no fueron capaces de llevar a cabo algunos cambios dramáticos. Al principio fue difícil porque ambos consideraban que sus familias estaban muy bien acopladas, especialmente cuando se comparaban con muchas otras personas.

La triste verdad, sin embargo, es que la dinámica familiar en la que crecieron era más dominante en su vida cotidiana que su nueva familia: la familia de Jesús. Vivían como si su lealtad perteneciera primero a sus padres, luego al reino de Dios.

Se requería una dolorosa negación de sí mismo (Lucas 9:23) para que Gustavo comenzara a manifestar debilidad ante otros en el trabajo y nuestro pequeño grupo. Era un paso de fe en Dios para él comenzar a turbarse cuando algo lo molestaba, comenzar a sentir y no a funcionar como una máquina.

También Nancy requería una poderosa negación de sí misma para dejar de asumir la responsabilidad por todo el mundo en el hogar y en la iglesia, dejar que cada uno llevara su propia carga (Gálatas 6:5), y reconocer que no tenía que suplir las necesidades de todos. Cuidar de sí misma como una hija de Dios de infinito valor, descansar y «divertirse» hizo que se sintiera (por lo menos al principio) como si traicionara una norma no explícita, invisible de su familia. Para Nancy era como la muerte.

Sin embargo, la gran noticia es que en el reino de Dios, cuando morímos, ello trae la vida. Tenemos que asegurarnos, entonces, que morímos por cosas que valen la pena.

Este próximo capítulo nos conduce a lo que ocurre cuando alguien examina con profundidad su interior, especialmente su historia. Nos hacemos vulnerables, transparentes y débiles.

CAPÍTULO 7

PRINCIPIO 3: VIVIR EN ACTITUD CONTRITA Y EMOCIONALMENTE VULNERABLE



En iglesias emocionalmente sanas, las personas viven y dirigen asumiendo una actitud contrita y de entrega. Comprenden que el liderazgo en el reino de Dios va de abajo a arriba, no de forma ambiciosa, controladora, o señoroteando a otros. Es guiar a partir del fracaso y el dolor, preguntas y luchas, un servicio que permite a otros avanzar. En una forma de vida notablemente diferente de lo que comúnmente se exhibe en el mundo e, infelizmente, en muchas iglesias.

Poner su vida a prueba de tormentas

Alrededor del fin de semana del día del trabajo del año 1900, muchos residentes en Galveston Island, Texas, buscaban refugio de un inusualmente cálido septiembre bañándose en las frías aguas del Golfo de México. Nadie sospechaba que casi la mitad de los 37.000 residentes estaba a punto de morir o quedarse instantáneamente sin techo, golpeados por el más mortal de los huracanes registrados. Algo más tarde esa desafortunada noche de sábado, un huracán con vientos superiores a 125 millas por hora y ráfagas de hasta 200 millas por hora azotó directamente a Galveston. En el lenguaje del actual Servicio Nacional del Tiempo, lo que los golpeó podría llamarse un huracán extremo o tormenta X.

El parte oficial del noticiero *Galveston News* había pronosticado: «Lluvias el sábado, con fuertes vientos del norte; domingo lluvioso,

aclarando después». Pero la tempestad apareció de pronto. A la 1:00 p.m. las lluvias se convirtieron en tormenta, a las 5:00 p.m. los vientos alcanzaron velocidad de huracán, y a las 8:30 p.m. los niveles del agua alcanzaban como veinte pies por encima de lo normal. En ese breve lapso de tiempo, la mayoría de las casas de la isla quedaron sumergidas, apenas visibles, o arrasadas.

Reportes de una tormenta tropical distante habían llegado al buró del tiempo de Galveston más temprano esa semana, pero no causaron gran alarma. «Las señales que usualmente anuncian la aproximación de huracanes no estuvieron presentes en este caso», escribió Isaac M. Cline, veterano de Galveston y meteorólogo principal del buró del tiempo. El propio Isaac vivía a tres cuadras de la playa, pero, significativamente, nunca vio necesidad alguna de evacuar a su mujer encinta (quien se ahogó), su hermano, o siquiera los hijos de la familia.

«Por qué? El mismo Isaac Cline había predicho que ningún huracán podría dañar seriamente la ciudad. «Una falsa ilusión absurda» es cómo había caracterizado el temor de que algún huracán representara un serio peligro para la floreciente ciudad de Galveston.

Basada parcialmente en la experta opinión de Cline, Galveston había desestimado una proposición de erigir un muro marítimo, invocando un despilfarro innecesario. Como resultado, muchas personas en esa bella ciudad crecieron confiados en que podían resistir cualquier tormenta. Nunca anticiparon las ráfagas de doscientas millas por hora comparables a treinta toneladas que golpean contra la pared de una casa, desmenuzándola como si la madera fuera cerillas de fósforos. Nunca previeron olas de cincuenta pies de largo y diez pies de alto con un peso estático de ochenta mil libras. Estas son olas con un poder destructor inconmensurable. Moviéndose a treinta millas por hora, generan un impulso hacia delante de dos millones de libras, lo suficientemente poderoso para dislocar fuertes emplazamientos de artillería.¹ Se ahogó tanta gente que durante meses el mar arrojó cuerpos sobre la playa. Isaac Cline, el meteorólogo, nunca previó una tormenta de esta intensidad.

Mi preparación ignoró contrición y debilidad. Cuando la tormenta verdaderamente grande golpeó, yo no estaba preparado.

De la misma manera que Isaac pensó que había construido una casa estable y bien fundada que podía resistir tormentas, yo también recorri

Nunca anticiparon las ráfagas de doscientas millas por hora comparables a treinta toneladas que golpean contra la pared de una casa, desmenuzándola como si la madera fuera cerillas de fósforos. Nunca previeron olas de cincuenta pies de largo y diez pies de alto con un peso estático de ochenta mil libras. Estas son olas con un poder destructor inconmensurable. Moviéndose a treinta millas por hora, generan un impulso hacia delante de dos millones de libras, lo suficientemente poderoso para dislocar fuertes emplazamientos de artillería.¹ Se ahogó tanta gente que durante meses el mar arrojó cuerpos sobre la playa. Isaac Cline, el meteorólogo, nunca previó una tormenta de esta intensidad.

una gran distancia a fin de prepararme a mí mismo para el liderazgo lo mejor que pude. Acumulé conocimientos, destrezas y experiencia de una gran serie de círculos cristianos. Mi esperanza era que ninguna persona, prueba, dificultad o circunstancia podría quebrarme, sin importar la fuerza del huracán. Busqué vivir la realidad de que el mismo poder que levantó a Jesús de la muerte estaba ahora en mí (Efesios 1:19-23). Traía a mi memoria que mayor es quien está en mí que quien está en el mundo (1 Juan 4:4). Oré como David: «Contigo desbarataré ejércitos. Y con mi Dios asaltaré muros» (2 Samuel 22:30).

Estaba decidido a permanecer estable, firme, constante y fiel. Dios me había dado celo, talentos y mucha experiencia. Iba a ser un guerrero, un soldado y un siervo de Dios y su iglesia.

Mi preparación, sin embargo, tanto formal como informal, ignoró una de *las más importantes sendas bíblicas* para crecer en autoridad espiritual y liderazgo: contrición y debilidad. Como resultado, cuando la tormenta verdaderamente grande golpeó, yo no estaba preparado.

1. Desarrollar una teología de la debilidad

Después de que Adán y Eva pecaron en el huerto del Edén, Dios siguió tras ellos amoroso y les abrió el camino para que volvieran a él y entre sí. Sale a buscarlos, quien «se paseaba en el huerto, al aire del día» (Génesis 3:8). Les provee ropa para cubrir su desnudez (Génesis 3:21). Les promete que algún día vencerá a la serpiente en cuyas mentiras habían creído (Génesis 3:15).

A causa de la Caída, Dios convierte también la maldición de los «espinos y cardos» (Génesis 3:18) en el tejido de la vida como aún la conocemos. Dios explica cómo todo en la vida, desde ese momento en adelante, será difícil, doloroso y frustrante. Él divide la maldición en dos áreas primordiales: nuestras relaciones (Génesis 3:16) y nuestro trabajo (Génesis 3:17-19).

Las relaciones, dice Dios, estarán ahora marcadas por el dolor y las incomprendiciones. Nos defraudarán personas en nuestros matrimonios,

Dios anuncia la maldición para hacernos caer de rodillas y buscarnos, para reconocer nuestra necesidad de un Salvador.

familias, iglesias y lugares de trabajo. La intimidad será reemplazada por la manipulación, las luchas de poder, desengaños, seducciones, actitudes defensivas y la desaparición de la relación. Reinará la soledad.

Puede que hayamos estado hechos para ocuparnos de la tierra y trabajar, pero ahora la frustración y el fracaso serán nuestra parcela. En esencia, el suelo será duro. Espinos y cardos marcarán nuestro trabajo. Puede que alcancemos nuestras metas y logremos cosas, pero nunca nos sentiremos completamente satisfechos. Una sensación de desasosiego e imperfección siempre acompañarán nuestro trabajo sobre la tierra. En esta vida todas las sinfonías siguen inconclusas.²

¿Por qué hace Dios esto? Él anuncia la maldición para hacernos caer de rodillas y buscarlo, para reconocer nuestra necesidad de un Salvador (Gálatas 3:21-25). El problema que antes de que los espinos y cardos de la vida nos quebranten, escapamos, luchamos o nos escondemos.

a. Huir. Algunos de nosotros huimos enterrando nuestro dolor en alguna forma de conducta adictiva, esquivando la vida al concentrarnos en solo una pequeña parte de ella. Muchos cristianos sufren dolor, pero huyen de él o lo anestesian. ¿Cuántos pastores aletargan los dolores de la vida convirtiéndose en adictos al desarrollo de su iglesia? ¿Cuántas personas ponen celosamente sus energías en un ministerio de la iglesia como una vía para evitar ciertas relaciones no placenteras en la casa? ¿Cuántas mujeres se enterrarán a sí mismas dedicándose al cuidado de los hijos como una manera de no mirar con sinceridad otras áreas quebrantadas de sus vidas? ¿Cuántos hombres entregan la energía de su vida a tener éxito en sus profesiones mientras fallan miserablemente en el hogar?

b. Luchar. Otros nos disgustamos, nos amargamos, o violentamos porque la vida no va como queremos. ¿Cuántos cristianos necesitan enfrentar un encono íntimo pero en su lugar se revisten con una túnica de espiritualidad, «de una justa indignación como Jesús», según erróneamente la describen? Desatan su cólera sobre políticos descarridos y cristianos doctrinalmente imperfectos. En lugar de que las dificultades de la vida los quebrante, conocí a muchos en nuestras iglesias que están enojados con Dios porque no contesta sus oraciones o porque no goberna el mundo de una manera que les parece sabia.

c. Esconderse. Aun otros desarrollamos nuestras vidas de maneras que encubren lo imperfecto que somos, lo estropeados, resquebrajados y frágiles que somos. Eso fue lo que hice por años. El más conmovedor ejemplo ocurrió hace varios años cuando, durante un breve período, viajé a distintas partes del país y hablé en conferencias de crecimiento

eclesiásticas. Hablé de los éxitos de nuestra iglesia, concentrándome en lo que hice bien. Trasmití un sentido de maestría y control de cómo dirigir una iglesia y desarrollar una infraestructura de pequeños grupos. Yo era el centro de atención, y hablaba de mi pericia libremente en recesos y comedidas.

Sin embargo, comenté sobre desengaños y fracasos, tanto en lo personal como en la iglesia. También me encontré exagerando más de lo que me gusta reconocer. En la superficie parecía que estaba teniendo éxito. Algunas de las hazañas eran ciertas. Pero, como comprendí más tarde, concentrarme en mis éxitos era mi herramienta para evitar mirar sinceramente lo imperfecto que era y lo estropeado, resquebrajado y limitado que realmente estaba. También me adjudicaba un falso sentido de mérito y valor que me dejaba vacío.

Recuerdo recibir una invitación para hablar en una conferencia de crecimiento eclesiástico en Tennessee porque un orador de la plenaria se había enfermado y necesitaban a alguien que lo reemplazara. El honorario era significativo. Pero sabía que ya no podría ir. Algo en mi alma moría en esas conferencias cuando hablaba. Tenía la molesta sensación de que no estaba diciendo toda la verdad. Dios había hecho cierto número de grandes cosas, pero la historia tenía otra cara y yo también.

Todos están quebrantados, estropeados, fracturados y son imperfectos. Es un denominador común para toda la humanidad, aun para aquellos que niegan las realidades de su vida.

Los dos tipos de iglesia

El siguiente cuadro describe dos maneras muy diferentes en que una iglesia abandona su espiritualidad. La primera, a falta de un mejor término, se caracteriza por el orgullo y las actitudes defensivas; la segunda está marcada por la contrición y la entrega. ¿Qué columna lo describe mejor a usted?

Orgullosa y defensiva	Contrita y de entrega
1. Soy cauteloso y defensivo sobre mis imperfecciones y defectos.	1. Soy transparente y débil; me abro para ganarme a otros.
2. Me concentro en las partes «positivas», fuertes y exitosas de mí mismo.	2. Estoy consciente de las partes débiles, necesitadas de quien soy, y reconozco sin reservas el fracaso.

Orgullosa y defensiva	Contrita y de entrega
3. Soy muy susceptible y defensivo.	3. Soy accesible y abierto a las opiniones.
4. Naturalmente me concentro primero en los defectos, errores y pecados de otros.	4. Estoy consciente de mis quebrantos. Soy compasivo y lento para juzgar a otros.
5. Doy a menudo mis opiniones, aun cuando no se me pregunta.	5. Soy lento para hablar y rápido para escuchar.
6. No me acerco a las personas.	6. Soy abierto, suave y curioso sobre los demás.
7. No permito que las personas vean realmente lo que sucede dentro de mí.	7. Me deleito en mostrar vulnerabilidad y debilidad, para que pueda verse el poder de Cristo.
8. Me gusta controlar la mayoría de las situaciones.	8. Puedo pasar las cosas por alto y darle a la gente la oportunidad de ganarse mi confianza.
9. Tengo que tener razón a fin de sentirme bien y fuerte.	9. Comprendo que la fuerza de Dios se revela al reconocer los errores, la debilidad, y en declaraciones como: «Yo estaba equivocado».
10. Culpo a otros.	10. Asumo mis responsabilidades y la mayoría de las veces utilizo el «yo», no el «tú» o el «ellos».
11. A menudo guardo rencores y rara vez pido perdón.	11. No considero que las personas me deben algo, y soy capaz de pedir perdón a otros según sea necesario.
12. Cuando me ofenden, me aparto de las personas.	12. Cuando me ofenden, hago preguntas para explorar lo que ocurrió.
13. Niego, evito o esquivo las realidades penosas.	13. Miro sinceramente a la verdad que está bajo la superficie, aun cuando duele.
14. Doy respuestas y explicaciones a aquellos que sufren, con la esperanza de componerlos o cambiarlos.	14. Estoy junto a las personas en su dolor, y me siento cómodo con el misterio y al decir: «No sé».
15. Tengo que probar que tengo la razón cuando estoy equivocado.	15. Puedo dejar que las cosas pasen.
16. Soy exigente.	16. Me expreso respetuosa y amablemente.
17. Estoy muy consciente de mí mismo y preocupado de cómo otros me perciben.	17. Estoy más consciente de Dios y los otros que de la impresión que causo.
18. Veo a las personas como recursos a fin de ser usadas para Dios.	18. Veo a las personas como dones para ser amados y disfrutados.

Autoridad espiritual y debilidad de Pablo

Sin duda el apóstol Pablo es el cristiano más grande que jamás haya vivido. Escribió casi la mitad de los libros del Nuevo Testamento y expandió el cristianismo en el primer siglo de una forma que no ha sido superada hasta el día de hoy. Aun así, la posición y autoridad de Pablo como apóstol enfrentó serios retos en más de una ocasión. La razón fundamental de esto estuvo relacionada con su comprensión de la debilidad y el quebranto.

Un caso de estos es Corinto. «Super-apóstoles» habían llegado a la iglesia con un ministerio de señales y milagros que superaba a Pablo. También hablaban de revelaciones y experiencias con Dios que hacían parecer a Pablo como un hombre ordinario. Llegaron exhibiendo extraordinarias dotes oratorias. Reclamando una autoridad especial y única de Dios, gradualmente desviaron la lealtad de la congregación lejos de Pablo y hacia sí mismos. La debilidad y la imperfección no estaban incluidas en su perspectiva al desarrollar cualidades de liderazgo.

La gente en Corinto se parecía mucho a como somos nosotros hoy. Esta ciudad griega estaba situada en el Mar Egeo. Se había convertido en una de las ciudades más grandes y poderosas del mundo. Densamente poblada, multiétnica, libre de las antiguas tradiciones en lo sexual, era una combinación de Nueva York, Las Vegas y Los Ángeles.³

La cultura del siglo veintiuno mide la fuerza en términos de poder. Si usted es una celebridad, un individuo físicamente bello o rico, un atleta profesional, un abogado atildado, un doctor o un político exitoso, se le considera fuerte. La gente brillante nos deslumbra con sus habilidades intelectuales y verbales. La cultura de la iglesia contemporánea ha hecho suyo mucho de la definición de poder y fuerza del mundo. Buscamos edificios, finanzas, número de personas y grandes presupuestos para demostrar la fuerza y el éxito de nuestras iglesias y ministerios.

Pero en Corintios 12, Pablo argumenta sobre la autenticidad de su liderazgo apelando, no a visiones y revelaciones de Dios, ni a sus éxitos y dones, sino más bien a su debilidad! Escribe como Dios ha permitido que un «aguijón» clavado en su carne lo humille en su vida.

¡Pablo argumenta sobre la autenticidad de su liderazgo apelando a su debilidad!

EX LIBRIS
EL TROPICAL

Los especialistas no están seguros de si este «aguijón» era una enfermedad física (tal como un problema de la vista, un defecto en el habla, o epilepsia), la agonía de gente que constantemente se le oponía, o una tentación espiritual (quizás una tendencia a la amargura o un temperamento terrible). En la antigüedad se utilizan agujones como estacas clavadas en la tierra para hacer más lento el avance del enemigo. Esta estaca atravesaba a Pablo por el centro de su ser.

Cualquier cosa que fuera, ello «atormentaba» a Pablo. Lo desalentaba seriamente. Aun así, Pablo se refirió a esto como un don, diciendo:

«Respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfeciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriare más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades... en necesidades... en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Corintios 12:8-10).

Para Pablo, su gran debilidad era su distintivo del apostolado y la autoridad de Dios, tanto que se gloraba de ella, argumentando que este era el momento cuando el real poder y la gloria de Jesús fluían a través de él. Ello lo hacía sentir tan débil que lo obligaba a depender de Dios.

Si Pablo predicara en una conferencia de pastores y recibiera la oportunidad de hablar de su trabajo como líder apostólico, su primer tópico no sería como plantó veintiuna iglesias en el Asia Menor. Tampoco el título de su mensaje de apertura sería:

Lo que importa es que Jesús esté en nosotros, no nuestras habilidades y talentos.

«Seis pasos para reclutar líderes dentro de la iglesia». Quizás hablaría primero de cómo Dios no contestó sus oraciones para una cura personal. Describiría lo débil, lo quebrantado, lo arruinado y débil que estaba. «Esto encierra un mensaje, amigos», pudiera añadir. «Si Dios puede utilizarme a mí, puede utilizar a cualquiera! Lo que importa es que Jesús esté en nosotros, no nuestras habilidades y talentos. ¡El reino de Dios tiene que ver con su poder, su fuerza, no la nuestra! ¡Tengan ánimo!»

Pablo no quería salir de la debilidad. Repetidamente le dijo a Dios: «Puedo soportarla». Dios sabía que él sería insoportable sin este «aguijón».

¿Puede usted imaginarse a qué podría parecerse? Sin duda el flujo del poder de Dios a través de Pablo habría disminuido seriamente si él fuera una persona arrogante o autosuficiente.

2. Aceptar el don de su impedimento

¿Cuál será el «don del impedimento» que Dios le ha dado? (Así es como una versión en inglés traduce «aguijón en la carne»). ¿Un niño con necesidades especiales? ¿Una batalla contra la adicción que lo obliga a ser vigilante y asistir a cada reunión regularmente? ¿Fragilidad emocional con tendencia a la depresión, la ansiedad, el aislamiento, o soledad como una persona soltera o una viuda? ¿Cicatrices en su alma debido a un pasado de abusos? ¿Patrones infantiles de relacionarse con otras personas que lo hacen sentirse desesperado por un cambio? ¿Un impedimento físico? ¿Un cáncer? ¿Tentaciones reales de ira, odio, resentimiento o de propensión a juzgar a otros?

Nuestro mundo trata la debilidad y el fracaso como una enfermedad terminal. Dice: «Eres un perdedor». Dios dice: «Esta es una experiencia universal, que atraviesa todas las edades, culturas, razas y clases sociales. Es mi don especialmente confeccionado para ti de manera que puedes dirigir apoyándote en tu debilidad y quebrantos, no en tu fuerza y poder».

Comprendo que Dios quería sanar mis quebrantos y vulnerabilidad completamente. ¡Pocos consideran los quebrantos como un designio y la voluntad de Dios para nuestras vidas!

El crecimiento de Pablo en Cristo va paralelo a su creciente sentido de debilidad y pecaminosidad.

- En Gálatas 2:6, escrito en 49 d.C., tras ser cristiano durante catorce años, escribe sobre los apóstoles de esta manera: «Pero de los que tenían reputación de ser algo (lo que hayan sido en otro tiempo nada me importa)». Pablo aparece orgulloso y testarudo.
- Seis años más tarde, en 55 d.C., escribe a los corintios de una manera mucho más amable: «Porque soy el más pequeño de los apóstoles» (1 Corintios 15:9).
- Cinco años después de eso, alrededor del 60 d.C., y veinte años después de convertirse en cristiano, proclama: «A mí, que soy el más pequeño de todos los santos» (Efesios 3:8).

- Por último, dos años antes de su muerte y quizás tras andar con Cristo durante treinta años, es capaz de ver con claridad: «Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15).⁴

¿Qué pasó? Pablo había crecido en su comprensión del amor de Dios en el evangelio. Se había hecho más fuerte en Cristo al volverse más débil: «Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Corintios 12:10).

Caminar como una vasija rajada

Una historia que escuché ilustra esta verdad contra-cultural.

Una vez vivió un aguador en la India. Acostumbraba a utilizar dos grandes vasijas para su tarea. Sostenía un palo sobre su cuello y enganchaba una vasija a cada extremo. Una de las vasijas tenía una gran grieta mientras que la otra estaba en perfecto estado. La vasija perfecta siempre llevaba una porción de agua completa del arroyo a la casa del dueño, mientras que la rajada llegaba a medio llenar cada día.

Durante dos años este aguador realizó la misma jornada. La vasija perfecta se volvió orgullosa de sus logros. La vasija rajada estaba abochornada de sus imperfecciones y se sentía miserable por ser capaz de cumplir solo la mitad de la tarea para la que había sido hecha. Por último, un día junto al arroyo, la vasija rajada le habló a su dueño sobre su amargo fracaso: «Estoy avergonzada de mí misma, quiero disculparme de haber sido solo capaz de llevar la mitad de mi agua a su casa. Hay una grieta en mi costado que hace gotejar el agua. Debido a mis defectos, usted no recibe todo el importe de sus esfuerzos».

Entonces el aguador sonriendo replicó: «Cuando regresemos a la casa del dueño, quiero que te fijes en las bellas flores a lo largo del camino».

En ese viaje desde el arroyo, la vasija rajada miró alrededor.

«¿Te das cuenta que hay flores solo en tu lado del camino, pero no en el lado de la otra vasija?», comentó el dueño. «Eso es porque siempre he sabido de tu defecto y me aprovecho de él. Sembré semillas en tu lado del camino, y cada día mientras pasamos por estos sitios, tú las riegas. Ahora durante dos años he podido recoger esas bellas flores para decorar la mesa de mi señor. Si no fueras como eres, no tendría esta belleza para dar encanto a su casa».

Esta es la forma en que trabaja Dios.

Lou incursiona en la humildad

Muchas personas leen libros sobre la humildad pero no son humildes. Otros predicen mensajes e imparten estudios bíblicos sobre el tópico pero permanecen impenetrables. Al igual que yo mismo, Lou, uno de los pastores de mi equipo, era una de esas personas.

Estaba sentado en la mesa de mi cocina con mi esposa, y tratábamos de detener el descenso en picada marital que experimentaban Lou y su esposa Susan. Intentábamos ayudarlos desesperadamente a que se escucharan mutuamente con respeto. En un punto de la conversación, Lou, muy frustrado, espetó: «Comprendo que no es solo Susan, que yo tengo problemas también. Pero mis problemas se parecen más a tener una pierna rota, y los problemas de Susan son como tener un cáncer».

Aunque para Lou era fácil, casi natural, mirar y concentrarse en los defectos de carácter de su esposa, le era difícil, casi imposible, mirar sus propias debilidades y defectos. Era la fatal combinación del temperamento innato de Lou, la familia en la que había crecido, el anterior entrenamiento en el discipulado (a través de un ministerio itinerante que se engullía de practicar «las cosas básicas») y una cultura eclesial que al parecer hacía imposible que Lou viera su propia fragilidad. Lou amaba los libros y siempre pensó que conocimiento y más conocimiento eran la respuesta para todas las cosas.

Tratamos sin éxito que Lou escuchara a su esposa. Él podía arreglar, resolver, solventar y controlar casi todo. Si usted tenía un problema, Lou le podría «mostrar» la solución. Pero no podía controlar la desesperación de Susan y las miserias de su matrimonio. Recomendé que fuera a un consejero matrimonial profesional.

«Quién? ¿Yo?,» pensó Lou para sí mismo. ¡Eso es ridículo! Estaba abochornado y desolado. Gradualmente, por primera vez en su vida, se enfrentó cara a cara a su incapacidad para resolver los problemas con su propia esposa. Comenzó poco a poco a tomar conciencia de las partes de su ser que estaban radicalmente quebrantadas.

Lou no tiene tantas respuestas como acostumbraba. Dice: «No sé» mucho más a menudo. Su enseñanza en Nueva Vida no conlleva la cualidad autosuficiente de «juntos» como antes. Deja que otros lo corrijan con humildad. Más importante, quizás, es cómo las personas comienzan a

Comencé a hablar sin reservas de mis errores, deficiencias y fracasos.

buscarlo cuando sus vidas se deshacen. En la actualidad Lou comienza a ser conocido como una persona «segura». Uno de sus lados fuertes ahora en Nueva Vida es su habilidad para escuchar y aconsejar a personas dolidas. Su ministerio docente comunica ahora un aroma de contrición que nunca antes estuvo presente.

3. Transitar a una iglesia basada en la debilidad

Ello comenzó conmigo

Un cambio sísmico comenzó en Nueva Vida cuando, tras casi ocho años de dirigir sobre la base de mis «fuerzas» y «éxitos», confesé ante la congregación (no meramente ante la junta) que mi vida personal y mi matrimonio estaban en desorden. Entonces tomé la decisión, junto con mi esposa, de dar a conocer nuestra batalla y nuestra jornada de sanidad y restauración.

Comencé a hablar sin reservas de mis errores, deficiencias y fracasos. Ahora era capaz de decir en las reuniones: «No sé qué hacer». Hablé sin tapujos de mis inseguridades, mis desengaños y mis sueños hechos añicos. Revelé sentimientos de los que antes tendía a avergonzarme: enojo, celos, depresión, tristeza, desesperación.

Si escucha las grabaciones de mis sermones antes y después de 1996, notará una marcada diferencia. Antes de 1996 puede que haya dicho algo flojo de mí mismo o comunicado una batalla. Lo hice porque sonaba bien y se ajustaba bien al punto que trataba en mi sermón. Mi liderazgo se caracterizaba todavía por el disimulo y la actitud defensiva.

Tomé la decisión durante un sabático de tres meses en 1996 en el que predicaría de mis fallas, debilidades y luchas, no de mis éxitos. Esta vulnerabilidad, aunque incómoda al principio, revolucionó mi predicación y a la Fraternidad Nueva Vida. Comencé a luchar con textos y mis propias dificultades por obedecerlos antes de aplicarlos a todos los demás.

Ahora hablo francamente en mis sermones de estas luchas. Todos estamos ahora en igualdad de condiciones, luchando para obedecer en nuestras vidas la Palabra de Dios.

Recuerdo a Geri haciendo el primer retiro matrimonial conmigo, contando detalles de nuestra historia como

Y comencé a sentir el amor de Dios en Cristo y el poder del Espíritu Santo de una forma completamente nueva.

pareja. Una persona abandonó la habitación llorando y diciendo: «¡Nunca esperé ver a nadie, dejar a mi pastor solo, así desnudo! (Con esto ella quiso decir «vulnerable»). Una ola de tantos quebrantos había llegado a nuestras vidas que nada teníamos que esconder.

No solo no me sentí peor de lo que al inicio temí, sino que me sentí más vivo y limpio que como me había sentido en años. Mis ilusiones de disimulo y actitudes defensivas se disipaban. Y comencé a sentir el amor de Dios en Cristo y el poder del Espíritu Santo de una forma completamente nueva.

Ello repercutió a lo largo del liderazgo

Una de las cualidades excepcionales de Nueva Vida es que los líderes, en todos los niveles, hablan abiertamente de sus debilidades y de la misericordia de Dios. Como dijo uno de nuestros pastores recientemente: «Resulta duro en realidad ser sacado del equipo a menos que rehúse ser humilde y estar contrito». Existe la expectativa de ser educable, reprendible y dispuesto a trabajar continuamente sobre sus propios temas. Aquí no hay héroes cristianos. Solo personas.

Se alienta de los líderes de adoración, ministerio y pequeños grupos a contar historias de debilidades y quebrantos cuando guían a otros. Es quizás la cualidad indispensable para un buen culto en Nueva Vida.

Adán es un líder joven y talentoso que se mudó a la ciudad de Nueva York hace un par de años. El siguiente es el relato, en sus propias palabras, de su choque y jornada culturales.

Había previsto todo en la vida. ¿El ministerio? También lo había previsto todo. Era joven, estaba confiado, era invencible. Había sido cristiano poco más de una década, y en mi mente no había asunto demasiado complejo o circunstancia demasiado aplastante como para hacerme caer de la cima del Cristianismo (más bien una posición arrogante, estoy seguro). Se me dijo que tenía un montón de dones, cierto número de cualidades naturales de liderazgo, y maña para ejercer influencia. Aunque pronto dejaría de lado esas alabanzas prematuras, no podía sino creer en secreto esas exageraciones.

Liderazgo no es ser siempre el tipo fuerte; en su lugar, es ser el débil al que solo Dios ha hecho fuerte.

Como resultado, yo era un cristiano apolégico lleno de energía, a menudo intachable, que posaba de humilde héroe. Escucharía a las personas, pero en realidad no les prestaría atención. Con frecuencia era impaciente con los demás, y tendía a dar consejos a cualquiera y a todo el mundo, solo porque pensaba que era mi deber y un «regalo» para ellos. Valoraba la fuerza más que la debilidad, el dogma más que la gracia, la perfección más que el quebranto. Estaba confiado en las habilidades que Dios me había dado.

Puse en práctica el consejo que mis padres me dieron cuando jovencito: «Puedes ser descuidado, solo que no se lo demuestres a los demás».

Venir a Nueva Vida y escuchar sobre vulnerabilidad y quebrantos era algo estremecedor. Parecía muy arriesgado. Era bastante agradable e idealista para sonar bien, pero al mismo tiempo demasiado peligroso e improbable. Para ser sincero, era un poco aterrador.

Pero era algo que liberaba. Me daba una vía nueva y refrescante de ver el evangelio, de comprender la gracia y de apreciar y adorar al humilde Rey que nunca antes tuve. Aprendí a confiar en él cuando no tenía las respuestas para todas las cosas y aprendí a escuchar. Aprendí a decir «no sé» cuando realmente no sabía. Aprendí a ver a las personas a través de lentes nuevos, lentes de gracia y simpatía, lentes de compasión y humildad.

Aprendí que liderazgo no es ser siempre el tipo fuerte; en su lugar, es ser el débil al que solo Dios ha hecho fuerte. He llegado a darme cuenta que, en numerosas ocasiones, podía aprender de otras personas si no insistiera tanto en tener la razón. Aprendí que normalmente las personas se comunican mejor con alguien que ayuda de forma real y desinhibida que con uno estoico y distante. Y aprendí que estaba demasiado ocupado señalando los errores de otros en lugar de ver los míos propios.

En pocas palabras, aprendí que no era tan íntegro como pensaba que era. De una forma extraña y misteriosa, aprendí que solo podía convertirme en un líder íntegro, un amigo y un estudiante estando contrito y débil y siendo vulnerable ante Dios... y sí, ante los demás también.

Eso era también liberador.

Ello trascendió a una cultura más amplia

Se utiliza cada oportunidad para que la gente dé testimonio sobre cómo Dios sale a su encuentro en sus fallos y debilidades. Queremos personas que reconozcan las grietas en su alma, ya sea que vengan a la iglesia como resultado de sus pecados o de pecados cometidos contra ellos. Así, utilizamos los cultos de adoración dominicales, matrimoniales y los retiros individuales, los grupos pequeños, bautismos, y otras actividades para darle a las personas la oportunidad de contar sus historias.

Es algo común oír en un mismo culto, tanto acerca de la recuperación de la adicción a la heroína y el crac de uno que ahora dirige la adoración, como de la lucha contra la pornografía de un padre de tres sencillo, respetable y de clase media. Invitamos a un antiguo travesti a ofrecer su historia un domingo en la mañana (junto a fotos de su vida antes de aceptar a Cristo, debo añadir). El mismo tema recorre la historia de cada persona. Todos estamos quebrantados; cada uno lo compensa de diferentes maneras.

Constantemente le recordamos a la gente que la única clase de persona que Dios usa es aquella que no depende de sus propios dones o recursos.

- Moisés tartamudeó.
- La armadura de David no le servía.
- Juan Marcos abandonó a Pablo.
- Timoteo tenía úlceras.
- La mujer de Oseas era una prostituta.
- El único oficio de Amós era la agricultura.
- Jacob era un mentiroso.
- David tuvo una aventura amorosa, cometió un asesinato y abusó del poder.
- Noemí era viuda.
- Pablo era un perseguidor.
- Moisés era un asesino.
- Jonás se negó a cumplir la voluntad de Dios.
- Tanto Gedeón como Tomás dudaron.
- Jeremías estaba deprimido y tenía inclinaciones suicidas.
- Elías se agotó.
- Juan el Bautista era un vocinglero.
- Marta era una persona aprensiva.
- Noé se emborrachó.

- Salomón era demasiado rico, y Jesús demasiado pobre.
- Abraham era muy viejo, y David demasiado joven.
- Pedro temía a la muerte, y Lázaro estaba muerto.
- Moisés tenía poca paciencia (al igual que Pedro, Pablo y gran cantidad de héroes bíblicos).

**El día en que
reconocimos que
no éramos personas
cariñosas
comenzamos
a serlo.**

cariñosas comenzamos a serlo.

4. Seguir como modelo al hijo pródigo

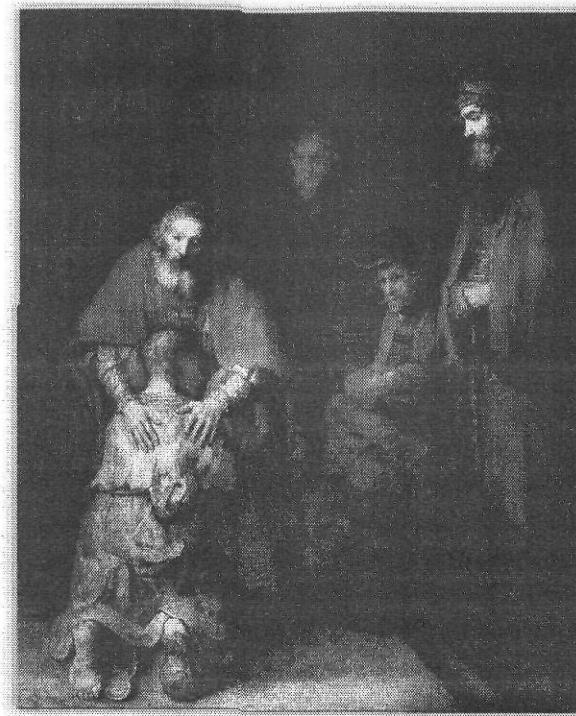
Uno de los momentos cruciales del cambio de cultura en nuestra iglesia se presentó, no obstante, cuando prediqué una serie en siete partes sobre el hijo pródigo de Lucas 15:11-32. Utilizando el cuadro de Rembrandt titulado «El regreso del hijo pródigo», lo proyecté sobre una gran pantalla mientras predicaba sobre el texto. Dios fue a nuestro encuentro de una manera maravillosa.

El cuadro de Rembrandt se inspira en la parábola de Jesús de Lucas 15, y ofrece una ayuda visual maravillosa para ayudarnos a escoger la senda que lleva a la contrición, la debilidad, la humildad y la vulnerabilidad. El hijo menor está arrodillado, descansando su cabeza sobre el regazo de su padre. Está calvo, aparentemente agotado y demacrado, desaliñado, sin su capa y calza solo un zapato desvencijado. Es la imagen de una vida que ha sido quebrantada.

De acuerdo con la parábola, el hijo menor demandó el porcentaje de su herencia (solo un tercio) y se fue de la casa. En la cultura tradicional del Medio Oriente, que un joven hijo pidiera su herencia mientras su padre estaba todavía vivo es lo mismo que decir: «Padre, estoy ansioso de que te mueras. Quiero vivir ahora como si estuvieras muerto».

Dios utiliza siempre vasijas quebradas, para «que la excelencia del poder sea de Dios, no de nosotros» (2 Corintios 4:7)

Eso no significa que alentemos a las personas que se queden como son. Sin embargo, reconocer la verdad sobre nosotros mismos es el punto clave para el cambio. Mi esposa y yo subrayamos a menudo que el día en que reconocimos que no éramos personas



**El cuadro de Rembrandt escenifica
el increíble amor del padre.**

El joven avergüenza a su padre y trae desgracia a su familia. Pero las cosas le van mal y el joven termina cuidando cerdos. Para un judío en tiempos de Jesús, el hermano menor había caído en la sentina de las sentinas. Los judíos que tocaban cerdos estaban cuatro veces más impuros que los que visitaban una prostituta.

Por último, «volviendo en sí» (Lucas 15:17) regresa a casa. Se levanta y se da vuelta. Mientras camina avergonzado hacia la casa, el padre corre a su encuentro (la carrera del padre es el vocablo que se utiliza en las competencias de atletismo). El padre no da golpes con su pie y dice: «Es mejor que te portes bien», ni simplemente

**El hijo menor es la
imagen de una vida
que ha sido
quebrantada.**

espera sobre el portal. Corre y se lanza sobre su hijo antes que este pueda terminar de hablar. Lo interrumpe y declara, en efecto: «Este es mi hijo» (Lucas 15:20-24).

Entonces ocurre lo inimaginable. «Le besa» (Lucas 15:20). Ninguna otra religión describe un Dios como este. Lo reinstala en su posición rompiendo sus viejas y malolientes vestiduras, coloca el mejor manto sobre él, le entrega un anillo con el sello de la autoridad legal y lo calza con los zapatos de un hombre libre que pertenece a la casa. El padre hace entonces una fiesta con música y bailes.

El mensaje es poderoso porque el padre representa al Padre celestial. Dios danza con su deshecho y quebrantado hijo.

El hijo menor: Reconoce su necesidad

Deténgase un momento, otra vez, y mire el cuadro de la página anterior. El quebranto del hijo menor es la imagen de la vida cristiana. Tengo que vivirla voluntariamente. De otra manera terminaría como el hermano mayor que está parado a la derecha.

La palabra clave es «voluntariamente». Ese hijo arrodillado y desaliñado recostado en el regazo de su padre, con las alargadas manos del padre sobre él, es el llamado para que usted y yo nos enfrentemos a las fuerzas que se oponen a que tomemos esta senda. Está arrodillado porque no puede vivir por su cuenta. Es en extremo dependiente. Está muy, muy necesitado. Todos lo estamos. A menudo olvidamos esa verdad cuando las cosas van como queremos.

Henri Nouwen, en su clásico libro sobre el cuadro de Rembrandt titulado *El Regreso del Hijo Pródigo*, describe el abandono de la casa como el dejar el lugar del amor del Padre donde escuchó en lo más íntimo de mi ser: «Tú eres mi hijo amado, sobre ti descansa mi favor». Nouwen escribe:

Aun así he abandonado la casa una y otra vez. ¡He huido de las manos benditas y escapado a lugares lejanos en busca de amor!

Esta es la gran tragedia de mi vida y de las vidas de tantos que he conocido en mi peregrinar. De alguna manera no he escuchado la voz que me llama Amado... Hay muchas otras voces. Las oscuras voces del mundo que me rodea tratan de persuadirme que no soy bueno y que solo puedo llegar a serlo ganando mi bondad ascendiendo la escalera del éxito.⁵

El resultado es que muchos de nosotros en posición de liderazgo tratamos de complacer a la gente, alcanzar el éxito y ser reconocidos. Terminamos perdidos.

Cuando me deprimo después que alguien corrige amablemente un comentario que hago en un sermón, o me hallo envidiando los éxitos de otras personas, o soy incapaz de decir «no» sin sentirme culpable, comprendo que estoy perdido. He abandonado mi casa para recalcar y descansar en el amor de Dios por mí en Cristo. Busco amor incondicional donde no se lo puede encontrar.

Cuando quedo atrapado en juegos, manipulaciones, falsas ilusiones, luchas de poder y distorsiones, y olvido la voz del Padre que me dice: «Pete, tú eres mi hijo, el que yo amo», entonces sé que he dejado la casa. Estoy perdido y necesito emprender la larga y dura jornada de regreso.

Cuando intento ejercer poder y control no saludando a un miembro de la iglesia que me ha despreciado, me he alejado del abrazo del Padre.

Cuando disciplino a mis hijos, no por un deseo de ayudarlos a crecer sino porque me han abochornado ante mis amigos, estoy perdido.

Cuando retan mis opiniones y me siento amenazado, y entonces me defiendo vigorosamente en lugar de decir: «Me ha ofrecido algunas cosas buenas en las que pensar», estoy perdido.

Cuando necesito un ministerio, una posición, un salario de cierta envergadura o me siento indispensable, estoy perdido.

Tengo dos copias del cuadro de Rembrandt. Una está en mi casa sobre el piano; la otra en la oficina de la iglesia. Reconozco que soy el hermano menor, que siempre abandona la casa. Este cuadro me mantiene atento, concentrado.

El hermano menor, arrodillado con su cabeza reclinada sobre el regazo de su padre y recibiendo el cálido abrazo de las consumidas manos del padre, es donde quiero vivir. Cuando lo hago, consciente de lo quebrantado que estoy y de lo frágil que soy, logro un breve atisbo [experimentalmente] de «la anchura, la longitud, la profundidad y la altura... [del] amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Efesios 3:18-19).

Cuando intento ejercer poder y control, me he alejado del abrazo del Padre.

El hermano menor llega a casa y recibe al amor del padre. No se le rechaza ni se la condena. No sufre vergüenza. Recibe vida.

En la medida que me pongo en contacto con mi «perdición» y quebranto es la medida en la que me aferro a la gloria del evangelio y soy capaz de deleitarme en el amor del Padre.

El hermano mayor: Una imagen de perdición

¿Qué ocurre cuando me desvío de la senda de la debilidad y la contrición? El hermano mayor nos lo muestra.

El hermano mayor es el punto culminante de la parábola para aquellos a quienes Jesús habla. En el cuadro de Rembrandt, está bien vestido y con un manto enjoyado como el padre, juzgando, anonadado, observando la espléndida bienvenida que ofrece el padre a su hermano menor que ha traído tanta desgracia y derrochado la fortuna de la familia.

Pero él está más perdido que su hermano menor. ¿Por qué? ¡Porque no puede ver su perdición! Su respetabilidad y moralidad lo han cegado.

El vive con el padre pero está lejos del padre. Me sirve como una advertencia de que es posible obedecer los mandamientos de Dios y estar perdido. Puedo dirigir una iglesia, orar, leer la Biblia, servir, o dar testimonio y estar perdido. Mientras trabajo para Dios, puedo aparentar estar cerca de Dios y de hecho estar lejos de él.

Su respuesta al generoso amor del padre por el hermano menor es: «He aquí tantos años te sirvo» (Lucas 15:29). No entiende lo que el padre hace.

¿Cómo sé si soy el hermano mayor?

Siempre es importante tener ante nosotros al hermano mayor de la parábola. Cuando no dirijo intencional y voluntariamente sobre la base de la debilidad y el quebranto, me vuelvo como él.

Observo tres señales.

Primero, cuando contengo el enojo en lugar de procesarlo, soy el hermano mayor. No hay alegría en el corazón del hermano mayor. Está enojado. Se comprende. Su hermano menor ha humillado a la familia, malgastado grandes sumas de dinero y probablemente en

El enojo es una emoción importante y compleja, especialmente para aquellos de nosotros que ostentan una posición de liderazgo.

esos años ha echado más trabajo sobre sus hombros, los del hermano mayor. La cuestión es qué hace al respecto.

El hermano mayor no controla su enojo, lucha con él, o lo lleva suavemente a su padre. Algunos de nosotros acumulamos nuestro enojo y un día explotamos. Guardamos trozos y pedacitos de ofensas hasta que no podemos más y comenzamos a dar portazos, tirar cosas, o intentamos responder o saldar las cuentas. Otros de nosotros llevamos nuestro enojo de un lugar, tales como la oficina o la casa, y lo traemos a la iglesia. ¿Cuántas veces he transmitido el enojo de un desagradable embottellamiento del tráfico de Nueva York a mis despaciosos hijos, que se demoran tanto en irse a la cama?

Algunas veces somos tan introvertidos que nuestras almas se ven forzadas a tragarse miles de horas de enojo hasta que este se convierte en una depresión o úlcera o insomnio o dolores de cabeza causados por la tensión. Aún otros de nosotros somos pasivo-agresivos. Tratamos inconscientemente de derrotar a la persona con la que estamos molestos llegando tarde, olvidando cumpleaños, o rehusando mostrar amor o respeto.

El enojo es una emoción importante y compleja, especialmente para aquellos de nosotros que ostentan una posición de liderazgo. Hay tantas personas y situaciones que se nos presentan que a veces ni siquiera sé por qué estoy enojado o molesto. Para mí la clave es arrodillarme delante del Padre y preguntar: «¿A qué se debe todo este enojo? ¿De dónde viene? ¿Me recuerda algo pasado? ¿Qué significará para mí ser positivo y no agresivo, reflexivo y no impulsivo, rápido pero no precipitado al hablar con la persona que evocó estos sentimientos de enojo?»

Segundo, cuando hallo que me quejo y refunfuño mucho, soy el hermano mayor. El hermano mayor se queja ante su padre: «Este tu hijo». No quiere reconocer que el hijo menor es su hermano, que ha regresado a la familia. Es condescendiente, orgulloso y cazador de faltas. Cuando mi corazón y actitud hacia las personas no son como las del padre en el cuadro, sé que he abandonado la casa.

Hay un lugar donde el hermano mayor puede procesar su tristeza y desilusión sobre el hermano menor. Pero percibimos en esta parábola que solo está resentido y contrariado.

El hermano mayor escucha la música y enseguida reacciona: «¿Por qué no me informaron? ¿Qué es lo que pasa?» Teme que se le excluya. Carece de todo sentido de espontaneidad o jovialidad. Es altanero, «pesado», gruñón e inconforme.

Cuando me hallo malhumorado y envidioso de otros, eso es una señal que me he apartado de la actitud humilde del hijo menor y he asumido el orgullo del hermano mayor.

Tercero, cuando me cuesta trabajo dejar pasar las ofensas, ello es seguro una señal que soy el perdido hermano mayor. El perdón es un proceso que discutiré más ampliamente en el próximo capítulo sobre las afecciones. Sin embargo, lo fundamental para seguir avanzando es captar la enormidad de mi deuda, que es mucho mayor de lo que nunca podría imaginar. Corro otra vez a arrodillarme delante del Padre.

Convertirse en el padre

El preciado fruto de escoger la impopular y poco usual senda del quebranto y la debilidad es que las personas acudirán a nosotros, igual que acudían a Jesús. El nunca hizo concesiones sobre su divinidad, sus creencias, o aquello que simbolizaba. No habló de forma ambigua, ni pecó nunca. Pero los parias de la sociedad, como las prostitutas y los bribones de las finanzas (llamados recolectores de impuestos) sabían que

Jesús los amaba incluso cuando aún vivían en sus pecados. Querían estar con Jesús. Él daba la bienvenida a su presencia.

Pase unos cuantos minutos meditando sobre el padre del cuadro. Fíjese en sus manos, su expresión, su amor incondicional, lo que le costó en términos de lágrimas y amor. Esta parábola me enseña mucho del amor del Dios que trata a cada uno de nosotros como su favorito. Pero también apunta al tipo de

hombre o mujer que nos llama a ser.

El preciado fruto de escoger la debilidad es que las personas acudirán a nosotros, igual que acudían a Jesús.

La iglesia está llena de hijos menores que huyen cada vez que Dios o alguien no satisface sus expectativas. También está llena de hijos mayores que refunfuñan y están enojados. Sé que soy las dos cosas. Sin embargo, la gran necesidad de nuestros días es que usted y yo nos empeñemos en crecer hasta ser padres y madres en la fe.

Las personas se desesperan por estar con otros que encarnen el amor de Dios en la práctica, que puedan hacer lo que el padre hace en el

cuadro: abrazar, amar, identificarse, estar presente y perdonar sin reservas. Es un amor sin condiciones, algo sobre lo que el mundo conoce muy poco. ¿Por qué? Nada que pudieran decir me sorprendería. Podrían sentirlo.

Mi problema no es mi orientación sexual, aunque puedo identificarme con aquellos en mi congregación que lo tienen. No me pasé veinte años de mi vida consumiendo heroína en las calles y contrayendo el virus del Sida, pero soy comprensivo. No he violado o asesinado o cometido adulterio con mi cuerpo, pero conozco el crimen y el adulterio de mi propio corazón (Mateo 5:22-27).

Una oración

Esta es una oración que Dios ha usado para alentarme en esta nueva jornada de quebrantos y vulnerabilidad:

Pedí a Dios fuerza para poder alcanzar el éxito,
Me hicieron débil para que aprendiera a obedecer
humildemente.

Pedí salud a fin de poder llevar a cabo grandes cosas;
Me dieron dolencias para que pudiera hacer cosas mejores.
Pedí riquezas para poder ser feliz;
Me dieron pobreza para poder ser sabio.

Pedí poder cuando era joven para poder recibir los elogios
de los hombres;
Me dieron debilidad para que pudiera sentir la necesidad
de Dios.

Pedí todas las cosas para poder disfrutar de la vida;
Me dieron la vida para poder disfrutar de todas las cosas.
No obtuve nada de lo que pedí,
Pero todo lo que anhelé.

Casi a pesar de mí mismo, contestaron mis oraciones tácitas.
Soy, entre todas las personas, la más ricamente bendecida.⁶

CAPÍTULO 8

PRINCIPIO 4: RECIBA EL DON DE LAS LIMITACIONES



La personas emocionalmente sanas comprenden las limitaciones con que Dios las ha dotado. Reciben alegremente los diez, siete, dos o un talento que Dios tan graciosamente distribuyó. Como resultado, no son ambiciosas ni se ponen frenéticas, tratando de vivir una vida que Dios nunca deseó. Las caracteriza la complacencia y el gozo.

Las iglesias emocionalmente sanas también aceptan sus limitaciones con el mismo gozo y complacencia, sin intentar ser como otra iglesia. Tienen un sentido de confianza en la pródiga mano de Dios sobre su iglesia «en este tiempo» (Ester 4:11-14).

El dilema del puente

El rabí Edwin Friedman cuenta la historia de un hombre que había meditado mucho sobre lo que quería de la vida. Después de intentar muchas cosas, triunfando en algunas y fracasando en otras, finalmente decidió lo que quería.

Un día le llegó la oportunidad de experimentar exactamente el tipo de vida con la que había soñado. Pero la oportunidad estaría disponible solo durante un breve período de tiempo. No esperaría, y no regresaría.

Ansioso por aprovechar esta senda abierta, el hombre comenzó su jornada. A cada paso, se movía más y más rápido. Cada vez que pensaba

en la meta, su corazón latía más veloz; y con cada visión de lo que estaba delante, encontraba renovado vigor.

Al darse prisa, llegó a un puente que pasaba en medio de un pueblo. El puente se alzaba sobre un peligroso río.

Tras iniciar el cruce del puente, notó que alguien venía en dirección opuesta. El desconocido parecía venir hacia él para saludarlo. Cuando el desconocido se acercó, el hombre pudo discernir que no se conocían, pero que se parecían asombrosamente. Hasta estaban vestidos del mismo modo. La única diferencia era que el desconocido tenía una cuerda enroscada varias veces alrededor de la cintura. De extenderla, la cuerda quizás alcanzaría un largo de treinta pies.

El desconocido comenzó a desenvolver la cuerda mientras caminaba. Justo cuando los dos hombres estaban a punto de encontrarse, el extranjero dijo: «Perdóneme, ¿sería tan amable de sostenerme la punta de la cuerda?»

El hombre asintió sin pensarlo dos veces, se adelantó y la tomó.

«Gracias», dijo el desconocido. Entonces añadió: «Con las dos manos ahora, y recuerde, manténgala firme». En ese momento, el desconocido saltó fuera del puente.

El hombre que estaba sobre el puente sintió abruptamente un fuerte tirón de la ahora extendida cuerda. Automáticamente la sujetó y casi lo arrastraron sobre el costado del puente.

«¿Qué intenta hacer?», le gritó al desconocido que estaba abajo.

«Solo sujetela firme», dijo el desconocido.

«Esto es ridículo», pensó el hombre. Comenzó a halar al otro hombre hacia dentro. Pero no le alcanzaban las fuerzas para traer al otro a un lugar seguro.

De nuevo gritó sobre el borde del puente. «¿Por qué hace esto?»

«Recuerde», dijo el otro, «si la suelta, estaré perdido».

«Pero no puedo subirlo», exclamó el hombre.

«Usted es responsable por mí», dijo el otro.

«Yo no lo solicité», dijo el hombre.

«Si la suelta, estoy perdido», repitió el desconocido.

El hombre comenzó a mirar a su alrededor en busca de ayuda. No se veía a nadie.

Comenzó a pensar en su cometido. Estaba aquí en pos de una oportunidad única, y había sido sacado de la vía por no se sabe cuánto tiempo.

«Quizás pueda atar la cuerda en algún lugar», pensó. Examinó cuidadosamente el puente, pero no había manera de librarse de su recién hallada carga.

De manera que gritó de nuevo sobre el borde del puente: «¿Qué quiere usted?»

«Solo su ayuda», llegó la respuesta.

«¿Cómo puedo ayudar? No puedo subirlo, y no hay lugar para atar la cuerda mientras encuentro a alguien que pueda ayudarlo».

«Solo siga sujetando», replicó el hombre que colgaba. «Eso será suficiente».

Temiendo que sus brazos no resistieran mucho más, trató de atarse la cuerda a la cintura.

«¿Por qué hace esto?», preguntó de nuevo. «No vé lo que ha hecho?» «¿Qué propósito podría usted tener en mente?»

«Solo recuerde», dijo el otro. «Mi vida está en sus manos».

Ahora el hombre estaba perplejo. Razonó dentro de sí: *Si lo suelto, toda mi vida sabré que dejé morir a este hombre. Si me quedo, arriesgo perder la oportunidad de mi larga búsqueda de salvación.* De cualquier forma esto me perseguirá para siempre.

El tiempo pasaba y todavía no venía nadie. El hombre se dio cuenta nítidamente que casi era demasiado tarde para reanudar su jornada. Si no se iba inmediatamente, no llegaría a tiempo.

Por último, se le ocurrió un plan. «Escuche», le explicó al hombre que colgaba abajo: «Pienso que sé cómo salvarlo». Esbozó la idea. El desconocido podía trepar de regreso enredándose la cuerda. Lazo tras lazo, la cuerda se haría más corta.

Pero el hombre que colgaba no mostró interés en la idea.

«No creo que pueda sujetar la cuerda mucho más tiempo», advirtió el hombre sobre el puente.

«Tiene que tratar», interpeló el desconocido. «Si falla, yo muero».

De pronto al hombre sobre el puente le vino una nueva idea. Era algo diferente y aun extraño a su manera normal de pensar. «Quiero que escuche con cuidado», dijo, «porque estoy seguro de lo que voy a decir».

El hombre que colgaba indicó que escuchaba.

«No aceptaré la propuesta de apostar por su vida, solo por la mía; aquí le hago la contrapropuesta por su propia vida».

«¿Qué quiere decir usted?», preguntó el otro, asustado.

«Quiero decir, simplemente, que depende de usted. Usted decide en qué forma esto termina. Yo me convertiré en el contrapeso. Usted halga y asciende usted mismo. Yo tiraré incluso desde aquí».

Se desenrolló la cuerda de alrededor de la cintura y se sujetó para servir de contrapeso. Estaba listo para ayudar tan pronto como el hombre que colgaba comenzara a actuar.

«No me puede proponer lo que dice», chilló el otro. «Usted no sería tan egoísta. Me tiene en sus manos. ¿Qué podría ser tan *importante* que dejara a alguien morir? No me haga esto».

Tras una larga pausa, el hombre sobre el puente dijo lentamente: «Acepto su decisión». Al pronunciar estas palabras, liberó sus manos y continuó su recorrido sobre el puente.¹

La mejor manera de ayudar a la gente que salta sobre los puentes

Esta fábula me recuerda los dilemas del liderazgo cristiano. Usted y yo nos convertimos en pastores, miembros de la junta, líderes de pequeños grupos, ministros coordinadores y miembros activos de nuestras iglesias porque queremos ayudar a personas que se han caído del puente. Durante años hñé, a veces a un gran costo emocional y espiritual, solo para encontrar que ellas se caerían intencionalmente (o saltarían) de otro puente el próximo mes.

Durante años tomé la cuerda de mala gana. Una vez que sostuve la cuerda y ellos estaban colgando, me sentí culpable y la solté. ¿Cómo pude? Yo era un cristiano. ¿Los sacaría Jesús? Si yo no los sacaba, ¿estaba siendo egoísta? ¿Durante cuánto tiempo necesitaría posponer mis visiones, sueños, deseos, esperanzas y planes? ¿Importaban acaso si yo era un siervo de Cristo? ¿Y dónde estaban todos los demás?

Yo, como muchos otros que sirven en áreas urbanas o en ultramar, me había amargado y vuelto resentido hacia el resto de la iglesia por no «sufrir» por Dios. Me costó mucho trabajo asumir la responsabilidad por mi decisión de caminar sobre el puente.

En la historia de Jesús, el Buen Samaritano se acercó solo a una persona al lado del camino (Lucas 10:29-37). Sentí como si tuviera quince al mismo tiempo alineados sobre el puente, colocando cada uno una cuerda en mis manos.

Hubo muchos momentos cuando deseé no ver a esa gente colgando del puente. Solo conocerlos me hacía sentir como si tuviera la cuerda en

Me había amargado y vuelto resentido hacia el resto de la iglesia por no «sufrir» por Dios.

mis manos. Si hubiera evitado ver o escuchar sus problemas, ¡no me sentiría tan culpable!

Hace unos cuantos años, una madre soltera con seis hijos de menos de diez años y de cinco padres diferentes vivía al otro lado de la calle. Mi mujer y yo le daríamos a veces una oportunidad y cuidábamos sus hijos. ¿Y qué del siguiente día? ¿Y el otro? ¿Qué de su educación? ¿Sus finanzas? ¿Qué de servirle de mentores? ¿De ayudarlos a descubrir un futuro? ¿Era apropiado desistir? ¿No era este mi vecindario? Me llevó mucho tiempo entender que cada día podríamos decidir que nos gustaría hacer, o no hacer, por ella en nombre de Cristo.

A cuatro casas vivía un líder de la iglesia con su familia. Movidos por la compasión se hicieron cargo de una madre soltera con su pequeño bebé. La madre no pagaba por su alquiler ni por las provisiones. El dueño de la casa comenzó a resentirse poco a poco. Entonces, sin preguntar, ella comenzó a dejar su bebé durante doce horas en la casa mientras salía con amigos. Estaban fuera de sí. ¿Cómo podrían ponerla a ella y a su bebé en la calle?

Comprender y respetar nuestros límites y fronteras es una de las más importantes aptitudes y cualidades de carácter que necesitan los líderes a fin de amar a Dios y a los demás en el largo plazo. Esto es importante para todo en la vida — estar en el lugar de trabajo, ser padres, el matrimonio, las relaciones de soltero con el sexo opuesto — pero especialmente en esta «nueva familia», la iglesia local en la que hemos sido adoptados por la gracia de Dios.

Por esta razón, en el corazón de muchos problemas de nuestras iglesias hay conflicto sobre los límites de la comprensión y el respeto apropiados en esta «nueva familia» llamada iglesia.

1. Cuestionar la iglesia sin limitaciones

Exige una gran madurez para una iglesia identificar las oportunidades y decidir no aprovecharse de ellas. Cada iglesia, como cada grupo pequeño, ministerio, e individuo, sufre limitaciones dadas por Dios. ¿Cuántos cultos deberíamos celebrar los domingos? ¿Qué sobre un culto el sábado por la noche? Otros lo hacen cada vez más a menudo con éxito. ¿Si somos doscientas personas, porqué no convertirnos en cuatrocientas u ochocientas o diez mil?

Siempre asumí que un continuo crecimiento numérico era la voluntad de Dios para toda iglesia local. No lo es.

Multiplicar los pequeños grupos

En nuestros primeros años esperábamos que cada grupo pequeño se multiplicara en el plazo de un año. Cada líder debía tener un aprendiz en entrenamiento. Las metas serían trazadas en concordancia con ello. Además, se esperaba que cada grupo tuviera adoración, estudio bíblico, oración, fraternizara y llegara a sus vecinos. Los grupos se reunían semanalmente. Se esperaba que los líderes y sus aprendices asistieran a reuniones mensuales de entrenamiento. Junto con reuniones de oración en la mañana temprano tres días a la semana, nos reunímos una vez al mes para orar a media noche. El ritmo era agotador.

Recuerdo a uno de los grupos que dirigía. Estaba constantemente apurado y asediado con tanto que hacer en tan poco tiempo. La esposa de nuestro aprendiz parecía siempre molesta con su marido y hacía observaciones sarcásticas sobre él ante el grupo. Otra mujer hizo observaciones críticas y cínicas sobre otras personas durante el estudio bíblico y el tiempo de fraternizar. La anfitriona estaba cansada de tenerlos a todos en su casa cada semana. Podría predecir que las mismas dos personas acapararían la mayor parte del tiempo de testimonio.

Por añadidura, no calculamos el impacto de tener una persona con problemas mentales en nuestro grupo. Su limitación era algo a vencer, no un don que recibir. El único problema es que no sabíamos cómo trazar su historia; pese a eso, lo tratamos como si todo fuera normal, como si no fuera un discapacitado mental.

Algo andaba mal. Todos asistíamos cada semana movidos por un sentimiento de culpa. Todos nos sentíamos incómodos. Pero no sabíamos cómo hurgar debajo de la superficie en nuestras reuniones (principio 1). No sabíamos la historia de los demás, ni cómo el pasado impactaba nuestro presente (principio 2). Y no sabíamos que era bíblico estar quebrantados y reconocer nuestras fallas como grupo (principio 3). Por último, veíamos las limitaciones como un obstáculo que vencer, no un don que recibir (principio 4). Sentíamos la presión de crecer y multiplicarnos como el resto de los pequeños grupos de la iglesia.

Afortunadamente, el grupo murió.

Obreros cansados en la iglesia

Fran era una dirigente dotada, soltera y atractiva. Era un imán para las personas necesitadas y parecía tener dones en muchos campos: administración, enseñanza, evangelismo, pastoreo y hospitalidad. La iglesia crecía

rápidamente y las oportunidades de tocar las vidas de la gente parecían infinitas. Decir «no» no se consideraba un acto piadoso. Fran rara vez decía «no».

¿Qué pasó? Como el resto de nosotros que sirve en la iglesia, ella podía mantener el ritmo solo hasta que tenía que abandonar el liderazgo por completo para recuperar el equilibrio en su vida. Ella se fue, pero nosotros mantuvimos la actividad febril, ignorando las enseñanzas bíblicas sobre las fronteras y limitaciones. Por eso pagamos un alto precio, tanto en lo personal como en nuestras familias.

2. Reconocer que Jesús aceptó las limitaciones humanas

Me pasé gran parte de mis años como líder tratando de ser alguien que no era. Asistí a conferencias y leí libros que trataban de diseminar «pornografía eclesiástica», para usar el término de Eugene Petersen.² Prometían una iglesia libre de los problemas de los pecadores habituales como nosotros. Se destacaban los mejores programas y la gente más brillante. Si solo hubiera actuado y sido como sus líderes, entonces nuestra iglesia habría sido igualmente grande y próspera.

El problema era que Dios no me había dado las destrezas y capacidades que le ha dado a esos otros líderes. Traigo otras fuerzas a la tarea del liderazgo. Mi renuencia a aceptar la realidad me llevó por senderos que Dios nunca quiso. Durante años, traté de vivir según un libreto que no era para mi vida. Mientras el libreto necesitaba un personaje, yo era la persona equivocada que hacia una audición de prueba para obtener el papel.

Dios me ha dado dos o tres, quizás cinco talentos. No me dio ocho o diez. Mis padres me dijeron que podía ser en la vida cualquier cosa que quisiera: doctor, músico, profesor, escritor, atleta profesional. Traté de jugar baloncesto como Michael Jordan en la escuela intermedia. No pude. Perdimos la mayoría de los juegos.

Pero no capté el mensaje. No podría hacer cualquier cosa que quisiera. Sí, tenía dones y potenciales. Pero también tenía limitaciones que Dios me había dado como un don.

Me pasé gran parte de mis años como líder tratando de ser alguien que no era.

Jesús, las limitaciones y la guerra espiritual

Hasta donde sabemos, Jesús no hizo ningún milagro los primeros treinta años de su vida. Era un hijo fiel, un empleado y un partícipe en su comunidad y su sinagoga. Aparentemente aceptó gozoso las limitaciones que le impuso su Padre en el cielo.

En el momento de su bautismo, Dios el Padre lo confirmó: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (Marcos 1:11). Tras treinta años de oscuridad, se le confirmó para comenzar un breve ministerio público de tres años.

Inmediatamente después se lo llevaron al desierto para ser tentado por el diablo. La esencia de la tentación era transgredir o traspasar las limitaciones que Dios había colocado a su alrededor. Esto sigue siendo un tema central en la guerra espiritual para la mayoría de nosotros que buscamos llevar a cabo activamente la obra de Dios con nuestras vidas.

Jesús tenía que aprender obediencia a través de lo que sufrió (Hebreos 5:8). Eso incluía establecer límites y observar necesidades aún no alcanzadas.

En esta tentación, el diablo comienza: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan» (Mateo 4:3). Jesús está en un momento de debilidad. No ha comido durante cuarenta días. Es como si Satanás le dijera: «Haz algo. Si no comes, morirás y nadie experimentará la salvación. Observa tu vida: nacido en una cueva, refugiado en África, una familia oscura, muchos otros inconvenientes. Tienes necesidades y deseos que no están siendo satisfechos por Dios. ¿Cómo puedes ser Hijo de Dios y tener tantos problemas? Eres un fracasado».

Jesús acepta el don de las limitaciones y las rocas siguen siendo rocas. No aparece ningún maná del cielo, aunque tiene poder para hacerlo.

En la segunda tentación, Satanás conduce a Jesús al punto más elevado de la ciudad santa y lo invita a saltar, demostrando a las multitudes que Dios está realmente con él. «Deja que la gente te vea. Deja que vean que tienes algo. Ellos piensan que tú eres nada, un don nadie». Jesús tiene que tomar la decisión de esperar por el cronograma de Dios.

Jesús acepta las limitaciones de Dios y baja las escaleras del templo, y no hay milagro. No hace nada sensacional para probarse a sí mismo ante nadie.

**Jesús aparentemente
aceptó gozoso las
limitaciones que
le impuso su Padre
en el cielo.**

La tercera tentación, yo creo, nos viene bien a aquellos que servimos en el liderazgo. Llevan a Jesús a un monte elevado y le muestran la tierra: las multitudes y el brillo de Atenas, la gloria de Roma, los tesoros de Egipto, toda Jerusalén, el maravilloso Corinto, junto con todos los reinos de este mundo. Si Jesús solo traspasara esta limitación y se inclinara ante Satanás por solo un momento (entonces podía arrepentirse), el mundo se salvaría, y millones de personas recibirían ayuda *ahora*.

¡Si Jesús simplemente obviara las limitaciones dispuestas por Dios de la cruz y el sufrimiento, la obra de Dios se realizaría mucho más rápidamente! La temible verdad es que a veces podemos pasar por las limitaciones que Dios nos ha dado y terminar haciendo la obra de Dios sin Dios!

Lo sé.

Jesús acepta las limitaciones de Dios y desciende al desierto y a la cruz.

Las limitaciones de Jesús en medio de necesidades enormes

Jesús no sanó a todas las personas enfermas y endemoniadas en el hospital. No construyó una gran iglesia en Capernaum cuando se le pidió que permaneciera en esa ciudad (Marcos 1:21-45). Rehusó dejar que cierta gente lo siguiera, como el endemoniado gadareno que había sido liberado. Oró toda la noche y escogió solo a doce como los más cercanos a él (Lucas 6:12-16). Los demás sin duda estaban desilusionados. Jesús no corrió tras las multitudes cuando lo abandonaron tras ofrecer una difícil lección sobre su cuerpo y su sangre (Juan 6:22-71).

Jesús no fue en persona a suplir las necesidades de todos en Europa, África, Asia, o las Américas. Pero oró al final de su vida: «He acabado la obra que me diste que hiciese» (Juan 17:4).

Entonces, ¿por qué siempre siento que hay muy poco tiempo y mucho por hacer? ¿Por qué me siento crónicamente presionado e inquieto en mi interior? ¿Por qué mi vida tiene tan poco margen o flexibilidad? ¿Por qué no siento que «he terminado» de suplir las necesidades? Empleaba tiempo en la oración y la Palabra. Trabajaba en mis prioridades y en mi programación del tiempo. Asistía a innumerables seminarios para ayudarme a dirigir y delegar de manera más eficiente. ¿Cuál era el problema?

**Mi falta de
comprensión de cómo
se aplicaban al servicio
de Cristo las fronteras
y limitaciones casi nos
cuesta abandonar el
pastorado.**

No comprendía el poderoso principio de las fronteras y limitaciones como un don de la mano de Dios.

Mi falta de comprensión de cómo se aplicaban al servicio de Cristo las fronteras y limitaciones casi nos cuesta abandonar el pastorado. Conozco a otros muchos que comenzaron a servir a los demás con entusiasmo, pero después renunciaron porque no sabían cómo caminar sobre el puente con gente tratando de darles una cuerda o gritando debajo. Así que decidieron comprarse tapones para los oídos a fin de no escuchar del todo mientras vivían sus propias vidas. O decidían que la iglesia estaba llena de hipocresía y casos patológicos, y resolvían nunca servir a los necesitados ni confiar en ellos de nuevo.

Las limitaciones como nuestras amigas

Aunque nuestra cultura se resiste a la idea de las limitaciones, es importante que las aceptemos. Son como un patio cercado que protege a los niños pequeños. Son las manos de un amigo, que nos mantiene con los pies en la tierra para que no nos hagamos daño a nosotros mismos, a otros, o a la obra de Dios.

Parker Palmer cuenta la historia de cuando se le pidió que fuera presidente de una escuela superior. Al principio estaba muy motivado y reunió un grupo de amigos cercanos para que lo ayudaran a discernir la voluntad de Dios. A mediados de la noche, alguien preguntó: «¿Qué le gustaría de ser presidente?» Él contestó: «Bien, no me gustaría tener que renunciar a mis escritos y clases. No me gustaría la política de la presidencia, sin saber nunca quiénes son tus verdaderos amigos. No me gustaría...»

La persona que formuló la pregunta la repitió una vez más: «¿Qué es lo que más le gustaría de ser presidente?» Palmer dijo a tientas: «No me gustaría renunciar a mis vacaciones de verano. No me gustaría tener que vestir de traje y corbata todo el tiempo. No me gustaría...»

Por último, «ofreció la única respuesta sincera que poseía»: «Supongo que lo que más me gustaría es tener mi foto sobre el papel con la palabra *presidente* debajo».³ Al final se dio cuenta que asumir esa posición sería para él y para la escuela un desastre. Retiró su nombre de la lista de candidatos.

Palmer cita la vieja historia hasídica que señala nuestra tendencia de querer vivir la vida de algún otro que no es la nuestra y la «suprema importancia de llegar a ser uno mismo». El rabí Zusya, cuando era un viejo, dijo: «En el más allá no me preguntarán: “¿Por qué no fue usted

Moisés?” Me preguntarán: “¿Por qué no fue usted Zusya?”»⁴ La verdadera vocación de todo ser humano es, como dijo Kierkegaard, «la voluntad de ser uno mismo».⁵

Es un mito que puedo ser cualquier cosa que desee. Hay algunos papeles que puedo desempeñar bien y destacarme. En otros, me marchito y muero. Por ejemplo, no sería un buen presidente de corporación. Se necesita una enérgica compostura en la vorágine y rigores de esa posición. No sería un buen abogado o contador. Ambos tipos de trabajo requieren una mente aguda y atenta a los detalles. Soy más como un artista, que disfruta crear y visualizar nuevas posibilidades.

3. Aprender a discernir mis limitaciones

Observe su personalidad. ¿Recibe más energía cuando está acompañado (extrovertido) o haciendo tareas (introvertido)? ¿Es usted más espontáneo y creativo, o controlado y ordenado? ¿Es más calmado y relajado, o tenso y ansioso? En osadía y asumiendo riesgos marco diez en una escala de 1 a 10 puntos (siendo 10 el máximo). Quería ser Robin Hood y tomar Nottingham para tener una visión grandiosa. Al mismo tiempo marco un diez en sensibilidad. Esto último me calificaría para ser consejero o trabajador social, no el presidente de una corporación o un sindicato. Mucho de eso se formó en mi niñez y la familia en la que crecí. En Nueva Vida nos gusta dar la prueba 16PF (Factor de Personalidad) para ayudar a las personas a discernir mejor sus personalidades. Myers-Briggs y *Performax-DiSC* son también herramientas útiles.

Observe la estación de su vida. La estación de su vida es también una limitación dada por Dios. El Eclesiastés nos enseña que hay un tiempo o estación para todo bajo el cielo: Hay «tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado... tiempo de callar, y tiempo de hablar» (Eclesiastés 3:1-8).

Tener familia tiene estaciones. Hay estaciones cuando necesitamos estar en casa con los niños pequeños. Entonces estos niños se convierten en adolescentes y dejan la casa, empujándonos hacia una estación diferente de la vida. Hay tiempos cuando, debido a motivos de salud, nuestras familias nos necesitan. Hay estaciones de prosperidad financiera y tiempos de problemas. Hay tiempos de estudiar intensamente y prepararse. Hay tiempos de gran actividad. Hay tiempos de afligirse por una pérdida y esperar.

Es importante que no juzgemos las estaciones de otras personas o impongamos nuestras estaciones sobre otros. Muy poco es permanente en la vida.

Observe la situación de su vida. La situación de su vida es también una limitación. Cuando envejecemos físicamente, encontramos que nuestros cuerpos no pueden hacer lo que usualmente hacían. Cuando somos jóvenes y sin mucha experiencia en la vida, algunas puertas pueden mantenerse cerradas para nosotros. Si tenemos una discapacidad física o emocional o una enfermedad, encontraremos que esto nos impide ir por una senda que hemos planificado recorrer.

Si usted está casado, Pablo considera eso una limitación (1 Corintios 7:32-35). Cada hijo, como un regalo de Dios, constituye ahora una limitación de cómo, dónde y en qué usar su vida para servir a Dios. Si tiene un hijo con necesidades especiales o padres ancianos, eso afecta también el curso de su vida.

Observe sus capacidades intelectuales, físicas y emocionales. Sus capacidades emocionales, físicas e intelectuales son también dones dados por Dios. Tengo una gran capacidad para enfrentarme a la gente y las complejidades de mi trabajo. Al mismo tiempo, si trabajo todo el día con personas por más de dos días consecutivos, me hallo deprimido y aletargado. Necesito tiempo para leer, orar y reflexionar. Tengo un amigo pastor que es capaz de trabajar semanas de *sesenta y ocho horas* fácilmente. *Dios lo bendiga, pero yo no puedo hacer lo mismo física, emocional y espiritualmente.* Para mí, es tan liberador como líder pronunciar las palabras: «No puedo».

Cuando no respetamos las limitaciones de Dios en nuestras vidas, a menudo nos encontraremos extralimitados, estresados y exhaustos.

Observe sus emociones negativas. El enojo, la depresión y la ira, por ejemplo, a menudo funcionan como indicadores del nivel de aceite dentro de nosotros, informándonos que algo no funciona bien en el interior de la maquinaria de nuestras vidas. Esta es con frecuencia una de las formas en que Dios me detiene y obtiene mi atención.

Observe las cicatrices y heridas de tu pasado familiar. Ellas son también limitaciones y dones dados por Dios. Si miramos la mano de Dios moviéndose en nuestra historia familiar, aun en los momentos más dolorosos, encontraremos pepitas de oro en ese suelo pedregoso. El abuso, la negligencia, el abandono, la pobreza, la opresión y cosas por el estilo pueden hacer que nos sintamos «postergados» siempre tratando de ponernos al día. Dios lo ve de manera diferente.

Las limitaciones que heredé de mi familia resultan ser dones, una vez que las acepto. Me encuentro a mí mismo más dependiente de Dios, más sensible y menos crítico de otros. Amo mejor a los demás al alentártelos a vivir alegremente dentro de las limitaciones dadas por Dios.

Nicolás, Zar de Rusia

Nicolás II se encontró a sí mismo instalado a los veintiséis años de edad como Zar de Rusia, gobernante de casi una sexta parte del mundo. Líder poco entusiasta, forzado por la muerte de su padre a asumir un papel para el que estaba mal preparado, Nicolás parecía ser exactamente el polo opuesto de su fuerte y agresivo padre, a quien llamaba un «padre sin parangón».⁶ Carecía de la experiencia, el talante autoritario y la majestuosa estatura física de su padre.

En lugar de ello, Dios le había dado a Nicolás un temperamento suave, un profundo amor por su familia y una naturaleza sensible. Continuamente se le acusaba de poseer una naturaleza anti-zar porque era amable y de voz suave. Un historiador observó: «En su oficio, la amabilidad del Emperador y su falta de perentoriedad habían sido una debilidad... Con su familia... eran fortaleza».⁷

Las exigencias de gobernar nunca se ajustaron a su personalidad. Estaba más preparado para ser un sastre que un emperador. Prefería ante todo estar con su esposa e hijos en privado en el hogar o en una de sus residencias de verano. Entre tanto, las nubes de tormenta de la Primera Guerra Mundial se arremolinaban a su alrededor al igual que la Revolución Bolchevique de 1917.

Debido a su sentido del deber perseveró, pero un día la Rusia zarista se derrumbó. Si Nicolás se hubiera atrevido a romper el libreto que se le había entregado para su vida y dejado a algún otro convertirse en líder, la historia habría tenido un final diferente.

La madurez en la vida es cuando alguien vive gozoso dentro de las limitaciones dadas por Dios.

Fiel a su verdadero yo

Quiero hacer estas preguntas: ¿Se ajusta a la naturaleza que me ha dado Dios la forma como conduzco mi vida? ¿Se ajusta a mi verdadero ser (para utilizar la terminología de Thomas Merton en sus *Seeds of Contemplation*)⁸ («Semillas de Contemplación»)? ¿Estoy siendo fiel a los talentos que me ha dado Dios, mi historia original, mis debilidades?

La madurez en la vida es cuando alguien vive gozoso dentro de las limitaciones dadas por Dios. Siento que la mayoría de nosotros resiente las limitaciones en nosotros mismos y en otros. Esperamos demasiado de nosotros mismos y unos de otros y a menudo vivimos vidas frustradas y amargadas. Mucho del desgaste es el resultado de dar lo que no poseemos. Henri Nouwen resume bien nuestro reto:

No hay dos vidas que sean iguales. A menudo comparamos nuestras vidas con las de otros, tratando de decidir si estamos mejor o peor que ellos, pero esas comparaciones no nos ayudan mucho. Tenemos que vivir nuestra vida, no la de algún otro. Tenemos que sostener *nuestra propia copa*. Tenemos que atrevernos a decir: «Esta es mi vida, la vida que me ha sido dada, y es la vida que tengo que vivir, tan bien como pueda. Mi vida es única. Ningún otro la vivirá nunca. Tengo mi propia historia, mi propia familia, mi propia forma de pensar, hablar y actuar. Sí, tengo que vivir mi propia vida. Nadie más enfrenta el mismo reto. Estoy solo, porque soy único. Mucha gente puede ayudarme a vivir mi vida, pero después que todo se ha dicho y hecho, tengo que tomar mis propias decisiones sobre cómo vivir».⁹

4. Integrar el don de las limitaciones en la iglesia

Hablando con pastores y líderes, encuentro que este principio es el más difícil de aplicar en la iglesia. Aún así, hay por lo menos cuatro maneras en que hemos tratado de introducir deliberadamente el don de las limitaciones en Nueva Vida: haciendo énfasis en que los líderes se cuiden a sí mismos, estableciendo límites a las personas agresivas, dando libertad para que la gente diga «no» y enseñando intencionalmente sobre los límites en todas partes de la iglesia.

Enfatice en que los líderes se cuiden a sí mismos

Como con todos los principios de una iglesia emocionalmente sana, este comienza también con el liderazgo. Buscamos modelar la prioridad de que nuestras vidas personales y familia vienen primero, no la iglesia. Se espera que el equipo, los miembros de la junta y los líderes cuiden de sí mismos de manera apropiada y establezcan límites basados en lo que Dios ha determinado que sean y en su situación familiar particular.

En el pasado me preocupaba por lo regular de situaciones de crisis en la iglesia. A diferencia de mis hijos pequeños en ese momento, la gente gritaba y demandaba mi atención. De manera que si dos miembros estaban en medio de un conflicto en nuestra noche familiar, me excusaba amablemente e iba a resolverlo. Si había un problema del equipo sobre el que alguien quería hablar y era mi día libre, estaba bien. Podíamos conversar por teléfono mientras los niños jugaban balompié. Si había bodas los sábados por la tarde durante mi tiempo familiar, reanudábamos la reunión donde la habíamos dejado cuando yo regresaba a casa.

Comprender el don de las limitaciones nos hace capaces de confirmar el cuidado de nosotros mismos. Este es uno de los grandes retos para aquellos que sirven a otros. Como Parker Palmer dice: «El cuidado de sí mismo nunca es un acto egoísta, sino es buena mayordomía del único don que tengo, el don que me puso sobre la tierra para ofrecer a otros.

Cada vez que prestamos atención a nuestro verdadero ser y le damos el cuidado que requiere, no lo hacemos solo por nosotros mismos, sino por muchos otros cuyas vidas tocamos».¹⁰

Se entiende que si su vida familiar o personal están fuera de control, le pediremos que abandone el liderazgo por amor a usted. El fruto de eso es que ahora rara vez las personas se sienten utilizadas.

Establezca límites a las personas agresivas

Una cuestión crítica para una iglesia es crear y mantener un clima de amor y respeto hacia cada persona en la comunidad. Eso requiere enseñar deliberadamente los límites y fronteras así como apadrinar a las personas agresivas. Me refiero a aquellos que ocupan mucho espacio a costa de otros, a quienes no permiten a otros expresarse, a los que manipulan y utilizan a las personas para sus propios propósitos, o que dañan la comunidad al abordar situaciones y personas de una forma no bíblica.

A menudo en las iglesias, los miembros más exigentes, los que más se quejan determinan la agenda. Como células cancerosas, matan las sanas invadiendo el espacio de otros. Parecen incapaces de aprender de sus experiencias y renuentes al cambio.

Una iglesia emocionalmente sana tiene una visión de Dios sobre su singularidad y llamado. No es tratar de ser otra iglesia. Ella tiene sus

**El cuidado de sí mismo
es uno de los grandes
retos para aquellos
que sirven a otros.**

propios valores y metas. Busca funcionar como lo hizo Jesús. Él sentía empatía hacia los doce discípulos, los líderes religiosos y las multitudes, pero mantenía una clara conciencia del plan de Dios para su vida. Evitar el conflicto no era su prioridad máxima, sino hacer la voluntad de Dios.¹¹

Dé a las personas la libertad de decir «no»

Le enseñamos a los miembros a utilizar sus dones espirituales en la iglesia y a servir por lo menos en un ministerio independientemente de sus dones. Al mismo tiempo, aplaudimos a algunos por decir «no», especialmente a aquellos que laboran incansablemente. Exige mucha fuerza y coraje no ofrecerse como voluntarios, a aquellos de nosotros que se sienten culpables cuando hay una necesidad descuidada. Para nosotros, es negar nuestro ser pecaminoso (que quiere ser Dios) y seguir a Jesús. Es confiar en que Dios suplirá esa necesidad a través de otros.

¿Es más difícil conseguir gente que sirva en Nueva Vida ahora que en años anteriores? Sí. Sin vergüenza, culpa, o presiones, las personas tienen libertad de decir: «No, gracias». El resultado, sin embargo, es que la calidad de lo que hacemos es más amorosa. La gente está menos regañona e irritable, y tienden a servir durante períodos de tiempo más prolongados porque están internamente motivadas. Aman y dan amor libremente.

Lo más importante, quizás, es que se sienten amadas y no utilizadas para edificar la iglesia.

Enseñe los límites 101 y 102

Adán y Eva fueron los primeros transgresores de límites. Cruzaron la línea que Dios les había impuesto, comiendo del árbol prohibido y escondiéndose entonces de Dios. Desde ese momento en adelante hemos estado transgrediendo límites y cruzando líneas con Dios y unos con otros. La Caída desvirtuó durante el resto de la historia humana nuestro sentido del estado de separación, los límites y la responsabilidad. Hemos estado confundidos, desde entonces, sobre dónde terminamos nosotros y dónde comienza algún otro.¹²

Los límites, definidos simplemente, son darnos cuenta que somos una persona separada, apartada de otros. Representan «lo que soy y lo que no soy». Los límites muestran dónde usted termina y algún otro empieza. Con límites apropiados sé de lo que soy y no soy responsable.

Las personas con escasos límites se sienten obligadas a hacer lo que otros quieren aunque no sea lo que ellas quieren hacer. Temen desilusionar a alguien o ser criticadas. Queremos gustarle a los demás, y ciertamente no queremos que se nos vea como egoístas. Usted las escucha diciendo cosas como las siguientes:

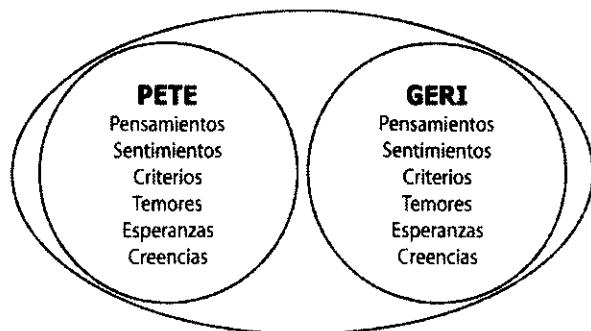
- «Dije que dirigiría el ministerio de los huéspedes porque el pastor lo pidió. Sé que no dispongo del tiempo ahora con todas las presiones en el trabajo y las necesidades de mi familia, solo que no pude decir no».
- «Tengo que ir a la reunión de oración la noche del miércoles. La gente espera que yo vaya. Sé que el pastor Joe y otros se defraudarían si no aparezco».
- «Cariño, tenemos que ir a cenar con los Martínez. Sé que no queremos y que nuestros niños se quejarán porque no hay nadie de su edad con quien jugar, ¿pero qué vamos a hacer? ¿Sabes lo molestos que estarían? Solo tratan de ser amables.

El problema con cada uno de los escenarios anteriores es que cada persona no sabe dónde termina y dónde comienza la otra persona. Cada persona no tiene una vida aparte de la otra. Ese es el punto crucial de lo que significan los límites: «¿Dónde termino y dónde comienza algún otro?»

No establecer límites lleva a menudo a otros muchos problemas, tales como la ansiedad, la depresión, la ira, el pánico y sentimientos de impotencia. Se considera como más destructivo cuando las personas permiten que se abuse de ellas física, sexual, emocional o espiritualmente.

Límite 101: Aprender a estar juntos pero separados. El siguiente cuadro es sencillo de comprender pero extremadamente difícil de vivir. Cada círculo representa a dos personas diferentes. Cada una de ellas tiene ideas, opiniones, sentimientos, valores, esperanzas, temores, creencias, habilidades, deseos, gustos y aversiones. Cada una está dentro de un círculo, sin embargo cada una está dentro del límite de lo que pertenece a la otra persona. Por eso es tan importante que le prestemos atención a lo que pensamos, sentimos, deseamos, etcétera, y nos volvamos más y más conscientes de lo que somos.

La Biblia nos llama a estar unidos unos a otros y relacionarnos como una familia de forma tan amorosa que el mundo sepa que Jesús es



Aprender a estar juntos pero separados

verdadero y está vivo (Juan 13:34-35). Este vínculo con los demás, sin embargo, tiene que darse sin perder nuestra individualidad y estado de separación.

Cada uno de nosotros es un individuo único hecho a la imagen de Dios. ¿Él nos ha coronado de gloria y de honra (Salmo 8:5). Ha estampado en nosotros una cualidad única, santidad, valor inapreciable, e importancia. Cada vida individual es un milagro.¹³

En nuestros grupos pequeños, clases de entrenamiento y seminarios sobre los límites, también enseñamos que la mayoría de nosotros nos destacamos por cruzar las fronteras de otras personas. A veces no aceptamos un «no» como respuesta, o puede que le digamos a otras personas: «¡Tienes que hacer esto!» o «¡Tienes que ver este asunto como yo lo veo!»

¿Cuál es, entonces, el punto medio entre unión y separación? ¿Cómo escapo de las tensiones inherentes a esto?

Límite 102: Respetar que estemos juntos y a la vez separados. El problema con la mayoría de las iglesias (y por cierto, también los matrimonios) es que no hay suficiente separación. He traspasado los límites de las personas más de una vez sobre por qué no asistían ya a Nueva Vida o no querían servir en el liderazgo. Nunca los respeté lo suficiente para preguntarles por qué. Estaba muy «entrampado» con esa persona.

Muchos de nosotros en el liderazgo también necesitamos respetarnos más a nosotros mismos y declarar con claridad lo que pensamos y sentimos. Debido al miedo y a un deseo de «paz», a veces permitimos que nuestra individualidad se vea disminuida. «Pastor, estoy realmente molesto por la falta de un culto a mediados de la semana. Realmente lo

necesito». En mis mejores momentos, respondo: «Siento que no tenemos un culto a mediados de la semana. Revise uno de nuestros grupos pequeños. Son magníficos».

Los líderes cristianos dejan que les falten el respeto demasiado a menudo, permitiendo que las personas hablen sobre ellos o a ellos de maneras inapropiadas. Piensan que esta es la «forma cristiana». Pero para que las comunidades sanas presionen, debe haber un fundamento de respeto. Por respeto me refiero a cómo nos tratamos unos a otros, no a lo que sentimos el uno por el otro. Tenemos el derecho a ser diferentes, el derecho a que se nos tome en serio, el derecho a ser escuchados y el derecho a dissentir. Elimine cualquiera de esos derechos y tendrá relaciones dominadas por una o más personas a expensas de otra.

**Los líderes cristianos
dejan que les falten
el respeto demasiado
a menudo**

5. Observar la obra de Dios a través de nuestras limitaciones

Antes de cerrar este capítulo, debo enfatizar que Dios, a veces, nos llevará más allá de nuestras limitaciones de formas sobrenaturales.

- Sara tenía noventa años y Abraham «estaba... como muerto» (Romanos 4:19). Pese a ello, Dios los hizo madre y padre de naciones.
- Elías y Jeremías eran propensos a ataques de depresión y aun así Dios los utilizó poderosamente.
- Moisés tenía ochenta años cuando Dios le encomendó una tarea que requería la energía física y emocional de un hombre de cuarenta años de edad. También tenía un impedimento mayor en el habla que, en mi opinión, lo descalificaba. Dios lo veía diferente.
- Timoteo, aparentemente temeroso y tímido por naturaleza, recibió el llamado de Dios para dirigir la gran y difícil iglesia de Éfeso, que estaba asediada por divisiones, problemas y conflictos. Pablo le recordó que Dios no le había dado un espíritu de cobardía (2 Ti 1:7).

Regocijarse en las limitaciones requiere fe en la benevolencia de Dios

En ocasiones puede parecer que vivir dentro de límites y fronteras no está en el mejor interés de la iglesia. Parece como que obedecer a Dios puede conducir al desastre, tanto para nosotros como para quienes nos rodean. ¿Se logrará hacer algo? ¿Crecerá alguna vez la iglesia? ¿Todos se convertirán en engreídos narcisistas que viven apartados unos de otros si enseño esto?

El rey David estaba enormemente agradecido a Dios por todas sus bondades hacia él. Todo le iba bien. Su poder se había consolidado. Se había establecido a Jerusalén como capital con la presencia del arca en su centro. David navegaba sobre una ola de popularidad y publicaba regularmente cantos e himnos de adoración a Dios.

Quería desesperadamente construir un templo a Dios para que las naciones lo conocieran. El profeta Natán lo alentó a decidirse por ello. Sin embargo, Dios dijo «No». El Señor estableció un claro límite.

Este fue uno de los más críticos momentos en la vida del rey David. Esto lo calificaría o descalificaría como un verdadero rey cercano al corazón de Dios. Estos momentos y decisiones son igualmente críticos para nosotros.

No me puedo imaginar lo profundo de la turbación o desilusión de David. ¿Qué pensarían los otros reyes paganos que lo rodeaban? Todos le habían construido a sus dioses magníficas estructuras como templo. David se veía débil e idiota por comparación.

David, dice la Biblia, se sentó y oró. Cuando todo había terminado, se sometió a las limitaciones de Dios, sometiéndose a un plan infinito que no podía ver. «Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho» (Salmo 115:3). «Mas las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios» (Deuteronomio 29:29). David se dio cuenta de que Dios es Dios y que él no lo era.

David forcejeó con el tema espiritual central para nosotros si vamos a ser fieles viviendo dentro las fronteras y límites que Dios nos ha impuesto. *¿Es bueno Dios y es realmente soberano?*

Dios es tan asombroso que, como David, no podemos siquiera imaginar hacia dónde va y lo que hace con nuestras vidas o por medio de ellas. David aceptó que la latitud de su conocimiento era muy estrecha para percibir la intención de Dios. Solo el tiempo disiparía su débil comprensión de lo que sucedía y porqué Dios decía que «no» a sus planes. Dios dibujaba sobre un vasto lienzo durante un largo período de tiempo. Solo lo comprendería en la eternidad.

Mientras tanto, David, como nosotros, debía ser fiel a los límites que le había impuesto Dios y preparar los materiales para que Salomón, su hijo, construyera el templo en la siguiente generación. Eso requería una fe y una confianza absolutas en Dios. De la misma manera, las personas en las iglesias emocionalmente sanas confían en la bondad de Dios al recibir sus limitaciones como dones y manifestaciones de su amor. A veces esto supone lamentar la pérdida de sueños y expectativas que podemos tener para nuestras vidas, una realidad que nos lleva al siguiente principio de las iglesias y discípulos emocionalmente sanos: la capacidad para aceptar la aflicción y las pérdidas.

CAPÍTULO 9

PRINCIPIO 5: ACEPTE LAS PENAS Y LAS PÉRDIDAS



En iglesias emocionalmente sanas, las personas aceptan las penas como una forma de parecerse más a Dios. Comprenden qué crítico componente del discipulado es afligirnos por nuestras pérdidas. ¿Por qué? Es el único camino para llegar a ser una persona compasiva como nuestro Señor Jesús.

Yo oculté mis pérdidas por años y años, sin darme cuenta de cómo ellas moldeaban mis actuales relaciones y liderazgo. Dios buscaba engrandecer mi alma y hacerme madurar, mientras yo buscaba ponerle fin rápidamente a mi dolor. Él ganó.

El alma se engrandece a través del sufrimiento

En el otoño de 1991 Gerald y Lynda Sittser, junto con sus cuatro hijos de entre dos y ocho años de edad, manejaban su camioneta sobre un solitario trecho de una autopista en el área rural de Idaho. La madre de Gerald y un buen amigo estaban también en el carro. Habían estado visitando una reservación de indios americanos cercana para un proyecto escolar de uno de sus hijos. Parecían, según la describió un amigo, como «la familia del año». Sentían como si vivieran «sobre la cima del mundo».

A diez minutos de su viaje a casa, Gerald notó que un carro viajaba hacia ellos a gran velocidad. Disminuyó la marcha en una curva pero el carro que venía, a ochenta y cinco millas por hora, chocó de frente con

su camioneta. El chofer estaba borracho. En un momento Gerald perdió tres generaciones de su familia: su madre, su esposa y su hija de cuatro años. Él escribe: «En un momento mi familia tal cual la conocía y quería había desaparecido».¹ Sittser se sentó sobre esa autopista solitaria viéndolos morir.

Al final declararon no culpable al chofer del otro carro y lo liberaron, porque como quiera no se pudo probar en el juicio, más allá de toda duda, si él o su esposa habían estado manejando el carro.

Sittser escribió un libro sobre su descenso a un abismo de aflicción y dolor incomprensibles que cambió su vida. Bajo el título de *A Grace Disguised: How the Soul Grows through Loss* («Una gracia disfrazada: Cómo el alma crece a través de las pérdidas»), escribe:

Por definición una pérdida catastrófica imposibilita la recuperación. Nos trasformará o nos destruirá, pero nunca nos dejará iguales. No hay regreso al pasado... Por lo tanto no es verdad que las pérdidas nos empequeñezcan...a menos que permitamos que las pérdidas machaqueen nuestra alma hasta que no quede nada en ella. *Las pérdidas pueden también engrandecernos.* Yo no pasé por alto a mis seres queridos; mas bien absorbí la pérdida dentro de mi vida hasta que llegó a formar parte de lo que soy. La pena se alojó permanentemente en mi alma y la engrandeció... *Uno conoce el dolor de otros sufriendo su propio dolor, haciéndolo parte de uno mismo, encontrando su propia alma...* Aunque dolorosa, la pena es buena para el alma... El alma es elástica, como un globo. *Puede agrandarse a través del sufrimiento.* (énfasis añadido)²

Al mismo tiempo que forcejeaba con este extraño proceso llamado aflicción y su relación con la espiritualidad, me regalaron un libro titulado *Lament for a Son* («Lamento por un hijo»), de Nicholas Wolters-torff,³ profesor de Yale y teólogo. El pequeño libro está lleno de sus reflexiones y forcejeos sobre el consentimiento de Dios a la muerte de su hijo de veinticinco años, Eric, en un accidente de alpinismo en Austria.

Él no tenía ninguna explicación ni respuesta sobre por qué Dios habría permitido tal tragedia. ¿Quién las tiene? Sin embargo, en un punto concluye con profunda clarividencia: «A través del prisma de mis lágrimas he visto un Dios que sufre. Se dice de Dios que nadie puede mirar a su rostro y vivir. Siempre pensé que esto significa que nadie puede ver

su esplendor y vivir. *Un amigo dijo que quizás ello significa que nadie podía ver su aflicción y vivir.* O a lo mejor su aflicción es esplendor».⁴

Deje que la pena desarrolle la madurez

Pocos cristianos en Norteamérica y Europa comprenden la pena y la aflicción, especialmente en lo que se relaciona con Dios y nosotros mismos, y ella es de vital importancia para vivir en una comunidad sana. Pero el grado en el que aprendo a lamentar mis propias pérdidas es directamente proporcional a la profundidad y calidad de mi relación con Dios y la compasión que puedo ofrecer a otros.

Piense conmigo por un momento sobre la vasta serie de pérdidas que acumulamos en el transcurso de la vida. Hay pérdidas devastadoras que incluyen, por ejemplo, la muerte de hijos, el fallecimiento prematuro de una esposa, una discapacidad, divorcio, violación, abuso emocional o sexual, un cáncer terminal, la infertilidad, la destrucción del sueño de una vida, un suicidio, alguien que amamos que nos traiciona, el descubrimiento de que uno de nuestros ídolos era corrupto.

A veces nuestro sentido de pérdida viene de eventos catastróficos que ocurren cerca de nosotros. El 11 de septiembre de 2001, cuando dos aviones llenos de terroristas suicidas y personas inocentes impactaron los mayores edificios de la ciudad de Nueva York, matando a casi tres mil individuos, la comunidad experimentó un trauma cotidiano por más de un año. En situaciones como esta, normalmente permitimos afligirse a la gente, al menos por una temporada.

Otras pérdidas se consideran «insignificantes», pero también es importante lamentarlas. Reprimidas y negadas, se apiñan en nuestras almas como pesadas rocas que nos oprimen. Con el tiempo, si no se les presta atención nos impiden adentrarnos a caminar libre y sinceramente con Dios y los demás.

Me refiero a lo que algunos llaman nuestras «pérdidas naturales». Usted se gradúa de la escuela intermedia o superior y pierde su seguridad

Otras pérdidas, si con el tiempo no se les presta atención, nos impiden adentrarnos a caminar libre y sinceramente con Dios y los demás.

emocional o financiera. Su piel juvenil comienza a arrugarse y envejecer. Se muda y desaparecen sus antiguas amistades. Las relaciones no funcionan de la manera que usted esperaba. Sus hijos se hacen menos y menos dependientes de usted mientras crecen. El liderazgo de la iglesia cambia. Su pequeño grupo termina. Su iglesia construye un nuevo edificio. Muere un abuelo. Un fuego destruye sus amadas fotografías. Un carro atropella a una fiel mascota.

Otras pérdidas están más escondidas y son más difíciles de clasificar, tales como un niño nacido muerto, un embarazo fallido, o un aborto.

La cuestión más importante no es calcular si una pérdida particular es gradual o súbita, o dónde se halla en el tránsito de lo público a lo privado. Ella es la norma de la vida, no la excepción.

Dios nos ha hecho únicos y diferentes. Nuestra historia y temperamentos son diferentes. Lo que puede ser una pérdida significativa para usted puede ser catastrófico para mí. Cada uno de nosotros responderá de una manera distinta. Por ejemplo, cuando muere una mascota, para un miembro de la familia esto es una gran pérdida, mientras que a otro apenas le afecta.

Todos experimentamos penas y se nos invita a afligirnos y crecer a través de ellas.

Debido a que a otros la pérdida no los afecta de la misma manera que a usted, ello no cambia el hecho de que esta es su experiencia. Geri, por ejemplo, lamenta criar a nuestros hijos en Nueva York, una ciudad de más de ocho millones de personas. Mientras que hay muchos beneficios al criar a nuestros hijos en esta densamente poblada ciudad multicultural, plena de oportunidades y llena de gente proveniente de todo el mundo, ella sabe que se pierden la rica experiencia de la vida comunal en un pueblo pequeño, que ella disfrutó cuando crecía. Yo no tengo ese mismo sentido de pérdida. Aun así, ella no permite que mi realidad y experiencia minimice su sentido de pérdida, aunque no sea el mío.

Lo universal es que todos experimentamos penas y se nos invita a afligirnos y crecer a través de ellas.

Carol y Martin lamentan la muerte de un hijo

Dos antiguos miembros de nuestra iglesia (que ahora viven en la Florida), Martin y Carol, estaban comprometidos para casarse y llenos de expectativas sobre su futuro cuando la única hija de Martin, de once años, fue asesinada a plena luz del día. Iba camino de encontrarse con algunos amigos en una pista de patinaje. Han pasado diecisiete años, y solo recientemente las autoridades han encausado al asesino. El panorama de su vida quedó hecho pedazos por el efecto explosivo de este acto sin sentido.

Nunca he experimentado una pena de tal magnitud en mi vida. A pesar de eso puedo introducirme, a cierto nivel por lo menos, dentro de su experiencia porque he decidido introducirme en mis propias penas y aflicción.

Acostumbraba a creer que la aflicción era una interrupción, un obstáculo en mi sendero de servicio a Cristo. Brevemente, la consideraba un desperdicio, que me impedía aprovechar «bien el tiempo» (Efesios 5:16) para Dios. «Solo pásala por alto», murmuré silenciosamente para mí mismo.

«¡Perdona y olvida, eso es lo que dice la Biblia... como hace Dios!», diría.

Uno de los grandes obstáculos para afligirse, por lo menos para mí, era que yo había creado las situaciones que ahora causaban ese dolor tanto a mí como a otros en la iglesia. Yo «cosechaba lo que había sembrado» «Por lo tanto, ¿qué bien hará el entristercerse sobre ello?», me recordé a mí mismo. «Vamos a arreglarlo y seguir adelante». Después de todo, ¿qué derecho tenía de experimentar tristeza y frustración por el enredo que había armado?

También me incomodaba la falta de control que podría sufrir si me permitía sentir depresión, ira, tristeza y dudas sobre Dios. A veces me preguntaba si Dios había soltado el timón del carro de mi vida mientras este se precipitaba a un abismo. De manera que seguí adelante. Incapaz de afligirme, oculté mis pérdidas por años y años, sin darme cuenta que daban forma a mi actual liderazgo y relaciones.

Por ejemplo, la iglesia se muda a un nuevo sitio y un nuevo edificio, pero todavía hay un grupo de personas que disputa la mudanza. No se sienten bien, e interpretan eso como una señal de Dios de que no deben haberse mudado. Sin embargo, en realidad necesitaban tiempo y una oportunidad para lamentar el abandono de un lugar donde Dios había hecho tantas obras maravillosas. En vez de ir habitación por habitación

del viejo edificio y recordar a la juventud que tuvo una experiencia con Dios en cierto cuarto trasero, los bebés dedicados y las bodas celebradas en el pequeño santuario, sus sentimientos se ven como una rebelión o falta de voluntad para participar en este próximo «movimiento de Dios». De hecho, lo que necesitan es la oportunidad de orar, para darle gracias a Dios por todas cosas buenas que ha hecho y para decir «adiós».

Celebramos el Día de las Madres y olvidamos ser sensibles con las parejas estériles o las mujeres solteras para las cuales este es el más difícil domingo del año mientras sus sueños de concebir se alejan, más y más, cada año.

La gente pierde un hijo por un malparto, y les exhortamos que vuelvan a su vida normal tan pronto como sea posible.

Miembros buenos y fieles de nuestra comunidad se mudan lejos, y nos sentimos culpables de que nos duela. Lo comentamos en nuestro pequeño grupo, y las personas citan Filipenses 4:4 («Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!») o 1 Tesalonicenses 5:18 («Dad gracias en todo»).

Una persona atraviesa un doloroso divorcio y enseguida encuentra otra compañía, pensando: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28), sin nunca haberse afligido por la enormidad de la pérdida.

Un joven de una veintena de años comienza a explorar su pasado (principio 2) y, por primera vez, enfrenta el abuso y el abandono que sufrió cuando era un niño puesto en custodia en el sistema de la ciudad durante dieciocho años. Se le alienta a olvidarlo y a concentrarse en su intimidad con el Padre celestial y su nueva adopción en la familia de Dios.

Evite el perdón superficial

Perdonar no es un proceso rápido. No creo que sea posible perdonar de verdad a otra persona con todo el corazón hasta que nos permitamos sentir el dolor de lo que se había perdido. La gente que dice que se trata simplemente un acto de voluntad no entiende la aflicción.

También me incomodaba la falta de control que podría sufrir si me permitía sentir.

Cuando Jesús nos perdonaba, no dice: «Bueno, hicieron su mejor esfuerzo. No pudieron evitarlo». No es que sea desapegado ni que esté vacío de emociones. Mas bien, Jesús siente de veras nuestra rebelión, nuestra obstinación, nuestra renuencia a recibirlo mientras él cuelga solo sobre la cruz y clama: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

El proceso de perdonar siempre comporta aflicción antes de conformarse, sea usted la persona que concede el perdón o el que lo solicita.

Recuerdo claramente cuando la congregación hispana que pastoreaba se dividió y doscientas personas de las que había cuidado durante cuatro años dejaron la iglesia. Había invertido una gran cantidad de amor, sudor, energía y oraciones en el establecimiento de la congregación. No solo no hubo tiempo ni espacio ni comprensión para lamentar mi pérdida, sino que encontré que mientras más trataba de perdonar al líder a través de un puro esfuerzo de voluntad, más se intensificaban mis sentimientos de enojo. Seguía hacia adelante, predicando, enseñando, dirigiendo, edificando la iglesia, pero por dentro estaba bajo un sentimiento opresivo de culpa por mi incapacidad de perdonarlo.

Recuerdo que uno de nuestros miembros me confrontó utilizando mi propia teología: «Pastor Pete, usted nos enseñó que a menos que perdonemos a nuestros enemigos, Dios en el cielo no nos perdonará. ¿Por qué no lo perdona simplemente y sigue adelante?»

¡Me sentí anonadado! No comprendía que podía existir un proceso para perdonar. No comprendía que era importante asumir primero el dolor de forma que pudiera perdonar con madurez y no superficialmente. No comprendía que se trataba de una jornada, y mientras más profunda la herida, más larga la jornada. No comprendía que perdonar de corazón es muy, muy difícil, que a veces hace falta un milagro de Dios. Negar la dolorosa y horrible realidad de lo que había ocurrido afloraba en un creciente resentimiento hacia Dios y la iglesia.

Perdonar no es un proceso rápido.

Alguna gente afligida comete pecados irreflexivos. No saben qué más pueden hacer para obviar el dolor de su actual situación.

Lewis Smedes resume los peligros de un perdón superficial: «No iniciaremos acciones curativas contra un dolor injusto hasta que asumamos el dolor que queremos sanar. No es suficiente sentir el dolor. Necesitamos apropiarnos del dolor que sentimos: Sea consciente de ello, enfrente-lo, y enfrente-lo como algo propio... Me preocupan los que perdonan rápido. Tienden a perdonar enseguida a fin de evitar el dolor».⁵

Ahora entiendo por qué alguna gente afligida comete pecados irreflexivos. No saben qué más pueden hacer para obviar el dolor de su actual situación. No han aprendido a afigirse.

1. Primera fase: Prestar atención como parte del proceso de aflicción

Elizabeth Kubler-Ross ha hecho famosas cinco etapas de respuesta a la muerte: negación, enojo, regateo, depresión y enojo.⁶ Aunque esto ayuda, yo recomiendo que tomemos a David y su respuesta al dolor y la pérdida como modelo, dividiendo el proceso en tres fases distintas: prestar atención, vivir en el confuso intermedio y permitir que de lo viejo nazca lo nuevo. Cada una debe ser entendida en relación con la otra y como parte de algo mayor y más complejo de lo que nunca podamos enteramente comprender.

David, el salmista afigido: Un hombre conforme al corazón de Dios

David es bien conocido como un hombre conforme al corazón de Dios (1 Samuel 13:14; Hechos 13:22). Lo que pocos entienden es lo estrechamente que esta característica está relacionada con la forma que repetidamente *prestaba atención* a las pérdidas, la desilusión y las amenazas de muerte. A diferencia de cómo manejé mi dolor sobre la traición del equipo, David cantó y habló todo el tiempo sobre sus diferentes tristezas.

David sentía un profundo amor y respeto por el rey Saúl aunque este se sentía amenazado por la popularidad de David entre la gente y lo persiguió por diez a doce años. David era también el mejor amigo del hijo de Saúl, Jonatán. Durante muchos años mantuvieron una hermosa amistad, basada en su mutuo amor por Dios y la verdad.

Durante el tiempo que David estuvo en el desierto, Saúl y Jonatán mueren en una batalla con los filisteos. Esto marca el fin de los más de cuarenta años de la era de Saúl como rey y el comienzo del reinado de David. Cuando David se enteró de la muerte de ambos, no se desplaza

hacia el próximo acontecimiento en el plan de Dios (recibir el trono de Israel). En su lugar, se afiga. No soporta pensar en el regocijo de los filisteos.

Así que escribe una canción, un poema, un emotivo, bello y detallado lamento del horror que ha tenido lugar: «¡Ha perecido la gloria de Israel sobre tus alturas! ¡Cómo han caído los valientes!... Saúl y Jonatán, amados y queridos». Se angustia tres veces de la catástrofe: «¡Cómo han caído los valientes!» David, consumido de dolor, se dirige a Jonatán directamente: «¡Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán!» (2 Samuel 1:17-27).

Enseñe el lamento al pueblo de Dios

De hecho David le ordena al pueblo unírsele cantando la endecha que ha escrito: «Hijas de Israel, llorad por Saúl». ¿Se lo imagina? David espera que otros se le unan derramando lágrimas de dolor por la enorme pérdida que ahora enfrenta Israel. Reconoce que algo precioso de Israel se ha ido y nunca retornará.

David también ordena que su endecha se enseñe a los miles de hombres de Judá (2 Samuel 1:18). Quiere que la aprendan, la memoricen y la canten como la experiencia de ellos, no simplemente la suya.

¿Cuándo su iglesia cantó por última vez un lamento como este en el culto de adoración dominical a Dios? De hecho, ¿cuándo se le ha enseñado la importancia de afigirse por una pérdida y cómo integrarla a la adoración de Dios? ¿Cuál fue la última vez que predicó o escuchó un mensaje sobre la aflicción o el lamento?

¿Por qué David obliga a la gente a detenerse y *prestar atención*? ¿Por qué quiere que ellos expresen pena por las muertes de Saúl y Jonatán? ¿No hay muchísimo trabajo que hacer ahora cuando tendrá lugar una transición a un nuevo gobierno?

David entiende lo indispensable que es el dolor para la madurez espiritual. David sabe que profundizamos cuando dedicamos tiempo a lamentar nuestras pérdidas antes de seguir adelante. Sabe lo importante que es para la gente mantenerse conectada con la realidad y no huir del dolor.

David espera que otros se le unan derramando lágrimas de dolor por la enorme pérdida que ahora enfrenta Israel.

En Nueva Vida esto ha significado que necesitábamos ir más despacio. Cuando mi papel como el líder del equipo pastoral se le entregó a otra persona, no le di importancia. Él estaba más dotado que yo para dirigirlos y manejarlos. Aprobé que el equipo estuviera emocionado. Olvidé que durante años se habían acostumbrado a mi dirección y asistencia a todas las reuniones del equipo. Era una pérdida, mayor para unos que para otros, según el tiempo que hubieran estado en el equipo y de su propia historia particular.

Habíamos aprendido que cuando las personas abandonan la iglesia o se trasladan, es importante hacer una pausa y lamentar la pérdida. Cuando el ministerio se duerme o la oportunidad no surte efecto, es crucial que prestemos atención a lo que está bajo la superficie en nuestra vida interior y sintamos el desengaño ante Dios. Cuando las personas tienen la visión de llevar a cabo un nuevo programa o ministerio y no pueden, necesitan lamentar sus limitaciones humanas delante de Dios.

Ponga atención en el libro de Salmos

A lo largo de la historia, Salmos ha sido el libro más popular de la Biblia. Y por una buena razón, pues hay «un salmo para cada suspiro». Este libro, el más largo de la Biblia, incluye salmos de adoración, salmos de acción de gracias, salmos de sabiduría, salmos de arrepentimiento y aun salmos que expresan dudas.

La mayoría están lejos de ser alegres. Como escribe Bernard Anderson, «los lamentos exceden ampliamente en número a cualquier otro tipo de cánticos en el Salterio».⁷ Más de la mitad de los 150 salmos se clasifican como lamentos. David escribió la mayoría, de acuerdo con la tradición.

Los lamentos prestan atención a la realidad de que la vida puede ser dura, difícil, y a veces hasta brutal. Toman nota de la aparente ausencia de Dios. Advierten cuando las circunstancias parecen decir que Dios no es bueno. Claman a Dios pidiendo consuelo y compasión.

Los lamentos disputan el amor y la misericordia de Dios (*hesed* en hebreo). ¿Si Dios es bueno y misericordioso, por qué no hace algo?

- «¿Por qué andaré enlutado por la opresión del enemigo?» (Salmo 43:2).
- «¿Ha cesado para siempre su misericordia [*hesed*]? ¿Se ha acabado permanentemente su promesa? ¿Ha olvidado Dios el tener misericordia?» (Salmo 77:8-9).

- «Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche» (Salmo 42:3).
- Me has puesto en el hoyo profundo, en tinieblas profundas. Sobre mí reposa tu ira, y me has afligido con todas tus ondas» (Salmo 88:6-7).

Ponga atención al dolor

Muchos de nosotros hemos adoptado la costumbre de negar el dolor de la aflicción. Quizás la manera más popular en nuestra cultura de no prestar atención a nuestras pérdidas y al dolor es medicarnos a nosotros mismos por medio de una adicción. La gente utiliza el trabajo, la televisión, el alcohol, el ir de compras o las parrandas, los negocios, las aventuras sexuales, apegos insanos en las relaciones, *aun servir a otros incesantemente en la iglesia* —cualquier cosa— a fin de mitigar el dolor de la vida.

Año tras año negamos y evadimos las dificultades y pérdidas de la vida, los rechazos y frustraciones. Las personas en nuestras iglesias minimizan sus fracasos y desengaños. El resultado es que hoy para muchos, al menos en la próspera Norteamérica, hay una extendida incapacidad para enfrentar el dolor. Esto ha llevado a una absoluta sensación de superficialidad y a una profunda falta de compasión.

Nuestra cultura minimiza la tragedia y las pérdidas. Todas las noches las noticias nos muestran imágenes de crímenes, guerras, hambrunas, asesinatos y desastres naturales. Se las reporta y analiza, pero no hay lamentos.

Nuestra capacidad nacional para afigirnos está casi perdida. Estamos demasiado ocupados tratando de mantener todo como está y en conseguir lo que queremos. Cuando nuestra vida experimenta una pérdida, nos enojamos con Dios y la tratamos como una invasión extraterrestre procedente del espacio exterior. ¿Extraña acaso que exista tanta depresión en nuestra cultura? ¿Acaso extraña que haya habido una explosión tal de drogas prescritas para la depresión y la ansiedad?

Esto no es bíblico y es una negación de nuestra común humanidad. Los antiguos hebreos expresaban físicamente sus lamentos rasgando sus

Quizás la manera más popular en nuestra cultura de no prestar atención a nuestras pérdidas y al dolor es medicarnos a nosotros mismos por medio de una adicción.

vestiduras y utilizando silicio y cenizas. El mismo Jesús ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas (Hebreos 5:7). Durante la generación de Noé, la Escritura indica que Dios estaba afligido por el estado de la humanidad (Génesis 6). Jeremías contiene seis confesiones y lamentos en los cuales protesta ante Dios sobre sus circunstancias. Tras la caída de Jerusalén, escribió todo un libro de la Biblia llamado Lamentaciones.

Preste atención a cómo Jesús sufrió

Imagine a Jesús, el «varón de dolores» (Isa 53:3), en las siguientes situaciones:

- En la tumba de Lázaro, qué si Jesús no hubiera llorado (Juan 11:35) sino dicho en su lugar: «¡Andando, todo el mundo! Por favor, dejen de lamentarse. Conténganse. Yo me ocuparé de esto».
- Qué si su oración por Jerusalén hubiera sido como esta: «Quise reunirlos como una gallina reúne sus pollitos, pero ustedes tomaron su decisión, se volvieron contra Dios. Eso está muy mal. Sigo adelante sin ustedes».
- O, cuando Jesús estaba en la cruz, si en lugar de clamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? le hubiera gritado a la multitud: «¡Dios es grande! ¡Él saldrá victorioso! ¡Alabadle!»

En la Escritura, la respuesta agradable a Dios no es darle largas ni encubrir. Se nos muestra y enseña a tratar sinceramente y en oración nuestras pérdidas y desengaños (grandes y pequeños) y todas las otras confusas emociones que los acompañan. La Escritura nos manda a prestar atención. Afligirse es indispensable para una espiritualidad real.

En la Escritura, la respuesta agradable a Dios nos muestra y enseña a tratar sinceramente y en oración con nuestras pérdidas y desengaños.

— caminos, escribieron canciones y poemas de lamento para que los cantáramos de generación en generación.

Ponga atención a las muertes en nuestro pasado

Jesús definió el proceso de crecimiento con estas palabras: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24). Jesús caracteriza la vida cristiana como un morir, de forma que una nueva puerta pueda abrirse a una vida completamente nueva.

No obstante, la muerte debe llegar primero. Esa muerte comienza al participar en el a veces penosísimo proceso de prestar atención. Sin embargo, si le prestamos atención a las muertes, algo nuevo nacerá.

A Bianca, por ejemplo, la atormentaron desde muy temprana edad sus sueños. Recuerda pesadillas sexuales a los once años de edad. Se sudoría y derramaría lágrimas, sintiéndose sucia. Todavía era muy joven para saber que sus pesadillas eran el resultado de años de vejaciones y violación a manos de un pariente muy querido.

Creció sin notar que estaba ansiosa y que se sentía incómoda con su sexualidad y la sexualidad de otros. A lo largo de los años Bianca habló con tres personas acerca de lo que había sucedido. Ninguna hizo preguntas. Una comentó: «Bueno, quizás él estaba experimentando». Bianca no siguió hablando del asunto.

Estaba consciente de su abuso sexual. No lo había enterrado. No tenía que recordarlo; siempre estaba ahí.

En 1989, comenzó a trabajar para la Junta de Educación en el mayor distrito escolar de la ciudad de Nueva York, en una escuela donde noventa y cinco por ciento de la población estaba bajo el nivel de la pobreza. Sus pesadillas volvieron como una venganza. La falta de protección y seguridad en la vida de algunos de sus estudiantes evocaban las terribles imágenes de su propia infancia. Sus sueños se llenaron de nuevo de violencia, violaciones y ansiedad. El insomnio se hizo presente.

Para entonces, ya había sido cristiana durante doce años y había asistido fielmente a los estudios bíblicos y reuniones de oración. Pese a ello, la sensación de tristeza que siempre había impregnado su vida se hizo abrumadora.

La iglesia estaba interesada en su fortaleza y su servicio. Estaba dotada de muchas maneras. Pero no podía confesar que moría en su interior. Nadie en el liderazgo había exhibido vulnerabilidad, debilidad, confusión, o dolor extremo. Todo era: «Alabad a Dios, porque es bueno».

Ella servía a un Dios en el que no confiaba, un Dios al que sentía distante y solo interesado en sus fuerzas. Muchos domingos lloraría copiosamente, pensando que sus hijos tendrían que visitarla bajo alguna

estación de trenes porque terminaría como una prostituta. Se preguntaba como una vida tan quebrantada podría recomponerse algún día. Secretamente se preguntaba cómo Dios pudo haber menospreciado esas noches de muerte y abuso y no moverse para protegerla. *El propio Dios es un abusador*, pensó.

Movida por la desesperación Bianca acudió a un lugar seguro para hablar de su pena, a localizar un consejero cristiano por medio de un amigo. Aquí comenzó a explorar y a lamentar la destrucción de su integridad como niña pequeña. Penetró en el caos y la oscuridad de la muerte de su infancia a manos de un pariente. Ahora se abrieron las compuertas. Las cosas parecían solo empeorar mientras explotaban en ira y depresión sus sentimientos y furia congelada.

Ella respondió a un llamado al altar en la iglesia para personas con quebrantos sexuales en su pasado. Comenzó a hablar de su abismo con algunos amigos cercanos de confianza en la congregación. Dejó de esforzarse tanto por ganarse la aprobación de Dios y comenzó a palpar el amor y la gracia en el evangelio. Estos eventos habían requerido años.

Bianca tiene un hueco en su alma que nunca desaparecerá. Algo de ella murió a manos de su abusador que no puede recuperar. Sin embargo, se halla en una jornada hacia la santidad. Se trata de un proceso. Asuntos relacionados con su abuso sexual salen a relucir demasiado a menudo, y a veces se queda un poco atascada. Las injusticias hacia los niños agitan a veces en ella dolorosos recuerdos.

Pero Bianca camina, ama y sirve a Cristo. Su jornada le ha dado una claridad y una profundidad sobre el evangelio como a muy pocos. Aporta enseñanzas y entendimiento en Nueva Vida de muchas maneras pequeñas y poderosas, a través de la danza, la participación en grupos pequeños, y los dones de discernimiento y sabiduría, de manera que «nuestra teología pueda ser limpia», como Bianca la describe. «Ahora hay atisbos de santidad en mi vida», dice ella.

2. Segunda fase: La vida en el confuso intermedio

Existe, sin embargo, en el patrón que Dios estableció para nosotros en la persona de Jesús un momento «intermedio». Se trata del momento entre la cruz del Viernes Santo (i.e. la muerte de Jesús) y el Pentecostés (i.e. el despliegue de lo nuevo). Los discípulos estaban confundidos y perplejos, aun después de la resurrección. Su comprensión de Dios, sus

planes y su propio futuro experimentaban una transformación radical. Morían a lo viejo para abrirle paso a lo nuevo.

El profesor de teología y escritor Walter Brueggemann ha dicho que los Salmos se pueden dividir en tres tipos: orientación, desorientación y reorientación. (1) Los primeros son cánticos de *orientación*, donde gozamos de Dios, su creación y bendiciones, nos deleitamos en su misericordia y disfrutamos una agradable sensación de bienestar y de gozo en él. (2) Los segundos son cánticos de *desorientación*, temporadas de agravios, sufrimiento y disociación, escritos cuando se llega al fondo y nos preguntamos qué sucede. Este es el confuso intermedio, cuando muy a menudo sentimos dudas, resentimiento, soledad y desesperación. (3) Los terceros son los salmos de *reorientación*, cuando Dios irrumpie y hace algo nuevo. Esto es cuando el gozo se abre paso en medio de nuestra desesperación.⁸

Estos movimientos no ocurren de una vez y para siempre sino que se repiten innumerables veces a lo largo de nuestra vida. Bianca entona los tres, una y otra vez.

Concretamente, ¿a qué se asemeja esto?

La Fraternidad Nueva Vida, durante casi diez años, había ahorrado y orado para comprar el edificio que alquilábamos por ocho años. Era una Logia de Antiguos Irlandeses de 60.000 pies cuadrados en el centro de Queens, Nueva York. Desde el punto de vista estratégico, parecía perfecto para nuestra misión. A la iglesia le iba maravillosamente. Pero a última hora un gran urbanizador llegó para ofrecer un trato que no podíamos igualar. De pronto, pasamos de alcanzar un glorioso futuro en los años por venir, a un posible desalojo con solo una ventana de seis meses para encontrar un nuevo local. El golpe llegó como un martillazo sobre nuestra congregación, en particular para aquellos de nosotros en el liderazgo que habíamos invertido mucho tiempo y energía en la compra.

Mucha gente estaba confundida, enojada, herida y desilusionada con Dios. Mi primera reacción fue espiritualizar la situación y controlarla. Quería «reparar» el dolor de esta interrupción. ¿Dónde estaba Dios? ¿Por qué no contestaba nuestras oraciones? ¿Dónde estaba su *hesed*?

Los Salmos se pueden dividir en tres tipos:
orientación,
desorientación y
reorientación.

Mientras este libro va a la prensa, puede que Dios esté resucitando la compra del inmueble de la Logia de Antiguos Irlandeses a través de cierto número de asombrosas circunstancias. Cualquier cosa que pase, el intermedio había sido doloroso, confuso y humillante.

La iglesia se desorienteó. Recuerdo las palabras de Leighton Ford, uno de mis mentores, al decir: «Pete, recuerde que el momento más importante está *entre* los sueños, no en los sueños mismos».

Pensamos que esperar es un paréntesis. No lo es. Dios obra, solo que no lo vemos. La mayoría de nosotros consumiríamos una eternidad dándole gracias a Dios por oraciones que no respondió.

A veces, nos rebelamos durante el confuso intermedio en lugar de aceptar el período de espera en que nos encontramos. La tentación de huir de Dios, de renunciar, o de desesperarse es mayor cuando parece que Dios está ausente. La buena noticia es que aun entonces Dios nos encontrará y se reunirá con nosotros.

La aflicción y el discipulado en la iglesia

La primera y siempre la más importante vía para integrar este nuevo paradigma sobre la aflicción es que *se detenga y ponga atención* a sus pérdidas, grandes y pequeñas. Si esto es nuevo para usted, le recomiendo que se tome un día libre en un retiro con Dios para incursionar y orar sobre eventos significativos de su pasado que, quizás, no ha lamentado. Permítase sentir sus pérdidas. Disminuya el ritmo de su vida. Recuerde que sus pérdidas no son algo para «pasarle por encima» sino algo de gran valor para Dios y su espiritualidad.

Segundo, comience a preparar a la gente, particularmente a aquellos que ayudan y sirven a otros, para identificar y reflexionar sobre las pérdidas en sus vidas y las vidas de los demás. La iglesia está en una posición única, entre todas las profesiones de ayuda, para acompañar a la gente en las coyunturas críticas de sus vidas: muertes, bodas (la pérdida de la soltería y pasados vínculos familiares), enfermedades serias, ceremonias de nacimientos, divorcios, retiros y traslados geográficos. Estos son momentos de discipulado para ayudar a las personas a salir de nuestra tendencia cultural a adormecer el dolor a fin de permitirles sentir la desorientación de sus vidas. Tristemente, a

**Deténgase y preste
atención a sus pérdidas.
Permítase sentirlas.**

fermedades serias, ceremonias de nacimientos, divorcios, retiros y traslados geográficos. Estos son momentos de discipulado para ayudar a las personas a salir de nuestra tendencia cultural a adormecer el dolor a fin de permitirles sentir la desorientación de sus vidas. Tristemente, a

muchas personas que han sufrido abuso en su pasado nunca se les ha permitido sufrir su dolor.

Tercero, enseñe los salmos a fin de darle a la gente una base bíblica y un marco de referencia a la aflicción. Predique una serie de catorce semanas sobre diferentes tipos de cánticos en el Salterio. Cantamos y estudiamos salmos de adoración, salmos de acción de gracias, salmos de lamento, salmos de sabiduría, salmos de confianza y salmos sobre los pobres y oprimidos. Y entonces invitamos a todos en la congregación a escribir sus propios salmos o poemas a partir de sus experiencias con Dios a lo largo de la vida. No fue sorprendente: Recibimos un gran número de lamentos escritos a Dios.

Por último, en su labor de consejería, ya sea de manera individual o en pequeños grupos, haga con ellos una simple línea cronológica desde su nacimiento hasta el día de hoy. Pídale que identifiquen y describan momentos de mucha dificultad o tristeza en sus vidas. Usted puede aprender en una sola sesión más acerca de sus almas y vida en Dios que lo que podría saber en todo un año.

Recuerde el montón de desechos

Lo que ahora me hace capaz de permanecer fiel en la desorientación del «intermedio» es la poderosa verdad que Dios usa todas las cosas para nuestro bien, su gloria y el bien de otros.

En *El Paraíso Perdido*, John Milton compara el mal de la historia a un montón de desechos, a una mezcla de sustancias en descomposición tales como excrementos animales, hollejos de vegetales y frutas, de papa, cáscaras de huevo, hojas muertas y cáscaras de plátano. Si cubre esto con tierra, después de un tiempo huele maravillosamente. El suelo se ha enriquecido, fertilizado de manera natural y es magnífico para cultivar vegetales y frutas, pero se debe estar dispuesto a esperar, en algunos casos, años.

El argumento de Milton es que los peores acontecimientos de la historia humana que no podemos entender, aun el propio infierno, son solo desechos en el maravilloso plan eterno de Dios. A partir del mayor de los males, la muerte de Jesús, vino el mayor de los bienes. Dios transforma los males en bien sin disminuir lo horroroso del mal.

**Dios transforma los
males en bien sin
disminuir lo horroroso
del mal.**

3. Tercera fase: Permitir que de lo viejo nazca lo nuevo

Alguna gente acepta el sufrimiento más fácilmente que otra. A mí no me gusta sufrir. De hecho, tiendo a evitar el sufrimiento. Pero los abrumadores beneficios me alientan a tomar el viejo sendero de los grandes santos de antiguo.

Sorprendentes desplazamientos y cambios internos tienen lugar en nosotros cuando bajamos por este extraño sendero hacia el duelo. Se hace aparente por qué Jesús enseñó, «Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación» (Mateo 5:4). Nuevos nacimientos interiores, o cambios, que resultan del sufrimiento incluyen:

- Nos volvemos compasivos como nuestro Padre en el cielo es compasivo. Henri Nouwen dice con razón que el sufrimiento es el camino hacia la compasión. «No hay compasión sin muchas lágrimas... Para parecerse al Padre, cuya única autoridad es compasión, tengo que derramar incontables lágrimas y así preparar mi corazón para recibir a cualquiera, no importa cuál haya sido su peregrinar, y perdonarlo de todo corazón».º Asimilando nuestro propio dolor, aprendemos a perdonar.
- Nos preocupan más el pobre, la viuda, el huérfano, el marginado y el herido. Los comprendemos.
- Somos menos ambiciosos, menos idólatras. Rara vez decimos: «Tengo que poseer esto o me muero». La vida se despoja de sus pretensiones y cosas no esenciales. Estamos más aptos para deshacernos de las cosas que no son importantes en la vida y que otros desesperadamente ansían: poder, dinero, o aprobación.
- Se nos libera de tener que impresionar a otros. Podemos seguir el plan de Dios con una nueva libertad pues no nos motiva tanto agradar a la gente.
- Somos capaces de vivir más cómodamente con el misterio en lo que toca a Dios y sus planes. No tememos decir: «No sé», cuando la gente nos hace preguntas acerca de Dios. Nos volvemos mucho más flexibles en relación con las intenciones de Dios para nuestras vidas.
- Nos caracteriza una mayor humildad y vulnerabilidad.
- Colocamos a Dios en el centro de nuestras vidas y comenzamos a rechazar las metas superficiales y triviales.
- Experimentamos una acentuada sensación de vivir en el inmediato presente en lugar de posponer la vida hasta el retiro. Ahora

reorganizamos más fácilmente las prioridades de la vida para estar junto a nuestra pareja (si se aplica) y amigos.

- Gozamos de un nuevo y vívido aprecio de las realidades básicas de la vida: el cambio de estaciones, el viento, la caída de las hojas, las últimas Navidades, la gente hecha a imagen de Dios.
- Tenemos menos temores y una mayor disposición para asumir riesgos.
- Somos como niños. Un amor fluye de nosotros que no depende de la inteligencia de la gente, el éxito, el dinero, la apariencia, o de expresiones de amor hacia nosotros. Las personas ya no se sienten evaluadas, juzgadas, o analizadas por nosotros. No se sienten controladas.
- Entendemos que lo que nos une como seguidores de Jesús que viven en una comunidad son nuestros quebrantos.
- Sentimos la realidad del cielo de una forma nueva, al comprender más plenamente que solo somos extranjeros y residentes temporales sobre la tierra.
- Estamos por fin en casa con nosotros mismos y con Dios.

Magda acepta el dolor y la pérdida

Magda es una mujer filipina de unos sesenta años. Irradia la calidez de Cristo de una manera poco menos que extraordinaria. Su peregrinaje, sin embargo, ha sido arduo y largo.

Cuando niña, durante la Segunda Guerra Mundial en las Filipinas, fue testigo de grandes atrocidades que llenaron de cicatrices su pequeña alma: hambrunas, tortura, bombardeos. Vívidamente recuerda como a los seis años huía de los japoneses cruzando montañas durante semanas. Cedida a una tía, sufrió pérdidas innombrables.

Casada a los veintidós años de edad, dio a luz nueve hijos. Deseosa de darle a sus hijos una vida mejor en los Estados Unidos, los dejó en casa mientras se trasladaba a ese país para ser enfermera. Su anhelo era llevarlos con ella en el plazo de un año. Diez años más tarde batallaba todavía para que le aprobaran sus papeles de inmigración. Veía a sus hijos, de entre seis y catorce años, un promedio de una vez cada dos o tres años. A la larga pudieron emigrar.

En 1987, mientras estaba en una autopista de Ohio con sus hijas gemelas y su futuro yerno, el chofer se quedó momentáneamente dormido y chocó. Su hija de veintiún años, que planeaba ir a ultramar en una misión ministerial juvenil, murió instantáneamente al

igual que el prometido de su otra hija. La propia Magda estuvo en críticas condiciones durante semanas. Le rogó al doctor que la dejara por lo menos ver un vídeo del velatorio y el funeral de su hija, pero él rehusó porque ella estaba demasiado débil.

Entonces en 2001, otro hijo, de treinta y seis años, también murió inesperadamente durante un ejercicio de entrenamiento físico en el ejército, dejando una esposa y tres hijos. Había estado en la marina de los Estados Unidos durante diecisiete años y planeaba convertirse en pastor cuando terminara su tiempo con la marina.

Magda describe cómo sobrevivió a tantas pérdidas catastróficas: «Miré a Jesús en la cruz, y él sufrió más que yo. Él soportó tanto dolor y aflicción porque amaba a la humanidad. Yo también puedo. Quiero devolver algo. Dios me ha hecho más sensible al dolor y al sufrimiento de personas que han experimentado la muerte, y puedo ser su mano amorosa. Digo: “Señor, ayúdame a decir lo que tú quieras decir y déjame ser tus manos y tu vocero de manera que las personas te conozcan más en su aflicción”».

Hoy ella dirige un grupo luctuoso y sirve a otros muchos, tanto dentro como fuera de la iglesia. Ella se compenetra con su dolor, al dirigirlos sobre cómo afligirse apropiadamente y conectarse, no solo consigo mismos, sino lo más importante, con Dios.

Seguir el hilo que lleva a ser compasivos como Dios

Este sendero de compasión bíblica es un gran regalo que podemos darle a otros y darnos a nosotros mismos. *Sin embargo, puede sentirse como si solo fuera a empeorar las cosas, como si no debiéramos descender por este camino. Déjeme aleitarlo a seguir el hilo, a seguir el camino de Dios. Lleva a la vida.*

George MacDonald, en su libro *The Princess and the Goblin* («La Princesa y el duende»)¹⁰, cuenta la historia de una pequeña princesa de ocho años que vive sola en un pequeño palacio sobre una gran montaña. Dentro de la montaña hay una raza de duendes que odiaban al rey (su padre) y a sus descendientes (la princesa). Se conjuraron para secuestrarla y destruirla.

Sin embargo, su muy anciana abuela sabe que ella está en gran peligro y le da un anillo con un hilo amarrado. La princesa no puede ver el hilo, pero lo siente.

«Pero, recuerda», le dice la abuela, «ciertamente puede parecerse un camino muy tortuoso, pero no puedes dudar del hilo».

El hilo lleva siempre a lo opuesto de lo que la princesa espera. Comienza conduciéndola a un agujero sobre la montaña, a una oscuridad total. Mientras ella se arrastra «más lejos y más lejos hacia la negrura de la cavernosa montaña» y a través de estrechos pasajes, se pregunta: «¿Saldré algún día de aquí?»

Por último la conducen a un gran cúmulo de rocas. Llora. Solloza. El hilo se mete entre las rocas de manera que por fin comienza a moverlas una a una cuando encuentra a su buen amigo atrapado detrás de ellas. Cuando tratan de abrirse camino fuera del laberinto dentro de la montaña, él argumenta que ella los lleva hacia una dirección de la que nunca escaparán de la oscuridad. La princesa susurra: «Lo sé, pero esta es la dirección en que va mi hilo, y debo seguirlo». Aunque el hilo va contrario a su instinto natural, ella obedece y sigue el hilo. No tiene miedo del peligro sino que está alegre y calmada. ¿Por qué? Ella sabe que su abuela, que lo sabe todo, la guía con el hilo. Con el tiempo, los planes de los duendes quedan al descubierto y son derrotados.

Como dije antes, aceptar la pena es contrario a nuestra cultura. Pero es el hilo que nos esboza en la Escritura. Es muy diferente a nuestra cultura y muy diferente a la manera en que la mayoría de nosotros hemos vivido nuestras vidas en Dios.

Pero si lo seguimos, Dios nos asegura que él derrotará a los duendes en beneficio nuestro y nos llevará a nuevas resurrecciones.

Y lo que es más importante, la iglesia, habiendo aprendido a absorber el dolor y crecer a través de él, llevará el rico fruto de la compasión divina hacia los demás. La capacidad de aceptar nuestras pérdidas y aflicciones nos preparará para amar a los demás como lo hizo Jesús. Entonces seremos capaces de hacer de nuestras vidas un modelo eficaz y auténtico de la Encarnación.

Esto nos conduce al próximo capítulo: el clímax del libro y nuestro sexto principio: amar bien modelando la encarnación de Jesús.

**La aflicción bíblica
puede sentirse como si
solo fuera a empeorar
las cosas. Déjeme
alentarlo; ella lleva a
la vida.**

**Dios nos asegura que
nos llevará a nuevas
resurrecciones.**

CAPÍTULO 10

PRINCIPIO 6: HAGA DE LA ENCARNACIÓN SU MODELO DE AMOR VERDADERO



En iglesias emocionalmente sanas, la gente sigue conscientemente el ejemplo de Jesús. Aprenden a seguir las tres dinámicas de la encarnación que se hallan en la vida de Jesús a fin de amar a otras personas: entrar en el mundo del otro, mantenerse fiel a sí mismo y servir de intermediario entre dos mundos.

Ahora es el momento

Transcurría el año 1963. La ciudad es Birmingham, Alabama. Las escuelas, los baños públicos, los parques, los bebederos y los ómnibus están segregados racialmente por ley. El Reverendo Martin Luther King hijo ha arribado a la ciudad para dirigir una demostración pacífica, no violenta contra la injusticia racial en la ciudad. Sin embargo, el alguacil de la ciudad ha obtenido un mandamiento judicial que hace ilegal la marcha.

Martin Luther King hijo conoce el costo de marchar. De todas maneras lo hace y lo llevan a la cárcel. El martes 16 de abril de 1963, se le da una copia del *Birmingham News* [«Noticias de Birmingham»]. Este contiene una carta dirigida a él por ocho pastores y un rabí. Argumentaban que debía haber sido más paciente. A su respuesta, ahora parte

famosa de la literatura americana, se le llama: «Carta desde una cárcel de Birmingham».

Supongo que para aquellos que nunca han sentido los punzantes dardos de la segregación es fácil decir «espere». Pero cuando usted ha visto turbas depravadas linchar a vuestras madres y padres a voluntad y ahogar a vuestras hermanas y hermanos a su antojo; cuando ha visto a policías llenos de odio maldecir, patear, abusar y aun matar a sus hermanas y hermanos negros con impunidad; cuando ve a la vasta mayoría de los 20 millones de hermanos negros sofocados dentro de una hermética jaula de pobreza en medio de una sociedad afluente; cuando encuentra de pronto su lengua retorcida y que balbucea al tratar de explicar a su hija de seis años por qué no puede ir al parque de diversiones público que acaba de anunciar en la televisión, y ver las lágrimas que manan de sus pequeños ojos cuando se le dice que el Funtown («el parque de diversiones») está cerrado para niños de color, y ver las deprimentes nubes de los sentimientos de inferioridad asomarse en su pequeño horizonte mental, y verla comenzar a distorsionar su pequeña personalidad al desarrollar inconscientemente un resentimiento hacia la gente blanca... cuando maneja a través del país y tiene que dormir noche tras noche en los incómodos rincones de su automóvil porque ningún motel lo aceptaría; cuando se le humilla día tras día con molestos letreros que dicen hombres «blancos» y «de color»; cuando «negro» se convierte en su primer nombre y «muchacho» el segundo (no importa la edad que tenga)... y cuando a su esposa y su madre nunca se le concede el respetado título de «Señora»; cuando se le hostiga de día y se le caza de noche por el hecho de ser un Negro, que vive en una constante incertidumbre sin saber nunca a ciencia cierta qué viene después, e infestado de temores internos y resentimientos externos; cuando eternamente lucha contra una degradante sensación de «ser un don nadie»; entonces comprenderá porqué encontramos difícil esperar.¹

La meta del Dr. King está clara: Busca conseguir desesperada y apasionadamente que los líderes cristianos de esa ciudad se metan en los zapatos de los afroamericanos. Usted habrá oido decir a los americanos nativos: «Para comprender de verdad a otros seres humanos debemos

caminar primero una milla en sus mocasines». El Dr. King cree que los demás deben quitarse primero sus propios mocasines antes de que puedan comprender lo que es la vida para un afro-americano en los Estados Unidos en 1963.

Busca instruirlos sobre la encarnación. Es una lección difícil de aprender para cualquiera.

La encarnación es una lección difícil de aprender para cualquiera.

Mudanza a la ciudad de Nueva York

Con el deseo de «encarnarnos», Geri y yo nos mudamos hace casi veinte años a Queens y comenzamos a criar nuestra familia. Le dijimos adiós a lo que podría haber sido una cómoda vida de clase media suburbana y nos mudamos al mundo complejo, multiétnico y fuertemente congestionado de Queens.

En la pequeña cuadra que habíamos vivido durante los últimos ocho años, habíamos tenido como vecinos a drogadictos, prostitutas, huérfanos, viudas, madres solteras, un hombre de cincuenta y cinco años que actuaba de extra en las películas, afro-americanos, chipriotas, coreanos, chinos, hispanos, gente soltera, parejas casadas y retirados. Durante la mayor parte de sus vidas nuestros hijos habían sido una minoría racial en la iglesia, la escuela y el vecindario.

Creemos en la encarnación de Jesucristo, quien era todo Dios y todo hombre. Pero nunca comprendimos, realmente, lo que significaba encarnarse... hasta hace unos pocos años. Geri y yo no captábamos cómo hacerlo entre nosotros, mucho menos con nuestros vecinos o en la iglesia.

Mi experiencia es que virtualmente todos los líderes cristianos que conocí creen, como yo creía, que entendían el ministerio de encarnación.

Santo Basilio, obispo de Cesarea en el siglo cuarto, escribió una vez: «Las anunciaciões son frecuentes y las encarnaciones raras». En otras palabras, enérgicos anuncios de lo que Dios hace o dice son comunes. Personas que sigan el humilde sendero de Jesús son mucho más difíciles de encontrar.

Ahora comprendo por qué. Ello es mucho más costoso y directamente contracultural, aun entre compañeros cristianos.

Ver el amor de Jesús como encarnación

Lo que significa ser un discípulo puede comprenderse mejor a la luz del insosnable misterio de la Encarnación. Dios se hizo carne humana. El Creador infinito y Sostenedor del universo se limitó a sí mismo a los confines de la historia y de un humilde cuerpo humano. «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1:14). O como lo traduce *El Mensaje*: «La Palabra se hizo carne y sangre, y se mudó al vecindario. Vimos la gloria con nuestros propios ojos».

Dios invadió nuestro planeta y lo cambió para siempre. Dios se encarnó. Se hizo carne humana de una forma sorprendente, concreta, cruda y físicamente tangible. Dios sabía que no había mejor manera de mostrarse a los seres humanos que entrar de lleno en su mundo física y emocionalmente.

Dios se hizo piel y carne por nosotros. Ronald Rolheiser lo ilustra poderosamente:

Se cuenta una maravillosa historia sobre una niña de cuatro años que una noche se despertó asustada, convencida de que en las tinieblas que la rodeaban había toda clase de fantasmas y monstruos. Sola, corrió a la habitación de sus padres. Su madre la calmó y, tomándola por la mano, la llevó de regreso a su propio cuarto, donde encendió una luz y tranquilizó a la niña con estas palabras: «No necesitas tener miedo, no estás sola aquí. Dios está en la habitación contigo».

La niña replicó: «Sé que Dios está aquí, pero necesito a alguien en este cuarto que tenga un poco de piel!»²

Dios sabe que necesitamos su piel, no solo saber que él está en todas partes. La personas hoy en día buscan desesperadamente una «piel», ser amadas, alguien que se identifique con ellas. Por esta razón, le pagarían \$100-\$150 por hora a un terapeuta como alguien que las ame, que se introduzca y se preocupe de su mundo.

Hoy, Dios tiene todavía una piel física y se le puede ver, tocar, escuchar y probar. ¿Cómo? A través de su cuerpo, la iglesia, en la que él descansa. Se nos llama, en el nombre de Jesús y por el Espíritu Santo que habita dentro del alma, a ser piel para las personas que nos rodean.

Más fácil decirlo que hacerlo

Una vecina se acercó para hablarle cuando trabajaba en este manuscrito. Estaba deprimida, con ideas suicidas. De unos veinte años y medio, no tenía un diploma de la escuela media superior, un trabajo, o vida social. Se preguntaba si estaría sola por el resto de su vida. Todo le aburría terriblemente. Tenía una discapacidad física y comenzaba a darse cuenta de lo atrapada que estaba en el insano medio de su casa. Lloró sobre nuestro diván durante un rato.

Mientras más ella hablaba y yo escuchaba, haciendo preguntas ocasionales, más era capaz de ver las rotas aristas de su mundo y sentir la profundidad de su agonía. No sabía siquiera dónde comenzar a «repararla» o resolver sus problemas. Pero ella no pedía consejos. Deseaba que yo me uniera a ella y mirara lo duro que se ve el mundo cuando me pongo en sus zapatos. Ese mundo se veía temible y apabullante. Deseaba que yo escuchara y estuviera disponible.

El año anterior había aceptado a Cristo y ahora asistía regularmente al estudio bíblico y a la iglesia. Estoy seguro de que el pequeño grupo agradece que ella esté ahí. Sin duda están orgullosos, como lo estoy yo, que ella se haya hecho cristiana.

¿Pero alguien tiene una idea de lo que ocurre en su vida: dolor, agonía, soledad? ¿Le importa a alguien? La pregunta más importante es: ¿Realmente me preocupa? Me vino a la mente esa voz penetrante que una vez me dijo con tantas palabras: «Pete, mientras tu Dios no sea cálido, sensible y compasivo, pienso que seguiré siendo agnóstico».

El conflicto entre la iglesia contemporánea y el ministerio de la encarnación

Cuando me hice cristiano, sentí una agobiante carga por mis amigos y familiares que no conocían el amor de Dios en Cristo. El mensaje de perdón gratuito y del amor incondicional de Dios puso mi corazón en llamas.

Lo que comenzó tan puro se convirtió en algo parcialmente contaminado con el tiempo. Aprendí de la oración, el estudio de la Biblia, el evangelismo y el hacer discípulos. Llegué a aprender sobre el liderazgo, la predicación, el pastoreo y la

Se hizo difícil distinguir entre amar a la gente por lo que son en vez de utilizarlas porque podrían unirse a la misión.

multiplicación de los líderes. Cuidé de las personas para Cristo lo mejor que pude y traté de conducirlas a la verdad sobre Dios.

Sin embargo, mi énfasis estaba en «salir a hacer discípulos» y hacer crecer a la iglesia. Necesitaba gente que respondiera. No era tanto que fueran «trofeos», pero había algo que necesitaba que hicieran y fueran, de manera que yo pudiera llevar a cabo la misión de Cristo con mayor efectividad. Ahí afuera había un mundo entero que necesitaba a Jesucristo, iglesias que fundar, gente que entrenar, pobres que alimentar.

Se hizo difícil distinguir entre amar a la gente por lo que son en vez de utilizarlas porque podrían unirse a la misión. ¿Necesitaba que estas personas se convirtieran a Cristo a fin de desarrollar la iglesia o mi programa? ¿O simplemente podría deleitarme en ellas como seres creados, hechos a la imagen de Dios? Estaba tan profundamente ocupado en lograr que el trabajo de Cristo se hiciera que se volvió imposible distinguir la línea divisoria. Independientemente de eso, no tenía tiempo para averiguarlo de manera alguna. ¡Simplemente, había mucho que hacer!

No recuerdo que la Encarnación haya sido nunca erigida como modelo que define lo que significa ser un cristiano o como modelo de liderazgo. No sabía cómo hacerlo, lo que significaba o lo que sería en la práctica. No estaba en el currículo del seminario. El énfasis estaba en aprender de manera que yo pudiera enseñar a otros. Así que, «enseña e instruye», no «escucha y aprende», eran los comportamientos dominantes que se esperaban de los líderes entrenados. Entraría en el mundo de las personas solo lo suficiente para cambiarlas, no necesariamente para amarlas.

La distinción es ligera pero enorme. Antes de su muerte, el sacerdote católico romano Henri Nouwen pronunció estas palabras: «Creo, en la lucha por muchos de nosotros que somos responsables de guiar y servir en la iglesia de Dios». Una voz dice triunfar y realizar. Se trata de la voz que Nouwen dice se pasa la mayor parte de su vida escuchando. Él enseñó en Notre Dame, Harvard y Yale. Escribió más de un libro al año. Su programa de dissertaciones y ministerio constantemente amenazaban sofocar su vida espiritual. La otra voz era Dios diciéndole que lo amaba incondicionalmente. No tenía nada que probar. Esta voz le decía que la meta del ministerio era reconocer la voz del Señor, su rostro y su toque en cada persona que encontraba. Solo en los últimos diez años de su vida, dice, prestó oídos de verdad a esa segunda voz.

Con las siempre crecientes demandas que pesan sobre nuestras ocupadas vidas, es muy difícil escuchar esa segunda voz.

Hacer más que introducirnos físicamente en el mundo de otras personas

Pasé tres años en el equipo de la InterVarsity Christian Fellowship, una organización cristiana que trabaja entre los afro-americanos y los hispanos, atendiendo iglesias donde yo formaba parte de una minoría y tratando de comprender su mundo.

Pasé cuatro meses en las Filipinas trabajando con estudiantes universitarios a principios de los años ochenta y un año en Costa Rica, Centroamérica, en 1985. Mi comprensión de la encarnación, en ese momento, se aplicó, en su mayor parte, a contextos interculturales.

Fui como alguien totalmente inmerso en nuestra cultura, y me convertí en uno más del pueblo. Cuando Geri y yo nos mudamos a Costa Rica, «nos encarnamos» de hecho. Comimos su comida: arroz con frijoles tres veces al día y carne una vez a la semana. Aprendimos su idioma. Adoptamos sus costumbres y tradiciones y vivimos en una comunidad pobre como la gente común. Nuestra habitación era pequeña y espartana. Vivíamos con una gran familia, sacrificando nuestra privacidad y los cotidianos anhelos de espacio. Estaba debajo de una carpintería que arrojaba aserrín por los huecos del piso desde las 6.00 a.m., de lunes a sábado.

Dejamos nuestro mundo física y culturalmente. Abandonamos lo que era cómodo y familiar. Geri pudo decir a menudo: «Esto es duro y todo lo que hice fue dejar los Estados Unidos. ¡Jesús dejó el cielo por la tierra!»

Sin embargo, en esa época no comprendíamos los principios de la salud emocional que se exponen en este libro. Esto limitaba severamente nuestra capacidad para introducirnos en el mundo de cualquiera.

- No sabíamos cómo mirar bajo la superficie de nuestras vidas (cap. 5). ¿Cómo vamos a hablar de asuntos muy nuestros que nunca hemos explorado?
- Éramos incapaces de articular nuestras respectivas historias cuando crecíamos y cómo impactaron nuestro presente (cap. 6). ¿Cómo íbamos a probar y explorar el peregrinar único de otras personas y los momentos definidores de sus vidas cuando no habíamos considerado seriamente los nuestros?
- No tomábamos en cuenta nuestros propios quebrantos y vulnerabilidad (cap. 7). Estábamos repletos de actitudes defensivas. ¿Cómo podíamos ir más allá de estas hacia una relación más íntima

con ellos cuando ni siquiera comprendíamos nuestros propios mecanismos de autoprotección?

- Nuestra falta de comprensión de las fronteras y los límites nos hizo ir más allá de lo que Dios pedía (cap. 8). Si nos hubiéramos introducido y escuchado a fondo sin un sentido de nuestras limitaciones, probablemente no habríamos durado mucho.
- Y no sabíamos como apenarnos con la gente en su dolor y sus pérdidas. Nunca habíamos lamentado las nuestras (cap. 9).

Aprender a encarnarse es el último principio de las iglesias emocionalmente sanas porque supone que progresamos en los otros cinco. La medida en que maduro en los primeros cinco principios es el grado en que soy capaz de encarnar en el mundo de otra persona.

Las tres dinámicas de la vida encarnada

En un nivel la encarnación nos llama a dejar literalmente nuestras zonas de confort físico para encontrarnos con las personas donde ellas están. Por esa razón nuestra iglesia se mantiene en un área densamente poblada como Elmhurst, Queens. Por esta razón, estamos comprometidos con una estrategia de pequeños grupos descentralizados. Por esta razón, deseamos plantar diferentes tipos de iglesias a lo largo de la ciudad de Nueva York. Estas salen al encuentro de las personas donde ellas están. Por esta razón, invertimos con toda intención nuestros recursos en estrategias de evangelismo que tienen lugar en las calles (tales como centros médicos, escuelas bíblicas de vacaciones, y actividades de adoración). Así se sale al encuentro de las personas donde ellas están.

Para que tenga lugar una verdadera encarnación todos los tres componentes deben estar presentes.

Sin embargo, este nivel es de hecho la forma más fácil de practicar la encarnación. La vida de Jesús nos enseña las tres dinámicas de lo que se ve como encarnarse a fin de amar a otras personas: introducirse en el mundo del otro, aferrarse a sí mismo y estar suspendido entre dos mundos.

Los tres niveles, aunque distintos, se dan simultáneamente. Así, para que tenga lugar una verdadera encarnación, ya sea con un vecino,

compañero de trabajo, amigo, colega de la junta con el que disentimos, una esposa, un padre, o un hijo, todos los tres componentes deben estar presentes.³

1. Experimentar la primera dinámica: Introducirse en el mundo de otro

Nuestra propia experiencia de una encarnación más auténtica y conmovedora ocurrió inesperadamente.

De hecho la conocí en mi décimo año de matrimonio. Geri y yo aprendimos una simple técnica de escuchar llamada oír reflexivamente. (Aprendí algo parecido en la escuela superior pero no lo apliqué. Ahora comprendo por qué: Es mucho más fácil enseñarlo que comprenderlo y practicarlo.) Varias técnicas efectivas de escuchar son hoy populares para ayudar a las personas, especialmente a las parejas casadas, para encarnarse uno en el otro. El propósito es proveer una estructura segura y de respeto a dos personas para que se expresen sincera, libremente y, de forma optimista, con mayor sinceridad.

Escuchar reflexivamente es muy simple. Una persona está en el uso de la palabra y pronuncia unas pocas oraciones a la vez. Usted no sigue y sigue. Entonces el que escucha le repite a él o a ella exactamente lo que se ha dicho. La persona que escucha intenta entrar al mundo de la persona que habla, dejando a un lado las preguntas, las agendas, las actitudes defensivas, y simplemente busca comprender la experiencia de la otra persona.

Mientras aprendímos esta técnica, a cierto nivel pareció robótica e infantil. Al principio, no podíamos hacerlo sin asumir una actitud defensiva. Gradualmente, aprendimos y crecimos.

Puedo recordar la semana cuando Geri y yo nos encarnamos el uno en el otro exitosamente. Nos miramos uno al otro asombrados. Nunca nos sentimos tan enamorados y valorados mutuamente. Cuando maduramos en esto, se nos hizo claro que experimentábamos el sabor del reino de Dios sobre la tierra, el sabor de su amor. ¿Cómo pude haber estado tan ciego a lo que es el elemento indispensable para personas que se aman: escuchar?

Annie Dillard cuenta de algunos exploradores británicos en su búsqueda del Polo Norte en la década de 1880. Ellos sabían que sería un recorrido de dos a tres años, aunque cada navío llevaba suministros de

carbón para solo doce días. En lugar de traer más carbón, cada uno destinó espacio para una biblioteca de 1.200 volúmenes, un órgano mecánico que tocaba cincuenta tonadas, vajilla de porcelana para los oficiales y los hombres, copas de vino de cristal fino y cubiertos de plata. No llevaron ropa especial para el Ártico excepto los uniformes de la Marina Real. Cuando los esquimales se toparon con sus restos congelados, todos los hombres estaban vestidos, tirando de un bote salvavidas lleno de plata esterlina y chocolate.

Me sentí igualmente alejado. Tuve muchísimo entrenamiento teológico y práctico. Tenía experiencia como fundador de iglesias urbanas, como pastor de una iglesia que crecía, y una variedad de experiencias interculturales en ultramar. ¡Pero no tenía el carbón! No sabía cómo escuchar de tal manera que fuera capaz de sentir lo que algún otro sentía. A menudo escuchaba solo parte de lo que se decía, preparando mi respuesta en lugar de introducirme en su mundo. Como muchos otros, frecuentemente me hallaba demasiado ocupado contradiciendo, corrigiendo, juzgando o refutando como para comprender en realidad lo que otras personas querían decir o sentían, especialmente si estaba apurado o bajo estrés.

Aplíquese esta prueba de escucha. Haga un círculo alrededor de las enunciaciones que pudiera ratificar.

1. Hago un gran esfuerzo por introducirme en las experiencias de vida de otras personas.
2. No presumo conocer lo que la otra persona trata de comunicar.
3. Mis amigos cercanos dirían que escucho más de lo que hablo.
4. Cuando la gente está enojada conmigo, soy capaz de escuchar sus argumentos sin alterarme.
5. Las personas se franquean conmigo porque saben que sé escuchar.
6. Escucho no solo lo que las personas dicen sino sus señas no verbales, su lenguaje corporal, su tono de voz, y otras cosas parecidas.
7. Presto completa atención a las personas cuando me hablan.
8. Soy capaz de corresponder a los sentimientos de otra persona y validarlos con empatía.
9. Estoy consciente de mis mecanismos primarios de defensa cuando estoy bajo estrés, tales como acallar, culpar, resolver los problemas prematuramente, o distraerme.

10. Estoy consciente de cómo la familia en que crecí ha influido sobre mi actual estilo de escuchar.
11. Pido aclaraciones cuando no estoy seguro sobre algo que dice otra persona en lugar de tratar de llenar los espacios vacíos.
12. Nunca supongo algo, especialmente negativo, a menos que la persona que habla lo afirme con claridad.
13. Hago preguntas cuando escucho en lugar de leer la mente o hacer suposiciones.
14. No interrumpo o escucho el comienzo para hacer valer mi punto de vista cuando otro habla.
15. Estoy consciente cuando escucho de mis susceptibilidades personales que hacen que me enoje, altere, tema, o me ponga nervioso.

Si marca 12 o más, usted es alguien que escucha de manera excelente; 8-11, muy bien; 5-7, bien; 4 o menos, pobemente, y «usted tiene un problema». Si quiere ser realmente valiente, después que se califique, pídale a su esposa o su mejor amigo que lo evalúe como alguien que sabe escuchar. Puede recibir una sorpresa.

David Augsburger ha resumido esto bien: «Ser escuchado está tan cerca de ser amado que para la persona promedio, casi no se distinguen».⁴

Aprender a escuchar, aprender a estar al tanto

Los Evangelios están llenos de relatos sobre la interacción de Jesús con individuos: Mateo, Natanael, una prostituta, Nicodemo, un ciego, la mujer samaritana y muchos otros. Cuando el joven rico se acercó a él, Jesús «lo miró y lo amó». Él escuchó. Estuvo atento, nunca apurado o distraído. Dedicó tiempo a explorar historias.

Cuando alguien le dijo por última vez: «Déjeme contarte de esos cristianos: ¡Son una audiencia maravillosa! Nunca he visto personas más interesadas en conocer mi mundo, curiosas, que hacen preguntas... ¡que me escuchan!»

Las personas que se introducen en el mundo de otros están dispuestas y atentas. Uno de mis pensamientos favoritos viene de Henri Nouwen:

Jesús escuchó; estuvo atento, nunca apurado o distraído.

Cuidar significa prestarse mutua atención. De su experiencia sabe que aquellos que lo cuidan le prestan atención. Cuando escuchan, lo escuchan a usted. Cuando hablan, le hablan a usted. Su presencia es una presencia sanadora porque lo aceptan a usted tal cual es, y lo alientan a tomar su estilo de vida con seriedad.

La encarnación en el discipulado de la iglesia

El primero y con mucho el más importante cambio en Nueva Vida relacionado con este principio ha sido enseñarle con toda intención a la gente cómo escuchar.

Como muchos, he escuchado numerosos sermones sobre la necesidad de estar «pronto para oír, tarde para hablar» (Proverbios 17:27-28; Santiago 1:19). Pero escuchar no es una cualidad innata de nadie que haya conocido hasta ahora. Pocos hemos tenido la experiencia de que se nos escuche de verdad.

Cuando yo comencé a escuchar —a escuchar de verdad— las historias y a los corazones de las personas, muchas de ellas lloraron. Se sintieron apreciadas, valiosas y amadas. Al principio fue difícil no ofrecer consejos o reaccionar cuando me incomodaba. Sin embargo, gradualmente aprendí a no recitar consejos hasta no haberme encarnado a cierto nivel.

Empezamos a estructurar ejercicios específicos de escuchar para retiros de casados y solteros, asambleas de líderes, reuniones del equipo y de internos, y clases de preparación dominical. Las investigaciones han demostrado que a menos que las personas hagan algo con lo que escuchan en una lección dentro de las cuarenta y ocho o setenta y dos horas siguientes, simplemente acumulan ideas agradables que nunca se integran a sus vidas.

Los siguientes son tres ejercicios básicos de escuchar/hablar que enseñamos. Como parejas, personas solteras y líderes, con frecuencia le echaremos mano a una de estas herramientas en un conflicto o en un momento particularmente emotivo o significativo con alguien.

Escuchar reflexivamente

Primero, enseñamos a *escuchar reflexivamente*, guiando de hecho a las personas a asegurarse que cumplen con las instrucciones. Lo siguiente es un ejemplo explicativo:

Cómo comenzar...

Decida quién hablará primero y quien escuchará primero. ¡Ambos tendrán su turno para hablar!

Cuando usted es el que habla...

1. Hable de *sus propios* pensamientos, *sus propios* sentimientos, *sus propios* deseos.
2. Trate de ser conciso y preciso en su comunicación. Utilice frases cortas.
3. Corrija a su compañero (a) si cree que a él o ella se le ha escapado algo.
4. Continúe hablando hasta que sienta que ha sido comprendido.
5. Cuando no tenga nada más que decir, diga: «Eso es todo por ahora». Entonces pregunte a su compañero (a): «¿Hay algo que quisiera decir?»

Cuando usted es el que escucha...

1. Ponga su propia agenda a la espera.
2. Permita a su compañero(a) hablar hasta que él o ella complete una idea.
3. Comience con la frase: «Lo que le escucho decir es...», y entonces trate de reproducir con precisión las palabras de él o ella. Trate de usar sus propias palabras. Evite juzgar, interpretar, o parafrasear.
4. Entonces pregunte: «¿Es eso correcto?» Si no, regrese al paso 2. Si la respuesta es: «Sí, eso es correcto», invite a su compañero(a) a que continúe, diciendo: «¿Hay algo más?»

Si su compañero(a) desea decir algo más, regrese al paso 2. Siga retrocediendo al paso 2 hasta que su compañero(a) diga: «No, no hay nada más».

Validación

Enseñamos como un segundo ejercicio un escuchar estructurado llamado *validación*. La validación no es necesariamente estar de acuerdo con la otra persona sino decir algo como:

- «Puedo comprender cómo lo ve de esa manera (aun cuando no estoy de acuerdo)».
- «Desde su perspectiva eso tiene sentido».
- «Puede entender eso».
- «Eso tiene sentido».

Otra vez, la clave es decirlo y *darlo a entender*, introduciéndose de verdad en el mundo de la persona.

Esto requiere mucha humildad. Imagine que Josefina se le acerca después de no haber asistido a sus reuniones fraternales de mujeres o a la iglesia durante los últimos tres meses. Frustrada, suelta abruptamente: «He sentido un gran rechazo de parte suya. Nunca me ha abrazado antes o después de las reuniones como hizo con las otras mujeres». Usted podría decir: «Eso es ridículo. Nunca me pasó por la mente» y devolverle a ella el problema. O podría decir: «Desde su perspectiva, comprendo por qué puede sentirse de esa manera». Esto requiere humildad.

Explorar

Explorar, dicho simplemente, es funcionar como un reportero de buenas noticias y hacer preguntas. «Cuénteme más. Ayúdeme a entender. ¿Cómo llegó a esa conclusión?» El objetivo es evitar la necesidad de responder, defenderse, o corregir a la otra persona. Esto es especialmente importante cuando usted se siente atacado, contrariado, temeroso, o molesto. La exploración pone a prueba su habilidad para no mantenerse a la defensiva. De nuevo, no debe pensar en lo que va a replicar sino atento al mundo y la realidad de los demás.

Por ejemplo, imagine a una persona que se le acerca después de dirigir la reunión de un grupo pequeño y dice: «Oye, Henry, estoy seguro de que esta noche no saqué nada de esa reunión». Su primera reunión será probablemente volarle la cabeza, ya sea verbal como físicamente. La exploración requiere que usted pregunte con calma: «Eso es interesante. Dígame lo que la hizo una noche infructuosa para usted».

La mayoría de los cristianos, especialmente aquellos de nosotros que estamos en el liderazgo, hablan mucho más de lo que escuchan. Poner en práctica una de las técnicas de escuchar anteriores puede resultar extremadamente difícil. Por eso a veces proveemos una tercera persona que sirva de consejera en las primeras etapas cuando las personas estudian estas habilidades.

A parte de nuestro modelar la encarnación como liderazgo, nada ha hecho que este principio repercuta a lo largo de nuestra iglesia de manera más poderosa que las anteriores técnicas de escuchar, aparentemente rígidas y humillantes.

2. Experimentar la segunda dinámica: Mantenerse fiel a sí mismo

El gran reto de la encarnación, para la mayoría de nosotros, es mantenernos fieles a nosotros mismos y no perdernos cuando nos introducimos en el mundo de otra persona. Hacerlo es ser como Jesús. El apóstol Juan registra que antes de que Jesús lavara los pies de sus discípulos, sabía «que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba» (Juan 13:3). Jesús nunca dejó de ser Dios cuando se revistió de carne humana y llegó a ser uno de nosotros.

En Nueva Vida, tenemos personas de más de cincuenta y cinco países. Casi un tercio son afroamericanos o personas de las Indias Occidentales. Otro tercio son asiáticos (chinos, coreanos, indonesios, filipinos, etc.). El resto son hispanos, judíos, europeos del este y anglos. Soy italiano-americano de la segunda generación. Mis raíces culturales se remontan a Nápoles, Italia. Mientras se me llama a introducirme en el mundo de otras personas, es necesario que afirme, aprecie y ponga atención a mi propia cultura, sentimientos, creencias, historia y convicciones.

A fin de ser un discípulo de Jesús emocional y espiritualmente maduro, la Dinámica 2 quizás sea el principio más desafiante y difícil de aplicar. Es la clave para la solución bíblica de conflictos. Es la clave para responder de una forma madura y amorosa cuando otras personas acicatean y retan sus deseos, valores y metas dentro y fuera de la iglesia. Es la clave para servir como líder, en cualquier capacidad, dentro de la iglesia de Dios. Sin esta capacidad de mantenerse fiel a sí mismo, no es posible ser un líder creativo e imaginativo que rompe con el status quo y guía a las personas hacia sitios nuevos. Usted termina haciéndose un camaleón como Leonard Zelig.

Woody Allen, en su película *Zelig*, sigue el rastro de la vida de un camaleón humano llamado Leonard Zelig. Este se convierte en una celebridad en los años 20 debido a su original capacidad y habilidad para actuar y parecerse a cualquiera que lo rodea —negro, indio, obeso, chino, escocés— usted decide y Zelig se convierte en eso. Este camaleón humano no tiene identidad o «yo» propio. Él se convierte en quienquiera le rodee. Bromea con el laureado boxeador Jack

Sin esta capacidad de mantenerse fiel a sí mismo, no es posible guiar a las personas a nuevos sitios.

Dempsey. Está junto a Hitler sobre la plataforma del orador en Nuremberg.

Zelig asume cualesquiera personalidades fuertes con las que se encuentra. Con los chinos un verdadero chino. Con los rabinos, milagrosamente le crece una barba y bucles a los lados. Con los psiquiatras, repite su jerga y se acaricia la barbillia como si fuera un sabio. En el Vaticano forma parte de los ayudantes cléricales del Papa Pío XI. Como un camaleón, cambia de color, de acento, y se perfila según los cambios del mundo que lo rodea. En todas partes simplemente se adapta. Solo quiere estar seguro, acoplarse, que lo acepten, caer bien. Es famoso por ser un don nadie, una no persona.⁵

Las siguientes son una pocas ilustraciones para tratar de ofrecer una imagen de lo que parece en la práctica ser fiel a usted mismo.

Donna y Allison

Dos mujeres de nuestra iglesia que eran amigas reconocieron que había tensiones en sus relaciones. Donna estaba molesta con Allison. Siempre que le pedía a Allison que hiciera algo, ella «parecía» rechazarla. Pero cuando Allison sugería una actividad, Donna estaba siempre deseosa y dispuesta. Por último, contrariada, frustrada y molesta, Donna confrontó a Allison.

Allison, sin embargo, había estado aprendiendo poco a poco a «ser fiel a sí misma». En el pasado ella siempre habría salido a divertirse con Donna debido a sus sentimientos de culpa. Se habría sentido como una mala persona diciendo que no. Ahora se respetaba a sí misma lo suficiente como para darse cuenta que tenía la opción de decir sí o no. Reconoció que era introvertida e incapaz de socializar tanto como Donna, una persona muy extrovertida.

«Qué hizo ella entonces? Primero, prestó oídos con empatía a las desilusiones, tristezas y molestias de Donna sin reaccionar ni defenderse a sí misma. Después que Donna sintió que la escuchaban, Allison, manteniéndose fiel a sí misma, honró sus sentimientos y deseos, diciendo: «Allison, te aprecio mucho como amiga. Disfruto el tiempo que paso contigo. Solo necesito la libertad de decir no».

Digamos que Donna no respondió favorablemente. Si Allison renuncia entonces a su ser y comienza a salir a divertirse con Donna todo el tiempo, probablemente crecerá su resentimiento y puede que termine la relación. Amarse a sí misma y a Donna bien que requiere la ardua tarea de ser fiel a sí misma.

Wilson y Jack

Wilson era el líder de un grupo pequeño con el que era difícil no estar de acuerdo. Usualmente las cosas eran tal como él creía (aunque no tenía conciencia de ello). Jack había estado participando en el grupo pequeño de Wilson durante el año pasado pero estaba listo para un cambio. Quería unirse al coro del grupo de adoración y comenzar nuevas relaciones. Un jueves por la noche tras la reunión de grupo, habló de sus planes con Wilson (con algún temor y trepidación, debo añadir). La respuesta de Wilson fue clara: «Si abandonas este grupo pequeño, te apartas de la voluntad de Dios». Para Wilson era un asunto bíblico la incapacidad de Jack para mantener relaciones íntimas en el cuerpo de Cristo.

No hace falta decir, esta fue una situación difícil para Jack. ¿Qué significaría para él seguir a Jesús y modelar la encarnación aquí? En escenarios muy similares, se desaparecería del grupo pequeño o de la iglesia para evitar el sufrimiento, o por lo menos no mantendría relación alguna con Wilson.

Afortunadamente, Jack había estado aprendiendo sobre la encarnación. Así que, primero, escuchó el corazón y los temores de Wilson por su seguridad y desarrollo espiritual. Fue algo difícil para Jack, pues no estaba de acuerdo con algunas de las conclusiones y evaluaciones de Wilson. Escuchó, explorando con Jack, y respetuosamente no reaccionó. Segundo, *se mantuvo fiel a sí mismo*, respetando sus propios intereses y deseos legítimos. Le agradeció a Wilson por todo lo que había aprendido en el grupo y por su relación. Seriamente consideró todo lo que Wilson le dijo. Entonces le comunicó que esperaba visitarlo ocasionalmente. Luego preguntó si podía haber algún tipo de separación sana con el grupo. De nuevo, Wilson no estaba contento pero decidió respetar a Jack y su decisión.

Ron y Frank

Un amigo mío de Harlem, una comunidad de Manhattan fundamentalmente afroamericana, se hizo cristiano hace cierto número de años. Recientemente, una noche trataba de explicarle como los anglos y los asiáticos pueden fácilmente ser indiferentes sobre racismo y cuestiones de injusticia. «Pete, eso es imposible. Supongamos que un cristiano coreano que viene del bajo Manhattan toma el tren subterráneo equivocado y termina en Harlem. Sube las escaleras y se da cuenta dónde está. Atemorizado se monta entonces de regreso en el primer tren disponible y sale de ahí. ¿Me dices que no lo impulsaría una profunda convicción?»

Le respondí gentil, «No, Ron, probablemente estaría dándole gracias a Dios por protegerlo».

Él se fue alterando: «¡Es imposible que Cristo estuviera en él y no sentirse acongojado por los pecados del racismo, la pobreza y la opresión!»

Un interno coreano de nuestra iglesia estaba en ese momento en la habitación, con su cabeza baja.

Yo sonréi.

La fe de Ron era sincera. Su mundo era Harlem, Nueva York. Había conocido pocas iglesias aparte de la Fraternidad Nueva Vida.

No pude sino seguir presionando. «Ron», añadí, «no te das cuenta. Ese mismo cristiano se graduará, se mudará probablemente a los suburbios, ganará \$150.000 al año, será un líder en su iglesia, regresará a Manhattan y probablemente nunca pensará otra vez sobre estas cuestiones».

Ron estaba consternado.

No le será fácil a este interno coreano entrar al mundo de Ron y escuchar su historia, sus dolencias, sus desengaños, sus experiencias como afroamericano y sus sentimientos hacia los asiáticos en general. Ese es el primer componente esencial para que ame a su hermano en Cristo.

Segundo, sin embargo, necesitará mantenerse fiel a sí mismo. Su herencia coreana es rica. La historia de su familia y su propio recorrido con personas de diferentes razas y culturas es exclusivamente suya. Si no hace esto, la relación se mantendrá probablemente distante, y las divisiones raciales, de clase social y cultural entre estos dos se mantendrán.

En cierto punto Ron, habiendo vivido su vida entera en Harlem, luchando toda ella para crear una organización que sirva a la juventud contra enormes peligros, también necesitará entrar en el mundo de este muy educado y privilegiado coreano de veintidós años. Este es tan completamente diferente al suyo. Para ambos, ello requerirá una muerte dolorosa (Lucas 9:23), que le costará tiempo, energía y una ruptura de su mundo actual.

No debemos tener una reunión de oración como...

«Pastor», comenzó ella con firmeza, «necesitamos una sólida reunión de oración la noche del martes. Dios se mueve en respuesta a la oración. Visité recientemente una iglesia que ha fundado todo su ministerio en esa reunión de oración. Usted debe crear el ministerio de oración primero y entonces organizar los grupos pequeños».

Inmediatamente me sentí acorralado. Su tono de voz hacía que se sintiera más como una exigencia que una sugerencia. Acostumbraba a

sentirme culpable, a la defensiva y molesto cuando las personas se me acercaban con ideas radicalmente diferentes como esta que funcionaba tan bien en otra iglesia.

¿Qué podía decir? ¿Quién no cree en la necesidad de oración?

Sin embargo, en realidad la visión que Dios me había dado desde los comienzos de Nueva Vida era la de un sistema fuerte y descentralizado de grupos pequeños a lo largo de la ciudad de Nueva York. Sí teníamos una reunión semanal de oración más pequeña que estaba centralizada, con quizás unas cuarenta a sesenta personas, pero no con toda la iglesia. Más de ello ocurría en contextos más pequeños y menos llamativos.

«Cómo mantenerme fiel a mí mismo con esta mujer que se acercaba a mí tan enérgicamente?»

Di un paso atrás y me pregunté: «Dios, ¿qué me has pedido tú que haga como líder? ¿Cómo quieres que sea dirigida esta iglesia? ¿Qué creo de esta conversación? ¿Qué puedes tú, Señor, tratar de enseñarme? ¿Cómo puedo afirmar su corazón en favor de más oración y, al mismo tiempo, confrontarla amorosamente por la forma exigente en que me lo comunicó?»

3. Experimentar la tercera dinámica: Servir de intermediario entre dos mundos

Mi más efectivo discipulado debe ser una presencia encarnada hacia otra persona. Lo fue para Jesús. Lo es, creo, para todos sus seguidores.

Jesús, durante su encarnación sobre la tierra, fue enteramente Dios, en perfecta comunión con su Padre. También fue completamente humano, que probó el sufrimiento y la muerte. Fue intermediario entre dos mundos: el cielo y la tierra. La vida habría sido mucho más simple para Jesús de quedarse en el cielo con el Padre. Para Jesús, este mundo no era un lugar seguro. Se le mal interpretó y no se le apreció. Murió desnudo y solitario sobre una cruz, colgado literalmente entre el cielo y la tierra.

Estaba, en una palabra, desbaratado.

Jesús dijo, «El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor» (Mateo 10:24). Puede que usted y yo no hayamos muerto en una cruz como Jesús, pero moriremos de otras formas cuando nos encarnemos. Esto cuesta tiempo, energía, algunas veces dinero y, casi siempre, una alteración en nuestro mundo libre de riesgos. Sin embargo, a largo plazo,

Cuando decidimos encarnarnos, quedamos suspendidos entre nuestro mundo y el mundo de otra persona.

la encarnación y muerte de Jesús trajo una vida grandiosa, de manera que nuestra decisión de hacer lo mismo también resultará en la resurrección de la vida y en mucho fruto en nosotros y los demás.

Un muerto que camina

Permítanme tomar una ilustración de la película de 1995, *Dead Man Walking* («Un muerto que camina»). La hermana Helen Prejean era una monja que vivía y trabajaba en los proyectos de vivienda de Santo Tomás en Nueva Orleans cuando recibió una invitación para que estableciera amistad por carta con alguien que estaba en el corredor de la muerte. Resultó que el condenado, Mathew Poncelet, junto con su amigo, interceptó a dos bellas adolescentes, Loretta y David, en una vereda para enamorados de un campo de caña de azúcar tras un evento de regreso de alumnos a su centro de estudios un viernes por la noche. A Loretta la violaron. Tanto David como Loretta quedaron abandonados en el campo, con un tiro en la nuca.

Al principio la hermana Helen se pregunta si pueden ser ciertos sus reclamos de inocencia. Mathew arguye que su compañero cometió en realidad la violación y los crímenes. Al inicio no busca que la hermana Helen sea su consejera espiritual pero quiere que trabaje en su favor para sacarlo del corredor de la muerte.

La hermana Helen se introduce en su mundo y encuentra que no es un mundo bello. Mathew no es un personaje amable. Es un racista, utiliza la palabra «nazi», y habla de lo bien que Hitler logró hacer su trabajo. Se refiere a las mujeres como «prostitutas» y habla de cómo le gustaría volar edificios gubernamentales. Mathew le dice a la hermana Helen lo que se perdió por no casarse y tener sexo. No suscita ninguna simpatía.

produce de hecho más fruto y cuesta menos porque se trata más de ser que de *hacer*.

Cuando decidimos encarnarnos, quedamos suspendidos entre nuestro mundo y el mundo de otra persona. Se nos llama a permanecer fieles a lo que somos, sin perder nuestra esencia, mientras nos introducimos al mismo tiempo en el mundo del otro. No obstante, podemos estar seguros que

A pesar de ello, la hermana Helen se mantiene fiel a sí misma y a sus convicciones. Lo invita repetidamente a reconciliarse con Dios confesando su pecado. Trata de que asuma la responsabilidad por lo que hizo. El progreso es lento, muy lento.

Al mismo tiempo, la hermana Helen inicia una relación con las familias dolientes. Entra a su mundo de insonable dolor y pérdida. Los padres de los jóvenes muertos están indignados, y crece la presión contra la hermana Helen para que deje de relacionarse con Mathew. Trazan una línea en la arena. «Usted no puede hacer amistad con ese asesino y pretender ser nuestra amiga también», dice el padre de uno al pedirle a la hermana Helen que abandone su casa. «Si usted se preocupa de verdad por esta familia, usted querría ver que se hace justicia».

Los periódicos recogieron los puntos de vista racistas y pro-nazis de Mathew y entonces mencionaron a la hermana Helen. Sus colegas en el trabajo también se quejaron de que descuidaba su trabajo en los proyectos de Santo Tomás. «Usted se preocupa más de él que de sus clases», dijo uno de ellos.

Ella está suspendida entre el cielo y la tierra, en la cruda y brutal obra de la encarnación. Ella está suspendida entre su mundo, el mundo del asesino condenado, el mundo de los padres de los adolescentes asesinados y el mundo de sus colegas en el trabajo.

Cuando el padre de la víctima masculina le pregunta a la hermana Helen cómo tiene la fe de hacer lo que hace, ella responde: «No es la fe, es el trabajo».

Ella no se rinde. Con el tiempo Mathew comienza a abandonar su actitud defensiva y revela vulnerabilidad. Por último, a las 11:38 p.m., solo minutos antes de su ejecución a media noche, ella le pregunta: «¿Asumes la responsabilidad por las dos muertes?»

Llorando, reconoce su culpa por primera vez. Unos minutos más tarde, dice: «Gracias por amarme. Nunca antes tuve a alguien que me amara de verdad».

La hermana Helen recuerda su recorrido juntos hacia la ejecución. «En ese recorrido fue la primera vez que lo toqué». Miré hacia abajo y vi sus cadenas que se arrastraban a lo largo del brillante piso enlazado. Tenía la cabeza afeitada y estaba vestido con una limpia camiseta blanca. Cuando lo condujeron a la cámara de las ejecuciones, me incliné y besé su espalda. «Mathew, ora por mí».

«Hermana Helen, lo haré».

Cuando lo sujetaron a la silla para inyectarlo con una solución letal, ella le dijo que mirara su cara. «De esa manera lo último que verás antes de morir será el rostro de alguien que te ama». Así lo hace Él y muere en amor en lugar de amargura.

El fruto de escoger la encarnación

De los grandes teólogos de la historia eclesiástica, aprendemos que la encarnación es un misterio. Captamos solo el ápice más pequeño de su inmensidad y significado.

Hacer de la encarnación una prioridad altera las prioridades de la iglesia y la definición del éxito.

Aprendemos a morir a las partes feas de nosotros mismos. Nuestros pies se mantienen sobre la tierra.

La sanidad y la transformación tienen lugar en la vida de las personas de formas que no conocemos (cf. Marcos 4:26-29). Dios produce frutos con creces —treinta, sesenta, cien veces— tanto en nosotros como en nuestras iglesias. Como Jesús prometió, cosecharemos mucho más de lo que sabemos.

El signo de la obra del Espíritu es el amor sobrenatural, no los dones o los resultados exitosos.

consideramos glorifica a Dios. Se trata de amar bien.

Jonathan Edwards (1703-1758), uno de los teólogos y predicadores de América mejor conocidos, pronunció una vez una serie de poderosos

Establecer sus prioridades de amar bien

Hacer de la encarnación una prioridad altera las prioridades de la iglesia y la definición del éxito. Ya no se trata de hacer más, de «reparar» gente, o de arreglar el mundo en algo que

sermones sobre el capítulo del amor de la Biblia (1 Corintios 13). Comienza recordándonos que Pablo dice que es imposible obrar en el poder del Espíritu a través de milagros y dones espirituales y no ser cristiano (1 Corintios 13:1-3). Dice que usted puede edificar un ministerio para Dios —haciendo milagros a través de una gran fe, sacrificando todo lo que tiene, posesionándose de dones espirituales— y no ser en absoluto un verdadero seguidor de Jesucristo. Nos recuerda que Pablo habla de que ello «de nada me sirve» (1 Corintios 13:2-3). Piense en Judas, Balaam, Saúl y las palabras de Jesús en el Sermón del Monte 7:21-23.⁶

Aún más, el nivel de poder y de dones que obran a través de la vida de un cristiano tiene poco que ver con la madurez espiritual. Pablo también hace hincapié con claridad en que usted puede usar los dones espirituales y ser todavía en gran medida un bebé espiritual. Esto está especialmente claro en 1 Corintios 3. El signo de la obra del Espíritu es el amor sobrenatural, no los dones o los resultados exitosos. *Este amor requiere la obra sobrenatural de la gracia en el corazón.*

En el cielo, dice Edwards en su último sermón sobre 1 Corintios 13, el amor es la constante que permanecerá para siempre. En el cielo nos amaremos unos a otros de manera perfecta, absoluta, sin límites. Cuando vivimos en este amor radical (definido en 1 Corintios 3:4-7), vivimos en el auténtico reino de Dios. Esto no puede ser falsificado ni por el diablo ni por nuestras rivalidades humanas. Es verdaderamente celestial. Edwards ofrece una de las más bellas descripciones del cielo aparte de las Escrituras.

El cielo [es] un mundo de amor; pues Dios es la fuente del amor, como el sol es la fuente de la luz. Y por consiguiente la gloriosa presencia de Dios en el cielo lo llena con amor, como el sol, situado en medio del cielo visible en un día despejado, llena el mundo con luz. El apóstol nos dice que «Dios es amor»; y por lo tanto, al verlo como un ser infinito, se deduce que es una infinita fuente de amor... La Deidad se torna en algo, como si fuera, una emoción de amor infinita e inmutable que proviene tanto del Padre como del Hijo... Y allí esta gloriosa fuente fluye para siempre en corrientes, sí, en ríos de amor y deleite, y estos ríos se hinchan, como si fueran, un océano de amor, en el que las almas de los redimidos pueden bañarse con el más dulce de los placeres, y sus corazones, ¡como si se inundaran de amor!

EX LIBRIS
EL TROPICAL

Dios desea, creo, un cambio cualitativo en el tipo de discípulos que hacemos.

No quiero esperar hasta llegar al cielo para ver una iglesia emocionalmente sana, equilibrada y madura como esa. No lo necesitamos. Dios desea, creo, iniciar una revolución copernicana en nuestro discipulado del siglo veintiuno, tanto en Estados Unidos como alrededor del mundo. Es un compromiso, no sólo ver un crecimiento numérico, sino lo que es más importante, un cambio cualitativo en el tipo de discípulos que hacemos. Es un paradigma de cambio de lo perfecto, lo poderoso y lo grande hacia lo imperfecto, lo débil y lo pequeño.

Quiero retarlos a aplicarse primero a sí mismo los seis principios de las iglesias emocionalmente sanas (como dice el capítulo 1: «así van los líderes, así va la iglesia»), y entonces al resto de la congregación.

1. Mire debajo del iceberg.
2. Rompa el poder del pasado.
3. Viva en contrición y vulnerabilidad.
4. Reciba el don de las limitaciones.
5. Acepte el sufrimiento y las pérdidas.
6. Haga de la encarnación su modelo para amar bien.

Este es el sendero para experimentar más el cielo en la tierra. La jornada comienza ahora, agitándose gradual y poderosamente a través de usted y entonces a través de su iglesia hacia el dolido mundo que nos rodea.

No quiero esperar hasta llegar al cielo para ver una iglesia emocionalmente sana, equilibrada y madura como esa. No lo necesitamos. Dios desea, creo, iniciar una revolución copernicana en nuestro discipulado del siglo veintiuno, tanto en Estados Unidos como alrededor del mundo. Es un compromiso, no sólo ver un crecimiento numérico, sino lo que es más importante, un cambio cualitativo en el tipo de discípulos que hacemos. Es un paradigma de cambio de lo perfecto, lo poderoso y lo grande hacia lo imperfecto, lo débil y lo pequeño.

Quiero retarlos a aplicarse primero a sí mismo los seis principios de las iglesias emocionalmente sanas (como dice el capítulo 1: «así van los líderes, así va la iglesia»), y entonces al resto de la congregación.

1. Mire debajo del iceberg.
2. Rompa el poder del pasado.
3. Viva en contrición y vulnerabilidad.
4. Reciba el don de las limitaciones.
5. Acepte el sufrimiento y las pérdidas.
6. Haga de la encarnación su modelo para amar bien.

Este es el sendero para experimentar más el cielo en la tierra. La jornada comienza ahora, agitándose gradual y poderosamente a través de usted y entonces a través de su iglesia hacia el dolido mundo que nos rodea.

Parte 4



A dónde vamos de aquí en adelante

CAPÍTULO 11

PRÓXIMOS PASOS HACIA LA NUEVA FRONTERA DEL DISCIPULADO



De cierta forma todos somos langostas. A fin de crecer, las langostas tienen que despojarse de su viejo y duro carapacho protector y ponerse uno nuevo y mayor. Este proceso de muda de un viejo carapacho se llama vaciado. Hacen esto alrededor de veinticinco veces en los primeros cinco años de vida y una vez al año después de convertirse en adultas.

Este es un proceso sucio y feo. Bajo presión, el viejo y duro carapacho protector se rompe. Entonces la langosta descansa sobre un costado, sus músculos se flexionan y la halan fuera del carapacho roto. Durante un corto período de tiempo —entre el abandono del viejo carapacho y el endurecimiento del nuevo— la langosta se siente desnuda y muy vulnerable a los elementos.

De la misma manera, nuestro crecimiento a semejanza de Cristo requiere que nos deshagamos de nuestros duros y viejos cascarones protectores y permitamos que Dios nos lleve a un nuevo sitio en él. Como es obvio, leer un libro como este no asegura que una persona o una iglesia lo haga. El libro llama a un compromiso de trabajar duro un día tras otro.

Nuestro crecimiento a semejanza de Cristo requiere que nos deshagamos de nuestros duros y viejos cascarones protectores y permitamos que Dios nos lleve a un nuevo sitio en él.

Anhelamos que todo el mundo en nuestras iglesias crezca en la madurez de Cristo, y esto incluye la salud emocional. Infortunadamente, no todos en la Fraternidad Nueva Vida han decidido profundizar bajo la superficie. Ello es arriesgado y temible. La predicación crea un contexto y un ambiente de seguridad y gracia para facilitar a la gente seguir adelante, pero esto no es suficiente.

Si puede trabajar sobre usted mismo, entonces cuando interactúe con otros, la iglesia cambiará. Brevemente, si usted hace el duro esfuerzo de permitirle a Dios cambiarlo, todo el sistema cambiará.

Consejería

¿Qué se necesita para comenzar la jornada hacia la madurez espiritual? La consejería es el punto de partida. Es de importancia vital reunirse con una persona o un grupo de personas que puedan empezar a ayudarlo a crecer en algunas de las áreas apuntadas en este libro. Por ejemplo, puede que advierta que un líder particular o un pastor, quizás fuera de su propia congregación, es muy amable y compasivo. Ellos se encarnan en un grado asombroso. Están conscientes de sí mismos, alertas a la realidad y las experiencias de todas las dimensiones de la vida: difíciles, alegres y ordinarias. Quizás quiera preguntar si puede reunirse con ese individuo una vez al mes.

Soy un creyente en la consejería de iguales esto es en reunirse con personas que ocupan aproximadamente el mismo lugar que usted y con las que usted acuerda crecer juntos. Puede utilizar la guía de discusión del próximo capítulo como un recurso para sus momentos juntos.

Infortunadamente, hay iglesias y liderazgos que no tienen interés en explorar este componente del discipulado. En este caso, puede que usted quiera considerar una reunión con un consejero cristiano para explorar cuestiones relevantes de su vida. Sin embargo, creo que la intención de Dios es que la iglesia se llene de madres y padres íntegros y maduros en la fe que sean capaces de aconsejar y hacer crecer a la gente en todas las cosas de la vida... espiritual, física y socialmente.¹

Paciencia

Cuando usted comience a conducir a su iglesia en este proceso de convertirse en emocionalmente sana, recuerde que ello lleva años. Aconsejar

requiere tiempo. Jesús se pasó tres años, a tiempo completo, con doce personas, y solo once llegaron al final. Por otra parte, ellos necesitaron una mayor infusión del poder del cielo para terminarlo. Entonces, recuerde que se trata de un proceso lento, no de un arreglo rápido.

Conozca sus limitaciones. Aconsejar a otros es difícil. Busco tres cualidades: fidelidad, disponibilidad y capacidad de enseñar. También debo recordar que solo soy una pieza en el desarrollo de esta persona en Cristo, y solo por una temporada. Dios necesitará traer otros del cuerpo de Cristo a sus vidas en diferentes etapas si van a crecer hacia la plena madurez en Cristo.

Oración

Recuerde también el poder de la oración y la importancia del Espíritu Santo. El Nuevo Testamento está lleno de ejemplos de Jesús y Pablo orando por la iglesia y por las personas que guiaban en el discipulado. Es temerario pensar que podemos conducir a la gente a través de cualquier material de lectura y contar con que ello será suficiente.

Ore y reclute a otros para orar por su liderazgo y por la iglesia a fin de crecer hacia la madurez espiritual.

La decisión es ahora suya. Jesús le preguntó al paralítico en Juan 5:6: «¿Quieres ser sano?» Él nos hace la misma pregunta a cada uno de nosotros. Esto significará grandes cambios en nuestras vidas. Forme un grupo y comience a hacer el esfuerzo personal bosquejado en la guía de discusión que sigue. Pida a Dios que expanda su comprensión de Él, su Palabra y la parte que le hará desempeñar en una iglesia emocionalmente sana para la gloria de Jesucristo.

Y recuerde, el cambio comienza con usted.

CAPÍTULO 12

GUÍA DE DISCUSIÓN PARA REESTRUCTURAR EL DISCIPULADO



*Para material de repaso adicional vea el sitio virtual de nuestra iglesia:
www.newlifefellowship.org y www.emotionallyhealthychurch.com*

Sesión 1: Capítulos iniciales de la historia de Scazzero

Lea: Introducción y capítulo 1

1. Pete menciona que tras diez años de matrimonio y pastoreo, él y su esposa, Geri, estaban «cansados de luchar y querían una vida y un matrimonio». Siempre había «demasiadas cosas que hacer en demasiado poco tiempo». Sabían que faltaba algo. Sus corazones se achicaban, no se expandían. «Estábamos ganando el mundo entero haciendo una gran obra para Dios mientras perdíamos al mismo tiempo nuestras almas». ¿De qué manera(s) y con qué frecuencia se siente de esa forma en el servicio de Cristo?

2. ¿Caracteriza esto a aquellos que sirven en su iglesia? ¿Por qué y por qué no?

3. Las lecturas para esta sesión relatan la historia de Pete y de cómo Dios lo trajo a él y a Geri, su esposa, a un nuevo sitio. ¿Cuáles son uno o dos puntos de viraje, o crisis, que ha experimentado en su vida con Dios? ¿Qué cambios propiciaron en su vida? ¿Cómo han ayudado a moldear la persona que es usted hoy?
4. ¿Qué puede haber estado buscando Dios revelarle de sí mismo, de usted, de otros y del liderazgo de su iglesia en uno de esos puntos de viraje, y cómo se convirtió en un don para el resto de su vida con los demás?
5. Examine la gráfica de círculos concéntricos en la p. 38. ¿Cuándo y cómo es verdad que así va el líder, así va la iglesia, los pequeños grupos, la organización, o la comunidad?
6. El liderazgo se define a menudo como influencia. ¿Cómo puede impactar a los que lo rodean una mayor madurez de su vida? Explique.

Sesión 2: Un nuevo paradigma para el discipulado

Lea los capítulos 2, 3 y 4

1. El capítulo 2 comienza con cuatro ilustraciones de individuos que eran muy dotados y Dios los utilizaba. La primera es de Sonny en la película *The Apostle* («El Apóstol»). «Como la mayoría de nosotros, Sonny es un individuo complejo. Se trata de un cristiano celoso y consagrado que todos admiramos, y a pesar de eso también es terriblemente inconstante». Describa un área de su vida en la que puede haber una «brecha» que socave su mensaje y liderazgo.

2. En el capítulo 3, Pete escribe: «Creo que la tesis de este libro —que la salud emocional y espiritual son inseparables— llegará a ser una revolución copernicana para muchos en la comunidad cristiana. No es posible que un cristiano sea espiritualmente maduro mientras permanece emocionalmente inmaduro». Describa en sus propias palabras cómo se relacionan lo espiritual y lo emocional. ¿De qué formas le es fácil crecer en la «madurez espiritual» y separar eso de la «madurez emocional»?
3. Tome el inventario sobre la madurez espiritual/emocional en el capítulo cuatro. ¿Qué le revela la puntuación sobre usted? ¿De qué manera(s) puede que indique que su discipulado ha ignorado la dimensión emocional de lo que es usted?
4. De las seis principales áreas de la prueba, ¿en cuáles estuvo usted más fuerte y dónde más débil (p.ej. vivir en contrición y vulnerabilidad, recibir el don de las limitaciones)? Explique.
5. ¿Cuál es el área en que Dios ya comenzó a mostrarle que quiere ponerla bajo el señorío de Jesucristo?
6. ¿De qué maneras cree que integrar la madurez emocional con la madurez espiritual puede dar lugar a una revolución copernicana en su vida y su iglesia?
7. Oren unos por otros en su grupo.

Sesión 3: Mira bajo la superficie (primer principio)

Lea el capítulo 5

1. En iglesias emocionalmente sanas las personas miran hacia adentro intensa y detenidamente. Mire de nuevo la imagen del iceberg en la página 78. ¿En qué piensa normalmente cuando considera «descender bajo la cima del iceberg» en su vida?
2. Compare dos iglesias, una que mira debajo del iceberg y otra que no lo hace. ¿Cómo piensa usted que ello impactará sus relaciones? Dé ejemplos.
3. Aunque sabemos que la verdad nos hará libres (Juan 8:32), ¿por qué «la sinceridad franca y dolorosa» para con nosotros mismos es tan difícil? ¿Cuáles serían algunas de las razones de que ello sea difícil para usted?
4. Pete da cuatro pasos esenciales en aras de lo que significa mirar hacia adentro intensa y detenidamente.
 - Desarrollar una conciencia de lo que siento y soy
 - Formular con sinceridad las preguntas con «por qué»
 - Vincular el evangelio y la salud emocional
 - Librarnos de la «imagen relumbrante»
5. Jesús experimentó toda la gama de emociones humanas (véase la página 82). Estaba profundamente consciente de lo que sentía y hacía. Describa el nivel de su conciencia sobre lo que siente dentro de una escala del 1 al 10 (1 equivaldría al mínimo de conciencia; 10 al máximo). Explique.

6. En las páginas 77-81, Pete describe a qué se parece descender bajo la superficie de nuestras vidas y hacer la pregunta «por qué». ¿Qué cambios en su vida necesitará usted hacer para ser más reflexivo de esta manera?
7. ¿Qué frutos o bendiciones piensa usted que podrían derivarse de esto?
8. ¿Por qué piensa que una comprensión apropiada del evangelio es tan importante para mirar debajo de la superficie de nuestras vidas y las de otros?
9. ¿Qué «imagen deslumbrante» puede que usted se muestre a sí mismo y a otros de la cual Dios quiere que se despoje.
10. ¿Cómo puede Jesús ayudarle a tener el valor de hacer eso? Oren el uno por el otro a ese respecto.

Sesión 4: Rompa con el poder del pasado (segundo principio)

Lea el capítulo 6

1. Este capítulo se fija en las familias de David y de Abraham, Isaac y Jacob. ¿De qué formas vemos que se transmite el pecado en estas dos familias?

2. «Es imposible ayudar a las personas a librarse de su pasado sin comprender las familias en las que crecieron». ¿Qué quiso decir Pete con eso? ¿Está de acuerdo o en desacuerdo? ¿Por qué?
3. «El Nuevo Testamento describe llegar a ser cristiano como un nuevo nacimiento espiritual por medio del cual se nos adopta en una nueva familia, la familia de Jesús. Una vez que esto ocurre, nos convertimos en hermanos y hermanas dentro de una familia universal que trasciende razas, cultura, economía y barreras de género (véase Gá 3:28). Nacemos dentro de un nuevo árbol familiar». A la luz de esa realidad teológica, ¿cómo puede entonces verse el liderazgo como «nuevos padres»?
4. ¿Qué podemos esperar cuando las personas ingresan a la familia de Dios en la iglesia local?
5. «Puede ser abrumador pensar de la iglesia como un lugar donde todos estos individuos traen con ellos todas sus historias familiares. Este es, sin embargo, un cuadro bastante exacto». ¿Cómo puede esto ayudarnos a entender la enorme complejidad de dirigir una iglesia?
6. Tómese diez minutos y bosqueje un simple genograma de dos o tres generaciones de su familia. Incluya tantas personas como conozca. No se preocupe de incluirlas a todas.

7. Utilizando las preguntas de las páginas 103-104,
 - Fíjese en cualesquiera patrones y tendencias (positivas y negativas).
 - Hágale al grupo de un descubrimiento positivo y uno negativo que haya hecho.
8. Describa una o dos influencias mayores en su vida (aparte de su familia) que han modelado lo que usted es.
9. Oren el uno por el otro para que Dios los haga capaces de romper el poder negativo de su pasado en nombre de Jesús.

Sesión 5: Viva en actitud contrita y de entrega (tercer principio)

Lectura: capítulo 7

1. El propósito de la maldición de Génesis 3:16-19 era «hacernos caer de rodillas y buscarnos, reconocer nuestra necesidad de un Salvador (Gá 3:21-25). El problema es que para no ser quebrantados por los espinos y cardos de la vida, huimos, peleamos, o nos escondemos». ¿Cómo describiría usted sus reacciones ante el dolor y las dificultades de la vida? Tiende usted a huir o pelear? Dé un ejemplo.
2. Muchos de nosotros «edificamos nuestras vidas que ocultan lo dañadas, quebrantadas, fracturadas que están y lo frágiles, limitados e imperfectos que somos». ¿Por qué es particularmente difícil para usted reconocer esta realidad?

3. Pablo se gloría en su debilidad, el «don de su incapacidad» (la traducción de *The Message* [«El Mensaje»] de «un aguijón en la carne») ¿Cómo puede ser esto un medio para que la vida de Jesús fluya a través de la suya? Dé un ejemplo.
4. Refresque sus recuerdos del cuadro de Rembrandt «Regreso del Hijo Pródigo» en la página 135. ¿Cómo el joven arrodillado frente a su padre es una imagen de una vida quebrantada?
5. El hermano mayor está molesto, refunfuña, se queja y no perdona. ¿Cuál de estos dos lo representan a usted mejor? Explique.
6. Relea la gráfica de las páginas 123-124 que muestra dos tipos de iglesia. ¿Cuál describe mejor la persona que es usted? ¿Qué cambios necesita usted de forma que su vida pueda caracterizarse por la contrición y la vulnerabilidad?

Sesión 6: Reciba el don de las limitaciones (cuarto principio)

Lea el capítulo 8

1. En las ilustraciones iniciales, al hombre sobre el puente lo dejan sujetándole la cuerda a otro hombre, que se agarra para salvar su vida. El hombre que cuelga de la cuerda no asumirá responsabilidad por su vida. ¿Qué haría usted si estuviera sujetando la cuerda sobre el puente? ¿Qué haría Jesús? ¿Es usted alguien emocionalmente capaz de soltar la cuerda?

2. «Las fronteras, definidas simplemente, son la toma de conciencia de que soy una persona separada, aparte de las demás. Representan “lo que soy yo y lo que no soy”. Las fronteras muestran dónde usted termina y algún otro empieza». ¿De qué formas se le dificulta establecer fronteras sanas para sí mismo, especialmente cuando se halla rodeado de grandes necesidades?
3. ¿Cuál cree usted que es la diferencia entre una frontera y una pared?
4. Muchas personas que sirven activamente a Cristo se esfuerzan por cuidarse a sí mismas. Utilizando las correlaciones que están abajo, evalúe el cuidado de sí mismo —emocional, físico, espiritual y relacional— dentro de una escala de vacío a lleno. ¿Qué sugiere esto sobre su comprensión de las limitaciones como un don?

Espiritualmente vacío	lleno
Relaciones vacías	llenas
Físicamente vacío.....	lleno
Emocionalmente vacío	lleno

5. Pete relaciona cuatro áreas mayores para ayudarlo a discernir sus limitaciones:
 - personalidad
 - estación de la vida
 - situación en la vida
 - capacidades emocionales, físicas e intelectuales
 - cicatrices y heridas de nuestro pasado familiar

Relacione de dos a cuatro limitaciones que Dios haya situado en su vida. ¿Cómo pueden convertirse en un don?

6. ¿Qué piensa que significa para usted vivir una vida que «se ajuste a la naturaleza que Dios le dio»? ¿Qué cambios necesitará usted hacer?
7. ¿Por qué se requiere fe para que cada uno de nosotros se someta a las fronteras y las limitaciones de Dios?

Sesión 7: Acepte el sufrimiento y las pérdidas (quinto principio)

Lea el capítulo 9

1. Describa una pérdida significativa que haya experimentado en su vida. ¿Cómo ha influido sobre lo que usted es hoy?
2. David, un hombre de acuerdo al corazón de Dios, le escribió a Dios a lo largo de su vida muchos lamentos y cánticos de aflicción y esfuerzos. De hecho, le ordenó al pueblo de Dios que los cantara *como parte de su experiencia de adoración colectiva*. ¿Cómo contrasta esto con la forma en que típicamente tratamos las pérdidas en nuestras iglesias hoy en día?
3. ¿Qué hace usted para manejar las pérdidas de su vida?
4. Hay tres etapas en el proceso de aflicción:
 - Prestar atención
 - Vivir en el confuso intermedio
 - Permitir que de lo viejo nazca lo nuevo

5. ¿Cuál de estos tres pasos es más difícil para usted? Explique.
6. ¿Qué hace usted normalmente en el confuso momento «intermedio» en que espera en Dios para que traiga algún bien del mal?
7. Dé ejemplos de cómo ha visto a Dios hacer que algo nuevo nazca en su vida cuando usted se mueve con fe a través del proceso de aflicción.
8. ¿Cómo sería si usted aplicara hoy este capítulo a un área en la que experimenta una pérdida (grande o pequeña)?

Sesión 8: Haga de la encarnación su modelo para amar bien (sexto principio)

Lea los capítulos 10—11

1. Pablo argumentó que sin amor nuestros dones y servicio no valen nada (1 Co 13:1-3). Jesús dijo que nuestro amor mutuo debía tener como modelo su amor por nosotros (Juan 13:34-35). Explique en sus propias palabras cómo Jesús vivió las tres dinámicas de la encarnación:
 - entrar en nuestro mundo
 - ser fiel a sí mismo
 - sostenerse entre dos mundos

2. Aplíquese la prueba de escucha de las páginas 196-197. ¿Qué aprendió de sí mismo?
3. ¿Qué aprendió sobre cuánto entró o no entró realmente en los mundos de otras personas?
4. Divídanse en grupos de dos durante diez minutos y realicen alguno de los ejercicios de escucha de las páginas 199-200 utilizando la pregunta: «¿Qué cosa lo ha impactado esta semana?»
5. «El gran reto de la encarnación, para la mayoría de nosotros, es ser fieles a nosotros mismos, no perdernos cuando entramos en el mundo de otra persona» (p. 201) ¿Por qué es tan importante ser fiel a sí mismo para amar bien cuando entra en el mundo de otra persona?
6. ¿Cómo puede ser fiel a sí mismo cuando otra persona se le enfrenta, queriendo llevarlo a usted, a su grupo, o a la iglesia en una dirección hacia la que no quiere ir? Describase a sí mismo respondiendo, como Jesús, de una manera amable y encarnada.
7. ¿Qué nos enseña sobre amar a los demás la imagen de Jesús colgando de la cruz entre el cielo y la tierra?
8. Escoja ahora una situación en la que tenga que amar como Jesús. ¿Qué paso puede dar para aplicar las tres dinámicas de la Encarnación a fin de amar bien a esa persona?
9. Dediquen tiempo a orar uno por el otro.

NOTAS FINALES



Introducción

1. Philip Jenkins, *The New Christendom: The coming of Global Christianity*, Oxford Univ. Press, New York, 2002, p. 3.

Capítulo I

1. *National Geographic*, «All the World Comes to Queens», September 1998.
2. Roger Sanjek, *The Future of Us All*, Cornell Press, Ithaca, N. Y., 1998, p. 305, nota al pie 1.
3. Ibid., p. 1.
4. Uno de los más excelentes recursos que ayudaron a la Fraternidad Nueva Vida en su camino en el trabajo seminal de Edwin H. Friedman, *Generation to Generation: Family Process in Church and Synagogue*, Guilford Press, New York, 1985. En las páginas 2-3 él explica que la cuestión más crítica al cambiar una organización reside en quién es el líder. Hace énfasis correctamente en que una autodefinición de sanidad es más importante que ser experto en liderazgo.

Capítulo 2

1. Para mayor información de fondo ver Ted W. Engstrom con Robert C. Larson, *Integrity Word*, Waco, Tex., 1987, pp. 98—100.
2. Marilee Pierce Dunker, *Man of Vision, Woman of Prayer*, Thomas Nelson, Nashville, 1980.

3. Linda J. Waite y Maggie Gallagher, *The Case for Marriage: Why Married People Are Happier, Healthier and Better Off Financially*, Doubleday, New York, 2000.
4. Blaine Harden, «Bible Belt Copules “Put Asunder” More, Despite Concerted Efforts of Church and State», *New York Times* May 21, 2001, A1 y A14 National Section.
5. *The Barna Update*, 20 de diciembre de 1999, www.barna.org.
6. *Charisma News Service Update*, 16 de enero de 2002, www.strang.com.

Capítulo 3

1. Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolution*, 3ra. Ed., Univ. of Chicago Press, Chicago, 1996.
2. Esta es una cuestión compleja cuando se trata de individuos enfermos o afectados mentalmente, donde la medición de la madurez emocional tendrá que tomar en cuenta factores neuro-biológicos. Para una excelente introducción a fin de entender mejor la estructura básica y la química del cerebro y cómo esto influye sobre nuestras emociones y conducta, recomiendo encarecidamente un libro de John Ratey, *A User’s Guide to the Brain: Perception, Attention and the Four Theatres of the Brain*, Vintage Books of Random House, New York, 2001.
3. Richard Foster, *Streams of Living Water: Celebrating the Great Tradition of Christian Faith*, HarperSanFrancisco, San Francisco, 1998, p. 406.
4. Dan B. Allender y Tremper Longman III, *The Cry of the Soul*, Word, Dallas, 1994, pp. 24-25.
5. Helmut Koester, *History, Cultures and Religion of the Hellenistic Age*, Fortress, Minneapolis, p. 414.
6. Henry Bettenson, ed., *Documents of the Christian Church*, 2da. Ed., Oxford, London, 1963, p. 51.
7. Foster, *Streams of Living Water*, pp. 277-279. Para un comentario particularmente incisivo, véase también al autor luterano Frederick Dale Bruner, *Mathew: A Commentary*, 2 vols., Word, Dallas, 1990, 2:983.
8. Colin Brown, ed., *New International Dictionary of New Testament Theology*, 4 vols., Zondervan, Grand Rapids, 1976, 2:468-470.

Capítulo 4

1. Le agradezco a Lori Gordon, la fundadora del programa PAIRS para parejas casadas, el concepto de infantes, niños, adolescentes y adultos emocionales; véase Lori Gordon con Jon Fandson, *Passage to Intimacy*, auto publicación; versión revisada 2000, pp. 181-191.

Capítulo 5

1. Barbara Kingsolver, *The Poinsonwood Bible*, HarperFlamingo, New York, 1999.
2. Ibid., p. 200.
3. Wendy Murrya Zoba, «Missions Improbable», *Books & Culture*, Sept./Oct. 1999; Tim Stafford, «Poisonwood Bible» review, *Christianity Today*, 11 de enero de 1999, pp. 88, 90.
4. C. S. Lewis, *The Voyage of the Dawn Treader*, Book 3 in the *Chronicles of Narnia*, Collier, New York, 1970, pp. 90-91. C. S. Lewis copyright © C. S. Lewis Pte. Ltd. 1952. Extractos reimpresos con permiso.
5. Henry Cloud y John Townsend, *Boundaries with Kids*, Zondervan, Grand Rapids, 1998, p. 72.
6. Daniel Goleman, *Emotional Intelligence: Why it Can Matter More Than IQ*, Bantam, New York, 1995; *Working with Emotional Intelligence*, Bentam, New York, 1998; *Primal Leadership: Realizing the Power of Emotional Intelligence*, Harvard Business School Press, Cambridge, Mass., 2002.
7. Vea otra lista de las emociones de Jesús en el cap. 1, pag. xx-xx.
8. Richard Foster, *Celebration of Discipline: The Path to Spiritual Growth*, 3ra. Ed., HarperSanFrancisco, San Francisco, 1998, p. 1.
9. www.brainyquote.com/quotes/quotes/b/q133380.html
10. Martin Luther, *Commentary of Galatians*, Revell, Grand Rapids, 1994.
11. Henry Cloud y John Townsend, *Boundaries: When to Say Yes, When to Say No, to Take Control of Your Life*, Zondervan, Grand Rapids, 1992.
12. Susan Howatch, *Glittering Images*, Alfred A. Knopf, New York, 1987; diálogo extraído y adaptado de las páginas 232-235.

Capítulo 6

1. Para introducciones al genograma véase Maggie Scarf, *Intimate Worlds: Life Inside the Family*, Random House, New York, 1995; John Bradshaw, *Family Secrets: What You Don't Know Can Hurt You*, Bantam, New York, 1995; Monica McGoldrick, *You Can Go Home Again: Reconnecting with Your Family*, Norton, New York, 1995.
2. Para un tratamiento más amplio véase Monica McGoldrick y Randy Gerson, *Genograms in Family Assessment*, W. W. Norton, New York, 1986.
3. Véase Rodney Clapp, *Families at the Crossroads: Beyond Traditional and Modern Options*, InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1993.
4. Ray Anderson y Dennis Guernsey, *On Being Family: A Social Theology of the Family*, Eerdmans, Grand Rapids, 1985, p. 158.
5. Ronald W. Richardson, *Family Ties That Bind: A Self-Help Guide to Change through Family of Origin Therapy*, SelfCounsel Press, Bellingham, Wa., 1984, p. 35.
6. Para una discusión sobre funcionar en exceso o funcionar a medias aplicado a la iglesia, véase Ronald Richardson, *Creating a Healthier Church: Family Systems Theory, Leadership, and Congregational Life*, Augsburg Fortress, Minneapolis, 1996, pp. 133-137; véase también Friedman, *Generation to Generation*, pp. 210-212.
7. La idea en que se basa esta ilustración es una adaptación de Richardson, *Creating a Healthier Church*, pp. 35-39.

Capítulo 7

1. Eric Larson, *Isaac's Storm: A Man, a Time, and the Deadliest Hurricane in History*, Crown, Westminster, Md., 1999. Véase también <http://www.1900storm.com>
2. Véase Ronald Rolheiser, *The Shattered Lantern*, Crossroad, New York, 2001, p. 45.
3. Véanse los comentarios de Gordon D. Fee, *The First Epistle to the Corinthians*, The New International Commentary on the New Testament; Eerdmans, Grand Rapids, 1987, p. 3.
4. Le debo este concepto a Jack Deere, quien lo proclamó en una conferencia hace muchos años.
5. Henri J. M. Nouwen, *The Return of the Prodigal Son: A Meditation on Fathers, Brothers, and Sons*, Doubleday, New York, 1992, p. 36.

6. Esta es la oración familiar de un soldado confederado desconocido. Está disponible en <http://www.solinger.com/prayer/>.

Capítulo 8

1. Adaptado de Edwin H. Friedman, *Friedman's Fables*, Guilford Press, New York, 1990, pp. 9-13. Usado bajo permiso.
2. Eugene Petersen, *Under the Unpredictable Plant: An Exploration in Vocational Holiness*, Eerdmans, Grand Rapids, 1994, p. 17.
3. Parker Palmer, *Let Your Life Speak: Listening of the Voice of Vocation*, Jossey-Bass, San Francisco, 2000, pp. 44-46.
4. Martin Buber, *Tales of the Hasidim: The Early Masters*, Schocken, New York, 1975, p. 251.
5. Irvin D. Yalom, *Existential Psychotherapy*, Basic, New York, 1980, p. 285.
6. Marc Ferro, *Nicholas II: The Last of the Tsars*, Oxford, New York, 1993, p. 16.
7. Dominic Lieven, *Nicholas II: Twilight of the Empire*, St. Martin's, New York, 1993, p. 235 (véase también p. 261).
8. Thomas Merton, *Seeds of Contemplation*, New Directions, New York, 1987.
9. Henri J. M. Nouwen, *Can You Drink the Cup?*, Ave Maria, Notre Dame, Ind., 1996, p. 28 (las itálicas son de Nouwen).
10. Parker Palmer, *Let Your Life Speak*, pp. 30-31.
11. Este concepto se explora más ampliamente en el video de Edwin H. Friedman, *Reinventing Leadership*, Guilford, New York, 1996, 42 minutos.
12. Henry Cloud, *Changes That Heal: How to Understand Your Past to Ensure a Healthier Future*, Zondervan, Grand Rapids, 1990, p. 95.
13. Para más sobre este concepto véase Wendell Berry, *Life Is a Miracle: An Essay Against Modern Superstition*, Counterpoint, Washington D.C., 2000.

Capítulo 9

1. Gerald L. Sittser, *A Grace Disguised: How the Soul Grows through Loss*, Zondervan, Grand Rapids, 1995, p. 18.
2. Ibid., pp. 39, 44, 61 (cf. también p. 37).
3. Nicholas Wolterstorff, *Lament for a Son*, Eerdmans, Grand Rapids, 1987.

4. Ibid., p. 81.
5. Lewis Smedes, *The Art of Forgiving: When You Need to Forgive and Don't Know How*, Ballantine, Westminster, Md., 1997, pp. 135, 137.
6. Elizabeth Kubler-Ross, *On Death and Dying*, Simon & Shuster, New York, 1997.
7. Bernhard Anderson, *Out of the Depths: The Psalms Speak for Us Today*, Westminster, Philadelphia, 1970, p. 47. Este explica que entre 30 y 70% de los 150 salmos son lamentos. Dice que por lo menos 57 de los salmos son lamentos individuales o comunitarios (véase pp. 46-56). Eugene Peterson propone un número mayor cuando escribe que «70% de los salmos son lamentos» *Leap over the Wall*, HarperCollins, New York, 1997, p. 115.
8. Walter Brueggemann, *The Message of the Psalms: A Theological Commentary*, Augsburg, Minneapolis, 1984, pp. 9-11. Véase también su *Psalms of Life and Faith*, ed. Patrick D. Miller, Fortress, Minneapolis, 1995.
9. Nouwen, *Return of the Prodigal Son*, pp. 120-121.
10. George MacDonald, *The Princess and the Goblin*, Knopf, New York, repr., 1993.

Capítulo 10

1. La carta completa se puede encontrar en Ruth Miller, ed., *Black American Literature*, Parte 5: 1970—Present, Glencoe, Encino, Calif., 1971, pp. 648-649. Reimpreso por medio de un arreglo con los bienes de Martin Luther King Jr., c/o Writers House como agente del propietario, New York, NY. Copyright 1963 Dr. Martin Luther King Jr., copyright renovado en 1991 a nombre de Coretta Scott King.
2. Ronald Rolheiser, *The Holy Longing: The Search for a Christian Spirituality*, Doubleday, New York, 1999, pp. 76, 77.
3. Para una perspectiva creadora adicional sobre cómo hacer de la encarnación su modelo para amar bien, véase Neil Pembroke, *The Art of Listening*, Eerdmans, Grand Rapids, 2002.
4. David W. Augsburger, *Caring Enough to Hear and Be Heard: How to Hear and How to Be Heard in Equal Communication*, Herald, Scottdale, Pa., 1982, p. 12.

5. Walter J. Burghardt, *To Christ I Look*, Paulist, Mahwah, N.J., 1982, p. 15. Citado en Brennan Manning, *Abba's Child: The Cry of the Heart for Intimate Belonging*, NavPress, Colorado Springs, Col., 1994, pp. 29-30. Véase también John J. Ratey, M.D., *A User's Guide to the Brain: Perception, Attention, and the Four Theaters of the Brain*, Vintage, New York, 2001.
6. www.jonathanedwards.com/sermons.htm
7. www.jonathanedwards.com/sermons/Charity

Capítulo 11

1. Paul Stanley y Robert Clinton han escrito un excelente libro sobre los varios tipos de relaciones de mentor que Dios usa. Véase Paul D. Stanley y J. Robert Clinton, *Connecting: The Mentoring Relationships You Need to Succeed in Life*, NavPress, Colorado Springs, 1992.

SOBRE LOS AUTORES



Peter Scazzero (www.newlifefellowship.org y www.emotionallyhealthychurch.com) ha recibido amplio reconocimiento por edificar un gran iglesia multicultural y multirracial, con más de cincuenta y cinco naciones representadas, en el vecindario étnicamente más diverso de los Estados Unidos. En 1987, Pete y Geri Scazzero fundaron la Fraternidad Nueva Vida, una iglesia emblemática de una asociación de iglesias. Hoy el movimiento incluye cinco diferentes congregaciones a lo largo de la ciudad de Nueva York (cuatro de habla inglesa y una de habla castellana) y tres en ultramar (República Dominicana y Colombia). Pete es un antiguo obrero del equipo de la Fraternidad Cristiana InterVarsity. Su entrenamiento pastoral lo recibió den el Seminario Teológico de Princeton y en el Seminario Teológico Gordon-Conwell. Estudia el Doctorado en Ministerio en el Seminario Teológico Bautista del Este, Filadelfia, con una especialidad en el matrimonio y la familia, y también es autor de varias guías de estudio bíblico muy exitosas, incluyendo *Love* de Zondervan: *The Key to Healthy Relationships* y *New Life in Christ*.

Warren Bird investiga iglesias de avanzada y trabaja con sus líderes para multiplicar su impacto. También forma parte del equipo de una gran iglesia misionera en Princeton, New Jersey. Ha colaborado, escrito o editado trece libros y más de cien artículos de revista sobre tópicos de salud eclesiástica. Ha servido en el ministerio pastoral durante diez años y es candidato a doctor en sociología de la religión.